











RELACION

que hizo de su

VIAJE POR ESPAÑA

LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679





Mme. D'Aulnoy, † en 1705

Rememro afectuoso del Editor á un  
amigo N. Enrique Lassa y Manron  
Madrid 17 de Diciembre del 81  
Luis Muñiz y Contreras





1-54469  
-55207

ATV  
25179

# RELACIÓN

QUE HIZO DE SU

# VIAJE POR ESPAÑA

LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN

# 1679

PRIMERA VERSIÓN ESPAÑOLA

Nueva edición, aumentada con un precioso retrato de Mme. D'Aulnoy  
y un detallado Índice de materias.

MADRID  
Tipografía Franco-Española  
26—BAILÉN—26  
1892



## ADVERTENCIA PRELIMINAR

---

Muchas personas habrá sin duda en España que desconozcan el nombre de la Condesa D'Aulnoy, siendo, sin embargo, poquísimas las que no se hayan deleitado alguna vez con la lectura de sus obras.

Para que nuestros lectores queden convencidos de que no exageramos, bastará que recuerden los *Cuentos de hadas*, que con tanto placer saborearon en su niñez y que luego pusieron en manos de sus hijos para proporcionarles una lectura tan honesta como agradable y propia de la edad infantil.

Madame D'Aulnoy escribió, reuniéndolos en seis volúmenes, multitud de *Cuentos de hadas*, cuyas ediciones reproducense todos los días y de los cuales gran parte han sido puestos en varios idiomas. Pero la Condesa escribió además otras obras que no deben quedar olvidadas, entre las que descuelan la novela de *Hipólito, Conde de Douglas*, notable por el interés que despierta con imaginaciones y aventuras bien trazadas, y la relación del *Viaje por España*, acerca del cual un crítico incomparable, Mr. Hipólito Taine, ha escrito un extenso trabajo, del cual vamos á copiar algunas apreciaciones que pueden servir de medida para comprender la importancia del hermoso libro á que hacemos referencia.

Dice Taine: «En lugar de imprimir tantas obras nuevas como se dan á luz, valdría más que se reimprimieran al-



«gunos libros viejos, debiendo ser el *Viaje á España* de madame D'Aulnoy uno de los primeros cuya reproducción nos ofreciesen las prensas.»

(Cuando Taine hizo el estudio de la obra de la Condesa, no se había publicado aún la nueva edición que los impresores E. Plon y Compañía ofrecieron luego al público en 1874. El estudio incomparable de Taine influyó mucho, acaso, para que el *Viaje á España* sorprendiera nuevamente con sus atractivos encantos, haciéndose fácil su adquisición con la moderna tirada.)

«Desde luego—afirma el crítico ilustre—la obra de la Condesa está bien escrita. Mme. D'Aulnoy pertenece al gran siglo literario y á la sociedad más elevada, y nunca se muestra gazmoña, filosófica ni pedante, hablando siempre con precisión y naturalidad. Libre de afectaciones, observa sin esforzarse y condena ó alaba con discreción y cordura; no exagera nunca y no se propone hacer una obra maestra; su *Relación* parece una conversación y en ella resaltan las cualidades precisas de una mujer francesa, talentosa y bien educada: sentido recto, espíritu libre, seguro juicio, gracia un tanto satírica y atenciones continuadas y nobles. Además, la Condesa visitó la corte de España en un momento curioso de su historia: finalizaba entonces una época grande y gloriosa, reinando el último descendiente de Carlos V, Carlos II el Hechizado, después del cual el porvenir de la nación bajo el poder de una nueva dinastía debía mudarse por completo. Generalmente sólo conocemos á España por su teatro, sus novelas picarescas y sus pinturas, y cuando sobre tales documentos queremos fundar un estudio de la vida real, dudando siempre, nunca nos atrevemos á precisar nuestras observaciones, porque todo aquello tiene algo de fabuloso. Pero después de haber leído el *Viaje á España* de Mme. D'Aulnoy vemos á los españoles



«del siglo XVII como sus artes nos los representaron; ni los cuadros ni los libros habían mentido: los personajes de Lope, de Calderón, de Murillo y de Zurbarán transitaban por las calles. Un lector atento, en la obra de la Condesa, puede confirmar los juicios que le sugirieron las obras de imaginación, comprobadas por un testigo que vió todo aquello con sus propios ojos.»

No podemos admitir, como afirma Taine, que la Condesa D'Aulnoy *no exagera nunca*, pues el menos avisado comprenderá, leyendo su obra, que lo hace con suma frecuencia. Pero las mismas exageraciones contribuyen á realzar y poner más en claro el carácter español, que con todas sus buenas cualidades y con sus muchos defectos está observado con una precisión y una perspicacia verdaderamente sorprendente y pintado de mano maestra en la obra que ofrecemos al público.

Al traducirla nos hemos permitido hacer algunas variaciones, convirtiendo las cartas, dirigidas á una prima, que forman el original, en una relación continuada y nunca interrumpida, pues además de saludos y directas alusiones que para nada se necesitan, suprimimos algunos cuentos, hijos de la fantasía, pesados y largos, que la Condesa intercaló varias veces en el relato de sus aventuras, cortándolo cuando más interesa y disminuyendo la verdad con una innecesaria ficción.

Á pesar de que tuvimos atrevimiento para tanto, hemos respetado algunas repeticiones que bien pudieron suprimirse, como el retrato que se hace dos veces de Don Juan de Austria, etc.; pero esto nos pareció que sería meternos en mucha levadura y reformar con exceso la obra de la Condesa, mientras que aquello, por estar las fantásticas *historias* enteramente aisladas del original, y por ser los cumplimientos dedicados á la prima tan independientes de la materia de que

la obra trata, creámoslo factible sin abuso y hasta conveniente para el discreto lector, que bien pudiera, tropezando con lo inverosímil de los cuentos aislados, abandonar con desdén la *Relación del viaje á España*, perdiendo, por huir de lo imaginado vanamente, lo que tiene de verdadero y sustancioso.

Tampoco hemos puesto notas ni aclaraciones en ciertos lugares donde se revela error ó engaño, no creyendo, como ya dijimos, que se halle la mayor verdad del presente libro en los puntos de historia que refiere, ni en las pequeñas anécdotas que copia; lo importante, lo digno de atención es que á través de todas estas páginas, el carácter español se muestra y lo reconocemos como fué siempre, como es aún, con vicios insoportables, pero también con virtudes y méritos que no tienen igual.

EL TRADUCTOR.

---





# RELACIÓN

QUE HIZO

DE SU VIAJE POR ESPAÑA

LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679



A que deseáis conocer todo lo que me ocurrió durante mi viaje, será preciso que os resignéis á oír muchas cosas inútiles para encontrar algunas que os agraden. Conocedora de vuestro delicado y escogido gusto, quisiera referiros muchas aventuras agradables y detalles curiosos; pero cuando se recuerdan fielmente las cosas ocurridas es difícil ofrecerlas á cada momento con todo el interés que la imaginación inventa para engalanarlas.

Desde Dax fui á Bayona por el río, notando que los barqueros del Adur tienen la misma costumbre que los del Garona; es decir, que al pasar cerca de otros échanse pullas con tal afán, que antes renunciarían al precio de sus viajes que al gusto de aquellas rechiflas.

Recién llegada, supliqué al Barón de Castelnau, que me acompañaba desde Dax, tuviese á bien presentarme algunas señoras agradables con cuyo trato pudiera distraer mis impaciencias mientras esperaba las literas que debían enviarme de San Sebastián.

No le costó mucho trabajo complacerme, pues era muy

considerado en Bayona por su nobleza y talento, y al otro día recibí la visita de muchas damas; es costumbre hidalga en este país visitar á los forasteros cuando se averigua su condición.

Aquí son las mujeres algo morenas, tienen los ojos brillantes y el carácter alegre; preséntanse amables y cariñosas; el sol comenzó á vivificarlas con sus ardores. De buena gana daría yo muestras patentes de su jovialidad si hubiese comprendido lo que decían hablando unas con otras; porque no desconocen el idioma francés, pero tienen tal costumbre de usar el dialecto de su provincia, que difícilmente podrían expresarse de otro modo en sus conversaciones particulares.

Algunas de aquellas damas llevaban un lechoncito bajo el brazo, como nosotras llevamos nuestros perros falderos; cierto es que los cerdos estaban muy limpios y adornados con cintas y collares de muchos colores; pero de todas maneras, la costumbre resulta extraña, y estoy persuadida de que no todas las damas del país podrán sin repugnancia de su espíritu delicado acomodarse á tal uso. Cuando se decidieron á bailar fué preciso que soltaran á los ruines animales, los cuales armaron más ruido que un pelotón de diablos. Para la danza y á mi ruego, el Barón de Castelnau mandó á buscar gaitas y tamboriles. Un hombre toca simultáneamente una especie de pífano y el tamboril, que es un instrumento de madera en forma de triángulo alargado, sobre el que se mantiene tirante una cuerda que se golpea con un palillo, produciendo un sonido semejante al del tambor.

Los caballeros que habían acompañado á las damas colocáronse cada uno al lado de la suya, y los contoneos empezaron en el círculo que formaban todos, asidos por las manos; luego hicieron traer ellos bastones largos, soltándose las parejas y alejándose unos y otros por medio de pañuelos que, asidos por las dos puntas, los unían á distancia. Sus músicas tienen algo de agradable y muy original, y el son agudo de las gaitas, mezclándose con el sonido guerrero de los tamboriles, inspira cierta animación que aumentaba sin cesar entre los bailadores. Suponía yo que así se danzaba la *pirrica* de que nos hablan los antiguos, mientras aquellos se-



ñores hacían tantas figuras y tales cabriolas, arrojando los bastones y recogiénolos en el aire oportunamente, que me sería imposible describir su ligereza y agilidad. Yo los contemplaba gustosa, pero el baile se hacía interminable y aburrido para mí, su desordenado movimiento me fatigaba, y comprendiéndolo sin duda el Barón de Castelnau, hizo entrar varios azafates llenos de ricas y sabrosas confituras. Sirviéronse muchas limonadas y otros helados que se tomaron en abundancia, y así terminó la fiesta. Al día siguiente fuimos á ver la sinagoga de los judíos, donde no encontré nada notable. Mr. de Saint-Pé, amable militar que había ido á visitarme, aunque muy molestado por la gota, invitóme á comer en su casa, y me sirvió manjares muy exquisitos. Este país se presta de admirable modo al agasajo, pues todo es en él abundante y barato. Asistieron al convite, con objeto de acompañarme, algunas damas principales. La vista que se descubre desde el castillo, donde hay numerosa guarnición, parecióme bella; el río corre al pie de la fortaleza.

Cuando regresé á mi casa, me sorprendió encontrar algunas mantelerías, que fueron llevadas de parte de las damas que me habían invitado, y cajas llenas de dulces y de bujías. Estas expresiones me parecieron sumamente obsequiosas para ser tenidas con una dama con quien sólo habían hablado tres ó cuatro veces. Diré de paso que no he visto más primorosos tejidos que los de aquí, ya sean lisos ó labrados. Los lienzos se hacen con hilos tan delgados como cabellos, y la tela fina es aquí tan común, que recuerdo haber visto, al atravesar los arenales de Burdeos, verdaderos desiertos donde sólo se tropieza con algunas cabañas de pobres aldeanos cuya miseria mueve á compasión, cubrir las mesas con hermosos manteles que sólo usan en París las personas ricas. No dejé luego de mandar á las que tanto me favorecían pequeños regalos que consideré de su gusto. Había yo notado que las cintas eran sus adornos preferidos; enviéles muchas cintas y algunos abanicos; ellas, en revancha, me ofrecieron guantes y finísimas medias de hilo.

Convidáronme á la *salve* de los hermanos predicadores, cuyo convento no estaba lejos de mi casa; conociendo ya mi

afición á la música, querían ofrecermé la más escogida de que gozaba la ciudad. Las voces eran buenas, pero no proporcionaban agrado por estar faltas de metódico estudio y desconocer la escuela de canto armónico y melodioso.

Habiendo llegado ya las literas que á España debían conducirme, preparé mi marcha. Os aseguro que nada he visto más caro que aquellos vehículos, porque cada una de las literas es acompañada por su dueño. Éste conserva la gravedad propia de un senador romano, montado en un mulo, llevando á su lado un mozo montado en otro; éstas caballerías relévanse de tiempo en tiempo con las que conducen la litera: yo tenía dos alquiladas; en la mayor recogíme con mi niña; seguían además cuatro mulas destinadas á mis criados y dos para el equipaje; para guiar á estos animales iban dos arrieros y dos mozos. Á todas aquellas gentes hay que pagarles el viaje de ida y el de vuelta, por el que cobran lo mismo que si llevaran viajeros; esto es un abuso grande, pero no hay más remedio que sufrir la explotación miserable de tales gentes, las cuales nos tratan, como suele decirse, de turco á moro.

Sin salir de Bayona encontré moros y turcos, y aun creo que cosa peor: los empleados de la aduana. Yo había hecho sellar mis cofres en París expresamente para no tener nada que tratar con ellos; pero fueron más astutos, ó por mejor decir, más tercios que yo, y fué preciso darles lo que pidieron. El disgusto pesaba todavía sobre mí, cuando se me acercaron los tambores, las trompetas, las gaitas y tamboriles de la ciudad para desesperarme, siguiéndome hasta más allá de la puerta de San Antonio, por la cual se sale al camino de Vizcaya. Los músicos tocaban á su manera cada uno y sin acompañarse, produciendo un espantoso galimatías. Híceles dar algún dinero, y como en realidad no buscaban otra cosa, se despidieron en seguida. Al salir de Bayona entramos en un campiña estéril, donde no se veían más que algunos castaños; pero descubrimos luego la playa del mar, donde se nos ofrecía un blando camino de arena y una vista muy agradable.

Llegamos temprano á San Juan de Luz, que será sin du-



da el pueblo más bonito y mejor construido de Francia. Su puerto está colocado entre dos grandes montañas que parece haber puesto la naturaleza para protegerlo de los huracanes; allí desemboca el río por donde las grandes barcas llegan al muelle. Dicen que los marineros de San Juan son muy diestros para la pesca de la ballena y la del bacalao. En la posada nos dieron buena y abundante comida, pero las camas no eran tanto de agradecer como la mesa, pues careciendo de colchones, sólo estaban formadas por un montón de plumas. Cuando traté de pagar supuse me harían larga cuenta, pero no me cobraron por todo más que diez francos. En París me hubiera costado cincuenta. La situación de San Juan de Luz es muy agradable. Una iglesia de moderna construcción abre sus ventanales y sus puertas sobre una plaza muy grande. Un puente de madera extraordinariamente largo atraviesa el río y en su entrada los pontoneros cobran las gabelas impuestas al tránsito de mercancías y bagajes, no pequeñas cuando corresponde á extranjeros pagarlas, pues quien las fija lo hace á su antojo y amplia voluntad.

Para viajar por este país hay que hacer gran provisión de paciencia y de dinero.

Vi el castillo de Artois, que juzgué poderosa fortaleza, y algo más adelante Orognes, donde no se habla más que vizcaino sin servirse para nada de la lengua francesa ni de la española. Pensaba yo hacer noche en Irún, á tres leguas cortas de San Juan de Luz, de donde habíamos salido á mediodía; pero la disputa con los pontoneros, las dificultades que se nos presentaron al atravesar las montañas de *Beobia* y el mal tiempo, unido á otros pequeños inconvenientes que sobrevinieron, fueron causa de que ya entrada la noche solamente llegáramos á las orillas del Bidasoa, que separa Francia de España. Cruzámonos por el camino, desde Bayona, con multitud de carretas que transportaban toda clase de objetos, movidas por dos ruedas de hierro que producen al girar un ruido tan grande que se las oye desde muy lejos. Van siempre muchas agrupadas y en ocasiones encuéntranse sesenta ó setenta juntas, y son arrastradas por bueyes.

He visto vehículos parecidos en los arenales de Burdeos, y particularmente por la parte de Dax.

El cauce del Bidasoa es muy estrecho de ordinario, pero las nieves lo habían engrosado hasta un extremo tal, cuando nos decidimos á cruzarlo, que difícilmente alcanzamos la otra orilla, unos en barcas y otros montados en los mulos, á nado. La luna llena y clara me permitió ver á mano derecha la isla de la Conferencia, donde tuvo efecto el matrimonio de nuestro Rey con María Teresa, Infanta de España. Poco despues vi la fortificación de Fuenterrabia, que pertenece al Rey de España.

Los franceses y los españoles comparten los derechos de la barca, cobrando unos y otros el impuesto á los viajeros cuando éstos entran en su territorio.

La guerra no estorba ni cohibe al comercio en las fronteras, porque sólo del comercio viven allí las gentes. Este país, llamado Vizcaya, está lleno de altas montañas en donde abundan las minas de hierro. Los vizcainos trepan sobre las rocas tan ágil y prontamente como los ciervos. Su idioma (si puede llamarse así tal jerga) es pobre hasta el punto de significar una palabra multitud de cosas distintas.

Un negociante de San Sebastián á quien yo iba recomendada, salió á recibirme acompañado de dos individuos de su familia.

Iban vestidos como en Francia es uso, pero de una manera ridícula, llevando unas casacas anchas y cortas con mangas terminadas en el codo y abiertas por delante: las de la camisa muy amplias, cayendo más abajo que la casaca; lucían valona, pero no ajustada, y con cada una de sus pelucas, tan rizosas como espesas, hubiérase podido construir cuatro bien completas. Nunca he visto gentes más desaliñadas. Los que no usando peluca peinan sus lacios y largos cabellos, lo hacen separándolos en dos mitades á un lado de la cabeza y pasando parte de ellos detrás de las orejas; pero ¡qué orejas! No creo que las del rey Midas fueran mayores, y estoy persuadida de que para alargárselas, se las estiran á los chiquillos, encontrando en esta deformidad alguna belleza.

Los tres españoles me hicieron, en mal francés, grandes



y fastidiosos cumplimientos. Atravesamos el caserío de *Tran* situado no lejos del río, y llegamos pronto á Irún. En esta pequeña ciudad española, de construcciones vulgares y calles defectuosas, nada notable hallé digno de ser recordado. Entramos en la posada por el corral, de donde arranca la escalera que conduce á las habitaciones, y al llegar á la mía la encontré iluminada por gran cantidad de velas tan delgadas como pajuelas, sujetas en unos pedacitos de madera; en el centro había un brasero lleno de huesos de aceituna carbonizados y encendidos para evitar las jaquecas que ocasiona el carbón de leña.

Sirviéronme una gran cena que los galantes españoles habían mandado preparar para mí; pero todo estaba con tanto ajo, azafrán y otras especias, que nada pude comer. Acostárame aquella noche con hambre si mi cocinero no me hubiera guisado alguna cosa que halló á mano.

Al otro día, como no pensaba yo detenerme hasta San Sebastián (que dista siete leguas de Irún), creí necesario comer antes de marchar. Estábamos todavía sentados á la mesa cuando una de mis criadas me llevó el reloj para que lo pusiera en hora; era un reloj inglés, de Tampion, que daba las horas y me costaba cincuenta luises. El comerciante, acercándose á mí, manifestó deseos de examinar la joya; yo se la ofrecí con la natural cortesía que se usa tratando de tales cosas; pero esto fué bastante: mi hombre se levantó, y haciéndome una profunda reverencia, dijo «que no merecía un presente tan considerable, pero que una dama como yo no puede hacerlo menor, añadiendo que juraba por su honra guardar aquel recuerdo toda su vida.» Miró la joya y guardóse la en un bolsillo. Yo quedé tan sorprendida que sólo cuando el reloj había desaparecido pude pensar lo que debí hacer. Mis criadas me miraron con asombro y yo las miré también avergonzada por mi tontería, que hubiera remediado, porque, gracias á Dios, conozco perfectamente de qué modo se niega lo que no quiere darse, si no pensara pronto que debiendo entregarme aquel hombre una regular cantidad de dinero para proseguir mi viaje, pues yo llevaba cartas de crédito contra él, si conmigo se disgustaba, entretenirme



algunos días y hacerme gastar cuatro veces el valor del reloj deteniendo mi viaje.

He sabido más tarde que es costumbre en España, cuando se muestra cualquier objeto y se ofrece por cortesía, aceptarlo si place y quedarse con él. ¡Vaya una moda! Pero como ya estoy avisada, torpe seré si vuelven á sorprenderme.

Salí de la posada, donde me acabaron de arruinar; siendo este país miserable, todos quieren aquí hacerse ricos á costa del prójimo. Á poca distancia de la ciudad, entramos en las montañas de los Pirineos, tan altas y encrespadas que desde su cumbre sólo se descumbren, con horror, precipicios y cortaduras. Fuimos hasta Rentería. D. Antonio (así se llamaba el comerciante) habíase adelantado y me aguardaba para ofrecerme una barca y aconsejarme que dejase por entonces las literas; el viaje por el río evitaba las molestias que nos ofrecían las montañas, pues no eran pocas las que debíamos ganar aun después de las muchas que hasta entonces atravesamos.

Seguimos la corriente del Hendaya y pudimos ver ya cerca de su desagüe los galeones del Rey de España, que surcaban el mar á corta distancia de la costa.

Nuestras embarcaciones, pequeñas y limpias, estaban adornadas con banderolas de colores, y eran conducidas por muchachas de incomparable habilidad y gentileza. Cada barca está servida por tres mujeres, dos aplicadas al remo y la otra sosteniendo el timón.

Estas mozas son altas, de cintura delgada y color moreno, sus dientes son blanquísimos y admirables, su cabello negro y lustroso como el azabache, trenzado y rematado con lazos de cinta, cayendo abandonado por la espalda. Llevan sobre su cabeza una gasa fina bordada en oro y seda, que rodea su cuello, cubriendo la garganta; usan pendientes de perlas y collares de coral; una especie de jubones con mangas muy estrechas como los de nuestras bohemias; su aspecto agrada y seduce. Dícese de esas *marineras* que nadan como peces y que no admiten en su particularísima sociedad á otras mujeres ni á ningún hombre; constituyen una especie

de pequeña república independiente, adonde acuden siendo muy jóvenes las afiliadas, cuando no las acompañan sus mismo padres destinándolas á tal oficio desde niñas.

Cuando quieren casarse asisten á la misa de Fuenterrabía, la población más próxima del lugar que ellas habitan, y allí los muchachos van á buscar hembra de su gusto; el que desea lazos de Himeneo, acude á casa de los padres de su amada para declarar su sentimiento y su voluntad; si la elegida se contenta con el enamorado, vuelve al hogar paterno, donde la boda se celebra.

Nunca he visto satisfacción tan placentera como la que rebosa en los semblantes de aquellas muchachas. Viviendo en pequeñas casas construidas á la orilla del río, trabajan para ganar su salario y obedecen á las viejas que las cuidan y asisten; ellas mismas nos contaban estas particularidades, cuando el diablo, que no duerme, vino á disgustarnos entablando una pendencia.

Sucedió que mi cocinero, gascón de muy buen humor, se había colocado en una de las barcas, muy cerca de una joven vizcaina que le pareció hermosa; no contento con decírselo, se atrevió á tocarla, y ella, poco aficionada por lo visto á bromas, le abrió la cabeza con un remo. Al considerar su acción, en exceso violenta, la marinera temió y arrojóse al agua, nadando al principio con mucha ligereza; pero como no se había quitado la ropa y la orilla estaba lejos, el cansancio la fué venciendo y el desnudo comenzó á faltarle.

Otras muchachas que desde la playa nos miraban lanzáronse á socorrerla, mientras las dos que habían quedado con mi cocinero, creyendo cierta la muerte de su compañera, se arrojaron hacia él como dos furias, y querían resueltamente ahogarle; su barca zozobraba con los movimientos y esfuerzos de los luchadores; yo contemplaba desde la mía el improvisado combate, y mis criados hacían esfuerzos para separar á las marineras de su víctima y apaciguarlas.

El indiscreto gascón fué tan cruelmente maltratado, que tenía la cara llena de sangre; y mi comerciante me dijo que cuando esas jóvenes vizcainas se irritan, son más de temer que las leonas fieras.



Al fin desembarcamos y vimos á la joven, salvada bien oportunamente, cuando ya sin fuerzas iba tragando agua, saliéndonos al encuentro con más de cincuenta compañeras, cada una de las cuales llevaba un remo al hombro; formaban todas ellas dos largas filas guiadas por tres mozas del bando, que tocaban la pandereta; acercóse á mí la capitana, y llamándome muchas veces *Andria*, que quiere decir señora (es todo lo que recuerdo de su arenga), me hicieron comprender que la piel de mi cocinero indemnizaría los vestidos de su compañera si éstos no eran pagados por los desperfectos que habían sufrido. Al terminar estas palabras, las que llevaban las panderetas comenzaron á tocar más fuerte y todas á gritar, jugando con los remos, bailando y saltando con no escasa gallardía y viveza.

Don Antonio, para indemnizarme del regalo que me había escamoteado (hablo con frecuencia del suceso, y no me resigno todavía), quiso apaciguarlo todo; parecióle que mi cocinero, de sobra zurrado, encontraría en la venganza de aquellas mujeres razones para negarse á satisfacer sus exigencias y por cuenta propia distribuyó algunos ducados entre la gentecilla marítima. Al ver las monedas las muchachas gritaron más alto y más sostenido que lo habían hecho hasta entonces, y deseándome un feliz viaje y un pronto regreso, todas cantaban y bailaban al son de las panderetas. Entramos en un camino tan difícil y subimos largo tiempo senderos tan estrechos á cuyos bordes abríanse precipicios, que yo no dejaba de temer un paso falso de las mulas conductoras de mi litera. Cruzamos luego campos arenosos y nos detuvimos en el convento de San Francisco, situado cerca del río Hendaya; atravesamos el río sobre un puente de madera sumamente largo, y, á pesar de hallarnos ya muy cerca de San Sebastián, no distinguíamos aún los edificios de la población porque un cerrillo de arena bastante alto se interponía. La ciudad está situada en la falda de una montaña que sirve de dique al mar, y forma un recodo adonde van los barcos á recogerse cuando los temporales los acosan, porque sufre aquella región tempestades tan extraordinarias y huracanes tan terribles, que los navíos, con el áncora echada, naufr-



gan muchas veces en el puerto. Éste, profundo y cerrado por dos muelles, apenas deja lugar para que pase un navío. Estando agradable y claro el día, parecióme bien la ciudad, abrazada por una doble muralla guarnecida con cañones por la parte de mar. Las calles de la ciudad son largas y anchas, están adoquinadas con un piedra fuerte, blanca, bien unida y siempre limpia; las casas son bonitas y las iglesias están bien arregladas, con altares de madera cubiertos desde la bóveda hasta el pedestal de cuadros pequeños como la palma de la mano. Las minas de hierro y acero, encuéntranse sin dificultad en todo este país, y en algunas se ofrece tan puro el metal, que semejante no se hallaría en toda Europa; estos productos sostienen el tráfico en grandes proporciones. También se suelen embarcar aquí lanas de Castilla la Vieja, que ocasionan otro gran comercio. Bilbao y San Sebastián son los dos puertos más considerables que el Rey de España tiene abiertos en el Océano. El castillo es muy alto, pero está mal defendido, pues, aun poseyendo como posee buenos cañones acomodados á sus murallas, su guarnición es tan exigua, que podrían conquistarlo las mujeres armadas con sus ruecas.

La plaza es tan cara como la de París. He comido bien; el pescado es muy bueno y me han dicho que las frutas, además de muy bellas, son de gusto exquisito.

Apeéme en la mejor hospedería, y á poco de haber llegado yo, D. Fernando de Toledo envióme á pedir nuevas, deseando saber si podría ir á verme sin molestarme. Mi comerciante, que conocía bien á D. Fernando, me dijo que era éste un aristócrata español, sobrino del Duque de Alba y que venía de Flandes en dirección de Madrid.

Recibíle con la cortesía que su nacimiento y buenas prendas reclamaban, prodigándole atenciones, nunca excesivas para sus muchos méritos. D. Fernando es un gallardo y arrogante caballero, ingenioso en la conversación y delicado en el trato, complaciente y agradable por naturaleza; habla el francés muy bien, pero como conozco el español y quisiera conocerlo más, hablamos generalmente en su idioma.

Me dijo que venía por la posta desde Bruselas, y que si no

me parecía mal podíamos terminar juntos el viaje. Yo tomé á broma sus palabras, y le contesté también en broma; pero él añadió que los caminos estaban tan obstruidos por la nieve que le sería imposible seguir por la posta, que, ciertamente, podría mejor á caballo que metido en una litera ganar tiempo haciendo largas jornadas; pero que por el gusto de acompañarme, etc. Al fin me dejé convencer, pensando que mi nuevo amigo era honrado y no desmentiría la galante tradición de los caballeros españoles; además, podía serme útil un hombre de tal calidad, que se hacía respetar y obedecer por los arrieros, que tienen generalmente la cabeza de hierro y el alma de lodo.

Díjeme á D. Fernando que me sentía muy satisfecha de hallarle, y que las fatigas del camino serían para mí muy tolerables en tan grata compañía. Él encargó á su criado que buscara una litera. Era ya tarde; se despidió de mí, que, después de cenar bastante bien, me acosté; porque yo no soy como las heroínas de novela que no comen ni duermen.

Las damas de la ciudad que me visitaron quieren detenerme algunos días: propóñenme una expedición al monasterio de religiosas edificado en lo más alto de la costa; dicenme que la vista desde allí no encuentra límites, descubriendo en un vasto panorama el mar, los buques, las ciudades, los bosques y los campos; alaban mucho la voz, la hermosura y el atractivo de las monjas. Añadiendo á todo esto el temporal que no cesa y la nieve que en abundancia cae, nadie me aconseja que me ponga en camino.

He dudado un poco, pero la impaciencia de llegar á Madrid pesa más que todas las reflexiones: marcharemos mañana; ya he recibido del comerciante la cantidad que necesitaba. No quiero dejar olvidado un detalle curioso. Los habitantes de esta ciudad gozan de un privilegio excepcional, y que los enorgullece mucho: cuando tienen que tratar con el Rey algún asunto, el Rey ha de contestarles con la cabeza descubierta; no he podido averiguar la causa de esta distinción.

Me han advertido la necesidad de hacer grandes provisiones para no morirnos de hambre por el camino que vamos á



seguir. Como los jamones y las lenguas de cerdo tienen fama en este país, he mandado comprar bastantes; no descuidamos nada.

Saliendo de San Sebastián, entramos en un camino muy escabroso que conduce á unas montañas altas y escarpadas, imposibles de ganar si no es trepando; llámense la sierra de San Adrián; ofrecen sólo rocas y despeñaderos, entre los cuales un amante desesperado podría matarse aunque poco resuelto á morir estuviera. Pinos de altura extraordinaria coronan la cima; en todo el espacio que abarca la vista sólo se ven desiertos cruzados por arroyos, más claros que si fuesen de cristal. En lo alto del monte se tropieza con un peñasco muy grande, que parece haber sido puesto en medio del camino para cerrar el paso separando á Vizcaya de Castilla.

Largo y penoso trabajo habrá sido necesario para horadar en forma de bóveda la inmensa mole de piedra; ándanse, atravesándola, cuarenta ó cincuenta pasos, sin recibir claridad más que por las aberturas de salida, que se cierran con dos grandes puertas. Á lo largo de esta mina encuéntrase un mesón, que las nieves y los fríos obligan, en invierno, á dejar abandonado, una capilla donde se venera á San Adrián, y muchas cuevas, ordinario albergue de foragidos, que hacen peligroso el tránsito á quien no viaja con medios bastantes para defenderse. Cuando hubimos atravesado la roca, todavía se nos ofreció una empinada cresta que conduce á la cumbre del monte, cubierto de grandes hayas. Nunca he gozado de tan hermoso retiro; los arroyos corren como en las cañadas; la vista, sin vallas que se le opongan, sólo es limitada por la debilidad de los ojos; la sombra y el silencio reinan, y los ecos resuenan en todas partes. Pronto empezamos á bajar tanto como habíamos subido; de cuando en cuando vense pequeñas planicies poco fértiles, abundante arena y montañas cubiertas de rocas. No sin razón, con frecuencia se teme que se desprenda una de aquellas rocas y aplaste á la caravana, viendo muchas que se conoce han caído, deteniéndose al tropezar con otras más firmes en la pendiente; yo reflexionaba no poco acerca de tales peligros, porque, hallándome sola en mi litera con mi niña, cuya



conversación no me preocupaba, sentía inclinado el pensamiento y los ojos hacia las moles inseguras y amenazadoras. Un río llamado *Urvola*, bastante ancho y crecido entonces con los torrentes de nieve derretida, corre á lo largo del camino, formando de trecho en trecho sábanas de agua y cascadas que se derrumban con un ruido y una impetuosidad asombrosos; todo esto anima el espectáculo que á la vista se ofrece.

No se ven aquí señoriales castillos como los de las orillas del Loira, que recuerdan á los viajeros el soñado país de las hadas. En estas montañas no hay más que chozas de pastores y algunos lugarejos tan apartados y escondidos, que para llegar á encontrarlos es necesario andar mucho tiempo en su busca; pero con toda su tosquedad, esta naturaleza ruda y agreste no deja de ofrecer bellezas á quien la mira. Había tanta nieve, que llevábamos delante de nosotros veinte hombres que nos abrían camino apartándola con anchas palas; pero este servicio no fué para mí costoso, como cualquiera supondrá: hay aquí una ley establecida y bien observada, según la cual tienen obligación los habitantes de un pueblo de abrir paso á los viajeros hasta los límites del pueblo próximo, cuyos habitantes encárganse de la faena que los primeros abandonan; y como no hay obligación de darles nada por su trabajo, el más pequeño presente les alegra. Los vecinos de aquellas comarcas unen á este cuidado el no menos importante de tocar las campanas con ánimo de advertir á los viajeros la dirección que deben seguir cuando á poblado quieran acogerse si el tiempo es borrascoso, lo cual acontece pocas veces en este país. Me han asegurado que desde hace cuarenta años no había caído tanta nieve como ahora, de modo que muchas gentes la miran como un prodigio, acostumbrados á pasar muchos inviernos sin escarcha.

Nuestro convoy es tan numeroso, que bien podría compararse con esas famosas caravanas que van á la Meca, porque además de mi acompañamiento y el de D. Fernando de Toledo, habíanse unido á nosotros cerca de San Sebastián tres caballeros con sus criados, que regresaban de una encomienda de Santiago. Eran dos de esta orden y el otro de la

de Alcántara. Aquéllos llevaban cruces rojas bordadas en forma de puñal, éste llevaba una cruz verde; uno de los primeros era gallego, y el otro andaluz; el tercero era catalán, y todos de familias distinguidas, luciendo los apellidos de Sarmiento, Carvajal y Cardona, al mismo tiempo que su arrogante figura y su conocimiento del mundo. Todos me prodigaron galanterías, y pude observar en sus modales algo de las costumbres francesas. Por la noche nos apeamos en Galareta, villa poco distante del monte San Adrián, donde dormimos bastante mal.

Desde Galareta hasta Vitoria disfrutamos de un camino más agradable que el del día anterior. Vense las tierras cubiertas de campos de trigo y viñedos, y los pueblos á poca distancia unos de otros. Encontramos á los aduaneros que hacen nuevas gabelas cada vez que se pasa de un reino al inmediato, y los reinos en que se halla España dividida no son de gran extensión. Don Fernando me había referido que pasaríamos cerca del castillo de Quebaro, en el cual habitaba un duende; contóme muchas extravagancias de que los naturales del país están persuadidos, hasta el punto de no haber quien se refugie bajo los techos del castillo, hacia el cual me sentí atraída, pues aunque soy por naturaleza pusilánime, no temo á los espíritus, y aun cuando algo hubiera temido, tranquilizárame al verme rodeada por numeroso acompañamiento. Enderezamos nuestros pasos hacia la izquierda del camino, y llegamos pronto al pueblo que toma del castillo nombre. El dueño de la posada nos manifestó que el duende no gustaba de ser molestado, y si tal deseo tenía, por muchos que fuéramos nos golpearía muy á su sabor hasta dejarnos medio muertos. Estas noticias me hicieron temblar. D. Fernando de Toledo y D. Federico de Cardona, que me daban la mano, comprendiendo mi susto, echáronse á reír. Avergoncéme y fingí tranquilidad. Entramos en el castillo, que sería muy hermoso con un poco de cuidado para evitar su lenta destrucción; falto en absoluto de muebles, sólo vimos en ancha sala unos tapices que representaban los amores de D. Pedro el Cruel y D.<sup>a</sup> María de Padilla. Veíase á esta señora sentada como una reina, entre



varias damas, y al rey poniéndole sobre la cabeza una corona de flores. En otro lugar ella descansaba en un bosque, á la sombra de un árbol, y el rey le ofrecía un halcón. También la vimos vestida en traje guerrero; el rey, armado, le ofrecía una espada, lo cual me hace pensar si Doña María siguió á D. Pedro en alguna campaña. Todas estas figuras estaban mal dibujadas, pero D. Fernando me advirtió que los retratos verdaderos de aquella dama la representaban como una mujer encantadora, la más atractiva de su siglo. Subimos á una torre sobre la cual se alzaba el torreón donde habitaba el duende, pero, por lo visto, estaría éste de paseo, porque allí nadie notó su presencia. Después de recorrer la extensa fortaleza, volvimos á tomar nuestro camino.

Acercándonos á Vitoria, cruzamos una llanura muy agradable. La ciudad está rodeada por dos cercos de murallas, unas viejas y otras nuevas, aparte de las cuales no hay ninguna fortificación. Cuando estuve algo repuesta del cansancio producido por el viaje, propusieronme para distraerme acompañarme á ver una comedia; pero esperando á que ésta principiara, vi con gusto llegar á la plaza cuatro numerosas cuadrillas de jóvenes, precedidas de tambores y trompetas, y después de dar algunos pasos comenzaron la pelea con bolas de nieve, tan vigorosamente arrojadas que daban fuertes golpes.

Más de doscientos adalides intervinieron en aquella lucha, y era de ver, cómo caían y se levantaban sufriendo tumbos y coscorrones, la gritería de todos y las rechiflas del pueblo. Luego me aparté de aquel extraño combate para entrar en la casa donde la comedia debía representarse. Apenas me vi en la sala, escuché á mi alrededor un grito confuso de muchas voces que repetían *¡Mira, mira!*

El decorado del teatro no era muy hermoso; el escenario se alzaba sobre unos toneles y unas tablas desunidas y mal puestas, las ventanas abiertas de par en par dejaban paso á la luz, pues allí no había ni antorchas ni teas, que aumentarían la ilusión del espectáculo. Se representaba la *Vida de San Antonio*, y cuando los cómicos decían algo que gustaba, el público repetía: *¡Victor, victor!* Esto es costumbre aquí. El



encargado de representar al diablo iba vestido como los demás, llevando solamente, para distinguirse de todos, medias coloradas y dos cuernos en la frente. La comedia tenía sólo tres actos, y en los intermedios representaban bailes y saine-tes, acompañados aquéllos por el compás de arpas y guitarras, salpicados éstos por los chistes, algunas veces bien insustanciales, del *gracioso*. Las cómicas danzan con la cabeza cubierta por un sombrerillo y tocando las castañuelas; en la *sarabanda* corren velozmente; su estilo no se parece poco ni mucho al francés; aquí las bailadoras mueven mucho los brazos y pasan con frecuencia la mano por encima del sombrero y por delante del rostro, con una gracia muy singular y atractiva; tocan las castañuelas primorosamente.

No imaginéis á estas cómicas de que hablo inferiores á las de Madrid. Las que figuran en los espectáculos que para el rey se celebran son algo más elegantes, pero las otras, aun las dedicadas á representar *comedias famosas*, son en su mayoría muy ridículas. El público también aparece inconveniente algunas veces; por ejemplo, cuando San Antonio reza un *confiteor* (y lo hace con mucha frecuencia), los espectadores se arrodillan acompañando los *mea culpa* con tan fuertes golpes que parecen suficientes para hundir el pecho.

Tal vez sería éste lugar apropósito para describir los trajes, pero creo conveniente aplazar este trabajo para cuando llegue á Madrid. Entre dos descripciones de objetos parecidos, es necesario escoger la del más bello. Entre tanto no puedo resistir el deseo de apuntar una moda extraña: todas las señoras de esta sociedad abusan tanto del colorete que se lo dan sin reparo desde la parte inferior del ojo hasta la barba y las orejas, prodigándolo también con exceso en el escote y hasta en las manos; nunca vi cangrejos cocidos de más hermoso color.

Aunque llevo un pasaporte firmado por el Rey de España y extendido en amplia forma, me obligan á tomar una cédula en las Aduanas, porque sin este requisito me confiscarían los equipajes.—¿De qué me vale, pues, el pasaporte del Rey?—pregunto á los empleados.—De nada—responden ellos; y añaden que para tener valor la firma del Rey, sería indis-



pensable que el Rey mismo fuese á confirmar de palabra que había firmado aquel documento.

Cuando un viajero no ha cumplido con las formalidades establecidas tomando una cédula, se arriesga mucho á ser despojado de sus bagajes. Es inútil excusarse alegando que un extranjero desconoce las costumbres del país: los empleados contestan secamente que de la ignorancia de los extranjeros se aprovechan los españoles.

El tiempo borrascoso nos detuvo dos días más en Vitoria, cuya plaza principal tiene una hermosa fuente y está cerrada por la casa de la villa, la cárcel, dos conventos y muchas casas bien construídas.

La ciudad está dividida en dos barrios, el viejo y el nuevo; todos los vecinos van dejando aquél para recogerse con más comodidades en éste. Abundan aquí los comerciantes ricos, ocupados en el tráfico del hierro que producen las minas y es llevado á todas partes. Las espaciosas calles tienen á cada lado una fila de árboles. El monte San Adrián dista de aquí siete leguas. Al fin partimos, para llegar á dormir en Miranda. El paisaje, muy agradable al principio, se muestra pronto surcado por un río pedregoso, cuyas aguas corren con estrépito, formando á trechos remansos y cascadas. Subiendo por empinados montes corrimos grandes peligros hasta llegar á las ruinas de una fortaleza, donde también habitan duendes al decir de los labriegos de las cercanías. Detuvimos en un pueblo donde se revisan los pasaportes y se paga el impuesto real; el alcalde, acercándose á mí litera, entabló conmigo conversación y refirióme que hubo en otros tiempos un rey y una reina, padres de una princesa tan bella y seductora, que antes parecía divinidad que humana criatura. Llamábase *Mira* y de tal modo subyugaba, que las gentes, no pudiendo apartar de ella los ojos, repetían al verla: ¡Mira, Mira! Hé aquí la etimología de una palabra buscada en tiempos bien remotos. Nadie pudo ver á esta princesa sin quedar enamorado por los encantos de la que con su orgullo y su indiferencia hería de muerte á sus amadores. Un basilisco no hubiera hecho tantas víctimas como la bella y peligrosa Mira, que despobló en poco tiempo el reino de su padre y



todos los lugares cercanos. Sólo se veían allí muertos y moribundos; después de haber suplicado á la princesa inútilmente, los enamorados pidieron al cielo justicia contra tanto rigor. Algunos dioses irritáronse al fin, y no fueron las diosas quienes tardaron más en dar á conocer su descontento; de manera que, para castigo de Mira, los azotes del cielo acabaron por exterminar el reino de su padre. En esta grande aflicción, habiendo consultado el rey á los oráculos, oyóles decir que no había para nadie piedad hasta que su hija expiara los dolores que habían causado sus ojos, saliendo desterrada, conducida por un fatal destino que la llevaría luego al punto donde perdiera su reposo y su libertad. La princesa obedeció, creyendo imposible que nadie lograra su infelicidad, animando su dormida ternura, y en traje de pastora recorrió las dos terceras partes del mundo, aumentando cada día en tres ó cuatro docenas el número de sus amorosos homicidios, porque su hermosura no disminuía con las fatigas del viaje. Llegó á la espesura que rodea el viejo castillo del conde Nios, joven dotado de mil perfecciones, pero el más arisco de los hombres que, pasando en la caza su vida, acercábase á los leones y huía de las mujeres, por ser lo que más odiaba en el mundo. Allí, la incomparable Mira, reposando á la sombra de unos árboles, vió pasar á Nios vestido con una piel de tigre, llevando el arco atado á la cintura y apoyada la maza sobre un hombro; sus cabellos revueltos como abrupto materral, su cara tiznada como las de los carboneros. No dejó, sin embargo, la princesa de juzgarle agradable y hermoso, y corrió tras él como una loca mientras el conde huía como un loco. Mira perdió á Nios y no supo dónde hallarle; así lloró desesperada noches y días enteros hasta que Nios volvió cazando por aquellos lugares; vióle Mira y siguióle; notólo el conde y escapó; mucho corría, pero su pasión había dado fuerzas á la princesa, y alcanzándole al fin, cogióle por los cabellos y le rogó que la contemplara, segura con esto de conmoverle. Nios inclinó la cabeza deteniendo en la hermosa faz de aquella mujer sus mirades frías, como si no le impresionara más que un tronco del bosque. Nadie quedó nunca tan sorprendido como lo fué la princesa en aquella oca-



sión; llorando siguió al conde hasta el castillo y entró siguiéndole, pero él desapareció luego y ella no le pudo ver jamás. La pobre Mira, desconsolada, murió de pena, víctima de tamaño desprecio, y desde entonces óyense resonar en el castillo de Nios ecos lastimeros. Durante muchos años, reviviendo la tradición, iban las mozas de las cercanías á ofrecer regalos de frutas, leche y huevos á la muerta enamorada, dejándolos en una poterna. Esto lo hacían para consolarla con su recuerdo; pero ya está muy extinguida esta costumbre supersticiosa. Aunque, naturalmente, nada creo de tan difícil historia, me complazco en recordarla como un cuento entretenido, y tan agradable para mi hija que resolvió dedicar también á la difunta princesa unas perdices que habían cazado nuestros acompañantes. Yo no quise privarla de tal capricho que le daba gusto, pero hubiérale tenido mucho mayor comiendo aquellas aves para cenar, bien guisadas.

Atravesamos el río *Urola*, sobre un puente de piedra, y después de haber vadeado un arroyo, llegamos á Miranda, que como pueblo sería considerable, pero como ciudad es muy pequeña. Tiene una plaza grande, adornada con fuentes, y atravesándola el Ebro, le ofrece sus aguas; sobre una cima elevada, el castillo descuella coronado por muchas torres.

Los tres caballeros de que antes hablé, adelantándose á nosotros, habían dado las órdenes convenientes para que tuviéramos cena preparada; juntos la tomamos, y como al acabar era temprano todavía, preguntáronme todos qué deseaba yo hacer para distraerme hasta la hora de dormir. Propuse una partida de tresillo entre los cuatro, interesando yo por mitad en el juego de D. Fernando de Toledo; éste y los otros dos aceptaron, pero D. Federico de Cardona dijo que jugaran sólo sus amigos y el mío, pues él prefería darme conversación. Yo les observaba con gusto, comparando sus modales con los nuestros, á los que no se asemejan en nada.

Jugando aquí los caballeros, jamás pronuncian una palabra, no ya para lamentarse ó mostrar disgusto (esto sería indigno de la gravedad española), ni siquiera para sostener sus derechos con precisas razones; parecen estatuas movi-



das por un resorte, haciendo nada más lo indispensable para proseguir la partida, no permitiéndose aun por gestos el más pequeño desahogo.

Acerquéme luego al brasero y D. Fedrico me acompañó, haciéndome preguntas acerca de la política del rey de Francia, á quien conocía y juzgaba monarca de singulares disposiciones, digno del amor de sus vasallos y de la consideración de todo el mundo. Repliquéle que los sentimientos manifestados por él respecto de nuestro rey me confirmaban en la buena opinión que yo tenía formada de su ilustración y talento; añadí que poco antes de mi marcha tuve noticias de la paz acordada con los holandeses; que el rey había reducido sus compañías, formando las de caballería con treinta y siete individuos, las de dragones con cuarenta y cinco; esta reforma le ahorraba 4.000 caballos, y la que había hecho entre los infantes suprimiendo quince plazas en cada compañía sumaba el número de 45.000 hombres, con todo lo cual demostraba su deseo de respetar los tratados largo tiempo.

Respondióme D. Federico de Cardona que su Rey no estaba peor dispuesto para sostener la paz, según se lo había oído decir cuando fué comisionado por el Principado de Cataluña y el reino de Valencia para suplicar al Monarca que retirase las tropas allí destacadas en invierno; que, bien lejos de conseguir lo que deseaba, dióse por satisfecho, logrando que no reforzara la guarnición con las compañías venidas de Nápoles y Sicilia, y—después de oír el Rey el deseo de los catalanes y valencianos—destinadas á Galicia y á León. Pero—prosiguió—si nos hubieran los franceses ayudado, no tendríamos que pedir tranquilidad al Rey de España. Los pueblos de Cataluña, cansados de la opresión injusta y violencia inaudita de los castellanos, buscaron en 1640 manera de librarse para siempre de tales abusos, poniéndose bajo el amparo del Rey de Francia, que durante doce años protegió su independencia; pero las guerras civiles, turbando luego el reposo de que la Francia gozaba, le impidieron socorrer á los catalanes contra el Rey de España, quien supo aprovechar la coyuntura sometiendo á su obediencia el condado de Barcelona y gran parte del Principado.



Hablóme también del pleito que su parienta la Duquesa de Medinaceli acababa de ganar á su suegra la Duquesa de Frías, esposa del condestable de Castilla. Tratábase del ducado de Segorbe, en el reino de Valencia, y del ducado de Cardona, en el Principado de Cataluña, que la de Medinaceli pretendía como hija mayor y heredera del Duque de Cardona; pero la de Frías, habiendo sido esposa del Duque y gozando la posesión de aquellos bienes, en virtud de un testamento que le concedía el usufructo, defendiendo sus derechos y la voluntad de su primer marido, fué condenada á ceder las tierras á la Duquesa de Medinaceli y á pagarle la renta producida durante nueve años. Díjome también que había dos cosas notables en el ducado de Cardona. Una montaña de sal blanca como la nieve por algunos lados, transparente como el cristal por otros, en ciertos lugares azul, verde, violeta, encarnada y de mil colores diferentes. Aunque, por lo regular, en los terrenos salados ni la hierba crece, allí vegetan los altos pinos y las fecundas viñas. Cuando el sol hiere con sus últimos rayos la montaña, ésta parece cubierta de riquísima pedrería; pero lo mejor de todo es que rinde beneficios considerables. La otra particularidad consiste en el agua de una fuente que, presentando el color del vino claro, tiene un gusto muy agradable.

—Yo no sabía esto—le dije;—pero una prima mía, que ha estado en Cataluña, me hablaba de un arroyo cuyas aguas incoloras hacían ver dorados cuantos objetos se introducían en su corriente. —También lo he visto, señora—prosiguió D. Federico,—y recuerdo que un hombre muy avaro y no escasamente loco arrojaba todos los días al cauce monedas de plata para convertirlas en oro; pero como podéis imaginar, se arruinó en lugar de enriquecerse con tal procedimiento. Si regresáis á Francia por el camino de Cataluña, veréis el arroyo de que hablo.—No será este prodigio lo que allí me lleve—respondíle,—sino el deseo que tengo de visitar la montaña de *Montserrat*.—No dista mucho de Barcelona—dijo el caballero—y es lugar venerado por los devotos; las rocas de su cresta presentan la forma de una sierra y la mole toda parece de la cumbre á la falda serrada, formando en muchas partes no



ya empinada y riscosa cresta, sino lisa pared; la iglesia del convento es pequeña y oscura; vese la imagen de la Virgen algo morena y considerada milagrosa, con el resplandor de 86 lámparas de plata. El altar costó á Felipe II 30.000 escudos, y allí acuden los peregrinos desde todas las partes del mundo. Este santo lugar está rodeado por muchas ermitas habitadas por solitarios muy piadosos y enardecidos en su celo cristiano. Son estos ermitaños en su mayoría personas de alto nacimiento que han abandonado el mundo después de conocer sus falsías y viven extasiados en su dulce retiro, aunque su residencia es dificultosa, pues sólo se puede llegar á sus hogares por peligrosos caminos abiertos en la roca. En aquellas cumbres se goza de una vista muy espléndida, se hallan con frecuencia sonoros manantiales que riegan los pequeños jardines cultivados por aquellos religiosos, y se respira un aire fresco y puro impregnado de sentimientos religiosos y devota soledad.

—Todavía tenemos otro santuario muy renombrado—añadió,—el de *Nuestra Señora del Pilar*, venerada en una capilla de Zaragoza, sobre un pilar de mármol. Dícese que la Virgen apareció sobre aquel pilar á San Jaime y se venera su imagen con mucho respeto. No se la puede ver bien por hallarse alta y en un lugar oscuro, difusamente alumbrado por la claridad de algunas lámparas; el oro y la pedrería brillan á su alrededor, y los peregrinos que acuden á visitarla son muy numerosos.

Zaragoza es una bella ciudad, situada en la orilla del Ebro, sobre una extensa campiña; la hermocean grandes edificios, ricas iglesias, un puente magnífico, espaciosas plazas y mujeres encantadoras, agradables, vivas, y tan amantes de la nación francesa que os dedicarían toda clase de agasajos si su tierra visitárais.—Díjeme que yo había ya oído hablar de ellas en sentido muy favorable. Pero ese país es inclemente, hasta el punto de ofrecer graves dificultades el sostenimiento de las tropas.

—En efecto—replicó,—tal vez porque los aires del río no serán sanos, ó porque les falte á los soldados alguna cosa para satisfacer sus costumbres, los flamencos y los alema-



nes viven allí difícilmente, y los que no mueren buscan pronto manera para desertar; los españoles y los napolitanos siguen también este singular espíritu de constante deserción; estos últimos pasan por Francia y vuelven á su país; los otros, atravesando los Pirineos á lo largo de Languedoc, entran en Castilla por Navarra ó por Vizcaya. Es un camino que los soldados viejos hacen fácilmente, pero que los jóvenes yerran con frecuencia, siendo víctimas en Cataluña de la lucha difícil que fomenta el rey de España, quien sólo con muchos gastos puede sostener aquel ejército, y las victorias que consiguen sus enemigos no son pequeñas.—Ya sé que se siente más en Madrid la menor derrota sufrida en Cataluña que la mayor pérdida en Flandes ó en Milán.—Pero ahora —continuó— vamos á vivir más tranquilos que antes, porque la Corte confía mucho en la duración de la paz, hablándose á todas horas de un casamiento que afirmaría nuevas alianzas, y como al Marqués de *Los Balzanes* se le han conferido las órdenes para que pida la mano de la princesa de Orleans al rey de Francia, supónese que no dejará de hacerse la boda, si bien sorprende que D. Juan de Austria convenga gustoso en la realización del proyecto.

—Mucho tendría que agradeceros—dije—si me dierais á conocer lo que pensáis de tan alabado personaje, y supongo que mi curiosidad no ha de parecer importuna sabiendo que voy á una corte para mí desconocida, y en la que aparecería de sobra necia ignorando sucesos que á las personas principales se refieren. D. Federico de Cardona prometiome cortésmente referir cuanto sabía y juzgaba de importancia en este asunto, y comenzó su relato así:

—No creo disgustaros si, aun á riesgo de ser algo pesado, tomo las cosas desde su origen, advirtiendo que D. Juan de Austria es hijo de una mujer de singular belleza y encanto, llamada María Calderona, cómica, de quien se apasionó locamente un día el Duque de Medina de las Torres; y era este caballero tan gallardo, que María le amó con el mismo delirio con que fué por él amada. En el período más ardiente de aquella pasión, el rey Felipe IV vió á la querida del Duque y la prefirió á una señora noble, dama de la reina, la



cual quedó tan sentida con el cambio del Rey, á quien de veras amaba y del que había tenido un hijo, que se retiró á las Descalzas Reales para tomar el hábito de religiosa.

Como el corazón de la Calderona pertenecía por entero á su amante, ella no quiso aceptar los favores del Rey sin consultar sus propósitos con el Duque y saber si éste consentía: hablóle así, proponiéndole además retirarse á cualquier sitio por él escogido y vivir secretamente á su pasión consagrada; pero temiendo el Duque caer en desgracia con el Rey, le contestó que dispuesto estaba siempre á ceder á su señor una dicha que no podía disputarle; María, indignada, hízole cargos por su debilidad, llamándole traidor á su amor é ingrato para su querida, añadiendo que si él era tan feliz para disponer del corazón á su antojo, ella no estaba en iguales circunstancias, y que si dejaba de verle moriría desesperada. Conmovido el Duque por tan apasionados extremos, prometió fingir un viaje á sus posesiones de Andalucía, y quedarse oculto en casa de la Calderona. Así lo hizo: despidióse de la Corte y, como estaba convenido, ganó en secreto la casa de su amada, exponiéndose á grandes riesgos con su imprudente proceder. El Rey, entretanto, sentíase muy enamorado y satisfecho, y algún tiempo después, cuando María parió á D. Juan de Austria, lo mucho que se asemejaba éste al Duque de Medina de las Torres dió asunto para que las gentes lo creyeran su hechura; sin embargo, entre los varios hijos naturales del Rey sólo D. Juan fué reconocido.

Los partidarios de D. Juan atribuyen esta distinción á un cambio verificado con los hijos de la Calderona y de la reina Isabel; pero esto es una fábula urdida para imponer al pueblo el extremado capricho del Soberano, y que á todas luces carece de fundamento. Pretenden que el Rey, locamente apasionado por la cómica, teniéndola embarazada en el mismo tiempo que á la Reina, le prometió que si de uno y otro lecho nacían varones, haría reinar al hijo de la querida, trocándolo con el de la legítima esposa. «¿Qué arriesgáis en esto, señor? le dijo María para convencerle. ¿No será siempre vuestro hijo el que reine después de vos, y amándome como aseguráis, no amaréis más al príncipe si mi sangre lle-



va? La cómica era lista y el Rey muy débil para sus caprichos; así, se resolvió á llevar á cabo semejante propósito, y con tanto acierto lo ejecutaron, que habiendo parido la Reina y la Calderona en los mismos días, el cambio se hizo; pero Baltasar, el hijo favorecido con el título de Príncipe, murió á los catorce años.

Cítanse con fundamento como causantes de aquella desgracia ciertos cortesanos libertinos que proporcionaron á su alteza inconvenientes fortunas amorosas. Preténdese también que D. Pedro de Aragón, su ayo y primer gentil-hombre, contribuyó más que ningún otro dejando entrar en la cámara del jóven á una mujer de quien estaba enamorado; después de estas visitas, el príncipe fué presa de violenta calentura; los médicos, que ignoraban la causa de la enfermedad, creyeron aliviarle con frecuentes sangrías, que acabaron de robarle sus escasas fuerzas, apresurando su muerte. Al saber el Rey, muy tarde ya para remediarlo, cuanto había ocurrido, desterró á D. Pedro, culpándole por no haber evitado aquellos excesos y por no delatarlos á tiempo.

Entretantó D. Juan, á quien educaron como hijo natural del Rey, no ganaba más consideración en palacio, y seguramente muy grande la lograría siendo lo del cambio en vez de cuento ingenioso verídica historia; pero á pesar de todo, sus amigos sostienen que las facciones del hijo de la Calderona recuerdan las de la reina Isabel como su mismo retrato, y esta opinión no deja de imponerse algo en el ánimo del pueblo, ansioso de novedades, y tan amante de aquella Reina, que todavía la llora como si acabara de morir; muchas veces aún se hace su panegírico sin otro móvil que la veneración á su memoria consagrada. También es cierto que si D. Juan de Austria hubiese querido aprovechar las favorables disposiciones del pueblo, lograra levantar mucho su nombre y su fortuna; pero sus deseos limítanse á servir al Rey, avivando entre los vasallos el respeto y fidelidad que le son debidos.

Retrocedamos, tomando de nuevo en cuenta la intriga de la Calderona. Un día sorprendió el Rey al Duque de Medina



de las Torres con su querida, y en un arretrato de cólera se acercó á él puñal en mano, resuelto á matarle, cuando María se interpuso diciendo que se vengara en ella si ofendido se creía. El Rey no supo negar su perdón, pero desterró al amante, y habiendo sabido, andando el tiempo, que su querida no sabía olvidar y no dejaba de escribir al Duque, buscó amorosos entretenimientos que le aliviaran de aquella pasión, y al sentirse ya libre de las fascinaciones que le cautivaron mientras prefirió á las gracias de todas las mujeres los encantos de la Calderona, hizola retirar á un convento, donde se recogían las queridas abandonadas por el Rey. María escribió al Duque despidiéndose para siempre y tomó el velo de religiosa de mano del nuncio apostólico, que fué más tarde Inocencio X. Parece confirmado que á pesar de todo creyó el Rey á D. Juan hijo suyo, pues le amó tiernamente.

Costumbre singular considero la que prohíbe vivir en Madrid á los hijos naturales que ha reconocido el Rey. Don Juan fué criado en Ocaña, no lejos de la Corte, y su padre le visitaba con frecuencia; otras veces, haciéndole llegar á las puertas de la coronada villa, salía para verle. Antes de ir D. Juan á Cataluña generalmente habitaba el palacio del *Buen Retiro*, donde tenía escaso trato con las gentes, no apareciendo jamás es las fiestas públicas mientras vivió el Rey; pero los tiempos han cambiado y la próspera fortuna de don Juan le conduce obstinadamente á la mundana gloria.

Mientras la Reina María-Ana de Austria gobernaba la España por no haber alcanzado su hijo la edad indispensable para reinar, quiso tener siempre á D. Juan alejado de la Corte, y sintiéndose con fuerzas para sostener las riendas del Estado, satisfaciale no descubrir en el príncipe ningún deseo de hacerse rey; pero, por muchos cuidados que tuviera, procurando evitar á su hijo el fastidio de una larga tutela, y poniéndole á distancia de los que podían despertar en el joven el deseo del poder, no impidió que algunos fieles servidores del Rey, arriesgando mucho, le hicieran saber de qué modo podía conquistar su libertad. El príncipe, admitiendo los consejos que le daban y tomando justas precauciones, desapareció una noche del palacio de Madrid, haciéndose

conducir al *del Buen Retiro*, desde donde dió á su madre las primeras órdenes como Rey.

D. Juan es hombre apuesto, pero de mediana estatura; tiene facciones regulares, ojos negros y vivos, la cabeza hermosa; siendo generoso, valiente y cortés. no ignora cuanto á su elevado nacimiento conviene, y sabe no poco de ciencias y artes; escribe y habla cinco idiomas y comprende algunos más; ha estudiado mucho tiempo astrología judiciaria y conoce perfectamente la historia. No hay un solo instrumento musical que no le sea fácil, hasta el punto de tocarlos todos como un maestro; trabaja la madera en el torno y forja con el hierro fuertes armas; pinta bien y se apasiona con las matemáticas, pero habiéndose comprometido á gobernar el Estado, ahora ceden el tiempo á esta principal sus múltiples ocupaciones.

Volvió D. Juan al *Buen Retiro* á principios del año 1677, y en seguida hizo salir á la Reina madre por el camino de Toledo, alejándola de la Corte, como ella le había tenido alejado del Rey, quien proporcionó al infante extremo gozo encargando á su cuidado el gobierno del reino. El Rey, cuya educación estaba muy atrasada, desconocía por completo el arte de gobernar. Sin duda por haber sido engendrado estando ya su padre muy enfermo, al venir al mundo, hubo que meterlo en una caja llena de algodón, porque tan pequeño era y tan delicado, que se consideró imposible fajarlo; había crecido hasta los diez años estando siempre sobre las rodillas ó entre los brazos de las damas de palacio, sin poner una vez siquiera los pies en el suelo para dar un paso; desde entonces, la Reina, su madre, que por muchas razones se había propuesto sostener al único heredero de la española estirpe, temiendo perderle, no le hizo estudiar por miedo de que se alterara su salud, bien miserable por cierto; y notóse pronto en el Rey aversión invencible hacia las damas que acompañaron su niñez, aversión tan grande que, cuando las encontraba, torcía su camino para no rozarse con ellas, ó se cerraba en su habitación para no verlas. La Marquesa de Los Vélez, que ha sido su aya, refería cómo en cierta ocasión para poder hablar al Rey tuvo



que seguirle durante seis meses inútilmente. Pero cuando la casualidad ponía frente á frente á las damas y al joven Monarca, tomaba éste los memoriales de manos de aquéllas inclinando la cabeza por temor de verlas. Su salud ha ganado bastante, hasta el punto de que al romper D. Juan de Austria el proyecto de matrimonio del Rey con la archiduquesa hija del Emperador, por considerarlo hechura de la Reina madre, el mismo Rey ha manifestado deseos de casarse con la princesa de Orleans.

Difícil parece que con aficiones tan apartadas de la galantería se enamorara repentinamente de su prometida, sin haberla conocido jamás, por el solo relato que de sus buenas cualidades le hicieron y por un retrato en miniatura que le presentaron. Tanto estima el retrato, que ni un momento lo abandona y con frecuencia lo pone sobre su corazón, dedicándole palabras dulces que admiran á los cortesanos; su pasión por la princesa le hace imaginar mil pensamientos que á nadie confía; párecele que cuantos le rodean se preocupan muy poco por su impaciente afán, retrasándole la dicha de verla; escríbele sin cesar y manda todos los días correos extraordinarios, portadores de sus cartas á la ida, y de noticias que le apasionan á la vuelta. Cuando lleguéis á Madrid, señora—D. Federico añadió,—podrán contaros muchas cosas ocurridas probablemente durante mi ausencia, y que satisfarán vuestra curiosidad mejor que mis noticias.

—Muy obligada quedo con vuestra complacencia—le dije; —pero antes de dar por terminadas vuestras explicaciones, que me hagáis notar os ruego los verdaderos trazos del carácter español.

—Ya los conocéis bastante—replicóme,—porque no creo que hayan escapado á vuestra penetración.

—Como me habláis libre de pasiones y de mezquinos intereses—añadí,—quiero saber lo que pensáis para ceñir mi juicio á vuestro pensamiento.

—Los españoles—dijo D. Federico de Cardona—siempre tuvieron fama de soberbios y blasonadores; esta soberbia revestida de gravedad es tan grande, que puede considerarse un orgullo desmedido; son valientes sin temeridad, y es tan-



ta en este punto su cordura, que no falta quien los crea poco animosos; son coléricos y vengativos, teniendo siempre cuidado de disimular su arrebató; generosos sin ostentación, sobrios en la comida, tan presuntuosos en la suerte próspera como serviles en la suerte adversa; adoran á las mujeres y son tan amantes de la belleza, que para sus pasiones pocas veces cuentan con el talento de sus elegidas; sufridos con exceso, tenaces, perezosos, independientes; honrados hasta el punto de arriesgar la vida por sostener una palabra empeñada. La naturaleza los dotó de atractivo, ingenio y clara inteligencia; comprenden fácilmente, y expresan con sencillez y precisión sus ideas. Son, además, prudentes, celosos con exceso, desinteresados, derrochadores, reservados, supersticiosos y muy católicos, al menos en apariencia. Versifican sin trabajo y podrían fácilmente abarcar los conocimientos científicos más difíciles é interesantes, si decidieran aplicarse á su estudio, que, regla general, desdeñan. Muestran grandeza de alma y elevación de miras, firmeza, seriedad y un respeto hacia las damas á ningún otro comparable; sus maneras son estudiadas, llenas de afectación; cada español está convencido de su propio mérito, y raras veces hacen justicia tratando del mérito de los demás. Su bravura estriba en sostenerse valerosamente á la defensiva, sin retroceder y sin temor al peligro; pero así como no lo temen cuando en él se hallan, no lo buscan por afán de arriesgarse, y esta buena cualidad, que algunos juzgan timidez, proviene de su sereno entendimiento. Cuando adivinan el riesgo, procuran evitarlo con noble cordura; sólo cuando quieren vengarse no perdonan medios ni escuchan razones; sus máximas en este particular son absolutamente contrarias al cristianismo y al honor. Cuando reciben afrenta mandan asesinar al que se la infiere; y advertidos por esta costumbre, muchas veces asesinan traidoramente al ofendido para librarse de su venganza, sabiendo de seguro el ofensor que si no mata será muerto. Pretenden justificar estos abusos diciendo que, cuando su enemigo logra por malos medios una ventaja, puede cualquiera procurarse otra por medios peores. La impunidad lo autoriza todo, valiéndose del privilegio de que gozan las



iglesias y los conventos en España, donde la justicia no tiene derechos contra un hombre que se acoge á lugar sagrado. Los criminales procuran cometer siempre sus fechorías á poca distancia de estos lugares, para tener cerca el altar que los redime, viéndose algunas veces abrazado á él un malhechor empuñando todavía el acero que colora la sangre de su víctima.

Refiriéndose á la figura de las gentes, para designar sus trazos más comunes hay que suponer un tipo de poca talla, flaco, la cintura estrecha, la frente despejada, las facciones regulares, los ojos hermosos, los dientes iguales, el color pálido y moreno. Es distinguida condición andar velozmente y tener la pierna gruesa y pequeño el pie, ir calzado sin tacón, no usar polvos, peinarse abriendo raya sobre un lado de la cabeza y recoger detrás de las orejas el pelo cortado por igual; cubrirse con un sombrero forrado de seda negra, usar golilla, más fea y más incómoda que la gorguera, y vestir siempre traje negro; en vez de camisa, ponerse mangas de seda ó de tabí, ceñir espada desmesuradamente larga, cubrirse con una capa de pañete negro, llevando sobre las piernas ajustadas calzas y en el cinto un puñal. En verdad todo esto desluzce mucho á quien lo viste, aun siendo el tal de gallarda figura; parece que han escogido las prendas más desagradables para componerse.

Si D. Federico hubiera seguido hablando, escuchárale yo con placer; pero calló al ver que los otros caballeros habían dejado de jugar; y, suponiendo que yo tenía ganas de acostarme, porque á la mañana siguiente debíamos proseguir muy temprano el viaje, salieron todos de mi habitación.

Dormí poco, y me levanté con el alba, para poder pernoctar en Birviesca, que distaba de allí una buena jornada. Seguimos una ladera del río para evitar las montañas, y atravesamos un torrente que se precipita en el Ebro. Poco después entramos en un camino tan estrecho, que nuestras literas difícilmente podían pasar por él; subimos una cuesta muy empinada que nos condujo á Pancorvo; atravesamos una gran llanura limitada por una cadena de montañas, y todavía cruzamos otro riachuelo antes de llegar á Birviesca, un

pueblo donde no hay cosa notable aparte del colegio y algunos jardines bastante bonitos á la orilla del agua, y donde nos cogió un terrible temporal. Sentíame tan fatigada, que me acosté sin haber siquiera visto á D. Fernando de Toledo y á los demás caballeros, con los que me reuní al siguiente día en *Castel de Peones*.

Pero creo necesario describir de qué modo vivimos en estas posadas, haciendo cuenta de que muy poco va de unas á otras. Cuando se llega muy mohino y muy cansado, frito por los ardores del sol ó convertido en témpano de nieve (porque no hay temperatura media entre dos bien extremas), ni se halla puchero en la lumbre ni un plato fregado. Entrando por la cuadra, se sube al piso por una escalera tan estrecha y difícil que parece una mala escalerilla de mano.

La cuadra está generalmente llena de mulas y arrieros, que hacen servir las albardas de sus mulas de mesa por el día y de almohada por la noche; comen y duermen en amistosa compañía con los mulos, compañeros de fatigas. La *señora de la casa*, que se halla mal perjeñada con un vestido viejo y desabrochado, corre á ponerse su traje de los días de fiesta mientras el viajero se apea de la litera, no faltando jamás á este cumplimiento, porque son tales mujeres tan presumidas como pobres.

El huésped es conducido á un cuarto cuyas paredes son bastante blancas y están llenas de cuadrillos devotos muy mal pintados. Las camas no tienen colgaduras; las colchas, bastante decentes, son de algodón con flecos; las sábanas del tamaño de una servilleta, las servilletas poco mayores que un pañuelo de sonar; y es preciso habitar una posada de importancia para encontrar media docena de servilletas, pues en las de los pueblos no se ve una sola, ni tampoco tenedores. No hay más que un vaso en toda la casa, y cuando los arrieros lo cogen primero, cosa que suele acontecer, es preciso para beber esperar con paciencia á que se hayan servido y no les haga falta, si no se prefiere hacerlo con un cántaro. Es imposible calentarse acercándose al fuego de las cocinas, por que, como éstas no tienen chimeneas, el humo ahoga. El hogar está en medio de la cocina,



y á la lumbre se pone sobre una teja lo que se quiere asar; cuando está quemado por una parte, le dan la vuelta. Si es grande la pieza, se ata de una cuerda que la mantiene suspendida del techo, recibiendo el calor del fuego; hácenla girar con la mano, y el humo la pone tan negra que sólo mirarla repugna.

No creo que pueda verse más exacta representación del infierno que la presentada por esas cocinas, con la gente agrupada en ellas; porque, sin temor á la humareda horrible que ciega y sofoca, reúnen al amor de la llama una docena de hombres y otras tantas mujeres, todos más negros que diablos y apestosos y sucios como cerdos, vestidos como pordioseros. No falta nunca uno que rasque torpemente la guitarra y que cante como un gato enronquecido. Las mujeres están desmelenadas, llevan gargantillas cuyos granos de cristal son tamaños como avellanas y dan seis ó siete vueltas al cuello, sirviendo para ocultar la piel más ruin del mundo. Todos ellos son más ladrones que las urracas y no se apresuran á servirnos más que para hurtarnos algo, aunque sólo sea un alfiler, y lo consideran ganado como botín de guerra cuando pertenece á un francés.

Apenas llegamos, la dueña de la casa nos presenta sus niños, que van con la cabeza descubierta en invierno como en verano, aun siendo recién nacidos, y les hace tocar nuestros vestidos, frotándoles con ellos los ojos, las mejillas, la garganta y las manos, como si el viajero fuese reliquia que curara con el solo contacto de su traje todos los males. Acabadas estas ceremonias, nos preguntan si queremos comer, y aunque haya pasado ya la medianoche, como no hay nada en la casa, es necesario ir á comprar á la carnicería y al mercado, á la taberna y al horno de pan; en fin, á todas partes donde puede haber comestibles, para reunir los aprestos de una mala cena. Aunque sea tierno el cordero, la manera de freirlo, con aceite, pues aquí se usa poco la manteca, no es del gusto de todos. Las perdices abundan bastante y son grandes; pero á la sequedad propia de su carne se añade otra peor, porque las asan hasta carbonizarlas. Los pichones son excelentes, y en muchas partes abunda el buen

pescado, particularmente los besugos, que tienen el gusto de la trucha, y con los cuales se hacen pasteles, que serían muy buenos si no estuvieran cargados de ajo, pimienta y azafrán.

El pan lo hacen con trigo de Indias, al que llamamos en Francia trigo de Turquía. Es muy blanco, tan dulce que parece amasado con azúcar, está poco trabajado y muy crudo, es plano y tiene sólo como un dedo de grueso. El vino es agradable, deliciosas las frutas, y en el mes de Septiembre se comen unos moscateles muy exquisitos; los higos son excelentes, y se aliñan ensaladas hechas con una lechuga tan dulce y refrescante que no tiene igual.

No creáis que basta decir «traedme tal ó cual cosa» para que os la sirvan. Con frecuencia no hay lo que se pide; pero supongamos que lo haya en alguna parte, será preciso adelantarse el dinero para que vayan á comprarlo; de manera que, antes de haber comido, la comida se ha pagado, pues no está permitido al dueño de la posada ofrecer más que sus habitaciones. Dicen, para probar la razón de tal extrañeza, que no es justo que sólo el posadero se lucre con la llegada de los huéspedes, y que vale más repartir entre varios la ganancia.

Yendo de jornada, los viajeros no entran á comer en los mesones; llevan provisión de comida y páranse para tragarla, en alguna pradera junto á un arroyo, mientras los arrieros dan á los mulos un pienso de cebada ó avena mezclada con paja recortada que llevan en grandes sacos; estos animales no prueban el heno. Á una mujer no se le permite hospedarse más de dos días en una posada de las que se hallan situadas en los caminos, si no expresa las razones que á más larga permanencia la obligan.

Después de cenar los caballeros que me acompañaban, resolvieron jugar un tresillo, y como yo no sé bastante para competir con ellos, acepté la participación que D. Federico de Cardona me ofrecía en su juego, mientras D. Fernando de Toledo se acomodaba cerca del brasero dispuesto á entretenerme con su conversación.

Según me dijo, agradárale mucho que yo tuviera tiempo



disponible para ir á Valladolid, ciudad, á su juicio, la mejor de Castilla la Vieja, residencia en otro tiempo de los reyes que allí tienen un palacio digno de su grandeza, y donde tiene D. Fernando familia que me agasajaría, enseñándome, además de otras cosas, el convento de dominicos fundado por los Duques de Lerma, rico y bello edificio adornado con una hermosa portalada donde figuran estatuas y bajorelieves de mucho mérito; en el colegio de este convento los franceses ven con satisfacción las paredes sembradas por flores de lis, y se dice que las hizo pintar un obispo vasallo del Rey de Francia; condujéranme también al coro de las monjas de Santa Clara, para ver la tumba de un caballero castellano que solloza cada vez que muere un pariente suyo.

Al oír esto no pude contener una sonrisa de incredulidad pero D. Fernando prosiguió—Dudáis, y no quiero esforzarme para convenceros ni aseguraros como incontestable verdad una cosa tan extraordinaria; pero lo que sí aseguro es que hay en un pueblo de Aragón llamado Velilla una campana que suena sin que nadie la toque ni el viento la mueva, presagiando accidentes funestos. En 1601 hizose oír desde el jueves 13 de Junio hasta el sábado siguiente: calló después algunos días y volvió á tañer el de Corpus, al punto de salir la procesión. Oyóse la también cuando Alfonso V, Rey de Aragón, fué á Italia para tomar posesión del reino de Nápoles; á la muerte de Carlos V; cuando el Rey de Portugal D. Sebastián marchó á tierras africanas; cuando agonizaba Felipe II y en los momentos postreros de su esposa la Reina Ana.

—Queréis que os crea—le dije cuando acabó,—pero soy tan obstinada que, sin dudar un instante de vos, dudo aún de lo que me relatáis.—Antes bien creo señora—dijo D. Fernando—que tenéis en mí poca fe, y tal vez os haga más fuerza lo que puede afirmaros D. Esteban de Carvajal refiriendo un acontecimiento extraordinario de su país.

D. Esteban aseguró que había en el convento de los Hermanos Predicadores de Córdoba una campana que anunciaba la muerte de los religiosos de la comunidad, dándoles un día de lugar para que prepararan sus conciencias.

—Atravesáis tan precipitadamente la vieja Castilla—prosiguió D. Fernando,—que no podéis ver nada notable, y mucho lo son, por ejemplo, la Virgen que se apareció milagrosamente pintada en una roca, y ciertas minas de sal, á las que se baja por más de cien escalones que terminan en anchurosa caverna, cuya techumbre se apoya en un pilar de sal cristalina de tamaño y belleza sorprendentes; muy cerca de aquel lugar, en la ciudad de Soria, se ven un gran puente sin río y un gran río sin puente, por haber torcido el cauce un temblor de tierra. Pero si llegáis á Medina del Campo, sus habitantes os recibirán con mucho agrado, porque se precian de amar á los franceses, sólo por aparecer con sentimientos distintos de los que abrigan los demás castellanos. La ciudad goza de tales privilegios, que no pueden: ni el Rey otorgar empleos en ella, ni el Papa conferir beneficios. Estos derechos pertenecen á los vecinos, que muchas veces andan á palos en las elecciones de magistrados y elesiásticos.

Una de las cosas que más agrada en este país á los extranjeros es el acueducto de Segovia, que tiene cinco leguas de longitud, más de doscientos arcos de altura extraordinaria, superpuestos en algunos lugares formando tres ó cuatro pisos, construídos con piedras de talla, apoyadas una con otra sin estar unidas por argamasa ni cemento. Esta obra se atribuye á los romanos, y si no lo es acaso, bien merecía ser suya tan colosal empresa. El río, que pasa cerca de la ciudad, rodea el Alcázar, sirviéndole de foso. Entre varias cosas notables de aquella fortaleza, construída sobre roca, admírase una colección de retratos de los Reyes que ha tenido España durante muchos siglos.

Sólo en Sevilla y en Segovia se acuña moneda; el agua mueve los molinos que se dedican á esta fabricación.

Vense grandes paseos á lo largo de una pradera, formados por olmos de tan espeso ramaje que los rayos del sol no pueden atravesarlo.

—No dejan de mover mi curiosidad todas estas cosas que atención merecen—dije á D. Fernando;—pero ahora me sería imposible detenerme, y no es otro mi deseo que llegar temprano á Burgos.



—Para que logréis del mejor modo posible vuestras intenciones—repuso D. Fernando levantándose,—bueno será que no tardéis en retiraros.—Y advirtiéndolo á los que jugaban, dejaron éstos el juego y despedímonos todos.

Al llegar á Burgos sentimos el frío de aquella ciudad, que superaba mucho al de todos los pueblos donde hasta entonces nos habíamos detenido, y nos dijeron que ni en verano dejaba de sentirse, mientras en toda España el calor era insoportable. Extiéndese la ciudad desde la falda de una montaña por la llanura, y el río lame sus murallas. Las calles son estrechas y tortuosas; el castillo, no muy grande, pero sí bien fortificado, está en lo alto de la montaña; vese más abajo el arco de triunfo de Fernán-González, que los viajeros admiran. Burgos fué la primera ciudad reconquistada á los moros, corte de los reyes de España y capital de Castilla la Vieja; tiene hermosos edificios, distinguiéndose entre los mejores el palacio de los Velascos. En todas las encrucijadas y en las plazas públicas hay surtidores con estatuas, algunas de las cuales son bonitas esculturas; pero lo mejor de todo es la Catedral; tan espaciosa es, que se han cantado en ella cinco misas á la misma hora y en distintas capillas sin interrumpirse las unas á las otras; su arquitectura es tan primorosa y de un trabajo tan exquisito, que la puede acreditar obra maestra del arte gótico; esto es tanto más notable teniendo en cuenta lo mal que se construye generalmente en España, en algunas provincias por miseria y en otras por falta de piedra y cal. Me han asegurado que se ven en Madrid muchas casas de tierra, y que las mejores son de ladrillo trabado con barro, que sustituye malamente la cal. Para ir desde la ciudad al barrio de la Vega, hay que pasar tres puentes de piedra; la puerta llamada de Santa María es muy alta y tiene una imágen de la Virgen; este barrio, formado casi en absoluto por conventos y hospitales, contiene uno muy grande, fundado por Felipe II para hospedar durante un día á los peregrinos que van á Santiago; la abadía de Mil Flores, cuyo edificio es magnífico, no está muy distante de allí. Vense también muchos jardines, regados por manantiales y arroyuelos que corren constantemente.

Quise ver en el convento de Agustinos el Santo Cristo conservado en una capilla del claustro, tan grande y tan sombría, que para ver la imagen tienen encendidas constantemente sus lámparas; éstas pasan de ciento, siendo unas de oro y otras de plata, de un tamaño tan extraordinario que cubren toda la bóveda de la capilla. Hay también 60 candeleros de plata más altos que un hombre de buena estatura, y tan pesados, que para moverlos se necesita el esfuerzo de dos ó tres obreros; están alineados en el suelo á uno y otro lado del altar, adornado con cruces y coronas de rica pedrería, donde abundan los diamantes y las perlas. La capilla está ricamente tapizada de tisú y tan cubierta de ofrendas y exvotos, que no hay lugar para todos los que á allí se destinan, de manera que se guardan muchos en las arcas.

El Cristo, de tamaño natural, está colocado sobre un altar y cubierto con tres cortinas bordadas de perlas y pedrería; cuando se descorren, lo cual no se hace más que para recibir la visita de altos personajes ó en las grandes ceremonias, repican las campanas y todo el mundo se pone de rodillas. Ciertamente, aquel sagrado lugar y aquella divina imagen inspiran religioso respeto. El Crucifijo está perfectamente labrado y ofrece toda la realidad de carne humana; está cubierto desde el estómago á los pies con una tela fina y muy plegada, como una enagua, que á mi juicio le hace desmerecer bastante. Repútase obra de Nicodemus, pero los amantes de lo extraordinario creen que ha bajado del cielo milagrosamente. Me han contado que algunos religiosos de la ciudad lo robaron una vez para tenerlo en su convento, y que al día siguiente apareció de nuevo el Cristo en su antigua capilla; de nuevo se lo llevaron á viva fuerza, y de nuevo la imagen volvió á su lugar. Sea de esto lo que quiera, muchos milagros se le atribuyen y mucha devoción inspira. Los frailes que le cuidan afirman que suda todos los viernes.

De vuelta íbamos á la posada cuando nos alcanzó, corriendo á toda prisa, el criado del caballero Cardona, perseguido por tres frailes muy acalorados. De repente formé un juicio temerario, creyendo, sin dudarle un punto, que habría hecho presa el fugitivo de algún objeto entre los muchos que llenan



el santuario; pero D. Federico, que junto á mí estaba, indagando la causa de tal suceso, averiguó que, habiéndose quedado el último aquel hombre con las espuelas calzadas en la capilla del Cristo, los frailes quisieron obligarle á dar algún dinero, y habiéndose resistido, después de propinarle algunos pescozones que alentaron su ánimo para escapar, siguiéronle hasta donde nosotros vimos. Los caballeros que me acompañaban recordaron la costumbre que no permitía entrar en la capilla con espuelas, ni salir de ella sin aflojar el bolsillo á quien con ellas había entrado.

La ciudad no es muy grande; sírvele de ornamento una bonita plaza, con soportales formados por altas columnas en que se apoyan las hermosas fachadas de las casas; con frecuencia se dan allí corridas de toros; á esta diversión se muestra el pueblo muy aficionado. Hay también un puente muy bien construído, muy largo y muy ancho; el río que pasa por debajo riega una fértil vega. El comercio, antes considerable, tiene hoy poca importancia en Burgos, cuyos habitantes hablan el castellano más correctamente que los de otras poblaciones españolas, siendo los hombres, además, tan aguerridos que cuando el Rey necesita soldados, allí los encuentra mejores y en mayor número.

Después de cenar, comenzó el tresillo. D. Sancho Sarmiento dijo que cedía su lugar, porque gustoso considerábase obligado á darme conversación mientras los otros caballeros jugaban. Sabía yo que D. Sancho había regresado de Sicilia poco antes de conocerme, y le pregunté si se contaba entre los que ayudaron á refrenar la rebelión de aquel pueblo.—¡Ah! Señora—dijo,—el Marqués de las Navas por sí solo bastaba para imponer un castigo muy superior al crimen. En Nápoles hallábame, deseoso de ir á Flandes, donde tengo parientes que llevan mi apellido, cuando el Marqués de los Vélez me hizo desistir de aquel propósito, aconsejándome que acompañase al Marqués de las Navas, á quien el Rey enviaba de Virrey á Sicilia. Llegamos á Messina el 6 de Enero, y como á nadie avisó y nadie había preparado recibimiento para tan alto personaje, no pudieron recibirle con los honores que de ordinario se tributan al Virrey, cuyas intenciones eran tan ene-

migas de aquellas pobres gentes que sólo pudieron ser advertidas con lágrimas.

De recién llegado, hizo encarcelar á dos jurados, cuyos nombres eran Vincenzo Zuffo y D. Diego, reemplazándolos por dos españoles en sus destinos; suprimió rigurosamente la Academia de Caballeros de la Estrella y comenzó á cumplir las órdenes que D. Vicente Gonzaga mucho tiempo antes había recibido y eludía por bondad ó por flaqueza. Hizo publicar desde luego un reglamento según el cual el Rey cambiaba por completo la forma de gobierno de Messina, quitándole á la ciudad las rentas que disfrutaba; prohibíale que usara en lo sucesivo el título glorioso de *Ejemplar*; cerraba el Senado y sustituía los seis jurados por seis elegidos, dos de los cuales necesariamente serían españoles; ordenando que los elegidos no pudieran presentarse por la calle con su traje de magistrados; que los tambores y las trompetas no les acompañarían abriéndoles paso, como hasta entonces fué costumbre; que no irían juntos en una carroza con cuatro caballos; que en vez del *Stratico*, abolido, el Rey nombraría un gobernador español, reservándose derecho de revocar tal nombramiento; que los magistrados ocuparían un sencillo banco y no serían incensados en las iglesias; que vestirían á la española, y sólo podrían reunirse para tratar los asuntos públicos en una sala del palacio destinado al Virrey.

Grande fué la consternación, pero aumentó mucho más el día 5 del mismo mes, cuando el Marqués de las Navas suprimió todos los privilegios, recogiendo los originales y hasta las copias, siendo todos estos papeles quemados públicamente por mano del verdugo. Fué preso en seguida el Príncipe de Condro, y el desconuelo de toda su familia, en especial de su hermana Eleonora, era tan conmovedor que arrancaba lágrimas al más indiferente. La hermana del Príncipe no ha cumplido todavía diez y ocho años, y siendo extremada su belleza, su talento es excepcional.

Enterneciase D. Sancho con estos recuerdos y claramente comprendí que su ternura no era originada sólo por la piedad. Sin embargo, continuó hablándome de Messina.—El



Virrey—dijo—hizo publicar un bando por el cual ordenaba á todos los ciudadanos, bajo pena de diez años de prisión y multa de cinco mil escudos impuestos al desobediente, que llevaran sus armas al palacio; hizo descolgar una gran campana cuyos toques daban aviso para que se armasen los habitantes, y la mandó romper en mil pedazos. Declaró poco después que mandaría construir una ciudadela abarcando el barrio llamado *Terra-Nova* hasta el mar; y por su mandato, fundiéronse las campanas de la catedral para hacer una estatua del Rey de España. Los hijos del Príncipe de Condro fueron detenidos, y el temor extremóse más todavía cuando el Virrey decretó la pena de muerte contra Vincenzo Zuffo, uno de los jurados. Esta prueba de severidad alarmó á todo el mundo, pero todavía disgustó más el hecho siguiente. Habiéndose retirado á otros puntos de Italia muchas familias de Messina durante las últimas revueltas, el Marqués de Liche, Embajador de España en Roma, les aconsejó que volvieran á su país, asegurándoles que todo estaba calmado y la amnistía general publicada, y para facilitarles el viaje les dió pasaportes. Estos desdichados, que ni se habían levantado en armas ni pertenecían al número de los revoltosos, no teniendo de qué acusarse, no creían que se los pudiera tratar como culpables, y volvieron á Messina. Pero apenas desembarcados, el gozo de hallarse ya en su país natal, rodeados de sus amigos, fué turbado por una inesperada prisión que contra todos ellos decretó el Virrey, sin distinguir edades ni sexos. Destruyó la torre de Palermo, y habiendo intentado los principales contribuyentes de la ciudad oponerse á los impuestos excesivos que el Marqués de las Navas había señalado para el trigo y otras mercancías, mandólos á galeras, sin dejarse aplacar por el llanto de las mujeres ni la desastrosa posición en que dejaba desde entonces á tantos hijos.

Os confieso, añadió D. Sancho, que mi carácter es tan opuesto á los rigores con que se oprime á aquel miserable pueblo, que me fué imposible permanecer más tiempo en Messina. El Marqués de las Navas quiso enviar á Madrid un mensajero para enterar al Rey de lo que había hecho, y llegando á mi noticia, roguéle que me encargara de la comi-

sión. En efecto, dióme los despachos que luego entregué á S. M., rogándole al mismo tiempo que se apiadara del Príncipe de Condro, y me atrevo á pensar que mi recomendación no será del todo infructuosa.—Estoy persuadida—le dije—que sería este deseo principal motivo de vuestro viaje; no soy muy sagaz, pero me parece que os interesan profundamente los asuntos de esa triste familia.—Es verdad, señora—continuó—que la injusticia que con tan desdichado Príncipe se ha cometido me hace sufrir.—Si no fuera hermano de la princesa Eleonora—repuse,—tal vez estaríais más tranquilo acerca de este asunto; pero no hablemos más, pues noto que os afligen estos recuerdos, y dadme á conocer algunas cosas notables de las muchas que habrá en vuestro país.—¡Ah, señora!—exclamó D. Sancho.—Sin duda queréis mofaros, pues no debéis ignorar que Galicia es tan pobre y tan medianamente bella que no hay lugar de alabarla. Sin embargo, la ciudad de Santiago de Compostela es bastante considerable, estando á la cabeza de la provincia; no hay muchas en España de mayor extensión y riqueza. Su arzobispado cuenta setenta mil escudos de renta y el cabildo otro tanto. La población está situada en una agradable llanura rodeada por no muy altas colinas; diríase que la naturaleza las ha puesto allí para resguardar la ciudad contra los vientos mortales que vienen de otras montañas. Hay Universidad, hermosos palacios, grandes iglesias, plazas públicas y un hospital de los más considerables y mejor servidos de Europa; forma dos patios cuadrados de gran anchura, con fuentes en el centro de cada uno; varios caballeros de Santiago residen en la ciudad, y la metrópoli que está dedicada á este santo conserva su cuerpo. La catedral es en extremo bella y muy rica. Dícese que en la tumba de Santiago se oyen rumores, como choques de armas, y estos ruidos sólo se producen cuando los españoles han de sufrir alguna derrota. Su imagen está en el altar mayor, y los peregrinos la besan tres veces y le ponen sobre la cabeza el sombrero que á cada uno sirve, formando este acto extraño parte de la ceremonia. Hacen todavía otra cosa muy singular: suben á la bóveda de la iglesia, donde hay una cruz de hierro, á la que



dejan prendido los peregrinos un jirón de su traje. Pasan bajo esta cruz por un espacio tan reducido que se ven obligados á ir por él á gatas, y los que son algo corpulentos ó gordos expónense á reventar. Pero hay gentes tan sencillas y superticiosas que, habiéndose olvidado algunos de realizar aquella ceremonia, vuelven exprofeso desde cuatrocientas leguas de distancia; porque allí acuden peregrinos de todas partes del mundo. Hay también una capilla francesa, muy bien cuidada por cierto, y se asegura que los Reyes de Francia envían de cuando en cuando para su conservación alguna buena limosna. La iglesia subterránea es más bonita que la edificada sobre el suelo; vense tumbas magníficas y epitafios muy antiguos que excitan la curiosidad de los viajeros. El palacio arzobispal es grande y bien construído, y su antigüedad aumenta su belleza y su importancia. Un hombre á quien conozco, gran averiguador de etimologías, asegura que la ciudad de Compostela se llamó así porque Santiago debía sufrir el martirio en el lugar donde viese aparecer una estrella: Campo-Stella. Ciertamente, otras gentes también lo juzgan así. El celo y la credulidad del pueblo, siempre anheloso de cosas extraordinarias han creído ver en una roca bastante ahuecada que se halla en Padrón, cerca de Compostela, el supuesto barco dentro del cual Santiago abordó aquellas playas después de atravesar los mares, donde sin un continuado milagro hubiérase á cada instante sumergido.—No teneis apariencia de dar crédito á tales cosas —dijele.—Él sonrió, continuando su discurso:—No quiero dejar, pues la ocasión se ofrece, de haceros la descripción de nuestras milicias. Reúnense todos los años en el mes de Octubre, y los jóvenes, desde los quince años, tienen obligación de formar parte de ellas; y tal rigor se usa, que si un hombre pretendiera encubrir á un hijo para librarle de aquella fatiga y su intento se descubriese, sería condenado á prisión para toda la vida. Hanse visto algunos ejemplos, pero en verdad no son frecuentes; y los labriegos reciben tanto gusto en verse armados y oirse llamar *caballeros* y *nobles soldados del rey*, que por nada del mundo perderían esta ocasión.

Es cosa rara encontrar en todo un regimienno dos soldados que tengan más de una camisa; sus trajes son de una tela tan gruesa que parece tejido con cordeles. Sus pies van mal calzados y sus piernas desnudas; cada cual lleva unas plumas de gallo ó de pavo en el pequeño sombrero que se sujeta con un cintajo atado al cuello; su espada, con frecuencia sin vaina, cuelga de una cuerda; el resto de sus armas no están mejor dispuestas, y de tal manera equipados van á Tuy, donde se reúnen todos, porque es una plaza frontera de Portugal. Hay tres puntos de reunión semejantes, estando en Ciudad-Rodrigo y Badajoz los otros, pero Tuy está mejor guardado por hallarse frente á frente de Valencia, plaza considerable del reino de Portugal, que ha sido cuidadosamente fortificada; estas dos ciudades se hallan tan próximas una de otra, que pueden luchar á cañonazos, y si los portugueses no han dejado de artillar bien su Valencia, los españoles tampoco descuidan la defensa de Tuy, construída sobre una montaña cuyo pie bañan las aguas del Miño. Allí es donde acuden nuestros gallegos, deseosos de combatir contra los enemigos del rey, y aseguran, con ademán algo fanfarrón, que nada temen. Valientes deben serlo, porque andando el tiempo han formado tropas que nada tienen que envidiar á las más aguerridas de toda España; pero es una calamidad para el reino que así se dediquen los jóvenes al servicio de las armas. Las tierras en su mayor parte permanecen incultas, y hacia Santiago de Compostela el campo es un desierto; hacia el Océano, siendo mejor el país y más poblado, encuéntranse varias cosas útiles á la vida y no pocas agradables, como granadas, naranjas, limones y otras clases de frutas, excelentes pescados y particularmente sardinas, más gustosas que las que llevan de Royan á Burdeos.

Una de las cosas, á mi juicio, más singular de este reino es la ciudad de Orense, una parte de la cual goza siempre de las dulzuras de la primavera y de los frutos del otoño á causa de multitud de manantiales de agua caliente que templan el aire con sus exhalaciones, mientras la otra parte de la ciudad sufre los rigores de interminables inviernos, porque está al pie de una montaña muy fría; así pueden sen-



tirse durante una sola estación las impresiones de todas las que forman el año.

—No me habláis—le dije—de aquella famosa fuente que se nombra Louzana.—¡Eh! ¿Quién os habló de tal cosa?—preguntóme con un aire algo preocupado.—Personas que la vieron—añadi.—Os manifestarían sin duda—prosiguió—que en la alta montaña de Cebre hállase la fuente en el nacimiento del arroyo Louro, que tiene su flujo y su reflujo como el mar, bien que se halle alejado veinte leguas de la costa; como más grandes son los calores más agua brota, muchas veces fría como el hielo y otras, por el contrario, hirviendo, sin que pueda explicarse tal cambio por una causa natural.—Me hacéis un gran favor dándome á conocer particularidades que yo ignoraba—le dije,—porque soy muy curiosa tratándose de sucesos que se aparten de lo común.—Quisiera—respondióme—que la premura del tiempo no fuera tanta, para referiros muchas cosas extraordinarias que podrían agradaros; pero antes de llegar á Madrid no ha de faltarnos espacio para tratarlas en nuestras conversaciones. Y como era ya hora de retirarse, nos despedimos.

Cuando quise acostarme, una criada me condujo á una galería llena de camas, como si fuera de hospital. Yo dije que aquello era ridículo, no necesitando más que cuatro camas, darme treinta colocadas en lugar tan espacioso y ventilado, donde iba á helarme; respondiéronme que aquel sitio era el más decente de la casa, y fué necesario conformarse.

Hice arreglar mi cama, y cuando acababa de acostarme, llamaron suavemente á la puerta; mis doncellas abrieron, quedando no poco sorprendidas al ver entrar al posadero y á la posadera, seguidos por una docena de miserables tan mal perjeñados que casi desnudos iban. Abrí las cortinas al oír el ruido para observar lo que pasaba, y abrí más los ojos al ver aquella noble compañía; la posadera se me acercó para decirme que aquellas buenas gentes iban á dormir en las camas sobrantes. ¡Cómo! ¡Dormir aquí!—le dije.—Debéis hablar en broma.—Cara me costaría—respondió—si dejaba tantas camas vacías; es necesario, señora, si no

queréis que mis nuevos huéspedes las ocupen, que os comprometáis á pagarlas.

Podéis imaginar cuánta sería mi cólera viéndome de tal modo burlada. Estuve á punto de mandar venir á D. Fernando y demás caballeros que me acompañaban, y que á una sola indicación mía hubieran hecho salir por la ventana á los traficadores de aquel abuso. Pero me apacigüé por evitar las consecuencias de un escandaloso altercado, y resignéme á pagar lo que se me pedía. Aquellos ilustres castellanos, ó por mejor decir aquellos canallas que habían tenido la insolencia de entrar en la galería, se retiraron con los posaderos después de hacer muchas reverencias.

Al día siguiente creí morirme de risa al saber que aquellos viajeros no eran tales, sino vecinos de la posada que prestaban aquel servicio cada vez que se necesitaba esquilmar á un extranjero. Cuando quise contar las camas para pagarlas, arrastráronlas hacia el centro de la galería, para dejar en descubierto algunos nichos de la pared, llenos de paja, donde malamente podría dormir un perro; pero contándolos á veinte sueldos cada uno, arreglé la cuenta sin incomodarme, porque me pareció el suceso muy original. Tarde salimos de Burgos, porque andaba el tiempo revuelto, y habiendo llovido mucho durante la noche, quería yo esperar á que las aguas cesaran de correr; pero como esto no acontecía, decidíme á entrar en mi litera. Á poca distancia de la ciudad estábamos aún, cuando me dieron tentaciones de retroceder, pues no se veían los caminos y presentábase difícil uno muy empinado que debíamos forzosamente andar. El arriero que iba delante tuvo la desgracia de que su mulo tropezara y cayera con él á un precipicio, contra cuyas peñas abrióse la cabeza y se deshizo un brazo. Como este malaventurado era el famoso Felipe de San Sebastián, en cuya pericia los demás confiaban, produjo una compasión general su desgracia y nos hizo estar mucho tiempo entretenidos en sacarlo del sitio á que cayó. D. Fernando de Toledo le cedió caritativamente su litera. Echósenos encima la noche, y estábamos ya en tal punto que ni podíamos adelantar gran cosa ni retroceder hasta Burgos; detuvímonos en Madrigalesco, aldea



que no cuenta más de doce casas; afortunadamente, nosotros llevábamos provisiones para muchos días. La mejor casa estaba sólo á medio cubrir, y acababa de alojarme yo en ella cuando un viejo venerable se me presentó diciéndome que, siendo aquel sitio el único donde más decentemente podía recogerse una dama, en nombre de aquella que acompañaba rogábame que la permitiese permanecer allí conmigo, asegurándome que la tal señora era mujer de calidad, andaluza, viuda reciente y que iba sola.

Uno de nuestros caballeros, D. Esteban de Carvajal, también andaluz, preguntó al viejo el nombre de la dama, y al saber que era ésta la Marquesa de los Ríos, dirigiéndose á mí, hablóme de ella ensalzándome su mérito singular y noble nacimiento. La Marquesa vino luego en su litera, de la cual no se había apeado por no haber tenido la dicha de hallar hasta entonces una casa donde pudieran hospedarla.

Su traje me pareció muy singular; es preciso ser tan hermosa como la Marquesa para conservar algunos encantos envuelta en aquellas negruras. Negra era la toca, negro el vestido, negra la batista sin pliegues que caía más abajo de las rodillas, negra la muselina que le circundaba el rostro y le cubría la garganta, ocultando en absoluto su cabellera; negro el manto de tafetán que hasta los pies la tapaba; negro el sombrero, de anchas alas, sujetado por debajo de la barba con cintas de seda negra. Me han dicho que el sombrero sólo se usa viajando. Tales el traje que visten las viudas y las dueñas, capaz de imponer miedo al más valiente, pues hácese á la vista insoportable. Sin embargo, la joven Marquesa estaba muy hermosa con su incómodo luto, el cual no se lo quitan las mujeres hasta que vuelven á casarse, y entre las muchas cosas que las viudas se ven precisadas á tener en cuenta en este país, se las obliga á llorar la muerte de sus maridos, á quienes algunas veces no habrán amado mucho en vida.

He sabido que las mujeres pasan el primer año de luto en una habitación tapizada de negro, donde no se deja entrar un solo rayo de sol, y se sientan con las piernas cruzadas sobre un pequeño almohadón de tela de Holanda; al termi-

nar este año se retiran á otra habitación cuyas paredes tienen tapices bastante más claros, pero exentas de cuadros y espejos, de los que no hacen uso las viudas, como tampoco de los servicios de plata ni de los muebles de lujo; es preciso que vivan tan retiradas que parecen pertenecer á otro mundo; estas contrariedades son causa muchas veces de que las damas ricas vuelvan á casarse para disfrutar libremente de sus riquezas.

Después de cambiar saludos y palabras corteses, díjome la hermosa viuda que iba camino de Burgos con objeto de visitar á una monja de las Huelgas amiga de su madre; este convento encierra más de ciento cincuenta religiosas, hijas en su mayoría de príncipes, duques y otros títulos; añadió que la abadesa es señora de catorce villas y de más de cincuenta lugares, superiora de diez y siete conventos, y mostró el deseo que tenía de pasar algún tiempo en un monasterio.—¿Podréis acostumbraros, señora—le dije,—á la vida retirada del claustro?—No me será difícil—respondió,—y creo tener en el convento más trato del que tengo ahora en mi casa, porque, respetando la clausura, esas monjas disfrutan de mucha libertad. Generalmente se consagran á Dios las jóvenes más bellas, y esas pobres criaturas hacen sus votos á los seis ó siete años; con frecuencia sus padres ó cualquier pariente los pronuncian por ellas; mientras las inocentes víctimas se distraen comiendo confituras, déjanse vestir como es preciso para tal ceremonia. Una vez ésta terminada, ya no es posible retroceder; pero en cambio del sacrificio se les concede todo lo que desean y es factible dentro de su nueva condición. Las hay en Madrid, que se titulan damas de Santiago, que al ingresar hacen sus pruebas como los caballeros de esta orden y llevan, como ellos, una cruz roja en forma de puñal bordada en los escapularios y en los grandes mantos blancos que visten. La casa que habitan estas damas es magnífica y en ella reciben sin dificultad á cuantos van á visitarlas. Sus habitaciones son espaciosas y están amuebladas con lujo. Las monjas disfrutan grandes pensiones, y cada una de ellas tiene tres ó cuatro doncellas á su servicio; pero, en cambio, no salen nunca ni ven á sus fami-



lias más que á través de múltiples rejas. Esto no agradaría tal vez en otro país, pero en España estamos acostumbradas. En algunos conventos, las religiosas tratan más caballeros que las mujeres que viven en el mundo; tampoco son menos galantes; no se concibe mayor donaire ni delicadeza más exquisita que la que allí se hace notar, y como ya os he advertido, en esos lugares reina la belleza; las monjas consideran los placeres que no pueden gozar como los más agradables de la vida y pasan su juventud en una tortura digna de compasión, diciendo que permanecen allí á la fuerza y que los votos que se les hizo pronunciar en la niñez debieran ser considerados como juegos infantiles.

—Señora—le dije,—hubiera sido lástima que vuestros padres os obligaran á vivir así; después de conocerlos bien, se puede asegurar que todas las españolas hermosas no están encerradas en los claustros. —¡Ay! señora—repuso la Marquesa suspirando,—yo no sé lo que quisiera ser. Desde luego me juzgaría muy descontentadiza si no me hallara satisfecha de mi fortuna, pero hay penas que toda reflexión no es bastante á calmar.

Pronunciando estas palabras inclinó la cabeza fijando en el suelo sus brillantes ojos y se abandonó de pronto á una profunda meditación que me hizo comprender cuántos motivos de disgusto mortificarían el pensamiento de la Marquesa; por mucha que fuese mi curiosidad por conocerlos, como hacía tan poco rato que nos hallábamos juntas, no me atreví á rogarle que me diera, refiriéndomelos, una prueba de confianza, y, para librarla de la melancolía que por completo la embargaba, pedíle noticias de la corte, pues no debían faltarle viniendo de Madrid. Esforzándose por disimular su emoción, nos dijo que se habían hecho grandes iluminaciones para festejar los días de la Reina madre, pero las más decorosas apariencias no bastaban á cubrir mal disimuladas aprensiones; el Marqués de Mancera, mayordomo de la Reina, recibió la orden que le mandaba retirarse á veinte leguas de la corte. Añadió que la flota portadora de tropas con destino á Galicia desgraciadamente había naufragado en las costas de Portugal; que la joven Duquesa de Terra-Nova se casaba

con D. Nicolás Pignatelli, Príncipe de Monteleón, su tío; que el Marqués de Leganés había renunciado al vicerreinato de Cerdeña, por no separarse de una mujer con quien sostenía relaciones amorosas; que D. Carlos Omodei, Marqués de Almonacid, se hallaba enfermo gravemente por el disgusto que le había ocasionado ver que no le otorgaban el título de grande de España que pretendía por haberse casado con la heredera de Castel-Rodrigo, quien había gozado aquella distinción; y lo que más le afligía era saber que D. Aniel de Guzmán, primer marido de su esposa, obtuvo tan alto honor, de modo que D. Carlos consideraba las dificultades que se le oponían como un rechazo á sus individuales condiciones, y esto aumentaba su pena.—En verdad señora—le dije,—es muy extraño que un hombre de corazón se disguste profundamente por motivos de tal naturaleza; todo lo que no se refiere al valor ni á la reputación no debe ser mortal.—En España—repuso la hermosa viuda sonriendo—no se razonan tanto las ambiciones.

D. Federico de Cardona, que se interesaba mucho por el Duque de Medinaceli, pidióle noticias.—El Rey—contó la Marquesa—le acaba de hacer presidente del Consejo de Indias. La Reina madre ha escrito al Rey acerca de los rumores que corren de su casamiento; muéstrase sorprendida de que las cosas vayan tan de prisa y que todavía no se lo haya participado. Aconséjale que mientras los preparativos se terminan, realice un viaje á Cataluña y Aragón. D. Juan de Austria conoce también la necesidad de que pronto se lleve á cabo este viaje y convence al Rey para que vaya cuanto antes á prometer á los pueblos de Aragón que respetará sus antiguos privilegios.—¿Es decir, señora, que los aragoneses gozan distintos privilegios que los castellanos?—Sí—replicó la Marquesa;—los hay extraordinarios y como, por lo visto, los ignoráis, pienso agradaros refiriéndolos. Hé aquí lo que averigüé:

La hija del Conde D. Julián, llamada la Cava, era una de las más hermosas mujeres del mundo; el Rey D. Rodrigo apasionóse por ella de tal modo que, no teniendo límites su amor, tampoco los tuvo su deseo. Estaba en África el Conde



cuando recibió la noticia del ultraje inferido á su hija, y respirando sólo venganza, trató con los moros manera de facilitarles la entrada en España (esto sucedió en 714, después de la batalla de San Martín, en que D. Rodrigo perdió la vida, según parecer de algunos, pues otros aseguran que huyó á Portugal), con lo que dió lugar á las luchas de ocho siglos que la historia minuciosamente refiere. Los aragoneses fueron los primeros que sacudieron el yugo de los bárbaros, y no habiendo entre ellos ningún príncipe de la raza de los Reyes godos, decididos á elegir uno, se fijaron con preferencia en un señor de aquel país llamado García Jiménez. Pero, como el pueblo era dueño, impuso leyes, atribuyéndose muchos poderes en gracia del título que confería. Así se convino en que, cuando el monarca derogase alguna de las leyes impuestas, se consideraría nula su autoridad y se le nombraría un sucesor; para sostener contra el Rey sus privilegios, el pueblo instituyó un magistrado soberano á quien llamaba Justicia, el cual estaba encargado de juzgar los actos del Rey, de los jueces y del pueblo; pero siendo bastantes las atribuciones del soberano para poder vengarse de quien acriminara su conducta, se determinó hacer al Justicia inviolable hasta el punto de que sólo pudiera juzgarle y condenarle la Asamblea completa de los estados, que se llama las Cortes. Acordóse además que, si el Rey oprimía á cualquiera de sus vasallos, los grandes y los notables del reino podían unirse para evitar que sus bienes fueran confiscados hasta que, comprobada su inocencia, entrara de nuevo en posesión. El Justicia debía intervenir en todo, y deseoso el pueblo de hacer sentir cuanto antes á Garci-Ximénez el poder de que aquel magistrado estaba revestido, elevaron una especie de trono donde se colocó al Justicia y decidieron que el Rey con la cabeza descubierta se arrodillase á sus pies jurando respetar los privilegios. Terminada esta ceremonia, los vasallos reconocieron al soberano de una manera tan particular como poco respetuosa, pues en lugar de prometerle fidelidad y obediencia, le dijeron: Nosotros, que valemos tanto como vos, os nombramos Rey á condición de que guardéis nuestros privilegios y franquicias; de otro modo, no os reconocemos.

Cuando llegó á reinar D. Pedro, pareciéndole indigna de la grandeza real esta costumbre, pretendió por todos los medios que fuese por las Cortes abolida. Compulsado el voto general, escribiósele su resolución en un pergamino, y al recibirla el Rey, manchándolo con sangre que hizo brotar de su mano con la punta del puñal, dijo que una ley bastante poderosa para dejar al pueblo en libertad de elegir soberano con la sangre del soberano se borraba. En Zaragoza existe todavía una estatua del Rey D. Pedro (á quien llamaron el del *Puñal*) con un puñal en una mano y el privilegio en la otra. Los últimos Reyes no han respetado tan religiosamente los fueros como sus antecesores.

Pero hay una ley muy singular que subsiste aún, la ley de la manifestación: por ella, si un aragonés ha sido mal juzgado, depositando quinientos escudos puede levantar su querrela ante el Justicia, el cual está obligado, después de una minuciosa requisición á castigar al que juzgó erradamente; y si el Justicia yerra, el oprimido puede recurrir á los estados del reino, que se reúnen y nombran nueve personas escogidas entre los grandes, los eclesiásticos, la nobleza y las comunidades, perteneciendo tres á la primera clase y dos á cada una de las demás; siendo de notar que para estos casos eligen á los más ignorantes para juzgar á los más hábiles togados, ya sea para humillarlos, ya, como ellos dicen, porque la justicia debe ser tan clara que los mismos campesinos y los más ajenos á cargos judiciales puedan comprenderla lisa y llanamente. Por esta razón los jueces tiemblan cuando van á pronunciar una sentencia, temiendo que no resulte al fin contra su vida ó sus bienes, si cometen el más ligero error. ¡Ay! Si esta costumbre se generalizara, no sería mala fortuna. Y lo más extraordinario es que la justicia se considera siempre soberana y sus fallos nunca dejan de cumplirse, aun cuando sean injustos. Castigan al juez que ha dado una mala sentencia, pero ésta se cumple. Si se trata de la muerte de un desdichado, al reconocer su inocencia, el juez es ejecutado á sus ojos, pero él no se salva; débil es el consuelo que se le proporciona. Si el juez acusado cumplió bien su deber, el que promovió la querrela pierde los quinientos escudos de-



positados; pero cuando tiene razón, aunque se trate de cien mil escudos de renta, los pierde cuando así lo falló el juez, á quien se castiga obligándole á pagar al querellante quinientos escudos y confiscando el resto de su hacienda en provecho del Rey.

Hay también la costumbre de distinguir por el suplicio el crimen cometido. Por ejemplo, á un caballero que ha matado á otro en duelo (porque allí está prohibido batirse) se le corta la cabeza por delante, y al que ha asesinado, se le corta por atrás; así se distingue á los caballeros de los traidores.

Añadió la Marquesa que los aragoneses tenían un orgullo natural, difícil de reprimir, pero gozaban de tan elevado espíritu, de tan buen gusto y de sentimientos tan nobles, que los distinguían entre todos los vasallos del Rey de España; que siempre habían abundado en su territorio los grandes hombres, desde su primer Rey, hasta Fernando, y que se habían hecho notar siempre por su valor y agudeza.

Por lo demás, su país es tan estéril que, haciendo excepción de algunos valles regados por canales que toman al Ebro sus aguas, todo lo demás es seco, arenoso, lleno de brezos y rocas. La ciudad de Zaragoza es grande, sus casas son mejores que las de Madrid, sus plazas públicas tienen alrededor anchas arcadas; la calle Santa, que sirve de paseo, es tan ancha y tan larga que parece una gran plaza prolongada; adórnala muchos palacios de señores, siendo el de Castel-Morato uno de los más bellos; la bóveda de la iglesia de San Francisco sorprende á los que la ven, porque siendo de anchura extraordinaria, no está sostenida por ninguna columna: la ciudad no está fortificada, pero son de tal naturaleza los habitantes que les bastaría su valor para defenderla; no habiendo fuentes, hay que servirse del agua del río Ebro, por el cual no transitan en aquel trecho las embarcaciones, temerosas de sufrir averías en los múltiples y peligrosos escollos que allí existen. El arzobispado vale sesenta mil escudos; el vice-reinato, que no tiene renta, es un puesto de honor, ocupado por grandes señores que á costa de su bolsillo sostienen el rango de su empleo, para someter á pueblos de naturaleza imperiosa y altanera, poco afables con los extraños y tan

poco expresivos que preferirían estar solos en su casa toda la vida que dar los primeros pasos para contraer nuevas amistades; hay una Inquisición severa, cuyo establecimiento es magnífico, y un parlamento muy riguroso; lo cual no impide que aparezcan en este reino compañías de bandoleros dispuestas á extenderse por toda España y que no dan cuartel á los viajeros; estos bandoleros roban algunas veces jóvenes de buenas familias para obtener de sus padres pingüe rescate, y cuando son hermosas, las conservan en su poder, lo cual es para ellas la mayor desdicha que podía sucederles, pues toda su vida se ven obligadas á vivir entre gentuza ladrona que las hospeda en guaridas espantables ó las lleva sobre la grupa de un caballo, siendo víctimas del amor y de los celos de sus amantes. Cuéntase de uno de tales hombres que, llevando una vez consigo á su querida y siendo perseguido por los soldados, cayó al fin, atormentado por los mortales balazos que de sus perseguidores recibía. La dama, que por cierto era hija del Marqués de Camarasa, grande de España, intentó escapar aprovechando aquellos momentos; pero notándolo el moribundo, asióla por los cabellos y le clavó un puñal en el pecho para que nadie gozara la belleza que con frenesí él adoró.

La hermosa Marquesa de los Ríos callóse llegando á este punto, y yo le di las gracias por la bondad con que me había referido noticias tan curiosas.—Yo no creo, señora—me dijo,—que debáis darme las gracias, y llegué á temer que me reprocharais por haberos entretenido con una conversación tan larga y tan fastidiosa. No quise que á la hora de comer la Marquesa se alejara de mí; aceptó ella mi sencilla invitación y acostóse luego conmigo porque sólo disponíamos de una cama. Un trato halagador y franco la indujo á quererme, y me lo aseguró en términos tan amorosos que no puede dudarle; porque las españolas son más cariñosas que nosotras, y para quien les agrada tienen conmovedoras y tiernas expresiones.

Al día siguiente supimos que no era posible proseguir el viaje, pues, habiendo nevado toda la noche, no se descubrían trazas de ningún sendero en la campiña. Como tenía-



mos buena compañía, este contratiempo no nos desazonó y pasamos algunas horas jugando al tresillo y otras en amigable conversación. Después de permanecer allí, acompañada por la Marquesa de los Ríos, tres días que me parecieron un instante —con tal placer la escuchaba y veía,—nos separamos con verdadera pena y no sin prometer escribirnos y vernos en otra ocasión. El tiempo ha mejorado y continúo mi viaje para llegar á Lerma; hemos cruzado montañas espantosas que llevan el nombre de Sierra de Cogollos, pero nos ha costado mucho trabajo. La ciudad de Lerma es pequeña y le dió su apellido el famoso Cardenal, primer Ministro de Felipe III. Hay un castillo que mañana visitaré, porque, siendo ya tarde, me falta tiempo y sólo deseo descansar.

Los españoles estiman el castillo de Lerma y lo alaban como una maravilla, concediéndole casi la misma importancia que al Escorial; es un edificio y un lugar ciertamente digno de atención. Está situado en una pendiente y formado por cuatro cuerpos y dobles hileras de pórticos que cierran el patio central y dan paso á los vestíbulos y á varias dependencias; las ventanas se abren sobre la campiña. Rebajan el mérito de la construcción pequeños torreones terminados en punta de campanario, adheridos á los cuerpos principales y que, lejos de servir de ornamento, afean el conjunto. Las habitaciones son muy espaciosas y están doradas con esplendidez; el castillo tiene un hermoso parque, atravesado por un río y regado por varios arroyuelos; árboles frondosos en verano dibujan sus orillas y descúbrese á poca distancia un espeso bosque.

Me preguntó el conserje si deseaba ver á las monjas, cuyo convento está vecino al castillo; díjele que sí lo deseaba, y él nos hizo atravesar una galería, al fin de la cual descubrimos una reja, en la que aparecieron luego varias religiosas, bellas como el sol, cariñosas, regocijadas, jóvenes, discurriendo acerca de todo con acierto.

Hablando estaba yo con la abadesa cuando una niña entró á decirle algo en voz baja, y una vez concluido el recado, supe que una dama de alta calidad, hija de D. Manrique de Lara, Duque de Valencia y viuda de D. Francisco Fernán-

dez de Castro, Conde de Lemos y Grande de España, vivía retirada en aquel convento, y cuando averiguaba que alguna dama francesa se detenía en Lerma, rogábale que le hiciera una visita. Prometí agradarla y la niña le llevó mi respuesta.

La dama se acercó á la reja poco rato después, vestida como las españolas de hace cien años; llevaba chapines, que son una especie de sandalias que levantan mucho el pie, y con las cuales no es posible andar sin apoyarse mucho en otra persona; sostenían á la Condesa las dos hijas del Marqués del Carpio; una rubia, cosa poco general en este país, y la otra con los cabellos negros como el azabache. Su hermosura me sorprendió, y para mi gusto, sólo las encontré algo delgadas, pero esto no es un defecto en este país donde agrada ver los huesos dibujándose á través de la piel. El traje de la Condesa de Lemos parecióme tan singular que preocupó mi atención. Aquella señora vestía una especie de corpiño de raso negro abrochado con gruesos rubies de un valor considerable, y tan subido el cuello como un ajustador, con mangas estrechas rematadas en altas hombreras. Un espantoso guardainfante que no le permitía sentarse como no fuera en el suelo, sostenía una falda bastante corta de raso negro, acuchillada profusamente con brocado de oro. Llevaba un cuello alechugado y collar de magníficas perlas y diamantes. Sus cabellos eran blancos, pero los ocultaba cuidadosamente bajo una blonda negra. Tenía setenta y cinco años, y juzgué que habría sido extraordinariamente bella; sus ojos brillaban aún y su piel estaba tersa sin la más insignificante arruga; fuera difícil encontrar un carácter más delicado y más vehemente que el de la anciana Condesa. Su talento chispeante y su figura hermosa, según me refirieron, han llamado mucho la atención entre la sociedad de su tiempo; contemplábala yo como se mira una interesante antigüedad.

La Condesa me dijo que había tenido el honor de acompañar á la Infanta cuando se casó con el Rey Luis XIII y que había conservado un recuerdo muy grato de la corte de Francia, tanto, que apreciaba todo lo que de allí procedía, quedando muy satisfecha cada vez que se le proporcionaba ocasión de hablar con franceses. Rogóme que le diera noti-



cias del Rey, de la Reina, de Monseñor y de la Princesa de Orleans.—Pronto veremos á la Princesa—exclamó con alegría,—pues dicen que será nuestra Reina. Respondíle á todo lo que podía satisfacer su curiosidad, y ella se mostró satisfecha. Preguntóme cómo estaba la viuda del Conde de Fiesco.—No la conozco personalmente—añadió,—pero he sido amiga de su esposo cuando estuvo en Madrid por mandato del Príncipe de Condé. Era en extremo galante, y caballero como pocos, instruído y decididor; escribía versos, y recuerdo que á mi ruego dió principio á una comedia que no quiso concluir, aunque según parecer de algunos más inteligentes que yo, en lo que dejaba escrito había trozos de verdadero mérito. Una fiebre lenta, una profunda melancolía y una verdadera devoción le apartaron bruscamente del amor y de todos los placeres de la vida.

Hícele saber entonces que la Condesa de Fiesco seguía siendo una de las más principales mujeres de la corte, y que sus méritos no eran menores que los de su señor marido. Lo mucho que distinguió al Conde su protector el Príncipe de Condé basta para su panegírico.—Yo conocí al Príncipe cuando estaba Flandes, á la llegada de la Reina de Suecia.—¿Conocisteis á la Reina?—le dije interrumpiéndola.—¡Oh! Señora, tened la bondad de indicarme algunos trazos de su carácter.—Algunos conozco—prosiguió—bastante singulares, y á fortuna lo tengo porque me ponen ahora en el caso de poder complacerlos.

El Rey de España envió á D. Antonio Pimentel en calidad de embajador á Stockolmo para descubrir las intenciones de los suecos cuanto le fuera posible. Desde mucho tiempo atrás mostrábanse hostiles con la casa de Austria, y no se dudaba que harían cuanto pudieran para contrariarla en su deseo de hacer elegir por Rey de los romanos al hijo del Emperador. Encargóse Pimentel de realizar este propósito sutilmente, y, en efecto, con los atractivos de su figura, de su carácter y de su talento, llevó á término sus negociaciones mejor de lo que todos pudieran imaginar. Conociendo desde un principio el flaco de la Reina, ganó su confianza; reparaba que la novedad tenía para la Reina poderoso atractivo, que en-

tre los muchos extranjeros que á su corte llamaba, el último era siempre el más favorecido. Así formó un plan con objeto de agradaarla y conquistó sus complacencias hasta el punto de ser informado por ella misma de las cosas más secretas que no era prudente decir; pero se consiguen muchas ventajas y se adelanta rápidamente cuando se sabe hallar el camino del corazón. El de la Reina se había sometido de tal modo á su voluntad, que D. Antonio lo gobernaba como un soberano; por este medio pudo escribir al Emperador y á los electores en breve plazo noticias tan positivas y tan agradables que bastaron para suponer al Consejo de la Reina de Suecia extraño á la declaración que había hecho ella en favor del Rey de Hungría. Consumada esta intriga, creían que luego el Rey ordenaría el regreso de Pimentel, porque ya no se ofrecía ningún asunto que reclamase la presencia de un embajador. Pero si era inútil al Rey que don Antonio residiera en Stockolmo, no era indiferente á la Reina, que trabajaba sin cesar para conservarle á su lado. Siguióla desde aquella ocasión á todas partes el enviado del Emperador, y muchas gentes que se dejan engañar fácilmente por las apariencias, creyeron que la Reina cedía gustosa el trono á su primo, porque no se asomaron á sus ojos lágrimas ni temblaba su voz cuando arengó á sus vasallos con valentía y elocuencia. Pero la muchedumbre no pudo traslucir los íntimos sentimientos de la Princesa, que hablando enérgicamente, sentía penetrada su alma por vivo dolor, desesperándose al entregar al Príncipe palatino un cetro que había heredado legítimamente y sostenido con dignidad.

El Príncipe tuvo la precaución de hacer declarar que si la Reina quería casarse elegiríale por esposo. Desde entonces ella comenzó á sufrir las trabas y sujeciones que se le impusieron; por otra parte, no estaba satisfecho el pueblo de que le gobernara una joven soltera y estudiaba más sus defectos que sus buenas cualidades; el Príncipe, bajo cuerda, fomentaba el disgusto del pueblo, hasta el punto que la Reina, que por cierto no era muy perspicaz en sus desconfianzas, lo notó. Descubriendo el afecto que mostraba su pueblo al Príncipe, sintió celos, que pronto se trasformaron en odios implacables.



La compañía del Príncipe se le hizo insufrible, y él, notándolo, retiróse á una isla que le había tocado en herencia; pero no tomó esta resolución hasta que hubo sembrado entre sus admiradores buenos recuerdos contra la conducta de la Reina.

Cuando ésta se vió libre de un objeto cuya sola presencia la disgustaba, no se consagró á gobernar su reino, sino que, siguiendo las aficiones que al cultivo de las bellas letras la llamaban, dedicóse por completo al estudio. Su maravilloso talento hacía progresos admirables en las ciencias, pero que de seguro le serían menos precisos que un proceder atinado para salvar su gloria y sus intereses. Sucedió con frecuencia que, después de haber pasado algunos días retirada en sus habitaciones, presentábase disgustada, diciendo que los autores eran unos ignorantes, que teniendo la imaginación entumecida, entumecen la de los demás; y cuando los caballeros de su corte la veían en semejante disposición, acercábanse á ella con más confianza y sólo se trataba de buscar deleites en el amor, en las comedias, en los bailes, en los torneos, en las cabalgatas y en la caza. La Reina entregábase por completo á placenteras voluntades; nada podía sacarla de aquellos fascinadores juegos; y á este defecto unió otro mayor, que consistía en enriquecer á los extranjeros á costa del Estado.

Los suecos empezaron á murmurar, la Reina fué advertida. Parecióle las quejas injustas y poco respetuosas; quiso vengarse de los que la hostigaban y anduvo tan desacertada que se castigó á sí propia. En efecto, cuando menos lo esperaba nadie, y cuando aún era tiempo de buscar menos violentos remedios, abandonó de pronto la corona y el reino á su primo, á quien no amaba, para quien deseó tanto mal y á quien hizo tanto bien. Ella no creyó que pudieran penetrar los motivos de su resolución, y quiso con tan singular arranque de generosidad distinguirse entre las heroínas más famosas de todos los siglos; pero, en efecto, su conducta en adelante no la distinguió más que para perjudicarla.

Viéronla partir de Suecia vestida de bien extraño modo, con una especie de casaca, una saya corta, botas altas, un pañuelo atado al cuello, un sombrero de plumas y una peluca,

detrás de la cual los cabellos trenzados formaban un moño como se lo hacen las damas en Francia para preparar su tocado, y que producía un efecto ridículo. Prohibió á todas sus damas que la siguieran, y escogió algunos hombres para servirle y acompañarla. De ordinario solía decir que no le gustaban los hombres porque fueren hombres, sino porque no eran mujeres. Pareció que abandonaba su sexo al abandonar sus estados, pero no le faltaron alguna vez debilidades capaces de avergonzar á las más débiles mujeres.

Constante, Pimentel marchó á Flandes con ella, y como entonces estaba yo en Flandes—continuó diciendo la Condesa de Lemos,—vilos llegar. D. Antonio me procuró el honor de besar la mano á la Reina, y toda su influencia fué necesaria para conseguir tal merced, pues D.<sup>na</sup> Cristina de antemano había hecho advertir á todas las damas de Bruselas y Amberes que no deseaba ni quería que fueran á visitarla; pero á pesar de tales rarezas recibíome cumplidamente, y lo poquito que habló juzguélo donoso y extraordinariamente oportuno; á cada instante juraba como un soldado, sus palabras y actitudes eran tan libres que casi podrían llamarse deshonestas, tanto que, sin el respeto debido á su rango, nadie las tolerara.

Á todos decía que apasionadamente deseaba conocer al Príncipe de Condé, á quien admiró como su héroe favorito, encantada por sus grandes acciones; y obstinábase mucho en aprender á sus órdenes el arte de la guerra. El Príncipe no sentía menores deseos de conocerla, pero en esta impaciencia de los dos, la Reina se detuvo un momento pensando en algunas formalidades y ciertas conveniencias que no quería tener presentes cuando fuera el Príncipe á visitarla. Estas razones le privaron de verla con las acostumbradas ceremonias, pero un día, cuando las habitaciones de la Reina estaban llenas de cortesanos, el Príncipe se presentó sin anunciarse. Ya porque hubiese visto un retrato suyo, bien porque su aire marcial le distinguiera entre todos los demás, lo cierto es que la Reina convenióse, al mirarle, de quién era el Príncipe, y quiso probárselo con asiduas y extraordinarias atenciones.



Él se retiró pronto; ella le siguió para despedirle, pero entonces él se paró diciéndole: «Ó nada ó todo.» Pocos días más tarde preparóse una entrevista en Mail, que es el parque de Bruselas; uno y otro hablaron con suma indiferencia y no escasa frialdad.

Por lo que á D. Antonio Pimentel se refiere, las aficiones que le manifestó la Reina son bastante conocidas para que no hayan llegado hasta vos, señora, y creo no deba contaroslas en detalle, pues quizá yo tampoco estoy del todo bien informada.

Callóse, y aproveché aquel momento para darle gracias por la complaciente amabilidad con que me había enterado de asuntos de la Reina, que con ansia quería yo conocer. Dijome finamente que no veía motivo alguno que la hiciera digna de mi agradecimiento, y preguntóme si había visitado el castillo de Lerma. Á mi afirmación contestó diciendo: —El que lo construyó era favorito del Rey Felipe III, que murió víctima de las etiquetas extremadas de nuestra corte. Segura estoy de que no sucediera otro tanto á un Rey de Francia. Figuraos que D. Felipe III, de quien os hablé, estaba despachando su correspondencia, y como hacía bastante frío aquel día, le pusieron un brasero á poca distancia de la mesa, de manera que todo el calor le daba en el rostro, por el cual corrían gotas de sudor tan grandes como si le hubieran echado agua sobre la cabeza; la dulzura de su carácter no le permitió quejarse de aquella incomodidad, de la que no habló siquiera, porque nunca le parecía mal ordenada ninguna cosa. El Marqués de Tobar, habiendo reparado el malestar que producía en el Rey tan intenso calor, advirtió al Duque de Alba, gentilhombre de cámara, para que mandase apartar el brasero; pero el Duque de Alba dijo que aquel cuidado no le correspondía por depender de otro destino, y advirtió que sería necesario hacerlo presente al Duque de Uceda. El Marqués de Tobar, inquieto viendo sufrir al Rey, tampoco se atrevió á favorecerle, temeroso de propasarse demasiado ejerciendo el cargo de otro, y sin tocar el brasero, mandó advertir al Duque de Uceda, que por desgracia no estaba en Madrid, habiendo salido á ver

las obras de una casa magnífica que á poca distancia de la villa mandaba construir. Este recado recibió el Marqués, y nuevamente propuso al Duque de Alba la idea de apartar el brasero, pero hallándole inflexible, creyó conveniente, antes de resolverse á nada, enviar un recado al Duque de Uceda; de modo que cuando éste apresuradísimo llegó, el Rey, á fuerza de sudar, estaba casi extenuado; aquella misma noche tuvo fiebre alta y presentóse una erisipela; degeneró la inflamación agravándose, y le hizo morir.

Os confieso—añadió la Condesa—que al conocer en mis viajes las cortes de otras naciones, no pude contenerme y censuré de la nuestra ese porte ceremonioso y calculado, que ni en las ocasiones difíciles y apremiantes consiente dar un paso con mayor listeza que otro, pudiendo ser origen de sucesos tan extraordinarios como el que acabo de referiros. Por fortuna, el cielo nos envía una Reina francesa que podrá introducir costumbres razonables; esperándolo, he abandonado ya mis tocas de viuda y uso nuevamente mis vestidos más bizarros para manifestar con la gala mi alegría.

La Condesa de Lemos, anciana muy amiga de conversación, siguió de tal manera su discurso:—¿Á quién podrá dejar de alegrarle la esperanza de ver en el trono español otra Isabel, cuando la bondad de su antecesora hizo que sus vasallos fueran envidiados por los de todas las naciones? Un allegado pariente mío conoció de cerca su grandeza y su mérito: refiérome al Conde de Villamediana.

—Este nombre, señora—dije interrumpiéndola,—no me puede ser desconocido, y oí referir que una vez, estando el Conde en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, dió á un fraile que pedía para las almas una moneda de oro.—¡Ah! Señor, le dijo el fraile, habéis sacado un alma del purgatorio. El Conde sacó entonces otra moneda y la puso en el plato.—Ya librateis á otra infeliz alma de sus penas, dijo el reverendo; y así sucesivamente fué depositando el Conde seis monedas de oro en el plato, mientras á cada una el fraile clamaba:—¡Otra infeliz alma sale del purgatorio!—¿Me lo aseguráis? dijo el Conde.—¡Oh, señor! respondióle sin dudar el fraile—puedo aseguraros que ya están seis almas en el



cielo.—Pues devolvedme las monedas, añadió el de Villamediana, que de nada os han de servir, pues si las almas entraron ya en el cielo, es muy seguro que no volverán al purgatorio.—El suceso aconteció como lo acabáis de referir —dijo la Condesa,—pero mi pariente no recogió su dinero, pues tal acción entre nosotros promovería verdaderos escrúpulos. La devoción que consagramos á las almas del purgatorio nos parece la más recomendable; á veces es tomada tan á pechos, que recuerdo haber conocido á un hombre de alcurnia elevada que, á pesar de hallarse bastante atrasado de intereses, al morir ordenó que se le dijeran 15.000 misas. Su postrera voluntad fué realizada y se pagó aquel sufragio del alma con los dineros que honradamente correspondían á los desdichados acreedores; pues por muy legítimas que sean las deudas, no se cuenta con ellas hasta que las misas que indica el testamento estén dichas. Esto ha dado lugar á la siguiente conocida frase: *Fulano ha dejado á su ánima heredera.*

Felipe IV ordenó que se le dijeran 100.000 misas, queriendo que, cuando no las necesitara todas, pudiesen aplicarse á sus padres, y si éstos estuvieran ya en el cielo, á las almas de los muertos en las guerras de España.

Pero lo ya referido del Conde de Villamediana me recuerda que, hallándose otro día en la iglesia con la Reina Isabel, vió sobre un altar mucho dinero, ofrecido á las almas del purgatorio; acercóse, y tomólo diciendo: «Mi amor será eterno, mis penas también serán eternas; las de las almas del purgatorio tendrán fin, ¡ay! las mías no acabarán; ellas tienen una esperanza que las consuele, para mí no hay consuelo ni esperanza; por consiguiente, las limosnas, como esta que se les destinan, mejor ganadas las tengo yo.» Pero como es de suponer, no se llevó el dinero que le había dado fácil ocasión para referirse á sus desventurados amores en presencia de la hermosa Reina. Tan enamorado estaba de ella el Conde, que si no mediara su virtud austera para garantir su corazón contra los méritos del pretendiente, parece indudable que la señora le hubiera correspondido. El de Villamediana era joven, apuesto, hermoso, valiente, arrogante, ga-

lanteador y genial; nadie ignora que, para su desdicha, en un torneo atrevióse á presentarse vistiendo un traje bordado con reales de plata y ostentando esta divisa: *Mis amores son reales*, aludiendo desenfadadamente á la pasión que le inspiraba la Reina.

El Conde-Duque de Olivares, favorito del Rey y encubierto enemigo de la Reina y del Conde, hizo notar á su señor la temeridad del caballero que se atrevía en su presencia y públicamente á declarar su desatinada pasión, y desde aquel momento aconsejó al Rey la venganza. Tratóse de aprovechar una oportunidad para que nadie sospechase, pero nuevas declaraciones apresuraron los acontecimientos. Como el de Villamediana dedicaba todo su talento y su aptitud á complacer y agradar á la Reina, compuso una comedia que todos alabaron, pero especialmente á D.<sup>ta</sup> Isabel parecíale tan hermosa, descubriendo en sus versos tanto sentimiento y delicadeza, que se propuso representarla para celebrar el aniversario del Rey. El enamorado Conde dirigía la fiesta, y mandó hacer trajes y construir maquinaria, que le costaron 30.000 escudos. Había mandado pintar una gran nube, y cuando la Reina estaba debajo de la tela, escondida en una máquina, no lejos de allí el Conde, hizo una seña, bien entendida por aquel á quien fué dedicada, y la nube ardió, corriéndose pronto el fuego á toda la casa, que valía 100.000 escudos. Pero el Conde no contaba las pérdidas habiendo conseguido su objeto: salvar á la Reina en sus brazos, conducirla por una escalera interior y obtener algunos favores. Un paje lo vió y refiriólo al Conde-Duque, que no dudaba lo que sucedería desde que se produjo el oportuno incendio; y dedicándose á sus arteras pesquisas, pudo luego presentar al Rey pruebas indudables, y de tal modo enfureció su cólera que, según dicen, hizo matar á Villamediana de un pistoletazo, una tarde, mientras iba en su carroza con D. Luis de Haro. Puede asegurarse que ha sido el Conde de Villamediana el caballero de más gallarda figura y de más briosa inteligencia de aquella corte, y su memoria es todavía reverenciada por los amantes desventurados.

—Bien funesta fué su muerte—dije,—pero no creí que las



órdenes del Rey influyeran en semejante atentado; siempre oí decir que fué debido á la familia de D.<sup>a</sup> Francisca de Távares, portuguesa, muy amada por el Conde, siendo dama de palacio.—No,—prosiguió la Condesa de Lemos,—tuvo aquella desgracia lugar como acabo de referiros; y, pues os hablo de Felipe IV, me parece oportuno añadir que una de las mujeres á quienes amó aquel Rey más apasionadamente fué la Duquesa de Alburquerque. Teníala su marido bien guardada, pero los obstáculos aumentaban las aficiones del Rey en lugar de vencerlas, haciendo cada vez sus deseos mayores. Un día, mientras jugaba y en lo más interesante de la partida, fingiendo acordarse de un asunto muy urgente que sin demora debía despachar, llamo al Duque de Alburquerque para encargarle de su puesto mientras él se ausentaba. Saliendo de aquella estancia, tomó una capa y por una escalera secreta fuése á casa de la joven Duquesa, seguido del Conde-Duque, su favorito. El Duque de Alburquerque, más cuidadoso de sus propios intereses que del juego del Rey, sospechando y temiendo una sorpresa, fingióse acometido por dolores horribles, y entregando á otro las cartas, retiróse á su casa. Acababa el Rey de llegar sin acompañamiento; vió acercarse al Duque cuando aún estaba en el patio, y se ocultó; pero no hay ojos más penetrantes que los de un marido celoso. Éste, comprendiendo hacia qué parte andaba el Rey, sin pedir luces para no verse precisado á reconocerle, llegóse con el bastón levantado gritando: «¡Ah, ladrón! Tú vienes á robar mis carrozas.» Y sin más explicación le sacudió lindamente. El Conde-Duque no se libró tampoco de sufrir tan vil trato, y temiendo que las cosas acabaran peor, repetía que allí estaba el Rey, para que contuviera el Duque su furia; pero el Duque redoblaba sus golpes en las costillas del Rey y del ministro, y á su vez decía que iba siendo el colmo de la insolencia emplear el nombre del Rey y de su favorito en tal ocasión, y que ganas le daban de llevarlos á palacio para que S. M. el Rey los mandara luego ahorcar.

En medio de tanto alboroto el Rey pudo escapar desesperado por haber sufrido inesperada paliza sin recibir de la dama pretendida el más ligero favor. Esto no tuvo consecuencias

fatales para el Duque de Alburquerque; muy al contrario, sirvió para que desistiera el Rey de sus propósitos, y olvidado pronto de la Duquesa, hiciera el duro lance objeto de risa. No sé si abuso de vuestra paciencia con lo dilatado de mi conversación—añadió la Condesa de Lemos,—y temo caer en la falta muy común entre las personas de mi edad, que hablando hablando suelen perder la cuenta del tiempo que pasa y de la calma del que los oye.

Comprendí que deseaba retirarse, y después de darle gracias infinitas por lo mucho que me había honrado, despedíme y volví á la posada.

Aunque la tempestad arreciaba, y después de dudar no poco temiendo las dificultades y peligros del camino, resolvimos ponernos en marcha y anduvimos todo el día, sin vernos los unos á los otros, tan espesa era la niebla, cayéndonos y levantándonos, avanzando poco y á duras penas. Al anochecer, desesperados, volvimos á encontrarnos en las puertas de Lerma, comprendiendo que no habíamos hecho más que dar un rodeo á poca distancia de la ciudad, y perder el tiempo haciendo inútiles todas las fatigas pasadas.

La posadera, contenta de recibirnos nuevamente y deseando que repitiéramos tan desventurado viaje todos los días para recogernos en su casa todas las noches, díjome que sentía no poder ofrecerme la misma sala que la noche anterior ocupé, y prometióme arreglarme otra, cómoda como aquélla, donde se hospedaba ya una señora de la mayor grandeza española. D. Fernando quiso conocer su nombre, y averiguó que la dama era D.<sup>ña</sup> Leonor de Toledo, una parienta suya, muy allegada, extrañándose de hallarla en semejante lugar.

Deseando salir de dudas, y cumplir además con los deberes que le imponía el parentesco, mandó á su criado para saber si estaba dispuesta entonces á recibir una visita. Ella contestó que se felicitaba de tan inesperado encuentro y que sería muy gustosa de ver á D. Fernando. Cuando éste salió del cuarto de D.<sup>ña</sup> Leonor, vino á decirme cumplidamente que si su parienta no se hallara enferma y muy cansada, entraría en mi habitación. Entonces juzgué conveniente presentarme afectuosa con una señora de calidad, allegada de



un caballero á quien debía yo tantas finezas; por esta razón roguéle que me acompañase á la sala de D.<sup>a</sup> Leonor, en quien desde los primeros momentos pude observar mucha distinción y donosura. Vestida estaba con una sencillez magnífica (si puede así decirse), no llevando nada sobre la cabeza; sus cabellos, negros y brillantes, dividíanse formando á uno y otro lado gruesas trenzas unidas por detrás con una tercera que le caía sobre la espalda. Cubriendo su cuerpo, una camisola de Nápoles bordada en oro y colores, guarnecida con botones de esmeraldas y diamantes, lucía sobre una falda de terciopelo verde adornada con blondas españolas, y cayendo sobre sus hombros una manteleta de terciopelo grana, forrada de armiño. Así visten las damas españolas cuando quieren mostrarse con cierto abandono, *de trapillo*, como aquí se dice.

Parecióme D.<sup>a</sup> Leonor muy de veras hermosa; brillaban tanto sus ojos que difícilmente podía resistirse su mirada. Don Fernando le dijo quién era yo y que iba camino de Madrid, donde me aguardaba una prima, cuyo nombre no le fué desconocido, anunciándome que por entonces el Rey la hizo *titulada*, nombrándola Marquesa de Castilla.—Os quedaría muy agradecida, señora—le dije interrumpiéndola,—si me dijerais qué significa ese título del que me habla ella en sus cartas sin explicármelo; he preguntado á muchos lo mismo, pero bien sea que no estuviesen enterados ó que no quisieran sacarme de dudas, lo cierto es que las mismas tengo.

—Con gusto voy á comunicaros lo que yo sé acerca de este particular—prosiguió D.<sup>a</sup> Leonor.—He oído siempre decir que los primeros reyes de Oviedo, Galicia y Asturias eran elegidos por los prelados del Reino y por los ricos-hombres. Estos señores, no gozando todavía los títulos de Duque, Marqués ó Conde, que hoy les distinguen de los hidalgos, llamábanse de aquel modo entonces, como se llaman algunos ahora, *grandes de España*. Estaba mandado que la elección del nuevo Rey se haría entre los individuos de la familia del Rey difunto. Pero esta costumbre no fué observada más que desde Pelayo á Ramiro. En 843 se le hizo sucesor de Alfonso el Casto, Rey de Asturias, y se admitió bajo su reinado la

sucesión de padre á hijo por línea directa, ó de hermano á hermano en línea colateral, para la corona. Esta ley se ha observado siempre, desde entonces, en España.

Notad que la expresión *ricos-hombres* no quiere decir lo mismo que *hombres ricos*. Los ricos-hombres cubríanse delante del Rey y á su vez reinaban en sus estados. Su Majestad les otorgaba todas estas prerrogativas; y los titulados son los mismos que se llamaron ricos-hombres, pero sus privilegios han quedado sólo conferidos á los que gozan además la prerrogativa de grandes de España. Los titulados pueden tener un dosel en su cámara y usar en Madrid una carroza con cuatro caballos y *tiros largos* de seda que mantienen á distancia de los de varas los caballos delanteros. Cuando hay fiestas de toros se les ofrecen balcones en la Plaza Mayor, donde las damas de sus familias reciben obsequios y regalos, como guantes, cintas, abanicos, medias de seda y dulces, además de una espléndida colación costeada por el Rey ó por la Villa, según quien sea el que ofrece las diversiones al pueblo. Tienen además un banco reservado en las ceremonias, y cuando el Rey hace un titulado Marqués de Castilla, de Aragón ó de Granada, el favorecido entra desde luego á formar parte de los Estados de aquel Reino.

Los *grandes* pueden serlo de tres clases diferentes que se distinguen según la manera como habla el Rey al nombrarlos:

Son unos, aquellos á quienes manda cubrirse sin añadir nada más; la *grandeza* en este caso se refiere sólo á su persona y no se continúa en la familia.

Otros, aquellos á quienes el Rey califica con el título de uno de sus estados, diciendo: Duque ó Marqués de tal sitio, *cubrios para vos y para los vuestros*; son grandes con más ventaja que los primeros, porque su grandeza, uniéndose al título y al territorio, se hace hereditaria. Esto explica de qué modo pueden reunirse varias *grandezas* en una sola familia y cómo algunas herederas llevan seis ó siete á sus maridos, que son *grandes* por las tierras y el título que corresponde á sus mujeres.

Éstos no se cubren hasta después de haber hablado al Rey;



pero hay otra clase más elevada que las dos anteriores, á quienes el Rey, antes de que hablen, dice: *cubrios*, y se dirigen y oyen al Rey con la cabeza cubierta. Otros no se cubren más que después de hablar y ser contestados; pero cuando todos están juntos en alguna ceremonia no hay diferencias entre unos y otros; siéntanse y cúbrense delante del Rey, que al dirigirse á ellos por escrito los trata como príncipes y los llama excelencias. Cuando sus esposas visitan á la Reina, ésta las recibe de pie, y en lugar de invitarlas á sentarse sobre un tapiz, les ofrece unas almohadas.

Los mayorazgos están formados por la mayor parte de las posesiones correspondientes á personas de alto nacimiento: cuando un hombre de calidad goza de un mayorazgo, por muchas deudas que tenga no pueden los acreedores embargarle las tierras que lo componen, viéndose precisados á cobrarse con la renta, y ni aun de ésta pueden disponer, porque muchas veces, antes de que vean un cuarto, los jueces señalan una pensión conveniente, según el rango del deudor: tanto para sus hijos, tanto para la mesa, para trajes, para criados, para caballos y hasta para los más superfluos entretenimientos de su vida. Generalmente la renta total se distribuye así, quedando los acreedores sin poder acudir á la justicia, por muchas que sean sus razones.

Ahí tenéis explicado, señora—continuó D.<sup>a</sup> Leonor,—cuanto deseabais averiguar, y yo me considero dichosa por haber podido satisfacer vuestra curiosidad.

Dile testimonios de agradecimiento, asegurándola que siempre recordaría con preferencia lo que acababa de darme á conocer con tanta gentileza y claridad; preguntóme si sabía yo á quién había nombrado su embajador en España el Rey de Francia; respondile que no me habían escrito aún tales nuevas.

—Al salir de Madrid—prosiguió—no me fué posible recoger noticias acerca del asunto, que considero importante, pues deseamos que las personas encargadas de llenar elevados puestos sean gentes de distinción y noble nacimiento. No sufrimos nunca, sin marcada repugnancia, que un hombre de medianas disposiciones y humilde cuna sea revestido de una

dignidad que le coloca tan por encima de los demás, cuando á un gran monarca representa, y trata de su parte con el nuestro. Pretendemos que un personaje honre su cargo tanto como el cargo le honra.

Notició á D. Fernando de Toledo que su tia la Marquesa de la Guardia poco tiempo antes había muerto, y que el Conde de Medellin, hermano de la Marquesa, murió al día siguiente, haciendo pensar á muchos que fué de dolor por la muerte de su hermana.—¡Ah! Señora—le dije interrumpiendo,— ¿los españoles son amorosos hasta ese punto? Páreceme que su gravedad extremada no armoniza muy bien con tan incomprensible ternura. Rióse de mis dudas y díjome que, como todas las damas francesas, miraba yo con desconfianza el carácter de los españoles, pero que suponía francamente que, cuando los hubiese tratado algo más, los juzgaría mejor. Tuvo la bondad de rogarme que me detuviera para descansar algunos días en una casa de su patrimonio, cerca de Lerma, y agradeciéndole sus delicadas ofertas, asegúrele que con placer las aprovecharía si asuntos menos apremiantes me llevaran á Madrid, pero que le aseguraba no dejar de visitarla en la corte. Juntas estuvimos hasta la noche, y á la hora de acostarnos despedíme suplicándola que no dejara en olvido mi leal amistad.

Levantéme antes del alba, porque teníamos que hacer una larga jornada para recogernos en Aranda de Duero á la noche siguiente. El tiempo era menos cruel, pero la lluvia continuaba y el viento se hacía sentir. Cuando llegamos á la posada, el dueño nos dijo que tendríamos buen hospedaje, pero escasez absoluta de pan.—Por cierto—le dije—que no es fácil ni agradable prescindir del pan. En efecto, esta noticia nos disgustó de veras. Quise saber de qué provenía esta penuria, y me respondieron que el Alcalde mayor (que todo lo dispone, siendo á un tiempo Gobernador y Juez) había mandado recoger todo el pan y toda la harina del pueblo para distribuirlo proporcionalmente á las necesidades de cada vecino, obedeciendo esta disposición á los temores de una carestía, porque habiéndose helado el Duero, los molinos no podían trabajar. Esto nos puso en la necesidad de pedir al Alcalde



el pan que nos era indispensable, para lo cual D. Fernando mandó á un criado en su nombre, el de los tres caballeros y el mío. Con tal abundancia fuimos atendidos, que nos alcanzó el pan recibido para socorrer á la familia del huésped, que bien lo necesitaba. No habíamos empezado á comer aún cuando mis criados entraron en mi habitación varios paquetes de cartas que recogieron en la escalera de la posada. El que los llevaba, después de beber más de lo conveniente, habíase dormido, y toda la correspondencia quedaba expuesta á la curiosidad de los transeuntes. En este país el comercio no tiene orden alguno; cuando el correo de Francia llega á San Sebastián entrega todas las cartas á hombres que las conducen á pie y relevándose á trechos. Meten los paquetes en un saco mal atado y lo llevan sobre los hombros; de manera que, con sobrada frecuencia, los secretos de vuestro corazón ó de vuestra casa están á mano del primer curioso que convida con un jarro de vino al miserable peatón. D. Federico de Cardona, mirando los sobrescritos de algunas cartas, reconoció la letra de una dama por la cual manifestaba sentir interés, á juzgar por la impresión que le hizo aquella escritura y por la rapidez con que abrió el paquete. Leyó la carta y me la hizo leer, sin quererme decir quién la dictaba ni á quién iba dirigida, prometiéndome que al llegar á Madrid me enteraría de todo. Como el estilo fué muy de mi gusto, concebí la idea de copiarla para que por ella vieséis cómo habla una mujer española con el que motiva su amor. D. Federico accedió galantemente á mi deseo, y ahí va lo que copié:

«Todo aumenta mi aflicción; la embajada que vais á desempeñar me disgusta; eso, sin tener en cuenta que la distancia es un veneno contra las más fuertes voluntades. No puedo abrigar la esperanza de que un rompimiento entre dos naciones abrevie vuestra cruel ausencia, devolviéndome un tesoro que necesito para vivir. Entre todos los Príncipes de Europa, el que vais á visitar es el más amigo, lo cual augura lo difícil que me será volver á veros, cuando la derrota con que castiga Dios á los culpables para mí sería mil veces más dulce que la paz. Sí; aunque yo sufriera todos los

desastres, viendo mis campos asolados, mis casas quemadas, perdiendo mi fortuna y mi libertad, lo daría por bien empleado si pudiéramos estar juntos, gozar el placer de mirarnos, pero sin haceros partícipe de mis desgracias. Por lo que os digo, podréis juzgar del estado en que me hallo, cuando pienso que vais á partir y yo no puedo seguiros, porque mi deber ahoga los proyectos que podría realizar para consolarme, y os pierdo al fin cuando más digno de mi ternura os creo, cuando estoy más convencida de que me amáis y cuando más muestras de cariño me dabais. Fuera en mi obligación ocultaros mis penas para no aumentar las que sin duda sufrís; pero no sé llorar sin mostraros mis lágrimas, ¡bastante tiempo me queda para llorar sola! ¿No teméis que una pasión tan ardiente me mate y no podríais fingiros enfermo para no separaros de mí? Pensad en todas las venturas que para nosotros encierra esta proposición. Pero yo estoy loca, pues á escribirla me atrevo; preferiréis los mandatos del Rey á los míos y sólo conseguiría nuevas desdichas para mí sometiéndooos á tan dura prueba. Adiós; nada os pido, porque tengo que pedir os demasiado. Adiós, nunca me sentí de tal modo afligida.»

Cuando acababa de traducir la carta que os envío, el hijo del Alcalde me hizo una visita; era un joven que parecía tener formada de sí mismo buena opinión; un verdadero *guapo*, lo cual quiere decir: bravo, galante y hasta fanfarrón. Sus cabellos estaban divididos por una raya en medio de la cabeza y atados por detrás con una cinta azul de cuatro dedos de anchura y dos varas de larga, formando una lazada que caía casi hasta la cintura; llevaba calzas de terciopelo negro, abrochadas por encima de la rodilla, muy estrechas, como se usan en este país. Vestía chupa corta y jubón de largos faldones, de terciopelo negro labrado, con sobremanchas colgantes de cuatro dedos de ancho. Las mangas del jubón eran de raso blanco bordadas con azabache, y en lugar de mangas de camisa de tela, llevábalas el *guapo* de negro tafetán, muy abolladas y con puños de lo mismo; arrollábase al brazo negra capa y empuñaba un broquel, que es una especie de escudo muy ligero y con una punta de acero



en el centro; llévanlo estos *guapos* cuando salen de noche á perseguir su buena ó mala fortuna. Llevaba en la diestra una espada larga con cuya empuñadura hubiérase podido fabricar una coraza; como el uso de tales armas reclamaria un brazo de gigante para que de un solo golpe saliera la hoja de la vaina, ésta se abre apoyando el dedo en un resorte; colgábale de la cintura un puñal delgado; la golilla de cartón, cubierto de fino lienzo, le mantenía el cuello muy estirado, haciéndole imposible todo movimiento; ni girar la cabeza, ni agacharla podía.

Nada tan ridículo como el alzacuello, que no es gorguera, ni valona, ni corbata; esta golilla, en fin, no se parece á nada, incomoda mucho y desfigura no poco. El sombrero era de ala exageradamente ancha, de baja copa, y estaba forrado de tafetán negro con una gasa muy grande alrededor, como la que llevaría un hombre por la muerte de su esposa. Me han dicho que la gasa es una señal incontestable de la más fina galantería. Los que se precian de ser elegantes no llevan sombreros bordados, ni plumas ni lazos de cintas de oro y plata; adornan su sencillo chambergo con una gasa muy ancha y muy negra, que les hace irresistibles para los más fuertes corazones. Los zapatos estaban hechos con un cordobán tan fino como la piel de guantes, abiertos á pesar del frío, ajustados y sin tacón. El guapo, al entrar, saludóme haciendo una reverencia á la española, con las piernas cruzadas, inclinando gravemente su cuerpo. Estaba muy perfumado; su visita no fué larga ni dejó de ser cortés; díjome que iba frecuentemente á Madrid, y que no se daba una sola corrida de toros en que no tomara parte. Como yo no podía olvidarme del abandono del correo, habléle del peatón á quien mis criados encontraron durmiendo en las escaleras, y me respondió que tales abandonos procedían del inaudito descuido, cuando no procaz avaricia del gran señor de postas, pero que si el Rey lo averiguaba no lo consentiría. Preguntéle si en España se viajaba en postas, y me dijo que si, teniendo permiso del Rey ó del gran señor, el cual es siempre una persona de preclaro nacimiento, pues no daban caballos á quien no presentara una orden firmada en buena forma.—Pero—le

objeté—un hombre que se ha batido en duelo y huye ó que tiene otras razones para ir deprisa, ¿qué hace?—Nada, señora—me contestó;—si tiene caballos propios los utiliza, si no compónese como se le alcanza. Cuando se quiere viajar en posta desde cualquier pueblo donde la corte ni el gran señor residen, basta obtener un permiso del alcalde. Satisfecha mi curiosidad, retiróse luego el galante y bravo español, y nosotros cenamos juntos como de ordinario.

Ya llevaba una hora de sueño cuando me despertaron tañidos de campanas y ruido confuso de voces aterradoras. Ignoraba yo lo que ocurría cuando D. Fernando de Toledo y D. Federico de Cardona, sin pararse á llamar, empujaron la puerta, y á tientas, guiándose por mi voz, se acercaron (porque no tenían luz), y al tocar mi cama, envolviéronme con toda mi ropa, llevándonos á mi hija y á mi á lo más alto de la casa.

Difícil fuera pintar mi sorpresa y mi temor, y cuando pregunté lo que ocurría, dijéronme que un nuevo diluvio lo inundaba todo tan rápidamente y con tal violencia que los ríos, engrosados por los torrentes que se formaban en las montañas vecinas, habíanse desbordado; cuando fueron á buscarme, el agua invadía ya mi cuarto y el desorden era horrible. No fué necesario que me dijeran más, porque no cesaba de oír gritos angustiosos y el ruido del agua invadiendo las habitaciones. Nunca he sentido un terror tan grande y en aquellos momentos no dejaba de suspirar por mi querida patria.—¡Ah!—decía entre mí.—Es triste haber emprendido un viaje tan largo para venir á perecer ahogada en el cuarto piso de un mesón de Aranda. Con toda formalidad lo digo: sentíame tan cerca de la muerte, que mil veces rogué á los señores de Toledo y Cardona para que oyeran mi confesión; lo cual, después de recobrada la calma, no les dió poco motivo para reirse de mi susto. Hasta la madrugada no cesaron de reproducirse continuadas alarmas; pero el Alcalde y los vecinos trabajaron con tal rapidez y acierto desviando los torrentes y ofreciendo salidas al agua, que afortunadamente sólo el miedo tuvimos que lamentar. Dos de nuestras mulas murieron ahogadas, mis literas y mis equipajes es-



taban tan empapados de agua que fué necesario un día entero para escurrirlos y secarlos; y esto no era cosa muy sencilla, porque las posadas no tienen chimenea. Calentóse un poco el horno y en él se metieron mis equipajes. Os aseguro que me contrarió sobremanera la imprevista inundación; para recobrar fuerzas acostéme de nuevo, es decir, metíme dentro de un baño, pues entonces no parecía mi cama otra cosa.

Salimos de Aranda mientras caía un chaparrón que templaba el aire, pero hacía intransitables los caminos. Pronto llegamos á la montaña de Somosierra, que separa la vieja de la nueva Castilla, y no fueron pocas las dificultades que nos costó ganarla, tanto por ser muy empinado el camino, como por hallarse cubierto de nieve, que rellenando las hondonadas nos dejaba hundir á veces como si cayéramos á un precipicio. Este paso llámase *puerto*, nombre que, aplicado generalmente á un sitio útil para refugio y embarque junto al mar ó á un río caudaloso, aquí se da también al paso entre montañas que comunica dos reinos; y siempre cuesta dinero atravesarlo, porque los guardas de aduanas que cobran los derechos del Rey esperan á los viajeros en los caminos y no les dejan punto de reposo hasta que consiguen sacarles algunas monedas.

Al llegar á Buitrago, íbamos ya tan mojados como la noche de la inundación en Aranda; porque, como si á pie ó á caballo fuese, no se libra de mojaduras quien viaja en litera, pues tan malas condiciones reúnen los tales vehículos en este país, que cuando las mulas atraviesan algún arroyo, el agua que hacen saltar con las patas entra en la litera, chapuzando al viajero, y como no tiene salida, le proporciona un baño de pies. En cuanto pude mudéme toda la ropa, y luego salí con D. Fernando, mi hija y los tres caballeros, para ver el castillo, que me habían ponderado mucho.

Parecióme su construcción semejante á la del castillo de Lerma, pero algo más pequeño todo él y más agradable. Hallé las habitaciones mejor dispuestas y adornadas, con muebles muy ricos y notables, no sólo por su antigüedad, sino también por su magnificencia. Este castillo pertenece á D. Rodrigo de Silva y Mendoza, Duque de Pastrana y del

Infantado. Su madre se llama D.<sup>h</sup> Catalina de Mendoza y Sandoval, y es heredera de los ducados del Infantado y de Lerma. Desciende por línea recta de Ruy Gómez de Silva, que fué por gracia del Rey Felipe II Duque del Infantado y de Éboli. La Princesa de cuya hermosura tanto se habló era su esposa, y el Rey estaba muy prendado de ella. Enseñáronme su retrato, que debe ser obra de un buen pintor, y que la representa del tamaño natural, sentada bajo un pabellón sostenido por unas ramas de árbol; parece que acaba de levantarse, pues viste sólo una fina camisa que no cubre todo su cuerpo, dejando bellas formas desnudas. Si fué la Princesa tan hermosa como aquel retrato, debe tenérsela por la más agradable mujer. Tan vivos y animados están sus ojos, que parecen realidad y no pintura. Tiene la garganta, los brazos y las piernas desnudos; su abundante cabellera cae sobre su pecho, y multitud de amorcillos que revolotean en todo el cuadro, se afanan por servirla; unos le sostienen el pie para calzarle unos chapines, otros adornan su cabellera con flores, y hay uno que le presenta un espejo. Más lejos descúbrense varios preparando flechas y recogiénolas dentro de un carcax ó probándolas en el arco.

Á través de las ramas un fauno la mira; ella lo advierte y le muestra sonriendo un Cupido que, apoyado sobre sus rodillas, gimotea como si tuviera miedo. Todo el adorno es de plata cincelada y dorada en muchas partes. Permaneci mucho tiempo contemplando tanta riqueza con extremado placer, hasta que me hicieron entrar en otra galería donde se ofreció pronto á mis ojos otro retrato de la Princesa; estaba pintado en un gran cuadro, donde se veía también á la Reina Isabel, hija del segundo Enrique de Francia, y con la cual D. Felipe se casó en lugar de casarla con su hijo el Príncipe Carlos, como estaba convenido. En la pintura representábase á la Reina montando brioso caballo, y comparándola con ella la Princesa de Éboli, me pareció menos brillante y seductora. Esto basta decir para que suponga cualquiera cuántas bellezas atesoraría la noble y hermosa figura de la Reina Isabel. Desde un balcón mirábala el Rey



pasar, vestido de negro y llevando el toisón colgado al cuello; su cabello es rojo y blanco; su cara, larga, envejecida, pálida, fea y arrugada. Acompañando á la Reina presenta el pintor al Infante D. Carlos, de tez muy blanca y hermosa cabeza, pelo rubio y ojos azules, que fijan en D.<sup>a</sup> Isabel miradas lánguidas y conmovedoras, como si el artista hubiese querido allí descubrir el secreto de su corazón. Su vestido es blanco y está bordado con piedras preciosas, su sombrero cubierto de plumas blancas. En la misma galería hay otro cuadro que me impresionó profundamente; representa la muerte del Príncipe Carlos. Sentado en un sillón, apoyando un brazo en la mesa y sosteniendo la cabeza con una mano, tiene oprimida entre los dedos de la otra una pluma como si deseara escribir; y sobre la mesa vese un vaso donde aún quedan restos de un brebaje negruzco que debió ser venenoso. En el fondo prepáranle un baño, dentro del cual han de abrirle las venas. El pintor había revelado perfectamente las congojas del joven Príncipe castigado, en ocasión tan funesta, y como yo había leído su historia enterneciéndome la lectura, entonces parecióme realmente que le veía morir. Dijéronme que todos aquellos cuadros eran de gran valor, y me acompañaron á una sala cuyos muebles habían pertenecido á la Archiduquesa Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos, y dícese que fué obra de sus manos un pequeño cobertor de gasa sobre la cual se aplicaron multitud de pintadas plumas formando dibujos, entre los cuales veíase pájaros, flores y caprichos variados. La tapicería es del mismo estilo y hace buen efecto.

Y con esto hice ya mención de cuanto me pareció notable y singular en el castillo de Buitrago, del cual salimos estando bastante avanzado el día.

Como eran ya muchos los que llevábamos sin entretenernos jugando al tresillo, ocurrióseme pedir unas cartas, y don Fernando, con dos caballeros más, comenzó una partida; como de costumbre, yo interesé por mitad en el juego de uno, y D. Esteban de Carvajal, que me acompañaba, hizo lo mismo con el de otro; después de contemplar un rato á los jugadores, para entablar conversación, preguntéle á cuál de

los tres pertenecía la encomienda de donde regresaban cuando los encontramos. Dijome que no era propiedad de ninguno de los tres, y que allí les llevó el deseo de ver á un amigo, víctima de un lance desgraciado en la caza. Habiendo ya sacado á relucir el asunto de las encomiendas, preguntéle si las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara eran muy antiguas. Dijome que llevaban ya quinientos años de existencia, que se llamaban en otros tiempos la orden de Calatrava, *el Galante*, la de Santiago, *el Rico*, la de Alcántara, *el Noble*, y esto provenía de que, regularmente, sólo entraban en la de Calatrava caballeros jóvenes, que la de Santiago era la más rica, y que para ser admitido en la de Alcántara era indispensable probar nobleza por todos cuatro costados, mientras que para pertenecer á las otras bastaba probar dos. En los primeros tiempos de las Órdenes los caballeros hacían votos, vivían muy ordenadamente y en comunidad y sólo llevaban armas para combatir contra los moros; pero muy pronto formaron parte de tan caballerescas instituciones los principales señores del Reino, que obtuvieron la licencia de casarse con la condición de obligarse á pedir al Papa dispensa. Era necesario, además del privilegio del Rey, hacer sus pruebas de nobleza que atestiguaran la procedencia de cristianos viejos en el pretendiente. El Papa Inocencio VIII cedió en 1489 al Rey D. Fernando y á sus sucesores el gobierno de todas las encomiendas de las tres órdenes, que se llamaron militares. El Rey de España, en efecto, dispone de las tres, y al título de administrador general de todas añade el de gran maestro de cada una, valiéndole más de cuatrocientos mil escudos de renta. Cuando el Rey asiste á sus reuniones ó convoca asamblea, los caballeros tienen el privilegio de permanecer cubiertos y sentados en su presencia. D. Esteban añadió que la orden de Calatrava tenía treinta y cuatro encomiendas y ocho prioratos, que le valen 100.000 ducados de renta; que la de Alcántara tenía treinta y tres encomiendas, cuatro alcaldías y cuatro prioratos, que rentaban 80.000 ducados, y que las ochenta y siete encomiendas de Santiago, tanto en Castilla como en el reino de León, producían más de 272.000 ducados anuales.—Por



esto podréis juzgar, señora—prosiguió,—que hay muchos recursos para los pobres hidalgos españoles.

—Convengo—respondile—que serían estas instituciones muy ventajosas para ellos si fueran los únicos á quienes se admitiera en las órdenes, pero me parece haberos oído decir que los más potentados señores poseían las más bellas encomiendas.—Esto acontece—prosiguió—por la regla general que hace dueños á los más ricos de los mejores bienes, en vez de repartirlos con los demás, como parece debería suceder en justicia; y aun así quedaría para distinguir á los herederos de poderosos títulos el Toisón de oro, que honra grandemente á los que pueden alcanzarlo. Pero como á este notable favor no acompaña ninguna positiva recompensa y es difícil conseguirlo, no son muchos los que lo pretenden.—Si conocéis la historia de tan excelsa orden—le dije,—os ruego que me la refiráis.—Se supone—prosiguió D. Esteban—que cuando los moros eran dueños de la mayor parte de España, un lugareño creyente del verdadero Dios, y que vivía muy bien con Él, rogándole fervorosamente que librase de infieles el Reino, vió que un ángel bajado del cielo le ofrecía un toisón de oro, encargándole que se sirviera de él para reclutar tropas, porque al ver el toisón todos los hombres correrían al combate contra el enemigo de la fe. Aquel santo varón fué obediente y muchos hidalgos le siguieron después de oírle.

El triunfo de esta empresa respondió á las esperanzas que hizo concebir; por esto Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, instituyó la orden del Toisón de Oro, dedicándola cristianamente á Dios, á la Virgen y á San Andrés, en el año de 1429 y el día mismo de sus bodas con Isabela, hija del Rey de Portugal, fué también elegido para la ceremonia.

Después de hablar así, oímos gran ruido, como si un carruaje hubiese parado frente á la puerta de la posada, y poco rato después, el criado de D. Federico de Cardona entró á decirnos que acababa de llegar el Sr. Arzobispo de Burgos.

—Es un feliz encuentro—dijo D. Federico,—porque salí de Madrid con deseo de verle, y no habiéndole hallado en Burgos, me tenía su ausencia pesaroso.

—La fortuna os acompaña sin dejaros nunca—dijole don Sancho sonriendo;—pero para no retardaros el gusto de ver á vuestro ilustre pariente, dejaremos la partida.

D. Federico afirmó que dispuesto á terminarla estaba, porque vencería su impaciencia la satisfacción de ser agradable para sus amigos; pero D. Fernando y D. Sancho se levantaron cortésmente.

—Sin duda—prorrumpió D. Estéban—que no será de los nuestros esta noche D. Federico.—Yo no lo creo así—añadió D. Fernando;—el Arzobispo es el hombre más amable del mundo; en cuanto averigüe que aquí se hospeda una dama francesa, querrá visitarla.—Sería para mí una honra inestimable—dije,—pero que perturbaría no poco mis planes, pues hemos de cenar y acostarnos pronto. Apenas acabé yo de pronunciar estas palabras cuando ya estaba de vuelta D. Federico.

—Tan pronto como el Sr. Arzobispo supo que se hospedaba en Buitrago una dama francesa—dijo,—no ha pensado más en mí; y, si hacéis la merced de recibirle, señora, quiere venir á ofreceros cuanto en este país está sometido á su voluntad.

Respondí á tanta finura como era en mí obligación, y al poco rato volvió D. Federico acompañando á su pariente, que me pareció muy distinguido; hablaba poco, guardando una gravedad conveniente á su carácter eclesiástico y á la etiqueta española. Compadecióme, suponiendo las molestias que me ocasionaba tan largo viaje con un tiempo ingrato, y rogóme que le mandara cualquier cosa en que pudiera servirme. De ordinario en España se usa este cumplimiento. Cubriendo sus hábitos llevaba una sotanilla de terciopelo morado y anteojos para reforzar su vista cansada.

Hizo traer para regalárselo á mi hija un mico, y aun cuando no me hacia mucha gracia, fué necesario admitir el obsequio. Cada vez que tomaba un polvo de tabaco el señor Arzobispo, y esto sucedía con mucha frecuencia, el mico le remedaba. El ilustrado Prelado me dijo que el Rey de España esperaba con extremada impaciencia las noticias del Marqués de los Balzanes referentes á las órdenes que le ha-



bía conferido solicitando del Rey de Francia la mano de la Princesa de Orleans.—Si fracasaran sus intentos—añadió el Arzobispo,—no sé lo que sucedería, porque visiblemente nuestro Rey se muestra muy enamorado; pero todas las apariencias dejan comprender que tal matrimonio se lleve á término dichoso.

El Sr. Arzobispo se retiró, rogándome le permitiera enviarme su olla, que ya estaba preparada, porque sin duda mi cena sería peor y algo iría yo ganando. Le di las gracias diciéndole que la misma razón me obligaba desde luego á rechazar el ofrecimiento, pues no consentiría que cenara él peor que nosotros.

Poco después D. Federico de Cardona, que había salido á enterarse de cómo andaban las cosas, entró cargado con un gran puchero de plata cuya tapadera estaba cerrada con llave, como en España se acostumbra.

Fué á pedir la llave al cocinero, y éste, que sin duda no quiso repartir entre todos la comida de su amo, le respondió que la había perdido y que no sabía dónde buscarla. D. Federico, enfadado, quiso, á pesar mío, quejarse al Arzobispo, y amenazando al cocinero tuvo con él una escena desagradable que desde mi cuarto pude oír. Chocáronme, sobre todo, las respuestas del cocinero, que decía: «No puedo sufrir querrela, siendo cristiano viejo, tan hidalgo como el Rey y un poco más.»

Así se alaban los españoles cuando se juzgan obligados á defender su orgullo; pero aquel cocinero no sólo era jactancioso y blasonador, sino terco también y obstinado, y por mucho que se le dijera estaba resuelto á no entregar la llave; de modo que allí quedó la olla, sin que pudiéramos probarla. Retirámonos á dormir, ya tarde, pensando yo que, si bien el tiempo mejoraba, en cambio, como más cerca estábamos de Madrid, peores eran las posadas.

Más bien parece que nos acercamos á un desierto que á la famosa villa donde reside un poderoso Rey; no hay en todo el camino una sola casa de agradable aspecto. Y esto me sorprende tanto más, cuanto que yo esperaba encontrar en este país, como las hay en el nuestro, hermosas calles de

árboles y pequeños palacios encantados; pero vense apenas algunos árboles que á despecho de la tierra crecen; y en la posada desde donde ahora escribo—á diez leguas de Madrid—ocupo una intolerable habitación de piso bajo, junto á la cuadra, y tan lóbrega que á mediodía necesito encender luz. ¡Buen Dios, qué luz! Casi valdría más estar á oscuras; porque no hay otra que la de un candil, que da tristeza con su débil resplandor y atonta con el tufo pestilente que despide. Han buscado en todas partes, hasta en la casa del cura, una vela para mí, pero no la encontraron; creo que ni cirios habrá en la iglesia.

En todo se manifiesta la pobreza del país. D. Fernando de Toledo me asegura que verá muchas cosas agradables en Madrid, pero ya lo voy dudando. Los españoles arrastran su indigencia con un aire de gravedad que impone; hasta los labriegos parece que al andar cuentan los pasos. La curiosidad es aquí tan grande que la mayor dicha para estas gentes consiste sólo en averiguar novedades. Muchos han entrado sin ceremonia en mi habitación, la mayor parte llevando en vez de zapatos un pedazo de fieltro sujeto con cuerdas á los pies, y me han rogado que les dijera lo que sabía de la corte de Francia. Cuando les he dicho lo que me parece conveniente, lo han examinado y discutido mostrando buen criterio y sorprendente agudeza. En todo descubre la nación española instintos que la declaran superior á casi todas las naciones. Entre otras mujeres me ha visitado una especie de burguesa muy hermosa, trayendo en brazos una criatura enteca cubierta con más de cien pequeñas manos de yeso y barro que le colgaban del cuello y por todas partes. Preguntéle á la madre para que ponía todo aquello al niño, y me contestó que para librarle del mal de ojo.—¡Cómo!—le dije.—¿Será cierto que todas estas manecitas libran de la ceguera?—Seguramente, señora,—replicó,—estos objetos curan, pero no de la enfermedad que decís. Hay aquí gentes, y aprendedlo si os place, con tal veneno en los ojos que bástales mirar fijamente á una persona, sobre todo á un chiquillo, para encanijarlo. Un hombre á quien conocí causaba tantos maleficios con su mirada que le obligaron á taparse un ojo con un



gran parche. Con el ojo libre no producía daño, pero sucedió muchas veces que yendo con amigos, al ver algunas gallinas, decía: «Escoged la que os guste;» y cuando ellos habían señalado una, levantando el parche la miraba fijamente, y poco después la gallina, presa de un vértigo, daba rápidamente algunas vueltas, muriendo al fin.

La mujer que así hablaba también creía en la existencia de los hechiceros, los cuales, mirando á uno con mala intención, le hacen languidecer hasta el punto de convertirle casi en un esqueleto. De remedio sirven contra estos males las manecillas, que generalmente vienen de Portugal, semejantes á las que cubrían al enteco niño, cuya madre me dijo además que cuando una persona mira fijamente y es bastante mal carada para dar á suponer que puede producir mal de ojo, basta para librarse del maleficio sacar una manecilla ó presentarle un puño cerrado diciéndole: *Toma la mano*, á cuya expresión es necesario que responda el sospechoso: *Dios te bendiga*; cuando no lo dice, se le considera hechicero y se le puede tranquilamente delatar á la Inquisición, y también cuando el maleficiado confía en sus fuerzas, puede golpearle hasta que pronuncie las palabras: *Dios te bendiga*.

Yo no aseguro que sea verdad el cuento de la gallina, pero aseguro que las gentes aquí no dudan estas cosas, y el *mal de ojo* es tan frecuente, que se forman peregrinaciones para ir á determinadas iglesias donde tal daño se cura.

Pregunté á la joven madre si se notaba en los ojos capaces de producir maleficio algo extraordinario, y ella me dijo que sólo se distinguían por su viveza y brillantez, que disparaban como flechas miradas penetrantes. Añadió que pocos días antes de mi llegada la Inquisición había mandado prender á una vieja creyéndola bruja. Preguntéle qué castigo le darían, y contestóme que si se corroborasen los augurios con pruebas irrefutables la bruja moriría sobre la hoguera, y que si no, lo menos que podía sucederle consistiría en ser azotada por las calles. Átanse tales brujas á la cola de un asno, cuando no se las monta en él, cubiertas con una mitra de papel de colores, en la cual van escritos los crímenes de las condenadas, y así se las pasea por el pueblo, donde to-

dos tienen derecho de golpearlas y echarlas barro.—En ese caso —le dije,—mejor sería para ellas permanecer en el calabozo.—¡Ah, señora!—repuso la mujer.—No sabéis todavía cómo está la Inquisición. Cuanto se diga es poco si se compara con los rigores de aquel tribunal. Os detienen, os encierran en una mazmorra, y allí estáis dos ó tres meses, y algunas veces más, ignorante de todo, y sin que nadie os diga una palabra. Luego un día os presentan á los jueces, que con mucha severidad os preguntan por qué os halláis en aquel sitio; como es natural, contestáis que nada sabéis. Ellos nada os dicen, y volvéis á la mazmorra, donde se sufren penas más atroces que la muerte; algunas veces pasa un año en tal estado. Al fin os conducen de nuevo ante los jueces y volvéis á ser interrogada con la misma pregunta. Contestáis que os mandaron prender, pero que no conocéis la causa de vuestro martirio. Y sin hablar más del asunto mandan que os conduzcan de nuevo á la mazmorra. Hay quien así pasa una larga vida.

Pregunté á la mujer que tales noticias me daba si era costumbre denunciarse y acriminarse á sí mismo ante la Inquisición, y contestóme que para muchos era el camino más recto. Luego me refirió particularidades y suplicios múltiples y espantosos, que no relato por no avivar en mi memoria recuerdos horribles. Díjome además que había conocido á un judío llamado Ismael que fué preso en la Inquisición de Sevilla con su padre, el cual Ismael, durante cuatro años de molesto encierro, logró hacer un agujero por el que pudo salir, bajando luego por una pared con grandes peligros, pero que al verse libre, recordando que dejaba solo y abandonado á su padre, y sin considerar lo que arriesgaba, pues uno y otro, juzgados ya, debían ser conducidos á Madrid para sufrir el último suplicio, encaramóse por la pared, volvió al calabozo, y advirtiéndole á su padre, ayudóle á huir y huyó de nuevo al verle salvado. Hame parecido este rasgo muy admirable y digno de ofrecerse como ejemplo en un siglo que rebela torpemente los corazones contra los deberes más atendibles y honrados de la naturaleza.

---



Sabiendo yo que mi parienta pensaba salir á recibirme, debiéndonos encontrar en un pueblo del camino que dista seis leguas de Madrid, cuando llegamos á dicho pueblo—llamado Alcobendas,—al ver que no me aguardaba ella resolví esperarla, y D. Federico de Cardona me propuso que, para entretener el tiempo agradablemente y en buena compañía, fuésemos á comer á casa de un amigo suyo. Resueltos á seguir su consejo y aceptando gustosos la invitación, en vez de apearnos en el pueblo pasamos de largo, atravesándolo, y por un bonito camino seguimos hasta llegar á la casa de D. Agustín Pacheco, un hidalgo viejo que recientemente ha contraído matrimonio en terceras nupcias con D.<sup>a</sup> Teresa de Figueroa, joven de diez y siete años, tan bonita y tan ingeniosa que nos encantamos con su talento y hermosura.

Cuando nos apeamos eran las diez, y como los españoles, por naturaleza, son perezosos y gustan de levantarse tarde, nada extraño parece que á las diez estuviera todavía en la cama la esposa de D. Agustín. El cual nos recibió con mucha finura y confianza, demostrándonos el gusto que tenía recibiéndonos en su casa, cuyo jardín, que nada tiene que envidiar á los más bellos de Francia, estaba ya frondoso, porque los árboles aquí lucen tan pronto sus nuevas hojas, que Marzo se ofrece como en otros países el fin de Junio, alegrando el principio de la primavera, que para España es la estación más agradable del año, pues en verano el sol es tan brillante y abrasador que mata los colores y seca las hojas como si el fuego las consumiera. El jardín de Pacheco estaba muy bien adornado con setos vivos, estatuas y fuentes. D. Agustín nos hizo ver todo lo notable que allí tenía, y no era poco, porque, siendo bastante rico, gústale invertir en el arreglo de su finca no escaso dinero. Hízonos entrar después en una galería llena de libros guardados en estantes de madera. En uno tenía reunidas las colecciones completas de todas las comedias publicadas.—Antiguamente—dijo—las personas virtuosas no querían asistir al teatro, donde sólo se veían acciones contrarias á la modestia y sólo se oían discursos opuestos á la libertad; ensalzaban el vicio, condenando la virtud, y los cómicos avergonzaban á las per-

sonas decentes, los combates ensangrentaban la escena, el más débil era siempre oprimido por el más fuerte y con la tolerancia se autorizaba el crimen. Pero desde que Lope de Vega trabajó felizmente para reformar el teatro español, nada sucede ya en las comedias contrario á las buenas costumbres; el criado, el confidente y el aldeano conservan su sencillez propia, cuyos atractivos aumentan con su agradable y simple jovialidad y hallan manera de curar á nuestros reyes de una enfermedad que puede hacerles mucho daño y que reconoce por causa primera la ignorancia en que viven respecto á ciertos asuntos, por no atreverse nadie á decirles verdades y á mostrarles los defectos que ostentan y perjuicios que ocasionan. Fué Lope quien prescribió las reglas, enseñando á sus discípulos á escribir comedias en tres jornadas. Después del príncipe de los ingenios hemos visto brillar los Montalbanes, Mendozas, Rojas, Alarcones, Vélez, Mira de Mescuas, Coellos, Villaizanes, hasta que al fin D. Pedro Calderón excedió en lo serio y en lo cómico á cuantos le precedieron.

No pude contenerme y dije á D. Agustín que yo había presenciado en Vitoria la representación de una comedia bastante mala, y que, si se me permitiera exponer mi juicio, condenaría en las tragedias que representan las vidas de los santos, dignos de todo respeto, ciertas bufonadas inútiles y necias, poco decorosas en asuntos que merecen ser dignamente tratados. Respondióme que descubriría, en cuanto yo le indicaba, el genio de mi país y que ningún francés aprueba lo que hacen los españoles; y como este pensamiento le llevó á reflexiones tristes y embarazosas, asegúrele que nosotros no sentimos antipatía por nación alguna; muy al contrario, nos enorgullecemos haciendo justicia siempre, aunque se trate de alabar á nuestros enemigos, y que lo dicho respecto á la comedia que me había disgustado, no implicaba desdén para todas, pues las muchas que yo no conocía pudieran ser muy superiores á la que vi. Con estas razones tranquilizóse y me rogó que le dejara guiarme hasta las habitaciones de su esposa, situadas al otro extremo de la galería.



D. Fernando de Toledo, D. Federico de Cardona, D. Esteban Carvajal y D. Sancho Sarmiento no me acompañaron, porque á los caballeros en España no se les permite entrar en los aposentos de las damas cuando éstas no se han levantado aún. Hasta los hermanos observan esa costumbre, que solamente rompen cuando la hermana está enferma. Doña Teresa me recibió tan cariñosa como si hubiésemos tenido amistades toda la vida; pero es necesario advertir, en favor de los españoles, que no toman sus caricias el aire de familiaridad que se convierte pronto en falta de respeto y mala educación, porque, con mucho agrado y hasta en sus expresivos afectos, recuerdan siempre los miramientos que merecen los demás y los que á sí mismos se deben. D.<sup>a</sup> Teresa estaba echada, sin gorro ni papalina, con los cabellos partidos á uno y otro lado de la cabeza por una raya y atados por detrás con una cinta; cubríala una camisa muy delgada y muy larga, cuyas mangas le llegaban á las muñecas, donde se abrochaba con botones de diamantes; los puños y el cuello eran de seda con flores bordadas. Apoyaba la cabeza en varias almohadas, pequeñas y guarnecidas con lazos de cinta y anchas puntillas finas. Un cobertor bordado con oro y seda ocultaba su cuerpo.

La cama era de cobre dorado y tenía la cabecera muy alta, labrada con bellas labores.

Pidióme permiso para levantarse delante de mí, pero cuando puso los pies en las chinelas, mandó correr el cerrojo por dentro.

Preguntéle á qué obedecía tanta prevención, y me contestó que sabiendo que fuera quedaban algunos caballeros, antes prefería morir que darles ocasión de verla un pie. Riéndome roguéle que á mí no me los ocultara, pues el caso no tenía consecuencia, y vi unos pies diminutos, menores que los de muchos niños de cinco años. Luego cogió un frasco lleno de colorete y con un pincel se lo puso, no sólo en las mejillas, en la barba, en los labios, en las orejas y en la frente, sino también en las palmas de las manos y en los hombros. Díjome que así se pintaba todas las noches al acortarse y todas las mañanas al levantarse; que no le agradaba mucho

acicalarse de tal modo y que de buena gana dejaría de usar el colorete, pero que siendo una costumbre tan admitida no era posible prescindir, apareciendo, por muy hermosos colores que se tuvieran, pálida como una enferma cuando se compararan los naturales, con los debidos á los afeites de otras damas. Una de sus doncellas la perfumó luego desde los pies á la cabeza, con excelentes pastillas; otra la roció con agua de azahar, tomada sorbo á sorbo y, con los dientes cerrados, impelida en tenues gotas para refrescar el cuerpo de su señora; dijome que nada estropeaba tanto los dientes como esta manera de rociar, pero que así el agua olía mucho mejor, lo cual dudo, y me parece muy desagradable que una vieja, como la que cumplía tal empleo, arroje á la cara de una dama el agua que tiene en la boca.

Enterado D. Agustín por una de las criadas de su esposa que ya estaba vestida, excediéndose á lo que los usos conceden, quiso introducir en el aposento de D.<sup>a</sup> Teresa á D. Fernando de Toledo y los tres caballeros que nos acompañaban. La conversación general duró poco, y muy luego, mientras los hombres hablaban aparte, ocupéme yo exclusivamente de la señora. Enteróme de que había nacido en Madrid, pero que se había criado en Lisboa con su abuela, hermana de D. Agustín Pacheco. Era, según esto, sobrina segunda de su marido, lo cual no es raro en España, donde son muy frecuentes análogas bodas. Háblome de la joven Infanta de Portugal, cuyo talento alababa, añadiendo que si yo lo deseaba, podría juzgar de su figura por un retrato colocado en el gabinete. Levantéme para verlo y sorprendiéronme los encantos que ofrecía la imágen de la ilustre portuguesa. Tenía el pelo cortado y rizado como una peluca, y llevaba un enorme guardainfante; á sus lados veíanse dos cestas con flores y varios jarritos de tierra sigilada, que se come como una golosina en España y Portugal á pesar de ser muy poco gustosa. D.<sup>a</sup> Teresa me presentó la piel de una serpiente que su esposo había matado en las Indias, y que me produjo terror inconsciente, porque las de aquella especie son muy peligrosas; pero sin duda la Providencia quiso prevenir á los hombres contra bichos tan fieros, pues llevan sobre la



cabeza estas serpientes una especie de cascabe que suena cuando andan y sirve de aviso al viajero.

Doña Teresa me habló muy bien de Portugal. Díjome que un brazo de mar, subiendo por el Tajo, hace posible que naveguen en sus aguas las mayores embarcaciones que cruzan el Océano; que la ciudad de Lisboa está sobre una ladera de colina empinada, por la que se extiende hasta la orilla del río, desde el cual se ven á un tiempo todas las casas de la ciudad asomando unas por encima de otras, presentando así una vista muy agradable. Las antiguas fortificaciones de que la rodearon los moros aún existen. Hay cuatro murallas, construídas en diversas épocas; la última tiene seis leguas de longitud. El castillo, situado sobre una montaña, encierra particulares bellezas: palacios, iglesias, torreones, jardines, calles y plazas de armas, estando siempre ocupado por numerosa guarnición á las órdenes de un gobernador. El palacio que habita el Rey vale más todavía, si no por su solidez, por la forma de sus construcciones. Todo es en él grandioso y magnífico; sus ventanas, abriéndose sobre el mar, aumentan y realzan con la vista que ofrecen las bellezas interiores. D.<sup>a</sup> Teresa me habló después de las plazas públicas, rodeadas de soportales y formadas por grandes edificios, alrededor del convento de los Dominicos, donde la Inquisición tiene su establecimiento, delante de cuya puerta principal hay una fuente donde muchas figuras de precioso mármol blanco arrojan agua por todas partes. Añadió que la feria de Roucio tiene lugar todos los martes en un sitio que podría tomarse por un anfiteatro, porque le rodean varias montañas en las cuales hanse construído muchos palacios. Hay otro sitio á la orilla del Tajo donde se establece el mercado y donde puede hallar el gusto lo que le parezca exquisito, ya en caza y en pescado, ya en frutas y hortalizas. La Aduana se sitúa un poco más arriba, guardando riquezas infinitas y protegiéndose con algunas fortificaciones exprofeso construídas. La iglesia metropolitana sólo es notable por su antigüedad, y está dedicada á San Vicente. Supónese que después de hacer sufrir martirio á este santo negáronle sepultura, y que los cuervos guardaron su cuerpo

hasta que algunas gentes piadosas lo recogieron, llevándole á Valencia (España) para hacerlo venerar; recordando tal milagro en la iglesia de San Vicente hay un cepillo, donde los devotos depositan las limosnas destinadas á comprar comida para los cuervos que acuden á la torre.—Aunque la estancia en Lisboa es muy agradable—continuó diciendo D.<sup>a</sup> Teresa,—mi familia vivía en Alcántara, pueblo situado á un cuarto de legua de la ciudad, donde tiene otro palacio el Rey, menos hermoso por sus construcciones que por su situación; vense grutas, cascadas y surtidores en sus bellísimos jardines. Cerca de allí está Belem, donde se hacen los enterramientos de los Reyes de Portugal en la iglesia de los Jerónimos, cuyos muros están recubiertos de mármol blanco, siendo de la misma preciosa piedra las columnas y las estatuas. Los sepulcros, admirablemente labrados, están distribuidos en tres capillas. Belem y algunos otros lugares alrededor de Lisboa distinguen por los muchos naranjos que allí se cultivan perfumando el aire y cubriendo el suelo con sus flores. Vense correr multitud de arroyuelos, y en el silencio de la noche nada es tan agradable como escuchar los conciertos que forman sus variados rumores. En Belem hay grandes almacenes de naranjas dulces y agrias, de limones, cidras y limas. Cárganlas en lanchones para venderlas después en toda Europa.

Hablóme D.<sup>a</sup> Teresa de los caballeros del hábito de Cristo, menos importante que las Órdenes españolas; y de los *Condes del Reino* que disfrutaban iguales privilegios que los Grandes de España; poseen *las comarcas*, tierras pertenecientes á la Corona, y divididas en condados, que producen una renta considerable. Díjome que cuando el Rey quiere salir de palacio para ir á cualquier parte, desde muy temprano, algunos toques de trompeta dados en los sitios que debe recorrer el Monarca sirven de aviso al pueblo. Cuando ha de salir la Reina tocan un pífano y un tambor, y cuando se trata de los Infantes, un oboé. Cuando sale reunida la familia tocan á un tiempo la trompeta, el pífano, el tambor y el oboé; así advertidos, los que no entran en palacio pueden presentar al Rey sus memoriales saliéndole al encuentro. Á ocho le-



guas de Coimbra existe una fuente llamada Cedima, en cuyas aguas húndese todo lo que sobre su haz se posa; muchas veces hácese la experiencia con troncos de árbol que por completo desaparecen, y con caballos, que después de acercarse á la fuente necesitan ser auxiliados por grandes fuerzas para salir del agua.

Pero lo que causa mayor sorpresa es el lago de la montaña de Strella, donde se ven con frecuencia pedazos de navíos deshechos, mástiles rotos, anclas y velas, cosa difícil de comprender, ocupando el referido lago una meseta elevada y hallándose á doce leguas del mar.

Escuchaba yo muy gustosa y atentamente á D.<sup>a</sup> Teresa, cuando su marido y los demás caballeros acercáronse á interrumpirnos. D. Agustín era hombre de ingenio, y á pesar de su edad, muy campechano.—Si mi curiosidad no es indiscreta—me dijo,—indicadme, señora, qué os ha dicho para entreteneros esta niña.—Tío—exclamó ella,—podéis figuraros que hablé de Portugal.—Ya lo suponía—repuso él,—porque siempre buscas en el mismo asunto campo inagotable para tu conversación.—¡Dios mío!—añadió ella.—Cada uno tiene aquí su manía; yo recuerdo á Portugal, pero cuando empezáis á contar historias de Méjico, no hay quien os pare.—Ya sé que habéis viajado por las Indias—dijo,—y D.<sup>a</sup> Teresa me ha enseñado una serpiente que allí matasteis.—Sí, señora—dijo D. Agustín,—y os referiría con gusto lo que ví, si no hubiese llegado ya la hora de comer. Pero, como pronto he de ir á Madrid, si puede seros agradable, llevaré para que os visite á D.<sup>a</sup> Teresa, y entonces, comenzando la relación de sucesos en las Indias acaecidos, creo daros á conocer algunas cosas que os interesen. Díjele cuanto agradecía tal promesa y que no se olvidara de cumplirla, porque yo no renunciaba de ningún modo al gusto de tener en Madrid á D.<sup>a</sup> Teresa y escuchar á D. Agustín sus relaciones de Indias. Cogióme de la mano y me acompañó al salón, donde vi colocados en una mesa los cubiertos para los hombres, y en el suelo, un mantel con otros tres destinados á D.<sup>a</sup> Teresa, á mí y á mi hija.

Sorprendióme tan extraña costumbre, y aunque me pare-

cía difícil comer agachada, no quise advertírselo antes de probar; y probé, pero en mi vida estuve más incómoda que sentada en aquellos cojines; me dolían las piernas; ya me apoyaba en el codo, ya en el brazo extendido con la mano abierta sobre el tapiz; al fin, levantéme renunciando á comer y sin que D.<sup>a</sup> Teresa reparara mi desazón, porque sin duda creía que las francesas comemos también como las españolas, en el suelo.

Pero D. Fernando de Toledo, más advertido, se levantó de la mesa, y otro tanto hizo D. Federico de Cardona, llegándose ambos á rogarme que me sentase á la mesa. Yo no quería otra cosa, pero era necesario que D.<sup>a</sup> Teresa se sentara también; pero ella no se atrevía por causa de los hombres, y no levantaba los ojos más que á hurtadillas. D. Agustín le rogó que se acercara y comiéramos juntos todos aquel día, para probarme lo muy satisfechos que con haberme recibido estaban. Pero fué cosa de risa ver cómo aquella joven española estaba en la silla no menos incómoda que yo en el suelo; confesónos con incomparable ingenuidad que hasta entonces nunca se había sentado en una silla, y que no había imaginado nunca que llegara ocasión de hacer tal cosa. La comida fué agradable y alegre, y parecióme que nada más podía pedirse á la delicada manera que de tratarme tuvieron en aquella casa. En recuerdo di á D.<sup>a</sup> Teresa cintas, horquillas y un abanico; y tan bien le parecieron que hizo, encantada, más extremos que si hubiera recibido un valioso regalo. Sus frases de agradecimiento no eran vulgares, y nada se descubría en ellas de interesado ni fingido. Verdaderamente, hasta en las más triviales circunstancias brilla el singular ingenio de las personas en este país.

Al salir de aquella casa vimos llegar dos carrozas tiradas por seis mulas cada una, que se acercaban al galope, y más rápidamente que si briosos caballos fueran. Sin verlas no hubiera creído que las mulas anduvieran tanto, y después de haberlas visto no me sorprendió poco ver de qué modo venían los tiros. Entre las dos carrozas y las doce mulas ocupaban por lo menos un cuarto de legua en el camino. Una de las carrozas tenía seis cristales grandes y estaba cons-



truída como las francesas, excepto la imperial que resultaba muy baja y por consecuencia incómoda. En el interior había una cornisa de madera dorada tan grande como la de un aposento, y todas las partes externas estaban doradas, lo cual sólo se permite á los Embajadores y á los extranjeros. Las cortinas son de damasco forrado, y el cochero monta sobre una mula delantera, dejando vacío el asiento que le corresponde; y habiendo yo preguntado á D. Federico de Cardona el por qué de tal extrañeza, respondiíme que se había generalizado esta costumbre desde un día en que oyó el cochero del Conde-Duque de Olivares una confidencia secreta que hacía su señor á un amigo, y habiéndola revelado el cochero dió lugar á un asunto ruidoso, pues hasta descubrirse la verdad el Conde-Duque culpaba de infiel á su amigo, y después de averiguada se convino en admitir como precaución que los cocheros montaran en la primera mula. Los tiros son de seda ó de cuerda, tan sumamente largos que las mulas distan entre sí más de tres varas. Yo no comprendo cómo en tales disposiciones pueden correr tanto; bien es verdad que si bien en campo abierto galopan, en las calles andan muy despacio, y es la cosa más aburrida del mundo ir así en coche, contando el pausado andar de las bestias. Mi parienta iba en la primera carroza con tres damas españolas. Los escuderos y los pajes iban en la otra, que no reunía las mismas condiciones, teniendo portezuelas como las nuestras antiguas, de las que se abren cayendo hacia abajo, de modo que cuando las damas quieren apearse deseando no enseñar el pie, se bajan las portezuelas hasta el suelo, permitiendo que se oculten los zapatos. Dábanle luz unos vidrios como dos veces la palma de la mano; la imperial de la carroza estaba cubierta con una funda de barragán gris con grandes cortinas de la misma tela que pendían al exterior, y prendidas abajo con grandes botones. Todo contribuye á formar un desastroso conjunto, y se va encerrado en tal vehículo como en un baúl.

Mi parienta vestía medio á la francesa medio á la española, y hablaba de un modo análogo, mezclando palabras de ambas lenguas con otras inglesas ó italianas; pero no sufre

que se lo adviertan, pues abriga la convicción de que aún domina como en otros tiempos el idioma de nuestra patria, del que pudo ser maestra, y funda tan erróneo juicio en que no deja de hablar francés con sus doncellas y con los Embajadores y extranjeros, que todos lo hablan. Pero, á pesar suyo, exprésase muy mal, sin advertir que no se puede conocer bien una lengua que todos los dias cambia y progresa lejos del país á que pertenece y donde continuamente se modifica.

Las damas que con ella iban parecióronme de veras hermosas y amables. Mi parienta y yo, alegres al vernos, besámonos, y todos emprendimos el camino hacia Madrid. Antes de llegar, atravesamos una arenosa llanura de cerca de cuatro leguas, llena de baches y hoyos, donde se hundían con excesiva frecuencia las carrozas; todo el campo es árido y desnudo; apenas algún árbol se levanta sobre la seca tierra. La villa de Madrid está en Castilla la Nueva y ocupa el centro de España. Hace más de un siglo que los Reyes la eligieron para corte á causa de la pureza de su aire y la bondad de sus aguas, que son realmente incomparables, tan exquisitas para muchos que no saben gustar otras, llegando al extremo el Cardenal-Infante, cuando estaba en los Países Bajos, de hacérsela llevar en grandes tinajas de barro bien tapadas. Los españoles atribuyen la fundación de Madrid á un Príncipe llamado *Ogno Bianco*, hijo de *Tiberino* Rey de los Latinos, y de *Menta*, que fué una Reina célebre por su saber en Astrología. Dícese que Madrid está en el corazón de Europa, porque un pueblecito muy cercano llamado Pinto llamábase antiguamente *Punctum* por ser el centro de Europa.

Desde luego noté que la villa no está rodeada de murallas ni de fosos y que las puertas no cierran el recinto, estando además algunas destruídas. No hay castillos que indiquen una ostensible defensa, ni nada que no pueda destruirse á naranjazos. Pero serían inútiles las fortificaciones, porque las montañas que rodean la villa la resguardan, pudiendo los pasos que aquéllas abren cerrarse con una roca y defenderse con cien hombres contra el más numeroso ejército.



Las calles son largas, rectas y de bastante anchura, pero no las hay de peor piso en el mundo; por mucho cuidado que se tenga, el vaivén de los coches arroja el fango de los baches á los transeuntes. Los caballos llevan siempre las patas mojadas y el cuero enlodado; en las carrozas no puede transitarse tampoco si no se llevan todos los cristales cerrados ó las cortinas bajas; á pesar de las prevenciones advertidas, el agua entra muchas veces en las carrozas por las rendijas inferiores de las portezuelas, que pocas veces ajustan perfectamente.

Las puertas son bastante grandes y las casas muy bonitas, espaciosas y cómodas, pero construídas con ladrillo y tierra, siendo por lo menos tan caras como en París. Cuando se construye una casa nueva, el primer piso corresponde al Rey, quien puede alquilarlo y hasta venderlo á otro si el propietario no tiene el cuidado de adquirirlo pronto: esto produce al Monarca una renta considerable.

Hay en cada casa, generalmente, diez ó doce habitaciones para cada piso; en algunas hay hasta veinte y más. Distribúyense atendiendo á su situación en habitaciones de invierno y verano; con frecuencia también se reservan especiales para otoño y primavera; de manera que como á esta costumbre se une la de tener muchos criados, es preciso que se alquilen expresamente para ellos las casas vecinas.

Dos causas principalmente contribuyen á formar una muchedumbre de criados en cada casa. La primera consiste en que los españoles no les pagan más que dos reales diarios para vivir y mantenerse; y digo los españoles, porque los extranjeros les dan cuatro reales; tales estrecheces hacen á los pajes más ladrones que las urracas; pero no exceden mucho los pajes á los demás servidores, pues todos muestran la misma inclinación. El abuso es tan grande que, llevando los platos á la mesa, por el camino comen cuanto pueden, y como han de mascar las tajadas muy calientes, todos tienen la dentadura estropeada.

Aconsejé á mi parienta que se mandara construir un puchero de plata cerrado con cadena y llave como el que vimos al Arzobispo de Burgos, y me dijo que ya lo tiene, de

modo que, cuando el cocinero lo ha llenado, llevan la llave al dueño, viéndose aquél obligado á observar por una estrecha rendija si la sopa cuece bien ó está ya hecha. Por este procedimiento, los pajes han de contentarse con el humo, pero antes de generalizarse, con frecuencia ocurría que al ir los dueños á comer el guisado sólo encontraban la salsilla, porque los criados habian hecho presa en las tajadas, comiéndolas vorazmente; porque necesario es advertir que los españoles, tan sobrios cuando pagan lo que consumen, lo son muy poco en cuanto viven á costa de cualquiera. He visto á personas de calidad comer como lobos en un convite dado por mi parienta, excusando su hambre con el buen sabor de los manjares condimentados á la francesa.

Casi en todas las esquinas hay vendedores que despachan comida, y la cuecen en la misma calle dentro de grandes pucheros apoyados en trébedes. Allí acuden las gentes para proporcionarse algunas habas, ajos, cebollas y un poco de cocido en cuyo caldo remojan el pan. Los escuderos y las doncellas de las mejores familias comen también así, pues en las casas de los señores sólo se guisa para los dueños.

Aquí se bebe muy poco vino; las mujeres no lo prueban y los hombres lo ahorran; el mayor ultraje que se puede hacer á un español es llamarle borracho. Ya explicada una de las razones por las cuales abundan tanto los criados, veamos la otra.

Cuando un gran señor muere, aunque tenga cien criados, el hijo no despide á ninguno, agregándolos á los que ya tenía para su servicio. Si muere la madre, sus doncellas pasan á la casa de su hija ó nuera; y esto se repite hasta la cuarta generación. Hospédanse tales gentes en casas cercanas á la que su dueño habita y se les paga el sueldo asignado, sin utilizarlas nunca, pero ellas acuden con frecuencia para justificar que viven aún, haraganeando, pues otra cosa no hacen.

En casa de la Duquesa de Osuna (muy noble y alta señora) sorprendíome ver un ejambre de doncellas y dueñas que obstruían los corredores y las antesalas. Preguntéle cuántas mujeres como aquellas pagaba, y me contestó que 300,



pero algún tiempo antes 500. Si los títulos conservan tanto servicio, excusado es pensar que será mayor todavía el número de servidores del Rey. Sólo en Madrid paga 10.000 criados, para que le entorpezcan sus asuntos en lugar de facilitárseles.

Hay en palacio almacenes donde muchos van á buscar provisiones, que se ofrecen á cada uno según la calidad de sus títulos ó su empleo. Distribúyense allí hortalizas, aves de corral, caza, pescado, chocolate, frutas, hielo, carbón, aceite, pan, bujías, en una palabra, todo lo que se consume y necesita en el gasto diario. Los Embajadores tienen derecho á tales regalos y los Grandes de España también, y encargan á ciertas personas de la venta de lo que allí recogen, sin pagar impuesto alguno; lo cual les produce un ingreso considerable, porque los derechos de entrada son excesivos.

Nada más á los Embajadores y á los extranjeros se les permite que vayan acompañados por varios pajes, pues la Pragmática prohíbe á los españoles que lleven más de dos lacayos y un escudero. De modo que un gran señor sostiene 500 criados para no poder servirse más que de tres. El escudero no lleva espada como los lacayos, y son los tres tan viejos, con frecuencia, que pasan de los cincuenta años y muy pocos habrá que tengan menos de treinta. Son mal fachados y macilentos y se cortan el pelo por la parte superior de la cabeza, dejándolo crecer atrás y á los lados, peinándose raras veces. Los lacayos llevan larga espada suspendida en un tahalí y oculta bajo la capa. Visten de azul ó verde y con frecuencia sus capas de paño verde están forradas de terciopelo azul; llevan mangas de terciopelo, de raso ó de damasco; con todo lo cual parece que debería resultar un traje agradable, pero no recuerdo vestimenta peor conformada que la de tales hombres, cuyo aspecto innoble deshonra la librea que los cubre. Usan valona sin cuello y no llevan en su ropa ni ribetes de cinta, ni lucidos botones, ni guarnición alguna.

Los pajes siempre van en la carroza de acompañamiento y visten de negro todo el año; en invierno de terciopelo, llevando capas largas, que cuando están de luto arrastran por



el suelo. No llevan espada, pero la mayor parte sujetan un puñal á su cintura. En verano visten de tafetán ó de damasco y se cubren con una capa de tejido muy sutil.

Solamente los grandes señores y los titulados pueden servirse dentro de la ciudad de cuatro mulas y tiros largos para sus coches. Si alguien de humilde nacimiento quisiera infringir tal privilegio, por muy rico que fuese, tendría que sufrir en la calle la vergüenza de ver cortar los tiros, y veríase obligado además á satisfacer una multa no pequeña.

Aquí no basta ser rico si no se es noble. Sólo el Rey puede lucir seis mulas en su carroza y en las carrozas de su acompañamiento. No se parecen á las otras y se distinguen por estar forradas de hule verde y tener su cubierta abarquillada como las tartanas, pero no de mimbre como la de éstas. Su trabajo de talla es muy tosco y las portezuelas ábrense hacia abajo, todo lo cual sirve para darles un aspecto poco agradable. No comprendo cómo un Rey tan poderoso quiere servirse de tales carrozas, y aquí me dicen que, usándose de aquella forma en España en tiempo del gran Carlos V, cuantos reyes han subido al trono despues de aquel famoso Emperador quisieron conservar algunas de sus costumbres. Ciertamente, será necesario que medien razones muy atendibles para que se sirvan tan altos personajes de tan malas carrozas, teniéndolas hermosísimas algunos grandes señores que traen las suyas de Francia de Italia y de otras partes. Todas las carrozas se guardan en grandes patios donde hay cocheras cerradas, y esto sucede porque la mayor parte de los edificios no tienen cuadra ni puerta para entrar los coches. De algún tiempo á esta parte van reemplazando las mulas por caballos, y los hay admirables; nada les falta; difícil había de serle á un pintor idearlos más hermosos. Es casi un crimen uncirlos á las carrozas, que pesan como casas, y hacerlos andar por un pavimento infame, donde se desgastan sus cascos en menos de dos años. Son caros y no tienen bastante fuerza para lucir tirando de una carroza, pero los he visto enganchados en pequeñas calesas muy bonitas, pintadas, doradas y con capota de fuelle como las de Holanda,



y parecióronme ciervos, tanto corrían y tan erguida llevaban la cabeza. Saliendo de las puertas de la villa, cualquiera puede usar un tiro de seis caballos para su carroza. Los arneses no dejan nada que pedir, y como las crines de los caballos son muy largas, llévanlas trenzadas y recogidas con lazos de colores. Los arneses de las mulas son de cuero liso, muy anchos, hasta el punto de cubrirlas casi por completo.

Antes de ayer fuí á pasear con mi parienta, saliendo por la puerta de San Bernardino, pues allí se pasean las gentes en invierno. Vimos á D. Antonio de Toledo, hijo del Duque de Alba, que iba con el Duque de Uceda y el Conde de Altamira. Llevaba un tiro tan hermoso, que, admirada, le prodigué alabanzas cuando su carroza se acercó á la nuestra. Siguiendo la costumbre, el Duque me dijo que sus caballos estaban á mi disposición y él á mis pies; y cuando al anochechar volvimos á casa, los criados me anunciaron que un escudero preguntaba por mí; recibíle y me dijo atentamente que los seis caballos de su señor el Duque de Alba estaban en mi patio, destinados á mi regalo. Mi parienta echóse á reír, diciendo que, como yo acababa de llegar á Madrid, no sabía que á un caballero galante como D. Antonio jamás se le puede alabar nada en su presencia; por lo cual, en vista de mi acreditada ignorancia en estos particulares y del valor excesivo del presente, le rogaba que se volviera con los caballos, dando mil veces las gracias á su señor. Pero el escudero negábase; uno de nuestros lacayos los llevó y el escudero devolviólos. Hubiéramos pasado la noche rogando y agradeciendo, y los caballos de aquí para allá, si no se determinara mi parienta á escribir á D. Antonio, explicándole lo sucedido y aun enfadándose para demostrarle que de ningún modo aceptaríamos el regalo.

Me han dicho que cuando el Rey ha montado un caballo nadie lo hace servir, llevando á tan extremado punto el respeto á las cosas reales. Sucedió que habiendo comprado el Duque de Medina de las Torres un caballo de 25.000 escudos, parecióle tan hermoso y tan noble que lo hizo retratar. El Rey Felipe IV vió el cuadro y quiso ver el original; el



Duque suplicóle que lo aceptara y el Rey se negó, porque—dijo—pudiéndose pocas veces servir de tan hermosa bestia, y no montándolo nadie después de usarlo él, perdería el caballo todo su vigor.

Dedícanse jóvenes muy bellas y de familias hidalgas al servicio de aristocráticas señoras, y de ordinario se ocupan bordando en oro, plata y sedas de colores los cuellos y las mangas de camisa. Pero, si se las abandona á sus naturales inclinaciones, trabajan poco y hablan mucho. Tiénense también en las elevadas familias enanas y enanos que son muy desagradables. Ellos, sobre todo, me parecen feos hasta el punto de causarme repugnancia; su cabeza es mayor que todo el cuerpo. Ellas arrastran hasta el suelo su pelo destrenzado; llevan trajes magníficos y son las confidentes de sus amas, por cuya razón obtienen cuanto desean.

En todas las casas, á horas fijas, todo el servicio femenino acompaña á su señora á la capilla, donde rezan todas el rosario en alta voz. En general no usan libro de oraciones. El Conde de Charny, que es francés, amable, discreto y general de la caballería en Cataluña, nombrado por el Rey de España, me contaba que, estando un día en la iglesia oyendo misa, tenía en la mano su libro de oraciones. Una vieja se acercó á él, arrebatóle su libro y, arrojándolo al suelo con indignación, le dijo: «Dejad estas cosas y coged vuestro rosario.» Es de ver el uso constante que aquí se hace del rosario. Todas las damas llevan uno suspendido de la cintura, tan largo que poco falta para que lo arrastren por el suelo. Van por las calles rezándolo, y cuando juegan al tresillo, cuando hablan y hasta cuando enamoran, murmuran ó mienten, rezan, recorriendo con sus dedos las cuentas del rosario. Figuraos cuánta será en tales circunstancias su devoción; pero aquí es la costumbre más poderosa que todo razonamiento.

Las mujeres llevaban hace algunos años guarda-infantes de un tamaño monstruoso, que las incomodaban, incomodando también, y no poco, á los demás. No había puertas bastante anchas para que pudiera pasar una mujer vestida con guarda-infante. Ahora ya no los usan más que cuando van



á ver á la Reina ó al Rey; pero de ordinario usan una especie de verdugados compuestos de cinco ó seis aros de alambre unidos unos á otros con cintas y que, partiendo de la cintura, van ensanchando hasta llegar al suelo y ahuecan los vestidos, debajo de los cuales pónense á veces varios de aquellos miriñaques; y extraña ver tan cargadas á criaturas de tan fina constitución como suelen ser las españolas. El vestido es liso, de tafetán negro cuando no de pelo de cabra gris, con una gran alforza todo alrededor, un poco más arriba de la rodilla, y cuando yo pregunté para qué servía el ancho pliegue, dijéronme que para ir alargando el vestido á medida que se rozaban sus bordes. La Reina madre lleva, como las demás damas, alforzas en sus vestidos, y las monjas de la orden del Carmen siguen también la misma costumbre hasta cuando viven en Francia. Pero tratándose de señoras elevadas, las alforzas son una moda y no una economía, porque no son avaras y tienen gran profusión de vestidos. Éstos arrastran por delante y por los lados, pero por detrás no llegan al suelo, y cubren perfectamente los pies, que tanto las mujeres aquí recatan. He oído decir que cuando ha tenido una dama todas las complacencias posibles con un caballero, mostrándole un pie le confirma su ternura, y esto es lo que se llama *el último favor*. Preciso es convenir en que no hay nada tan bello como aquellos piecitos primorosos, tan pequeños que sus zapatos no son mucho mayores que los de algunas muñecas. Llévanlos de tafíete negro forrados de seda de color, sin tacones y ajustados como un guante. Cuando las españolas andan, parece que vuelan; en cien años no aprenderíamos nosotras este modo de andar. Apretando los codos contra su cuerpo, corren sin levantar los pies del suelo, como quien resbala.

Y volviendo á tratar de su vestido, debajo de la falda lisa ya mencionada llevan una docena de faldas, generalmente muy hermosas, adornadas con cintas bordadas y puntillas desde el borde inferior hasta la cintura. Al decir una docena, no exagero; sólo durante los grandes calores del verano se limitan á ponerse cinco ó seis, habiendo siempre entre todas alguna de terciopelo ó de tupido y fuerte raso. Todo el año llevan



debajo del vestido más interior otro de tela blanca que se distingue con el nombre de *enagua*. Esta enagua es de preciosas puntas de Inglaterra ó de muselina bordada y tiene cuatro varas de vuelo. Algunas cuestan hasta 500 y 600 escudos. En casa no llevan las señoras miriñaque ni chapines, que son una especie de sandalias de brocado provistas de una plantilla de oro que las levanta tres pulgadas. Cuando llevan los chapines calzados, las mujeres andan mal y con mucho riesgo de caerse.

El corpiño es bastante alto por la parte anterior, pero por detrás deja en descubierto la mitad de la espalda, lo cual no es muy agradable, porque las españolas acostumbran á ser flacas y odian la gordara. Como también son morenas, el escote que muestran señalando los huesos tiene pocos atractivos para los que no están acostumbrados á ver tan escuálidas desnudeces. La carencia de pechos es otra de las condiciones que determinan aquí una belleza femenil, y las mujeres cuidan mucho de que su cuerpo no tome formas abultadas. Cuando los pechos empiezan á desarrollarse, los cubren con delgadas laminillas de plomo, y se fajan, como se les hace á los recién nacidos. Sus manos, adorables, no tienen defecto alguno; son pequeñas, blancas y bien formadas; las anchas mangas, que llegan hasta la muñeca, contribuyen á lucir, aumentándola en apariencia, su pequeñez. Estas mangas son de tafetán de colores, como las de las egipcias, y tienen puños de puntilla. El corpiño es generalmente de brocado, cuya seda ostenta vivísimos colores. Las personas de calidad usan ropa blanca, buena y abundante, pero la mayoría, carece casi en absoluto de ella, porque aquí las telas andan escasas y caras; y como además el español más pobre quiere cubrirse con fino lienzo, muchos hay que con el dinero que les bastaría para comprar seis camisas ordinarias compran una sola de las más finas, y se quedan en cama cuando hay que lavarla, ó se visten sin camisa. Las lavanderas tratan bastante mal la ropa que lavan, por muy fina que sea, poniéndola sobre piedras puntiagudas y golpeándola fuertemente, de modo que las piedras la despedazan. Y no es posible hacer una elección acertada entre to-



das las mujeres que se consagran al oficio de lavanderas, porque todas hacen por el mismo procedimiento el mismo daño, siendo á cual más bruscas y desmañotadas.

Vuelvo á tratar del traje de las señoras, cuya descripción he interrumpido varias veces haciendo algunas digresiones acerca de cosas que iba recordando. Diré, pues, que alrededor del cuello se ponen una puntilla de hilo bordada con seda roja ó verde, con oro y plata. Llevan cinturones contruídos con medallas y relicarios, y, además, el cordón de alguna orden religiosa, ya de San Francisco, ya del Carmen, etc. Estos cordones, de lana blanca, negra ó siena, cuelgan desde la cintura por delante del vestido hasta el borde inferior de éste, y tienen varios nudos y en cada uno de ellos muchas veces se pone un botón de pedrería. Llévanse tales cordones en cumplimiento de algún voto hecho al santo, pero con frecuencia, ¿cuál es el motivo del voto?

Las damas aquí tienen abundante y hermosísima pedrería y no llevan una sola joya como las francesas, sino nueve ó diez, unas de diamantes, otras de rubíes, perlas, esmeraldas y turquesas, muy mal montadas, porque aparecen casi totalmente cubiertas de oro; preguntándoles yo el motivo de cubrirlas así, me dijeron que se construían de tal manera las alhajas por ser el oro tan bello como las piedras preciosas, pero supongo que la verdadera causa de que se oculten los tamaños de la piedras bajo una capa de metal sería necesario buscarla en el atraso de los artífices que no saben trabajar mejor, exceptuando á Verbec, al cual, saber no le falta, y que haría cosas muy bellas si quisiera concluir cuidadosamente sus obras.

Las damas llevan prendidos en el cuello del corpiño alfileres muy adornados con rica pedrería, y pendiente del alfiler, sujetando su extremo inferior en un costado, pónense una cadena de perlas ó de diamantes. Nunca usan collares, pero adornan sus muñecas con brazaletes y sus dedos con anillos, colgando de las orejas largos pendientes, excesivamente pesados, y no sé cómo pueden sufrirlos. En estas joyas lucen todo lo que les parece bello. He visto algunas damas que llevaban colgados de sus aderezos relojes bastante



grandes, cadenas de piedras preciosas y hasta llaves de Inglaterra primorosamente labradas y campanillas. Llevan también *agnus* y pequeñas imágenes colgadas al cuello y á los brazos, y sobre la cabeza, peinada de distintos modos y siempre descubierta, muchas horquillas rematadas con moscas de diamantes ó con mariposas cuyos colores pintan rubíes y esmeraldas.

Ábrense raya, distribuyendo el pelo en dos partes por un costado de la cabeza, y echan la parte mayor hacia el otro costado, aplicándolo sobre la frente, de tal modo que forman con él una superficie brillante como un espejo. Otras veces adórnanse con una trenza postiza y dejan su cabello caído sobre los hombros. Generalmente hácese cinco trencitas, á cada una de las cuales anudan una cinta ó una rastra de perlas, uniéndolas por sus extremos á la espalda; y en verano, mientras las damas están retiradas en sus habitaciones, envuélvense en un pedazo de tafetán de color adornado con puntillas de hilo. No llevan cofia de día ni de noche. Algunas adórnanse la cabeza con plumas como los niños. Estas plumas son muy finas y jaspeadas de distintos colores, constituyendo un bonito adorno que podría muy bien hacerse de uso en Francia.

Las solteras y las recién casadas llevan hermosísimos trajes, y sus corpiños, de color, están bordados con oro. He ido á ver á la Princesa de Monteleón: es una joven de trece años y acaban de casarla con su primo hermano D. Nicolás Pignatelli; su madre es hija de la Duquesa de Terranova y está nombrada camarista mayor de la nueva Reina. Las Duquesas de Terranova, de Híjar y de Monteleón habitan la misma casa, con la joven Princesa y sus hermanas. La Duquesa de Terranova tendrá próximamente sesenta años, y como mi parienta es muy amiga suya, nos recibe con un agrado que no es en ella costumbre, pues tiene un carácter muy duro y bien escrito lo lleva en la cara. Su voz es ruda; habla poco: tiene talento y fácil penetración. Hame hablado del cargo que desempeñaría junto á la nueva Reina.—Nada descuidaré—decía—de lo que pueda ser agradable á mi señora, procurándole todo aquello que pueda pro-



ducirle algún placer; porque no ignoro que á una joven Princesa nacida en Francia debe concedérsele alguna mayor libertad de la que gozaría una Infanta de España educada en Madrid; así, procuraré por todos los medios hacer que no encuentre diferencia ninguna entre su país y éste.

Regalóme un rosario de *palo de Águila*, madera preciosa y rara que traen de las Indias, unos *búcaros* de Portugal, vasos de tierra sigilada guarnecidos con filigranas, y varias joyas muy bonitas.

Difficil sería encontrar una residencia más suntuosa que la casa donde vive la Duquesa. Las habitaciones altas, que son las que ocupa, están recubiertas con preciosos tapices recamados de oro. Vense en una larga sala, más larga que ancha, varias puertas vidrieras que conducen á los aposentos de las señoras. El primero es el de la Duquesa de Terranova, tapizado de gris, con una cama forrada del mismo color; el segundo pertenece á su hija la Duquesa de Monteleón, que siendo viuda tiene tapices y muebles grises iguales á los de su madre; el tercero corresponde á la Princesa de Monteleón y no es mayor que los otros, pero tiene una cama de damasco verde y oro, adornada con brocado de plata y blondas españolas. Alrededor de las sábanas colgaba una puntilla de Inglaterra extremadamente ancha y hermosa. Los aposentos de las hermanas menores de la Princesa eran dos, y estaban cubiertos de damasco blanco; las dos niñas que los ocupan han sido nombradas *meninas* de la Reina. Á continuación abríase la estancia de la Duquesa de Híjar, tapizada de terciopelo carmesí con fondo de oro. Los aposentos están separados unos de otros por tabiques de madera, y las doncellas duermen en la sala, en camas que cada noche llevan y cada mañana retiran.

Las damas ocupan generalmente una extensa galería cubierta de preciosas alfombras. Vense alrededor, de trecho en trecho, almohadones de terciopelo carmesí bordados con oro. Hay además bastantes muebles adornados con piedras finas bien labradas, pero traídas del extranjero; mesas de plata, cómodas y espejos admirables, tanto por su tamaño como por la rica labor de sus marcos, donde la materia más



vil es pura plata. Lo que me gusta más entre todo son los *escaparates*, especie de armarios cerrados por un gran cristal, y conteniendo en sus estantes cuanto se puede suponer raro y precioso construído en ámbar gris, porcelana, cristal de roca, bezoar, coral, nácar, filigrana de oro y otros mil materiales preciosos.

Reuníamonos en la galería más de sesenta señoras, y ni una sola llevaba sombrero. Todas estaban sentadas en el suelo, con las piernas cruzadas por debajo del vestido, antigua costumbre que han heredado de los moros. No había más que un sillón de tafíete, bastante mal construído; pregunté á quién estaba destinado, y me dijeron que al Príncipe de Monteleón, quien sólo entraba cuando se habían retirado las señoras. No pudiendo resistir la postura en que ellas descansaban cómodamente, me senté sobre unos almohadones; alrededor de un brasero de plata donde ardían huesos de aceituna para que no hubiera tufo, estaban acurrucadas seis ó siete señoras, y cuando alguna nueva visita llegaba, la enana ó el enano adelantábanse para anunciarla hincando una rodilla en el suelo; en seguida poníanse de pie todas las damas, y la joven Princesa se acercaba la primera rápidamente á la puerta para recibir á quien venía, sin duda á felicitarla por su casamiento.

Las señoras en España no se saludan besándose (tal vez por no descomponerse la pintura que amontonaron en sus mejillas), pero se ofrecen las manos desenguantadas y hablándose con cariño se tratan de *tú*, sin llamarse nunca señora, señorita, ni alteza ni excelencia, sino solamente D.<sup>a</sup> María, D.<sup>a</sup> Clara, D.<sup>a</sup> Teresa, etc. Queriendo saber por qué adoptan en su trato maneras tan familiares, he averiguado que lo hacen así para evitar entre todas motivos de piques y rencillas, y que, como por muchos medios pueden establecer diferencias hablando sencillamente y distinguir de fácil modo clases y rangos distintos, han adoptado la costumbre de tratarse sin aparente ceremonia. Es necesario añadir que se arreglan siempre los casamientos entre personas de la misma condición, que las familias de los togados no se confunden con las de los cortesanos, y que un hombre que goce de



título se une siempre con la hija de otro titulado. Aquí nunca la plebe se confunde y enlaza con la nobleza, como sucede á veces en Francia, por lo cual poco arriesgan las mujeres de igual condición tratándose familiarmente. Si van llegando á una visita cien señoras, una después de otra, es preciso levantarse cien veces seguidas, y se anda como en procesión para salir á recibirlas á veces hasta la antesala. Esta costumbre me fatiga tanto que las visitas me ponen de mal humor.

Las señoras iban todas muy compuestas, luciendo preciosos vestidos y magníficas joyas de valor extraordinario. Había en la sala dos mesas de tresillo, donde se jugaba mucho sin hacer el más pequeño ruido. Yo no entiendo las barajas españolas, que parecen hechas de papel y están pintadas de distinto modo que las nuestras. Parece que se tiene una sola carta en la mano cuando se toma todo el juego, y creo no sería difícil á un tramposo escamotear una de aquellas delgadas cartas ó un juego completo.

Hablábase de todo, repitiendo las noticias de la corte y de la villa. La conversación era libre y agradable: fuerza es convenir en que tienen las españolas un ingenio del que nos hallamos á mucha distancia; son cariñosas, amigas de alabar, y alaban de una manera noble, llena de viveza y discernimiento; sorprende su mucha memoria, que acompaña generalmente á su grande imaginación; su corazón es blando y sensible, algunas veces más de lo necesario; leen poco y escriben menos, pero aprovechan muy bien sus escasas lecturas, y lo que raras veces escriben resulta siempre oportuno y conciso.

Sus facciones son finas y bien delineadas, pero su excesiva delgadez sorprende á los que no estamos acostumbrados á verlas. Generalmente son morenas, pálidas, y su piel es lisa y delicada; sin duda la viruela no las castiga tanto como en otros países, porque la mayoría no están marcadas por ella.

Sus cabellos son negros como el ébano y muy lustrosos, bien que no los cuiden con muchos primores ni muchos afeites, usando por lo regular un solo peine. En efecto, el otro

día vi en casa de la Marquesa de Alcañices (hermana del Condestable de Castilla que se había casado en primeras nupcias con el Conde-Duque de Olivares) su tocado dispuesto, y—aun siendo esta señora una de las más elegantes y ricas—su tocado estaba en una mesilla de plata y sólo contenía un pedazo de lienzo de Indias, un espejo como la palma de la mano, dos peines, un acerico, y en una taza de porcelana, clara de huevo batida con azúcar cristalizada. Pregunté á una doncella lo que hacía con este menjurge, y me dijo que servía para desengrasar la piel y ponerla brillante. Algunas tienen la frente lustrosa como un cristal; diríase que la llevan siempre barnizada, y la piel tan tersa que sin duda les duele. La mayor parte de las mujeres se peinan las cejas, estrechándolas y de manera que aparenten arrancar del mismo punto hacia uno y otro lado de la frente, lo cual es considerado aquí por un atractivo incomparable.

Sin embargo, muchas no usan tales atavíos y en general me parecen las españolas más naturalmente agradables que las francesas, á pesar de su tocado y de lo poco que favorecen con sus modas las bellezas de su cara, que no recibe atractivo de adorno alguno, pero que tiene unos ojos incomparables; ardientes y expresivos, hablan un lenguaje tan cariñoso y comprensible, que, aun cuando las españolas no poseyeran más gracias que las de sus ojos, adquirirían fama de muy hermosas, interesando el corazón de los hombres. Las dentaduras de las mujeres me parecen bastante regulares y serían muy blancas si se acostumbrasen á cuidarlas; pero se las abandonan, estropeándolas además á fuerza de comer dulces y chocolate. Los hombres y las mujeres tienen aquí la mala costumbre de limpiarse los dientes con un palillo delante de otras personas, en la calle ó en la visita; nadie se los manda arreglar por los dentistas, y si alguien pretendiese hacerlo, tendría que renunciar á su propósito, porque aquí no hay gentes que desempeñen este oficio; cuando es necesario arrancar una muela, lo hace un cirujano como puede, según su leal saber y entender y su poca ó mucha práctica.

Al entrar en el gabinete de la Princesa de Monteleón ex-



trañóme ver que algunas damas, jóvenes todavía, llevaban sobre las narices y apoyados por detrás de las orejas grandes anteojos, y lo que más me sorprendió fué ver que ninguna de aquellas damas hacía cosa para la cual pudieran los anteojos servirle, pues todas hablaban sin aplicarse á labor alguna y sin quitárselos. La curiosidad hostigóme y pregunté á la Marquesa de la Rosa, con quien he trabado grande amistad, á qué obedecía lucir sin necesitarlo aquel objeto entonces inútil. Es la Marquesa de la Rosa una brillante dama que conoce bien la sociedad en que vive, aunque nació en Nápoles, y tiene mucho y delicado ingenio; echóse á reir al escuchar mi pregunta y respondióme que como los anteojos daban cierto aire de gravedad, no se los ponían las españolas para distinguir mejor á través de los cristales, sino para inspirar respeto.—Ved á esa dama—díjome refiriéndose á una que cerca de nosotras estaba;—creo que no se ha quitado los anteojos en diez años ni siquiera para dormir; sin exageración, muchas señoras y muchos caballeros comen con los anteojos montados en las narices, y en la calle y en las visitas veréis á muchas gentes que nunca los abandonan.

—Es oportuno—continuó diciéndome—que os hable con este motivo de cierto suceso que ha de agradaros. Hace algún tiempo, ventilaba una orden religiosa un litigio de graves consecuencias; era tanto el interés que no se descuidaba lo más mínimo, y aprovechando todas las ocasiones, no despreciaron la influencia de un joven novicio cuyos padres eran personas de muy alta calidad. El prior aseguró al joven que todo podía prometérselo si por su recomendación le podía sacar del atolladero. Al fin los frailes consiguieron lo que deseaban, y el novicio, rebotando de gozo, corrió á darle al prior la noticia, disponiéndose al mismo tiempo á pedirle una gracia que deseaba grandemente obtener; pero el prior, después de haberle oído y abrazado, díjole con solemne y grave tono:—Hermano, *póngase las ojeras*. Esta libertad que se le concedía produjo tal júbilo en el novicio, que considerándose por ello de sobra honrado, no se acordó de pedir otra cosa. El Marqués de Astorga—prosiguió la Mar-

quesa,—siendo Virrey de Nápoles, mandó esculpir su busto en mármol y no dejó de ponerle sus grandes anteojos. Es tan común el uso de éstos, que se procura que sus formas guarden proporción con el rango de la persona que los usa; y á medida que la fortuna de cada cual sea más elevada, mayores van siendo también los cristales de sus anteojos y á mayor altura se apoyan sobre la nariz. Los Grandes de España los llevan tan anchos como la palma de la mano, sosteniéndolos por detrás de las orejas y quitándoselos con menos frecuencia que la golilla. Antiguamente hacíanse traer cristales de Venecia, pero desde que el Marqués de la Cueva acometió la empresa denominada *el triunvirato*, porque fueron tres los que quisieron incendiar el arsenal de Venecia con espejos ovalados, pretendiendo por este medio hacer al Rey de España dueño de aquella ciudad, los venecianos á su vez hicieron construir buen número de anteojos que mandaron á su Embajador en Madrid, el cual fuélos regalando á toda la corte y todos aquellos que los usaron resintiéronse de la vista de modo que casi quedaban ciegos. Eran cristales de tal manera tallados que al recibir el menor rayo de sol abrasaban. Sucedió que un día en el Consejo habían dejado abierta una ventana de manera que el sol, dando de lleno en los anteojos de los concurrentes, produjo una especie de fuegos de artificio que abrasaron las pestañas de todos, ofuscando la vista. Puede imaginarse cuál sería el espanto que produjo semejante accidente entre los viejos venerables que fueron víctimas.

—Bien quisiera—le dije á la Marquesa—tener por cierto el notable caso que me habéis referido, pero me parece muy exagerado.—Como yo no lo vi—prosiguió ella sonriendo—no puedo afirmar positivamente su veracidad, pero juzgo del todo cierto lo que os dije referente al prior y á un novicio de una orden religiosa.

Posteriormente y con frecuencia he reparado que muchas personas de calidad, yendo solas ó acompañadas en las carrozas de paseo, lucen sobre sus narices enormes anteojos que casi me asustan.

En casa de la Princesa nos dieron un agradable refrigerio;



presentáronse diez y ocho doncellas con grandes azafates de plata llenos de confituras secas, de albaricoque, cereza, ciuella y otras varias frutas envueltas pieza á pieza en papeles dorados y recortados por las puntas como un fleco. Esto me pareció muy bien y extremadamente limpio, pues así los dulces se cogen y se llevan á la boca desenvolviéndolos con cuidado sin pringarse los dedos, y puédese también guardar algunos, como es costumbre, sin ensuciar los bolsillos. Hay señoras que después de atracarse de dulces hasta reventar, sacan seis ó siete pañuelos que para estos casos llevan y los llenan de dulces. Aunque parezca esto un abuso á todas las demás, hacen ver que pasa desapercibido; tal es la cortesía, que cuando han colmado sus provisiones todavía se les ofrece nuevamente que repitan, como si nada hubieran hecho. Las que así se portan anudan después sus pañuelos y los atan con un cordón alrededor de su miriñaque.

Luego de los dulces diéronnos buen chocolate servido en elegantes jícaras de porcelana. Había chocolate frío, caliente y hecho con leche y huevos. Tomámosle con bizcochos; hubo señora que se sorbió seis jícaras una después de otra, y esto lo hacen algunas dos ó tres veces al día. No extraño ya que las españolas estén tan flacas, pues no hay cosa más ardiente que el chocolate, de que tanto abusan; además, lo comen todo muy cargado de pimienta y otras especias, de modo que debieran estar abrasadas. En casa de la Princesa varias comieron también tierra sigilada. Ya os he dicho la pasión que muchas tienen por mascar esta tierra, que suele dejarlas opiladas con frecuencia; el estómago y el vientre se les hinchan haciéndose duros como piedra y la piel se les pone amarilla como un membrillo. Yo quise también probar ese requisito tan estimado y tan poco estimable, y en adelante preferiría comer asperón que tierra sigilada; pero si se pretende ser agradable á estas damas es preciso regalarles algunos *búcaros* que ellas nombran *barros*; y, frecuentemente, los confesores no les imponen otra penitencia que la privación de pasar un día sin probar aquella tierra, que á juicio de muchos tan buenas y tantas cualidades reune; cura de ciertas enfermedades y en un vaso de tierra sigilada descúbrese cual-



quier bebida venenosa. Yo tengo uno que hace malo el vino y riquísima el agua. Ésta parece que hierve cuando se llena el vaso y se la ve agitarse y retemblar (no sé si es propio lo que digo), pero después de algún tiempo, no largo, el vaso se vacía, tan porosa es la tierra de que está hecho, y huele muy bien.

Diéronnos agua extremadamente fría; en ninguna parte se sirven las bebidas tan frescas como aquí. Para prepararlas usan con preferencia la nieve, que refresca mejor que el hielo. Es aquí uso establecido después de tomar el chocolate beber agua muy fresca.

Terminada la merienda entraron luces. Acercóse primero el mayordomo, un hombre pequeño y encanecido, que llevaba una cadena de oro al cuello y pendiente de la cadena una medalla, regalo que se le había hecho por la boda del Príncipe de Monteleón. Dobló una rodilla en tierra, estando en el centro de la galería, y dijo levantando la voz:—Alabado sea el Santísimo Sacramento. Á lo que todos contestaron:—Por siempre alabado sea. Esta costumbre se sigue siempre al encender las luces. En seguida veinticuatro pajes entraron de dos en dos, hincando al entrar la rodilla, y trayendo cada uno dos grandes candelabros ó un *velón*, y cuando los hubieron dejado sobre las mesas y en los escaparates, retiráronse con mucha ceremonia. Entonces, todas las damas hicieron unas á otras grandes reverencias. Será conveniente decir que los velones son lámparas sostenidas por una columna de plata bastante alta y que tiene un pie muy ancho. Cada lámpara tiene diez ó doce picos, en cada uno de los cuales arde una torcida, de modo que un velón produce mucha claridad, y para que sea mayor ésta, lleva detrás de la luz una pieza de plata que la refleja. El humo no incomoda, y el aceite que se gasta en estos velones no tiene nada que envidiar al fino que se usa para ensaladas. Esta moda me agradó muchísimo. Cuando todos los candelabros quedaron dispuestos en la galería, donde les correspondía estar, la joven Princesa de Monteleón mandó á sus doncellas que llevaran el traje de boda, porque pensaba enseñármelo. Las doncellas volvieron con treinta cestillas de plata, y eran tan pesadas que para sos-



tener cada una empleáronse cuatro doncellas. Dentro de las canastillas había todo lo que puede pedirse, lo más hermoso y rico, ajustado á la moda del país. Entre otras cosas admiré seis jubones de brocado con botones de diamantes y esmeraldas, teniendo cada uno seis docenas de piedras preciosísimas. La ropa blanca y las puntillas de blonda no eran menos bellas que lo demás. La Princesa me hizo ver sus joyas y aderezos, que son admirables, pero tan mal contruídos, que los mayores diamantes aparecen del tamaño de uno de 30 luises que hubiera sido montado en París.

Las iglesias de Madrid me han parecido muy hermosas y bien dispuestas, pero se ven poco frecuentadas por las grandes señoras, que rezan en sus capillas particulares contruídas en sus casas; sólo en ciertos días del año van todas á las iglesias, como, por ejemplo, en los de Semana Santa.

Nuestra Señora de Atocha me ha gustado mucho: está enclavada en un convento donde habitan bastantes frailes que no salen casi nunca, porque una de sus reglas más atendidas es el recogimiento en la clausura; su vida es muy austera. Desde todas partes acuden los fieles á Nuestra Señora de Atocha, que tiene muchos devotos, y cuando los Reyes de España celebran algún feliz suceso, en esta iglesia mandan cantar el *Te-Deum* en acción de gracias. En un altar hay una Virgen sosteniendo al niño Jesús entre sus brazos; las gentes la consideran milagrosa, es negra y con frecuencia la visten con traje de viuda; pero en las grandes solemnidades la cubren con riquísimas telas é incomparables pedrerías, tan hermosas y tan abundantes que no se puede ver nada que lo iguale por magnífico que sea. La Virgen tiene sobre la cabeza una corona de gloria dispuesta en forma de sol, cuyos rayos deslumbran; lleva también un gran rosario. Este altar está colocado á la derecha de la nave central, en un sitio que sería oscuro del todo si no lo iluminaran más de cien suntuosas lámparas de plata y de oro que siempre se mantienen encendidas. El Rey tiene una tribuna desde donde sin ser visto presencia las ceremonias religiosas oculto detrás de la celosía.

En todas las iglesias hay unas esterillas de junco muy con-



venientes para no tenerse que arrodillar en el suelo, y en cuanto entra una persona de calidad ó una dama extranjera, el sacristán corre á poner un tapiz en el sitio donde aquélla se detuvo, y sobre el tapiz coloca un reclinatorio, ó bien la invita otras veces á entrar en las tribunas, pintadas, doradas y envidriadas, donde se descansa y reza muy cómodamente.

No pasa un solo domingo sin que se iluminen con más de cien velas los altares, que en todas las iglesias de Madrid están atestados de plata. En ciertos días de gran solemnidad, fórmanse jardincillos de césped con surtidores que se derraman sobre fuentes de plata, de mármol ó de pórfido. Colócanse alrededor multitud de naranjos de dos varas de altura, arraigados en grandes tiestos y sobre los cuales van á posarse algunos pajarillos que cantan como si estuvieran en la vega. Estas funciones se repiten con bastante frecuencia, y las iglesias nunca están desprovistas de naranjos y jazmines que las perfuman con olores bastante más agradables que el del incienso.

Vese en la capilla de Nuestra Señora de la Almudena una Virgen que, al decir de las gentes, fué traída de Jerusalén por Santiago, que la escondió en una torre de la muralla. Cuando los moros sitiaron la Villa, encontrándose sus habitantes reducidos á un hambre feroz, deliberaron para decidir la manera de rendirse; pero alguno fué á la torre donde la Virgen estaba escondida y la encontró llena de trigo. Tal abundancia no podía originarse más que por un milagro, y el pueblo, satisfecho, envalentonóse defendiéndose con tal denuedo, que los moros tuvieron que retirarse fatigados y sin esperanzas. Descubrióse la Imagen y construyeron para venerarla una capilla en cuyas paredes pintaron al fresco las escenas que acabo de relatar. El altar, la barandilla y las lámparas son de plata maciza. Á poca distancia de la Almudena tienen los Mínimos una iglesia, donde se ofrece culto á Nuestra Señora de la Soledad, donde se reza la Salve todas las tardes y es un lugar de mucha devoción para los verdaderos fieles, aunque los menos aprensivos lo hacen servir como punto de citas y afortunados encuentros.



La capilla de San Isidro es entre todas la más bella. San Isidro, patrón de Madrid, era un pobre labrador; los muros de su capilla están incrustados con mármoles de colores; las columnas y las imágenes de algunos santos son de mármol también. La tumba de San Isidro está en el centro y cuatro columnas de pórfido sostienen sobre ella una hermosa corona de flores tallada en mármol de diversos matices dispuestos con tal propiedad que no parece sino que el arte ha excedido á la naturaleza. Las imágenes de los doce Apóstoles adornan por su parte exterior la cúpula de la capilla.

En la parroquia de San Sebastián he visto una silla que la Reina madre hizo construir para llevar los Sacramentos á los enfermos cuando hiciera mal tiempo. Está forrada de terciopelo carmesí bordado en oro y cubierta de piel con clavos dorados; tiene grandes cristales y una especie de pequeño campanario lleno de campanillas de oro. Cuatro curas la llevan cuando alguna persona de calidad estando enferma quiere recibir al Señor, acompañándola en seguimiento muchas gentes de la Corte. Más de mil cirios alumbran y el cortejo se detiene en las grandes plazas que se cruzan en su camino, mientras el pueblo, de rodillas, recibe la bendición, y los músicos y los cantores mezclan con la humana voz las notas de la guitarra y del arpa. Es generalmente por la tarde cuando se lleva, como he dicho, el Santísimo Sacramento con respetuosa ceremonia.

Cuando ha de celebrarse alguna fiesta en cualquier iglesia, desde la víspera se clavan en el suelo grandes mástiles, encima de los cuales se colocan unas parrillas en forma de cazoleta, bastante hondas y llenas de teas impregnadas de aceite y azufre, que arden produciendo por algunas horas hermosa claridad. Fórmanse calles con los mástiles colocados en fila y resulta una iluminación muy agradable, de la cual se hace uso también en toda clase de festejos públicos.

Las mujeres que van á la iglesia por la mañana oyen una docena de misas, pero sus muchas distracciones dejan claramente comprender que otros pensamientos les preocupan más que los rezos; llevan manguitos de media vara de largos y hechos con ricas pieles de marta, de modo que cada



manguito cuesta 400 ó 500 escudos, y es necesario que la que lo lleva extienda todo el brazo para poder introducir en el hueco la punta de los dedos; como las españolas en general tienen poca estatura, sus manguitos resultan casi tan altos como ellas, que llevan además un abanico, y tanto en invierno como en verano, mientras dura la misa, no paran de abanicarse. Siéntanse como los moros sobre las piernas cruzadas y toman con frecuencia polvo de tabaco sin confundirse, porque para esto, como para todo, tienen maneras muy finas y apropiadas. Cuando se levanta la Hostia, las mujeres y los hombres danse muchos puñetazos en el pecho, produciendo tal ruido que al oirlo por primera vez, volvíme sobresaltada, temerosa de que algunos riñeran golpeándose ferozmente.

Los caballeros (y aludo á los más galantes, que llevan una gasa en el sombrero), cuando la misa terminaba, recogíanse alrededor de la pila del agua bendita y al acercarse las damas á tomar agua para repetir la señal de la cruz, ofrecíanseles ellos con la mano, diciéndoles al mismo tiempo frases requebradoras. Ellas agradecían contestando con brevísimas palabras, pues necesario será convenir en que las españolas dicen sólo aquello más prudente y oportuno sin esforzarse gran cosa para pensarlo; su fácil ingenio les prepara las respuestas repentinamente.

Monseñor el Nuncio de Su Santidad ha prohibido bajo pena de excomunión que los hombres ofrezcan á las mujeres agua bendita, y se asegura que esta prohibición obedece á ciertas reclamaciones formuladas por maridos celosos. Lo cierto es que se observa el mandato, el cual no permite á los caballeros ni siquiera ofrecerse unos á otros el agua de las pilas en la iglesia.

Cualquiera que sea el rango de las españolas, nunca usan almohadones para arrodillarse y sentarse en los templos. Cuando entramos nosotras, con nuestras costumbres francesas, todos los concurrentes nos rodean; pero lo que más me incomoda es la consideración que aquí es necesario tener á las mujeres embarazadas, que suelen mostrarse más curiosas que las demás. Dícese que cuando las mujeres en tal estado



pretenden una cosa y no la consiguen porque alguno se la niegue, son víctimas de una dolencia que las hace malparir; de manera que para evitarles disgustos se las considera con derecho de molestar á todo el mundo como les plazca.

Las primeras veces que me sucedió esto, no me anduve con bromas y hablé secamente á las que de mi paciencia querían abusar; algunas se retiraron llorando sin atreverse á volver cerca de mí, pero en cambio hubo muchas que, sin apartarse quisieron ver mis zapatos, mis ligas y lo que yo llevaba en los bolsillos. Cuando yo me resistía, mi parienta me avisaba rogándome que fuera condescendiente porque si las gentes plebeyas reparaban mi proceder, serían capaces de apedrearme por el poquísimos caso que yo hago de lo que tanto respetan ellas. Las doncellas de mi servicio vense mucho más molestadas que yo, porque no tiene límites aquí la curiosidad importuna de las mujeres embarazadas.

Hanme referido que un joven caballero de la Corte, viviendo enamorado de una señora muy hermosa, para tener ocasión de hablar con ella burlando la vigilancia del marido, disfrazóse de mujer en cinta y fué á casa de su adorada, diciendo que tenía el *antojo* de hablar á solas con la señora. El marido, ajeno de sospechas, aunque era celoso y no se apartaba de su mujer un solo instante, accediendo á la súplica se ausentó para dar tiempo á una larga y agradabilísima entrevista.

Cuando las mujeres embarazadas desean ver al Rey, se lo hacen saber por medio de algún criado palaciego, y el Rey sale á un balcón, donde permanece mientras ellas le miran.

Hace algún tiempo que una española recién llegada de Nápoles pidió al Rey que se dejara ver, y cuando le hubo mirado bastante, transportada por su celo, dijole cruzando la manos: «Ruego al cielo, señor, que os conceda la gracia de haceros algún día Virrey de Nápoles.» Créese, tal vez con fundamento, que alguien mandó representar esta comedia para informar al monarca de que la magnificencia desplegada por el Virrey de Nápoles, odioso á la mayoría, era superior con mucho á la de los Reyes de España. Con frecuencia llegan á nuestras habitaciones algunas damas que no cono-



ce mos y á las que mi parienta recibe con mucho agasajo porque están embarazadas.

Gracias al cielo ha terminado ya la Cuaresma, y aunque yo sólo he ayunado durante la Semana Santa, se me han hecho esos días más largos que toda la Cuaresma en París, porque aquí no se hace manteca, y la escasa que se vende viene de muy lejos, metida en tripas de cerdo y llena de gusanos, lo cual no quita para que sea más cara que la de Vauvre. Más vale contentarse con el aceite, que por cierto es buenísimo, pero que á todos no puede agradarnos á pesar de sus bondades; yo no lo pruebo sin que me haga daño, y como si esto no fuera bastante, por estar situada la villa de Madrid á cien leguas del mar, nunca podemos comer pescado fresco. Algunas veces traen salmones, con los cuales se hacen empanadas llenas de azafrán; el pescado de río no abunda, pero generalmente la gente se preocupa muy poco de todo esto, pues casi nadie ayuna, conociendo de antemano las dificultades con que tropieza quien pretende hacerlo. Véndense las bulas en casa del Nuncio, y la bula que se adquiere por tres reales permite comer manteca de leche y queso durante toda la Cuaresma y despojos los sábados de todo el año. Parece-me algo incomprensible que se permita comer las patas, la cabeza, los riñones y no el cuerpo de una res.

La carnicería permanece abierta durante la Cuaresma, como en el Carnaval, y es muy molesto el modo de vender carnes que usan aquí. El comprador trata con el carnicero por una ventanilla, pide aquél todo lo que le hace falta, y el carnicero no se digna contestarle; repite aquél, y éste le hace dar el dinero adelantado; al fin, si ha pedido un lomo de ternera, le da una pierna de carnero; recházala el comprador, alegando que ha pagado y desea otra cosa, y el carnicero retira la carne que ofreció y la sustituye por un pedazo de buey. Grita el comprador, porque tampoco es aquello lo que ha pedido, y el comerciante le tira su dinero á la cara, dándole además con el ventanillo en las narices. Inútil es ir á otra carnicería, porque usan en todas parecidos modales ó peores tal vez; así, lo más prudente y ventajoso es pedir lo que hace falta y tomar lo que dan los vendedores



á su antojo. La carne que aquí se gasta es muy seca y muy negra, pero con mucha menos cantidad que en Francia se hace un buen caldo. Todo es tan alimenticio, que un huevo aquí aprovecha más que un pollo en otra parte, sin duda por efecto del clima.

En cuanto al vino, me parece mediano. No es en Castilla donde se producen los excelentes vinos de España. Éstos provienen de Andalucía y de Canarias, y es preciso embarcarlos para que tomen la suavidad y la fortaleza que los distingue y hace agradables. El vino en Madrid es fuerte, pero áspero; y si á esto se añade que lo conservan en pellejos recubiertos de pez, podránse apreciar fácilmente sus malas cualidades. Así no me sorprende que los hombres en general sean poco bebedores, pues mucha voluntad se necesitaría para emborracharse con un brebaje de tal sabor. Véndese muy barato en cortas cantidades para los pobres, y para esta venta lo tienen todo el día en grandes lebrillos de barro donde, aireándose y moviéndose mucho cada vez que meten el jarro en el lebrillo, se avinagra, y apesta de tal modo, que al pasar por la calle cerca de una taberna es necesario taparse las narices.

La Cuaresma no reduce ni modifica las diversiones, porque son éstas constantemente muy morigeradas, ó por lo menos muy quietas y silenciosas. No deja nadie durante la Semana Santa de visitar las estaciones, sobre todo desde el miércoles hasta el viernes. Suceden cosas bien distintas en aquellos días entre los verdaderos penitentes, los amantes y los hipócritas. Algunas damas, con pretexto de la devoción, no dejan en tales días de ir á ciertas iglesias donde saben desde el año anterior que sus amantes irán deseosos de contemplarlas, y, aunque vayan seguidas de multitud de dueñas, como son grandes las apreturas, el amor les ofrece ayuda para librarse de los *Argos* que las vigilan, y escurriéndose revueltas en el gentío, van á una casa vecina que reconocen por cualquier señal, expresamente alquilada para servir á los amantes en aquel momento. Luego vuelven á la iglesia, donde las dueñas no dejaron de buscarlas, riñenlas por su poquísimo cuidado, y se hacen acompañar de cerca para



mentir con más disimulo; así los maridos que guardaron durante doce meses á su cara esposa, la pierden con frecuencia el día en que debió ella serles más fiel. El gran recogimiento en que ellas viven les inspira ideas de libertad, y su ingenio, ayudado por su ternura, pone á su alcance medios que sus propósitos facilitan.

Me ha parecido muy desagradable el espectáculo que ofrecen los disciplinantes; al ver el primero creí que me desmayaba; no se cómo puede parecer bien una cosa que horroriza y asusta. Un hombre se os acerca tanto que, al golpear-se, con su sangre salpica vuestro vestido, y esto es una galantería.

Para darse azotes gallardamente y hacer saltar la sangre á un punto determinado, hay reglas formuladas, y maestros que las enseñan y caballeros que las aprenden como se aprenden las artes de la danza y de la esgrima.

Los disciplinantes visten una túnica muy delgada que los cubre desde la cabeza hasta los pies, formando pequeños pliegues y tan amplia que para cada túnica empleáanse 40 ó 50 varas de tela; llevan sobre la cabeza una caperuza muy alta, por delante de la cual pende una tira de lienzo que cubre la cara y en su parte superior tiene dos agujeros dispuestos para que vea por ellos el disciplinante, que lleva guantes y zapatos blancos y muchas cintas en las mangas de la túnica, que tiene dos aberturas por donde asoman los desnudos hombros. Generalmente llevan también enlazada en las disciplinas una cinta que á cada penitente regala su amante y ellos la lucen como un señalado favor. Para ser admirado y hacer bien las cosas es preciso no gesticular con el brazo y mover solamente la muñeca, que sean dados los golpes sin precipitación y que la sangre que salte de las heridas no manche la túnica. Despelléjanse de una manera horrible los hombros, de cada uno de los cuales brota un río de sangre. Los disciplinantes andan por las calles pausada y ceremoniosamente, y al llegar frente á las rejas de su amada se fustigan con una paciencia maravillosa. La dama observa esta caprichosa escena desde las celosías de su aposento, y por alguna señal bien comprensible animales para que se desue-



llen vivos, dándoles á entender lo mucho que les agradece aquella bárbara galantería.

Cuando los disciplinantes en su camino tropiezan con una señora hermosa, suelen pararse á su lado y sacudirse de modo que al saltar su sangre caiga sobre los vestidos de la dama. Esto es una notable atención, y la señora, muy agradecida, les da las gracias.

Desde que un hombre ha empezado á disciplinarse, necesita repetir el suplicio todos los años, y si no lo hace alguno, enferma. También usan esponjas llenas de alfileres, y frótanse con ellas como si fuera la cosa más fina y suave del mundo.

Al anochecer, algunos caballeros de la Corte van también á dar su paseo como disciplinantes; generalmente proyectan esto jóvenes locos, y avisan á sus amigos lo que piensan hacer. Los amigos les acompañan armados hasta los dientes. Este año el Marqués de Villahermosa y el Duque de Béjar salieron; el Duque, á las nueve de la noche bajó á la calle precedido de sus pajes, que le alumbraban con más de cien hachones. Iban delante sesenta caballeros, y detrás ciento, á los que seguían escuderos y lacayos. Todos juntos formaban una bonita procesión; las damas asomáronse á los balcones adornados con verdes colgaduras y con luces que las ayudaban á ver y las hacían más visibles. El caballero disciplinante pasa con su acompañamiento y saluda, pero con frecuencia ocurre que los dos disciplinantes que transitan por las calles á la misma hora y con idéntico aparato, encuéntranse y hostiganse. Así ha sucedido este año con los nobles caballeros cuyo título nombré. Cada uno pretendía que le dejaran el paso libre los acompañantes del otro, y ninguno quiso ceder; los criados que iban delante llevando los hachones encendidos comenzaron á golpearse con ellos el rostro y á quemarse las barbas; los amigos de uno desenvainaron las espadas contra los amigos del otro, y los dos héroes de la fiesta, sin otras armas que las disciplinas con que venían castigando su cuerpo, se buscaron entre la confusión de la pelea, y al hallarse frente á frente dieron principio á un combate singular. Después de calentarse las ore-



jas con las disciplinas, recíprocamente comenzaron á dar y recibir puñetazos con la fiereza y la brutalidad propias de carreteros.

En estas algaradas no todo es diversión, porque los hombres riñen formalmente, se hieren y se matan, y las antiguas enemistades encuentran lugar de renovarse y satisfacer sus odios y sus venganzas.

Al fin, el Duque de Béjar cedió al Marqués de Villahermosa; recogieron las disciplinas hechas pedazos, y arregláronlas como Dios les dió á entender; las caperuzas, que habían rodado por el suelo, aunque sucias de barro, volvieron á cubrir las cabezas; lleváronse los heridos á sus casas. La procesión continuó andando grave y sosegadamente, recorriendo así media villa.

El Duque imaginaba tomar al día siguiente su revancha, pero el Rey no le permitió salir de casa, extendiendo contra el Marqués idéntico mandato.

Volviendo á tratar de lo que se hace por lo común en tales ocasiones, veréme obligada á decir que cuando los disciplinantes, que de tal modo se sacrifican por Dios, vuelven á sus casas, espérales una magnífica cena preparada con todo género de manjares, y esto sucede con frecuencia en un viernes de Semana Santa. Sin duda, luego de realizar una penitencia tan difícil, júzgase con derecho á dejarse vencer un poco por el pecado. Primeramente, hácese frotar las espaldas el disciplinante con esponjas impregnadas de vinagre y sal para que las heridas no se enconen; luego siéntase á la mesa con sus amigos y recibe de todos las alabanzas y los aplausos que juzga bien merecidos. Cada uno á su vez le dice que no hay memoria de hombre que más gallardamente se disciplinara; exagéranse los gestos ponderando con exceso las actitudes, y más que nada, la dicha de la señora por quien se realizó semejante galantería. Transcurre toda la noche muy divertida entre aquellos manjares deliciosos y estos cuentos exagerados, y algunas veces el que tan bien se ha sacudido queda enfermo hasta el punto de no poder asistir á la misa el día de Pascua. No creáis que añadido poco ni mucho á la verdad en esta relación que os hago. Cuanto



digo es tan cierto que puede tomarse al pie de la letra, y en caso de duda no sería difícil comprobarlo, pues nadie que haya estado en Madrid lo ignora.

También hay verdaderos penitentes que inspiran verdadera compasión; la túnica sólo les cubre desde la cintura y llevan arrollada en el desnudo cuerpo y en los brazos una cuerda de esparto, cuyas vueltas oprimen de tal modo la carne que toda la piel se pone amoratada y sanguinolenta. En la espalda llevan siete espadas metidas cuero adentro, produciéndoles nuevas y más dolorosas heridas á cada paso que dan, y como además llevan los pies desnudos y las piedras de la calle son puntiagudas, cáense con frecuencia los infelices. Otros no llevan espadas, cargando sobre sus hombros una pesadísima cruz, y tanto éstos como aquéllos, no son hombres vulgares acostumbrados al duro sufrimiento, sino personas de mucha calidad que van acompañadas por varios pajes vestidos con túnicas y con la cara cubierta para que nadie los conozca, y éstos llevan vinagre, vino y otras cosas para ofrecerlas de cuando en cuando á su señor, que á veces cae rendido, casi muerto por los dolores agudos y la fatiga insoportable. Tan difíciles penitencias ya no son voluntarias galanterías; impónenlas ciertos confesores, y el que las realiza, pocas veces puede librarse de la muerte que le condena en breve plazo. Monseñor el Nuncio de Su Santidad me ha dicho que había prohibido á todos los confesores que aconsejaran penitencias tales; pero yo he presenciado muchas todavía; bien que ahora se supone la devoción de cada penitente como única inspiradora de tan rudos trabajos.

Desde el domingo de Ramos hasta el domingo de Pascua no se puede salir á la calle sin tropezar con penitentes de todas clases, y el día de Viernes Santo se reúnen todos formando parte de la única procesión que recorre las calles de la Villa, y á la cual asisten todas las parroquias y todas las órdenes. En aquel día vístense más las damas que en el de sus bodas; asómanse á los balcones, adornados con ricos tapices y colgaduras, y apiñanse á veces más de cien en una sola casa. La procesión sale á las cuatro, y á las ocho mu-

chas veces no ha terminado aun; imposible me sería citar á las innumerables personas que vi en ella, empezando por el Rey, D. Juan de Austria, los Cardenales, los Embajadores, los Grandes, los cortesanos, y todo el mundo de la Corte y de la Villa. Cada uno lleva un cirio en la mano, y, acompañándole, muchos de sus criados con antorchas; todos los estandartes y todas las cruces van cubiertos con una gasa negra; multitud de tambores, también enlutados, redoblan tristemente; las trompetas repiten ecos lastimeros. La Guardia real, compuesta por cuatro compañías de diferentes naciones, á saber, Españoles, Borgoñones, Alemanes y de la Lancilla, llevan sus armas enlutadas y abatidas hasta el suelo. Hay grupos de imágenes que representan los *misterios* de la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Las figuras son bastante malas y están mal vestidas; pero son tan pesadas que á veces no bastan cien hombres para llevar una peana sobre la cual se ostenta un *misterio*, y el número de peanas es muy crecido, porque cada parroquia tiene bastantes y salen todas. Recuerdo que uno de tales *misterios* representa la huida á Egipto; la Virgen va montada sobre un pollino muy bien enjaezado, cuyos arreos están cuajados de bellísimas perlas.

Es aquí obligatoria la comunión pascual; un cura de cada parroquia recorre todas las casas enterándose de cuántos individuos han de cumplir el precepto de la Iglesia y tomando sus notas en un registro. Al hacer la comunión, el cura da una cédula que justifica el acto verificado, y al domingo siguiente otro cura, recorriendo nuevamente las casas de los vecinos, cerciórase de cuáles adquirieron cédula y cuántos carecen del comprobante que acredita su buena conducta religiosa. Cada enfermo, que no pudo asistir á la parroquia, pone una colgadura en su puerta y recibe la comunión en su casa, con gran pompa, pues un lucido y devoto acompañamiento va por las calles custodiando á la Divina Forma.

Desde que llegué á Madrid, apenas he visto entierros verdaderamente suntuosos, exceptuando el de una hija del Duque de Medinaceli. Su ataúd, construído con preciosa madera



de las Indias, estaba cubierto por una funda de terciopelo azul atada con cintas de plata que terminaban en borlas del mismo metal. Iba en una carroza forrada de terciopelo blanco, con ramos y coronas de flores artificiales alrededor. Llevábanla de tal modo á Medinaceli, cabeza del ducado de este nombre. Ordinariamente se viste á los muertos con el hábito de alguna orden religiosa, y se les conduce con la cara descubierta hasta la iglesia donde van á ser enterrados. Á los cadáveres de las mujeres se les pone hábito carmelita, cuya orden inspira gran respeto, porque á su retiro se acogen las Princesas de sangre real, y hasta las Reinas cuando enviudan pasan en un convento del Carmen el resto de su vida, si el difunto Rey no les deja ordenada otra cosa, como lo hizo Felipe IV en favor de María Ana de Austria. Cuando una Reina es repudiada también se hace monja, porque no se le concede el derecho de volverse á casar. Los Reyes de España, creyéndose muy superiores á todos los Reyes del mundo, no aguantan que una Princesa sea esposa de otro después de haberlo sido suya.

Una hija natural que tiene D. Juan de Austria es carmelita en Madrid. Su belleza es admirable, y se cuenta que no ha sentido nunca deseos de tomar el velo; pero era éste su destino, como el de otras muchas jóvenes de su alcurnia no más contentas en su obligado encierro.

Estas religiosas llámanse Descalzas Reales, y á su retiro acógense también las damas del Rey, ya sean solteras ó viudas, las cuales forzosamente se amparan en la religión cuando el Monarca las abandona.

He admirado algunos manuscritos de Santa Teresa de Jesús, cuyo carácter de letra es legible, grande y regularmente bello. Doña Beatriz de Carrillo, su sobrina, los guarda cuidadosamente y me los ha enseñado. La mayoría son cartas con esmero recogidas y nunca impresas. Parecieronme gallardamente redactadas, y en todas ellas descubrí ciertas notas alegres y dulces, que caracterizan las obras de esta santa.

Durante la Cuaresma y en otras épocas del año, encuéntranse predicadores callejeros que, arrimados á una esquina,



pronuncian discursos tan mal aprendidos como poco fructuosos, pero satisfacen su buen celo y su deseo de sermonear. Sus más fieles oyentes con frecuencia son los ciegos, que representan aquí el papel de nuestros copleros del Pont-Neuf.

Cada ciego, guiado por un perrillo, va por las calles cantando romances y jácaras (hechos con viejas historias ó sucesos nuevos que afanoso el pueblo corre á escuchar); llevan un tamboril y una flauta que tocan á ratos. Con frecuencia relatan las desdichas del Rey Francisco I:

*Quand le roi partit de France,  
A malheur il en partit,*

que todo el mundo conoce. Esta historia la cantan en francés insoportable gentes que no saben una palabra de nuestro idioma; de lo que dicen los versos sólo entienden que el Rey fué prisionero de los españoles, y considerando muy gloriosa esta victoria, quieren popularizar su recuerdo. En el aposento donde vivió encerrado el Rey de Francia luce una flor de lis dorada, y es preciso confesar que le dieron por cárcel uno de los más hermosos edificios de Madrid, cuyas grandes ventanas, aunque tienen rejas de hierro, presentan los barrotes á tal distancia unos de otros, y con tal primor dorados, que nadie podría sospechar que allí estuvieran para impedir la fuga del cautivo. Sorprendióme la fastuosidad aparente de una casa que hacía las veces de calabozo, y supuse que sin duda quisieron desmentir en España aquel proverbio francés: «No hay prisión hermosa ni amores feos.»

Los muebles que aquí he visto son muy lujosos, pero no tan bien labrados como los nuestros; abundan los brillantes tapices, las ricas sillerías, las artísticas pinturas, los grandes espejos y las vajillas de plata; los Virreyes de Nápoles y los Gobernadores de Milán han traído de Italia muy buenos cuadros, los Gobernadores de los Países Bajos excelentes tapices, los Virreyes de Sicilia y Cerdeña bordados admirables y primorosos estatuas, los de las Indias piedras preciosas y finos metales; así, regresando con frecuencia todos, cargados con las riquezas de un reino, han inundado la villa y la corte con multitud de valiosos objetos.



Los muebles de las habitaciones se cambian dos ó tres veces al año. Las camas de invierno están forradas de terciopelo guarnecido de oro, pero son tan bajas y en cambio las colgaduras tan amplias, que se queda como enterrado el que se acuesta en ellas. En verano ni cortinas ni nada que la oculte se pone alrededor de la cama, lo cual hace muy feo; sólo alguna vez se la cubre con una mosquitera.

Mientras hace frío habitanse los aposentos altos, á veces hasta los cuartos pisos, y cuando aprieta el calor recógense las familias en los más bajos, que por cierto son bastante incómodos. Todas las casas tienen doce ó quince salas y dormitorios en su planta baja; estas piezas, por lo común, son más largas que anchas; los techos no están pintados ni dorados y son de yeso, lisos, tan blancos que ofenden á la vista, porque todos los años los limpian y blanquean de nuevo, haciendo lo mismo con las paredes, que brillan como si fueran de mármol. El suelo de las habitaciones de verano está construído de manera que absorbe mucho el agua, ofreciendo luego una frescura por demás agradable. Cada mañana se riega todo y luego se tiende una esterilla de paja muy fina pintada de variados colores. Las paredes por su parte inferior cúbreanse también con esterilla de la misma clase para que su frescura no incomode á los que se arrimen á ellas; cuélganse de su parte superior cuadros y espejos; los almohadones de brocado se colocan sobre la estera, lo mismo que algunas mesitas y escaparates muy hermosos, entre tientos de plata donde se arraigan naranjos y jazmines. Durante el día las cortinas cubriendo las ventanas libran del sol, y al anochecer salen las gentes á pasearse por los jardines, que son magníficos en algunas casas, adornados con multitud de grutas y fuentes; el agua es aquí muy abundante y muy buena. Entre los principales cuéntanse los del Duque de Osuna, del Almirante de Castilla, del Condestable y de la Condesa de Oñate; pero vanamente pretendo especificar, porque son muy numerosos los que reúnen mil atractivos.

Creo que con las precauciones que aquí se toman, por muy excesivo que sea el calor, no puede incomodar mucho. Desde las familias de los grandes personajes hasta las de



más humilde nacimiento, no hay ninguna que deje de ocupar en verano un piso bajo proporcionado con sus medios; los que no pueden hacer más, habitan de buena gana cualquier insignificante bodega. Hay pocos obreros y no mucho comercio en Madrid, donde apenas se ven más que personas de calidad y los criados de éstas. Exceptuando siete ú ocho calles donde abunda el comercio, no se ven por la villa otras tiendas que aquellas en que se despachan confituras, licores, aguas heladas y pasteles.

No quiero pasar por alto una noticia: muchas personas, sin contar los Príncipes, los Duques y los titulados (aquí muy numerosos), usan en sus casas doseles; aunque tengan treinta ó más habitaciones, en cada una ponen su dosel. Mi parienta en su casa tiene veinte (ya dije que la hizo el Rey Marquesa de Castilla). Admiro mi propia gravedad cuando me veo debajo de un dosel, sobre todo mientras me sirven de rodillas el chocolate dos ó tres pajes vestidos de negro como verdaderos notarios. Es una costumbre á la cual no me puedo acostumbrar, porque me parece que tanto respeto sólo debe exigirse para servir á Dios; pero aquí es de uso tan corriente que hasta el aprendiz de un zapatero, para presentar un zapato á su maestro, hinca la rodilla en el suelo.

Pocos alcanzan á tener en Francia un mobiliario tan espléndido como usan aquí las personas de posición elevada. Es necesario verlo para juzgar de una diferencia tan grande. Nunca se hace uso de vajillas estañadas, y sólo las de plata y las de porcelana sirven en las mesas, y hay que tener presente que un plato aquí no es menos pesado que una fuente en Francia, porque se requiere una solidez extraordinaria como condición esencial de tales objetos.

El Duque de Alburquerque, muerto hace algún tiempo, había empleado mes y medio para pesar al inventariarla su vajilla de oro y plata, compuesta, entre otras muchas cosas, por mil cuatrocientas docenas de platos, cincuenta docenas de fuentes y setecientas bandejas; el resto del servicio estaba en la misma proporción, y además tenía cuarenta escalones de plata para llegar á lo más alto de su aparador, formado por gradas como un altar y ocupando una sala inmensa.



Cuando me hablaron de tanta opulencia, creyendo que se burlaban de mí, pregunté á D. Antonio de Toledo, hijo del Duque de Alba, si era cierto aquello, y me aseguró que su hermano, sin considerarse rico en vajilla de plata, poseía seiscientas docenas de platos y ochocientas fuentes. Tan espléndido servicio no se hace necesario más que en convites de grandes bodas, donde abunda en todo la magnificencia. El motivo de esa riqueza consiste en que las vajillas de plata vienen ya labradas de las Indias y no pagan derechos reales. Su hechura es bastante tosca, como la de las monedas que se acuñan en los galeones mientras éstos regresan de aquel país.

Es cosa digna de compasión el mal arreglo en las casas de los magnates, muchos de los cuales no quieren ir á sus estados (así llaman á las tierras, villas y castillos de su propiedad) y pasan la vida en Madrid, poniendo todos sus bienes en manos de un administrador que finge mucho interés hacia su dueño y sólo por su particular provecho se afana, mientras el magnate no se digna siquiera enterarse de si le dice verdad ó mentira; descender á tal información sería para su altivez una ruindad. Esto me parece un abandono muy grande, y juzgo un defecto no menor adquirir tal profusión de vajilla para comer de ordinario un par de huevos y un pollo.

Pero no sólo en estas cosas yerran; en otras muchas también suelen descuidarse, y no es lo mejor atendido cuanto se refiere al gasto cotidiano de la casa. Nadie hace provisiones de nada, y todos los días es preciso comprar á fiado lo que hace falta de la panadería, de la carnicería, de la pastelería y de todas partes, ignorando siempre lo que los vendedores apuntan en sus libros y no rectificando nunca sus cuentas, con frecuencia exageradas y mentirosas.

Muchas veces cincuenta caballos en una cuadra, no teniendo paja ni cebada, muérense de hambre; y, cuando alguna persona, sea cual fuere su condición, después de acostarse necesita cualquier cosa, vese obligada seguramente á prescindir de lo que desea durante toda la noche, porque no ha quedado nunca en la casa ni vino, ni agua, ni pan, ni carne,



ni carbón, ni velas, nada enteramente, pues aunque todo se comprara muy abundante, los criados tienen la costumbre de llevárselo todo al retirarse, y así cada día es necesario hacer las mismas provisiones. En general se desprecia tanto el comercio, que no se hallaría hidalgo pretencioso (aun entre aquellos cuyos recursos escasos les obligan á sobrellevar una dura existencia) capaz de regatear una tela, una puntilla ó una joya, ni de recoger la vuelta cuando el tendero se la ofrece porque el valor de las monedas desembolsadas exceda al precio de las mercancías; como si eso no fuera bastante todavía, ofrecen al vendedor por el trabajo de haberles complacido una cantidad más grande á veces que la representada por los objetos comprados. Así, cuando alguien adquiere las cosas á precio justo, débelo á la conciencia del comerciante, que no quiso abusar de las ventajas que le ofrece un orgullo tan exagerado, y como son muchos los que toman á cuenta cuanto necesitan, sosteniendo algunas veces créditos de diez años, no son pocos los que se hallan al fin agobiados por las deudas.

Raras veces dan ocasión los que así obran á que intervenga en sus asuntos la justicia, y espontáneamente reparten sus bienes para evitarse un proceso; reuniendo á sus acreedores, les ofrecen una parte de sus tierras para que, gozándolas un cierto número de años, salden sus deudas, ó se las ceden por completo, reservándose sólo una renta vitalicia que no puede ser nunca reclamada por los nuevos acreedores que más adelante presten algo al arruinado caballero. Para que nadie pueda engañarse, públicanse los tratos hechos por el señor con sus prestamistas. Todo el papel de oficio está sellado y cuesta bastante. En cierta época se distribuyen los procesos que ya se han instruído en Madrid sin resolver gran cosa; métense dentro de un saco los documentos de una parte, dentro de otro los de la otra, y los que abarca la instrucción en un tercero. Al llegar el tiempo elegido envíanse á los tribunales más lejanos, y como se guarda con mucho secreto un registro en el cual se inscriben los lugares adonde los procesos fueron enviados, nadie sabe nada del suyo hasta que se decreta la sentencia. Esto evita



recomendaciones y solicitudes, que deben siempre ser prohibidas.

En cuanto á los asuntos que sin salir de Madrid se ventilan, sea en la corte, sea en la villa, suelen arruinar á los interesados por su mortal duración.

Los escribanos españoles son muy tunantes y explotan lindamente su oficio.

Hay varios tribunales, distintos siempre, compuestos por personas de alta calidad y en su mayoría organizados militarmente. El primero es el Consejo de Estado, y los otros llámanse Consejo Supremo de Guerra, Consejo Real de Castilla, Consejo de la Santa Inquisición, Alcaldía de Corte, Consejo de las Órdenes Militares, Consejo Sagrado Supremo y Real de Aragón, Consejo Real de las Indias, Cortes de Castilla, Consejo de Italia, Consejo de la Santa Cruzada, Consejo de Flandes, etc., etc.

Utilízase tan poco el producto del capital y se le descuida tanto, que cuando un padre muere dejando su fortuna en metálico y alguna hija soltera, guárdase todo el dinero en un fuerte cofre, despreciando el interés que podía producir. Por ejemplo, el Duque de Frías dejó al morir, á sus tres hijas, seiscientos mil escudos contantes y sonantes, que fueron encerrados en tres cofres.

La mayor de las niñas no tenía entonces siete años; ahora se ha casado en Flandes, y los tutores que guardaban las llaves de los cofres han abierto uno que constituía el dote de la novia.

El palacio real de Madrid está situado sobre una colina cuya falda bordea el río Manzanares. Desde sus ventanas puede tenderse la vista por una extensa llanura, que ofrece un panorama muy agradable. Á palacio se va desde el centro de Madrid por la calle Mayor, que verdaderamente es muy larga y bastante ancha, estando formada por casas de buen aspecto. La puerta principal del palacio se abre sobre anchurosa plaza, y por muy alta que sea la condición de los personajes que asisten á la corte, vense obligados á dejar sus carrozas antes de llegar al patio principal, exceptuando aquellos días en que se celebran en el patio fuegos artificiales ó



fiestas de máscaras. Unos cuantos alabarderos hacen guardia en la puerta, y como al verlo por primera vez me pareciese cosa rara que á un rey tan poderoso custodiara tan escasa gente, díjome un español:—¡Como! Señora, ¿no estamos aquí todos para guardarle? El Monarca reina de tal modo en el corazón de los súbditos, que no abriga temores ni desconfianzas.

El palacio está situado en un extremo de la villa, hacia el Mediodía, y es de piedra y ladrillo; su fachada principal presenta un aspecto bastante regular, cosa que no sucede con el resto. Dentro hay dos patios cuadrados; el primero tiene dos grandes terrazas sostenidas por pilares que forman arcos elevados. La balaustrada es de mármol y también lo son los bustos que la adornan, y me ha parecido cosa muy singular que los de mujeres lleven colorete en las mejillas y en los hombros. Éntrase por unos hermosos pórticos que terminan al pie de la escalera, la cual es bastante ancha y conduce á varias habitaciones llenas de preciosos cuadros, tapices admirables, estatuas excelentes, muebles magníficos, en una palabra, todo lo que conviene á un palacio real. Pero éste tiene muchos aposentos oscuros que no reciben luz más que por la puerta, porque carecen de ventanas, y los que las tienen tampoco están muy claros, porque sus aberturas son mezquinas. Dicen los españoles que hacen esto para evitar el sol, pues los calores son aquí extraordinarios; pero puede atribuirse tal costumbre á la escasez y subido precio del cristal. Hasta en palacio, como en otras casas, hay muchas ventanas sin cristales. Esta carencia no aparece al exterior, porque la encubren las celosías; y, cuando se quiere alabar una casa para indicar que reúne toda clase de condiciones, dícese aquí: En una palabra, tiene hasta cristales. Los balcones del palacio real están dorados, y esto lo hermosea mucho.

Muchos creen que *Le Chateau de Madrid* que Francisco I mandó construir cerca del bosque de Boulogne se hizo tomando por modelo el palacio del Rey de España, pero esto es un error, pues nada se parece menos. Los jardines no responden á la magnificencia de este lugar, no siendo espaciosos ni estando tan bien cultivados como debieran; extién-



dense hasta el borde del Manzanares y están rodeados por un muro, pero si ofrecen alguna hermosura, débensela solamente á la naturaleza. Ahora se trabaja con afán preparando las habitaciones que han de servir á la nueva Reina; todo su servicio está nombrado, y el Rey la espera con gran ansiedad.

El Buen Retiro es una residencia real situada junto á una de las puertas de la villa. Primero el Conde-Duque hizo construir un pequeño edificio que llamó la Gallinera, con objeto de guardar allí algunas aves raras que le habían regalado, y como iba con mucha frecuencia á verlas, la situación de aquel lugar, sumamente agradable, le indujo á levantar allí un pequeño palacio de forma cuadrangular, formado por cuatro pabellones. En medio hay un jardín lleno de flores y un surtidor que arrojando con fuerza el agua sirve para regar las plantas. La parte construída tiene poca elevación, y esto me parece un defecto; sus habitaciones son anchurosas, magníficas y adornadas con bellas pinturas. En todas partes lucen el oro y los colores vivos.

En una extensa galería vi un cuadro que representaba la entrada de la Reina Isabel á caballo y vestida de blanco, luciendo un sombrerillo guarnecido con piedras preciosas, plumas y una garzota; parece algo gruesa, de blanca piel y muy simpática; sus ojos son hermosos; su semblante, dulce y espiritual. El salón en donde se representan las comedias, de una forma muy conveniente y de bastante capacidad, está hermoseado por estatuas y bellas pinturas. Con mucho desahogo pueden estar quince personas en cada uno de los aposentos, que todos tienen celosías, y en el que ocupa el Rey son doradas; no hay orquesta ni anfiteatro, y el público se sienta en largos bancos. Junto á la terraza vese la estatua ecuestre de Felipe II fundida en bronce, cuyo valor es grande; los curiosos entretiénense copiando el caballo. La valla que cierra el Retiro tiene una legua de extensión, y esparcidos por los jardines, en varios lugares, hállanse algunos pabellones muy bonitos y bastante grandes para ofrecer un cómodo alojamiento. Son excesivos los gastos que ocasiona la conducción de agua para el riego y para llenar



un hermoso estanque donde navegan pequeñas góndolas pintadas y doradas que pertenecen al Rey, el cual pasa los fuertes calores del estío retirado en aquellos lugares, donde las fuentes, los árboles y las praderas, refrescando el ambiente, hacen la estancia muy agradable.

La Casa de Campo no es muy grande, pero está bien situada cerca del Manzanares; los árboles son allí muy altos y ofrecen agradable sombra; el agua no escasea y corre apaciblemente hasta llegar á un estanque rodeado por grandes encinas. La estatua de Felipe IV está colocada en el jardín; este lugar, bastante abandonado, tiene casa de fieras, donde he visto leones, osos, tigres y otros animales feroces que se aclimatan bien en España. Van á pasearse por la Casa de Campo los soñadores de oficio y las damas que desean andar por lugares escasamente concurridos.

El Manzanares es un río que no entra en la Villa, y en ciertas épocas no parece arroyo siquiera, ofreciendo su cauce seco, pero en otras engruesa rápidamente y se sale de madre, arrastrando cuanto á su paso encuentra. Durante el estío sirve de paseo para los coches, y en invierno inunda todos los campos vecinos. Esto es ocasionado por el deshielo de las nieves que cubren las montañas y se precipitan en poderosas torrentes hasta el Manzanares, por encima del cual hizo construir Felipe II el puente llamado de Segovia, más hermoso acaso, ó tanto por lo menos, que *Le Pont-Neuf* tendido sobre el Sena en París. Cuando los viajeros llegan al puente de Segovia suelen reirse mucho, pareciéndoles ridículo que se haya construído un puente tan hermoso y tan largo sobre un cauce sin agua, y alguno ha dicho con gracia que aconsejaría la venta del puente para comprar agua con el producto.

La Florida es una residencia muy agradable, cuyos jardines me han gustado mucho; vi en ellos estatuas de Italia esculpidas por la mano de los mejores maestros, aguas corrientes que producen agradable murmullo, flores hermosas cuyo aroma encanta los sentidos, pues allí se cultivan cuidadosamente las más raras y las más odoríferas. Desde la Florida puede bajarse al Prado Nuevo, donde hay surtidores y



árboles muy elevados; es un paseo en extremo agradable, y aunque no es llano el terreno, la cuesta se hace tan dulce que no produce ningún cansancio.

Más allá encuéntrase todavía la Carzuela, donde se gozan bellezas verdaderamente campestres y donde hay algunas habitaciones bastante frescas para que descansen los Reyes cuando regresan de una cacería.

El primer día de Mayo hubo fiestas fuera de la puerta de Toledo, en un lugar llamado el Sotillo, y allí acudieron todos los habitantes de la corte y de la villa. Yo fui también, más para ver que para ser vista, aunque mis vestidos á la francesa, distinguiéndome de las demás, dieron ocasión á que todos repararan en mí.

Las mujeres de nobles familias no concurren á los paseos públicos más que en el día de su boda, y aun aquel día van solas en el coche con su esposo, muy compuestas y atildadas.

Es cosa de ver el efecto que producen dos figuras así, una frente á otra, tiasas como cirios y que se miran sin decir en una hora una sola palabra.

En días determinados todo Madrid se pasea por los sitios preferidos, exceptuando el Rey, que va raras veces, y al pequeño número de personas que le hacen la corte. Resulta muy incómodo el uso de los tiros largos, porque hacen que los caballos ocupen mucho sitio, estorbándose unos á otros; las damas que no pertenecen á la primera nobleza van á los paseos en coche, llevando las cortinillas cerradas y mirando al exterior por pequeños cristales colocados en el testero de la carroza. Al anochecer salen cubiertas y de *incógnito* muchas damas que gozan yendo al Prado á pie, con sus mantillas blancas bordadas en negro, bajo las cuales ocultan el rostro. Solamente las mujeres vulgares y las aventureras usan tales mantillas, pero algunas veces, como he dicho, verdaderas damas de la corte se presentan con tales atavíos. Los caballeros, apeándose al verlas, les dedican frases galantes y donosas; pero si ellos atacan bien, ellas no se defienden peor.

El Conde de Berka, Embajador alemán, me ha relatado que mientras cenaba el otro día con las ventanas cerradas á causa del frío, sintió que golpeaban las celosías de la sala,



y mandando á un criado para que averiguase lo que pasaba, supo que tres mujeres envueltas en sus mantillas iban á rogarle que abriese las ventanas para poder verle. El Conde las invitó á entrar diciendo que en la sala estarían más cómodas, y ellas accedieron, sin descubrirse, quedando de pie arrimadas á un rincón mientras él estuvo sentado á la mesa. En vano les rogó que tomaran sillas y comieran dulces, porque no quisieron aceptar ningún obsequio, y después de haberle dado muchas bromas donde lucieron la viveza de su ingenio en cultas y brillantes expresiones, retiráronse; pero el Embajador las había conocido: eran las Duquesas de Medinaceli, de Osuna y de Uceda; pero queriendo cerciorarse mejor que por sencillas presunciones, las mandó seguir, y el criado que las escoltaba viólas entrar en su palacio por una puerta falsa donde varias doncellas las recibieron. Estas diabluras no siempre se hacen con la misma inocencia.

Cuando llega la noche, los hombres que se pasean en el Prado á pie, acércanse á las carrozas donde ven damas, y arrójanles flores y aguas perfumadas; si se les permite, entran en la carroza con ellas.

Refiriéndome nuevamente al paseo del primer día de Mayo, diré que me parece muy agradable ver á las gentes acomodadas y á las del pueblo descansando en los trigos ó en la ribera del Manzanares, unos á la sombra, otros tomando el sol; unos con sus mujeres y sus hijos, otros con sus amigos ó sus novias; unos comiendo ensaladas de ajos y cebollas, otros huevos duros, otros jamón y hasta *gallinas de leche*. Todos beben agua solamente, y tocan la guitarra y el arpa. El Rey asistió á la fiesta, acompañado por D. Juan de Austria, el Duque de Medinaceli, el Condestable de Castilla y el Duque de Pastrana. Yo solamente vi su carroza recubierta de hule verde, tirada por seis caballos de los más hermosos del universo enjaezados con cascabeles de oro y lazos encarnados. Las cortinas de la carroza eran de damasco verde con una franja de oro, pero iban tan bien cerradas que no se veía lo más mínimo.

Es costumbre que cuando pasa el Rey paren los paseantes sus coches y bajen las cortinas en señal de respeto, pero nos-



otras, siguiendo la costumbre francesa, dejamos abiertas las nuestras contentándonos con hacer un profundo saludo. El Rey notó que yo llevaba un perro faldero que la Marquesa de Alhuye, señora muy amable, me había rogado llevar á la esposa del Condestable Colona, y como yo quería mucho al animalito, esta última me lo enviaba con frecuencia. El Rey me pidió el perro por conducto del Conde de los Arcos, capitán de la guardia española, que aquel día iba, montado, al estribo de la real carroza, y en cuanto le cogió en brazos acaricióle, admirando el hermoso collar de cascabeles y las campanillas que llevaba el animal en el cuello y en las orejas. El Rey tiene una perra llamada Daraxa, á la que quiere mucho, y para ésta me pidió aquellos adornos. Excusado es decir cuál fué mi respuesta, y cuando el Conde de los Arcos me devolvió el perro faldero sin collar y sin campanillas, trájome también una caja de oro llena de dulces, rogándome que como recuerdo la admitiese. No es mucho el valor de tal joya, pero la estimo por venir de quien viene.

Fué sin duda D. Juan, uno de los amigos de mi parienta, quien había hecho notar al Rey que yo estaba en Madrid, porque yo hasta entonces no había tenido el honor de verle.

Dos días después, cuando yo estaba sola en mi aposento ocupada con mi labor, vi entrar á un hombre desconocido, pero cuya presencia y agradable fisonomía me hicieron juzgarle persona de calidad; díjome que, no habiendo encontrado á mi parienta, había resuelto esperar á que regresara, porque le traía una carta. Después de hablar un rato, hizo recaer la conversación acerca de D. Juan, dándome á entender que se figuraba que yo le veía con frecuencia. Repliquéle que, después de mi llegada, el Príncipe había visitado á mi parienta, pero sin preguntar por mí.—Sin duda estaríais enferma en aquella ocasión—dijo el desconocido.—Ni un día estuve enferma desde que llegué á la corte—respondíle,—y siento no haber conocido á D. Juan, porque deseo verle y oírle, ya que tanto bien y tanto mal se dice de su conducta, y querría juzgar en lo que se le hace justicia ó agravio. Mi parienta, á quien yo he confiado estos pensamientos, me ha dicho que no había medio de realizarlos, porque don



Juan es devoto excesivamente y no quiere ni hablar á ninguna dama.—¿Será posible—dijo el desconocido sonriendo—que la devoción le haya puesto en tal estado? Puedo asegurar que un día preguntó por vos y le dijeron que teníais fiebre.

Mi parienta, entrando en aquel momento, quedó muy sorprendida de ver á D. Juan conmigo, y mi sorpresa no fué pequeña cuando descubrí el nombre de aquel personaje. Hablando los dos, él le dijo que no podía perdonarle la idea que de su carácter le había hecho formar, pues ni era beato ni creía que la devoción hiciera salvajes á las gentes.

Parecióme D. Juan un hombre bien portado, galante, de maneras extremadamente delicadas y de un ingenio admirable. Como mi parienta no es lerda, defendióse muy bien contra los reproches que se le hacían; pero cuando salió D. Juan de mi aposento, reprendióme por haberle dicho que yo no había estado enferma. Excuséme diciéndole que yo no sabía lo que ella dijo ni pude adivinarlo, y me contestó que en la corte era necesario adivinar, á menos de aparecer con gusto como un personaje imbécil. Hablando con el Príncipe de los asuntos reales, mi parienta le había preguntado si era cierto que la Reina madre pidió al Rey una entrevista y que éste se la negó. D. Juan de Austria dijo que sólo esta razón privaba á S. M. de ir á Aranjuez, por miedo de que allí fuera á buscarlo la Reina, á pesar de que le estaba prohibido salir de Toledo.—¡Cómo, señor!—dije yo,—¿el Rey no quiere ver á su madre?—Decid más bien—replicóme—si la política del Estado exige tales cosas, prohibiendo á los Soberanos que sigan sus inclinaciones personales, cuando éstas no concuerdan con el bien público. En el Consejo de Estado consultamos siempre para seguir su criterio el espíritu del gran Carlos V en todos los negocios difíciles; examinamos lo que él hubiera hecho en tal ó cual ocasión y tratamos de hacer lo mismo. Yo creo, y son muchos los que piensan como yo, que nuestro gran Emperador no hubiera vuelto á ver á su madre, después de dar ella ocasión para que se la desterrara, y el Rey está persuadido de que esto es también lo que debe hacer.



No me disgustó saber que D. Juan acomoda el genio de Carlos V á su propio criterio.

El Rey ha ido al Buen Retiro, donde he tenido el honor de verle por primera vez en la Comedia, porque abrió las celosías de su aposento para mirar al nuestro al saber que íbamos vestidas á la francesa. La esposa del Embajador de Dinamarca estaba con nosotras vestida del mismo modo, y el Rey le dijo al Príncipe de Monteleón que todas le gustábamos, pero que le pareceríamos mejor si fuéramos vestidas á la española, porque á medida que se fijaba más en los trajes de las damas francesas, más chocantes le parecían, mientras los de los hombres no le disgustaban. Representóse la ópera de Alcina, á la que atendí poco, porque no dejé de mirar al Rey, deseosa de recordar su expresión y sus facciones. Su rostro es pálido y alargado, su frente ancha, sus ojos hermosos y dulces, sus labios gruesos como todos los de la Casa de Austria, su boca grande, la nariz extremadamente aguileña, la barba puntiaguda y levantada, su cabello rubio, lacio y abundante, su cuerpo erguido y brioso y sus piernas cortas. Es bondadoso por carácter, inclinándose siempre á la clemencia; cuando toma varios consejos, sigue aquel que considera más útil á sus pueblos, á los que ama con pasión. No es vengativo, y en cambio es muy sobrio, espléndido y piadoso, siempre inclinado al bien y de fácil acceso para el que lo necesita. Aunque no ha tenido la educación que sirve para formar el espíritu de los Reyes, aprendió lo bastante para cumplir con su deber; en apoyo de este aserto voy á referir algunas cosas que me han contado, y aunque no son muy importantes, agradará conocerlas.

No hace mucho tiempo, la señora del Condestable Colonna, que se había retirado en el convento de Santo Domingo, del cual entraba y salía frecuentemente, cansando con este proceder á las monjas, puso á éstas en el caso de que se decidieran á no recibirla más; y en efecto, la última vez que fué le negaron la entrada, diciéndole claramente que podía quedarse en el mundo ó escoger otro retiro. Ofendió á la señora esta negativa, que no era tolerable para una persona de su importancia, y resolvió que sus amigos hablasen en su



favor al Rey, el cual mandó decir á la abadesa que desistiera de sus propósitos y fuera una vez más condescendiente. La abadesa y todas las monjas, obstinándose, dijeron que presentarían á Su Majestad las razones que habían tenido y tenían aún para negarse rotundamente á tales pretensiones; y cuando recibió el Rey esta respuesta, echóse á reír diciendo:—Con mucho gusto recibiría yo á las monjas, que vendrían en procesión cantando: *Liberanos Domine de la Condestabilar*; pero ellas no fueron, tomando el partido de la obediencia, que al fin y al cabo es el mejor.

Hace algunos días, mientras llovía y tronaba en abundancia, el Rey, que se divertía muchas veces dando bromas sencillas á sus cortesanos, encargó al Marqués de Astorga que le aguardara sobre la terraza del palacio. El amable viejo indicóle sonriendo:—Señor, ¿tardaréis mucho tiempo en ir?—¿Por qué me lo preguntáis? le respondió el Rey. El Marqués replicóle:—Es que si tarda Vuestra Majestad mucho, puede mandarme llevar el ataúd para meterme ya en él, porque no es probable que resistan mis años una borrasca semejante.—Salid, salid, Marqués, dijo el Rey, que yo iré á encontraros. El Marqués salió, y sin dudar un momento metióse en su carroza y se hizo conducir á su casa. Al cabo de dos horas el Rey dijo:—Seguramente ya estará mojado hasta los huesos el buen Marqués de Astorga; que le avisen, porque le quiero ver de tal modo. Contestáronle que no había ido el Marqués á la terraza, y el Rey dijo que le agradaba, pues veía que no sólo era viejo el de Astorga, sino también prudente.

Prendióse hace poco en las cercanías de palacio á una de las más hermosas cortesanas de Madrid disfrazada de hombre, la cual había herido á su amante imaginando que la despreciaba injustamente; habiéndola encontrado el amante, reconociéndola por la voz, y por el modo de esgrimir la espada, no quiso emplear la suya para defenderse, y abriendo su jubón, le ofreció el pecho desnudo para que se vengara.

Creía, sin duda, que no estaba ella bastante colérica para hacerlo en tales circunstancias, pero equivocóse de medio á medio, porque acercándose más la dama, le atravesó ha-



ciéndole caer muy mal herido; viendo correr la sangre y creyendo al amante muerto, arrojóse al suelo dando gritos espantosos, arañándose la cara y arrancándose los cabellos; las gentes que pasaban, amontonándose á su alrededor, comprendieron que quien tales extremos hacía era una mujer disfrazada; la justicia llegó y la detuvo, pero algunos caballeros que pasaban en aquel momento contaron lo que acababa de suceder al Rey, que demostró deseo de hablar á la dama, para lo cual ésta fué introducida en el palacio.

—¿Eres tú—le dijo—quien ha herido á un hombre cerca de aquí?

—No lo niego, señor; quise vengarme—contestó ella—de un ingrato que me había prometido ser fiel y sé que ama también á otra.

—¿Y por qué—replicó el Monarca—estás afligida después de haberte vengado?

—¡Ah, señor!—continuó diciendo ella.—Encontré mi castigo buscando mi venganza; estoy desesperada, y suplico á V. M. que ordene mi muerte, porque yo debo morir.

Al Rey dióle compasión, y volviéndose hacia los que le rodeaban, dijo:

—En verdad, no puedo suponer que haya en el mundo pena mayor que amar sin ser amado. Vete libre; tienes demasiado amor para que te quede conciencia de lo que haces; pero cuida de ser más prudente en adelante, y no abuses de la libertad que te doy.

Retiróse la mujer y fué sin que nadie la obligara á la cárcel, donde se encierra á los miserables que han tenido mala conducta.

Cuanto he dicho del Rey me ha distraído de la ópera de Alcina, como me distrajo su presencia. Vila representar el primer día fijándome tan poco que cuando la volví á ver me pareció nueva. Jamás he presenciado un espectáculo tan pobremente servido. Hacíase descender á los dioses á caballo, y el sol era de papel pringado de aceite, detrás del cual había una docena de linternas encendidas.

Cuando Alcina realiza sus encantamientos invocando á los demonios, salen éstos cómodamente de los infiernos subien-

do por unas escaleras; el gracioso dice mil impertinencias; los cantores tienen buena voz, pero no buena escuela de canto. Antes dejábase asistir mucha gente á estas representaciones aun cuando el Rey las presenciara, pero esta costumbre ha cambiado y ya no entran en la sala más que los grandes señores, los títulos y los caballeros de las órdenes militares. El teatro es muy bonito y, como ya dije antes, está pintado y dorado, y sus aposentos se cierran con celosías semejantes á las de la Ópera en París. El sitio destinado al Rey es magnífico, y en cuanto al gusto del público, sólo diré que la más hermosa comedia (me refiero á las representaciones que se hacen en la villa) es con frecuencia silbada ó aplaudida, según el capricho de algún miserable. Hay, entre otros, un zapatero que con frecuencia decide, y goza de un poder tan absoluto, que cuando los autores acaban sus obras vense obligados á ir á su casa para recomendarse á su condescendencia. Muéstranle las comedias, y el zapatero toma su aire grave para decir mil inconvenientes majaderías que se ve obligado el poeta á tolerar. Al fin, cuando llega el día de la primera representación, todo el público tiene fijos los ojos en el gesto y actitud del estúpido zapatero, á quien imitan los jóvenes, cualquiera que sea su calidad, siguiendo sus movimientos. Si bosteza bostezan, si ríe se ríen; á veces le domina la impaciencia, y sacando un pito, comienza á silbar; al mismo tiempo, cien pitos más, aturden la sala con sus notas agudas y dan dolor de cabeza á los espectadores. Así se desespera muchas veces el pobre autor, cuyos desvelos y cuyos trabajos están á merced de la buena ó mala voluntad de un canalla.

En la sala donde se representan estas comedias hay un lugar denominado cazuela, donde se recogen todas las damas de problemática virtud y todos los caballeros que quieren hablar con ellas, armando muchas veces tal ruido que dominaría la voz del trueno, y diciendo palabras tan graciosas que hacen morir de risa, porque no tiene límite su ingenio. Las damas aludidas conocen las aventuras de todo el mundo, y cuando alguna les da ocasión á pronunciar una frase picante, aunque á Sus Majestades se refiera, nunca la



callan, y preferirían al silencio el castigo de ser ahorcadas media hora después de haberla dicho.

En esta corte las comediantas son verdaderamente adoradas; casi todas entretienen la pasión de algún alto personaje, dando lugar á riñas y desafíos, donde algunos caballeros han perdido la vida. Yo no sé lo que tendrán de atractivo tales mujeres, pero con la peor facha del mundo y derrochando de una manera estupenda, saben aprisionar de tal modo á sus amantes, que más bien dejarían morir éstos de miseria á toda su familia que ver á su pedigüña comedianta con un deseo mal satisfecho. Estamos atravesando una estación muy incómoda, porque se acostumbra en este tiempo mandar las mulas á las padreras, y casi todo el mundo ha de ir á pie; los más altos personajes guárdanse apenas dos mulas para su servicio, y la mayoría de los caballeros toman, por esta causa, la costumbre de ir á caballo con frecuencia.

Los caballos que se usan en las corridas de toros, y que son diestros para sortear el peligro en esta clase de fiestas, alcanzan muy subido precio y son muy codiciados. El Rey, deseando divertirse, ordenó que se diera una corrida el día 22, de lo cual me alegré mucho, porque sólo conocía por referencia espectáculo tan brillante. Ahora ya lo he presenciado; como el Conde de Koenigsmarck, que es sueco, quisiera torear, dedicando su valeroso atrevimiento á la hija de una de mis amigas, tuve doble motivo para ir con más gusto á la Plaza Mayor, donde mi pariente, en calidad de título de Castilla, tenía un balcón reservado cubierto con un dosel y muy lucido con tapices y almohadones del guarda-mueble de la corona. Para informaros de todo lo que ocurre y de qué modo se realizan tales fiestas, comenzaré por decir que cuando el Rey ordena que se hagan, condúcense á los montes de Andalucía ciertas vacas mansas que se nombran *mandarinas*. En aquellos lugares hállanse los toros más fieros, que al ver á las hembras, las cuales conocen bien su juego (permitidme que hable así), acércanse rendidos á enamorarlas; ellas huyen, ellos las persiguen, hasta que llegan al camino, á los lados del cual se han puesto vallas, á veces durante una extensión de cuarenta ó cincuenta leguas, para que los toros no



puedan saltar al campo. Algunos hombres armados con medias picas y cabalgando en ligeros potros, impiden que aquellas fieras vuelvan hacia atrás; pero algunas veces vense obligados á reñir duros combates, y á pesar de las barreras donde podrían recogerse, caen heridos ó muertos.

Otras gentes que se han apostado en el camino corren veloces hasta Madrid para avisar cuándo llegan los toros, que atraviesan también por las calles entre dos empalizadas construídas para que no hagan daño á nadie. Las *mandarinas*, que son verdaderas traidoras, andan siempre delante, y los toros, que son inocentes tanto como salvajes, síguenlas dulcemente hasta la plaza preparada para dar la corrida, donde se han construído ya los establos que han de retenerlos hasta la hora oportuna. Recógense á veces 30, 40 y hasta 50 toros, y como los establos tienen dos puertas, las vacas entran por la una y salen por la otra; pero cuando sus amantes pretenden seguirlas, encuéntranse presos, con las dos puertas cerradas.

Después de hacerlos descansar algunas horas suéltanlos uno tras otro en la plaza, donde muchos jóvenes campesinos, ágiles y robustos, los aguardan, cogiéndoles unos por los cuernos y otros por el rabo; á los que marcan á los toros una pierna con un hierro ardiente y les rajan las orejas, se les llama *herradores*. Esto no sucede tan sencillamente que no haya muchas veces varias personas muertas, y es el preludio de la fiesta que tanto divierte al pueblo, ya sea porque tenga éste instintos sanguinarios, ya porque le gusten las cosas extraordinarias, que de pronto le sorprenden y le dan luego lugar para largas reflexiones, de las cuales no debe aprovecharse mucho, pues por muy horribles accidentes que acontezcan en una corrida, el pueblo está siempre dispuesto á tomar parte en otra.

Dase de comer á los toros, escógense los mejores reconociéndolos por ser hijos ó hermanos de los que han ocasionado mayor carnicería en las fiestas precedentes, y átase á los cuernos de cada uno una cinta, por cuyo color todo el mundo reconoce su procedencia y cita la historia de sus antepasados; cuando el abuelo ó el bisabuelo de la fiera hubiese ma-



tado valerosamente á tales y cuales hombres, se aguarda con razón que la prole no se muestre menos encarnizada.

Entre tanto, se cubre de arena la Plaza Mayor y se circunda ésta con barreras altas, como un hombre de regular estatura, sobre las cuales se pintan las armas del Rey y las de su reino; esta plaza no parece más extensa que la Plaza Real, es más larga que ancha y tiene alrededor pórticos que forman la parte baja de todos sus edificios, los cuales están contruidos de semejante modo, formando á manera de pabellones de cinco pisos y en cada piso un balcón largo, al que dan entrada grandes puertas de cristales. El que al Rey se destina es más saliente que los otros, más espacioso y está dorado; ocupa el centro de uno de los lados de la plaza y le cubre un hermoso dosel; frente por frente se hallan los balcones destinados á los Embajadores de países católicos, es decir, al del Emperador, al de Francia y á los de Polonia, Venecia y Saboya; los de Inglaterra, Holanda, Suecia, Dinamarca y de otros reinos protestantes no tienen lugar allí. Los Consejos de Castilla, de Aragón, de la Inquisición, de Italia, de Flandes, de Indias, de las Órdenes Militares, de Guerra, de la Santa Cruzada, etc., se colocan á la derecha del Rey.

Distínguese á todos por las armas bordadas en oro sobre los tapices carmesíes que adornan las balaustradas. Todas las Corporaciones de la Villa, los jueces, los grandes, los títulos, tienen su lugar proporcionado á su rango á expensas del Rey ó de la Villa, que alquilan los balcones á los particulares que viven allí.

De parte del Rey se ofrece á todos los invitados una colación bien dispuesta en cestillas muy bonitas, y con las frutas, confituras secas y aguas heladas ofrécese á las señoras guantes, cintas, abanicos, medias de seda y ligas, de modo que tales fiestas cuestan siempre más de cien mil escudos, y se pagan con el dinero producido por las multas y adjudicado al Rey ó á la Villa, y este dinero que á tales diversiones se consagra no se invierte nunca en otra cosa, ni aun siendo indispensable para sacar al Reino de un gran peligro, y si esto alguna vez se hiciera, podría promoverse un alboroto,

pues el pueblo prefiere á todo aquellas fiestas que tal encanto le producen.

Desde la barrera hasta los balcones del primer piso constrúyense catafalcos para colocar á todo el mundo, alquilase un balcón hasta por quince ó veinte doblones, y no queda ninguno sin ocupar, estando todos adornados con magníficos tapices y hermosos doseles.

El populacho no se coloca nunca debajo de los balcones del Rey, que reserva este sitio á sus guardias. Sólo quedan tres puertas abiertas, por las cuales los personajes de calidad, particularmente los Embajadores, entran en sus carrozas y pasean alrededor de la plaza hasta que llega al Rey. Los caballeros saludan á las damas que se asoman á los balcones con la cabeza libre del manto y adornada con hermosa pedrería; no se ven más que telas magníficas, bellos tapices y ricos almohadones bordados en oro; no recuerdo nada tan deslumbrador. El balcón real está rodeado de cortinajes verde y oro que se corren cuando el Rey no quiere ser visto.

Cuando llegó la comitiva de palacio, tras ella salieron todas las carrozas que paseaban por la plaza. Por lo general el Embajador de Francia es muy admirado, porque le acompañan todas las gentes de su servicio vestidas á la francesa y es el único que usa tal privilegio, porque los demás se ven obligados á admitir los trajes españoles; pero aquella vez el Marqués de Villars no había llegado aún. La carroza del Rey, precedida de cinco ó seis carrozas donde iban los oficiales, las meninas y los pajes de su cámara y la carroza de respeto que va siempre vacía inmediatamente delante de la de su majestad, llevando el postillón y el cochero la cabeza descubierta, llegó rodeada de guardias á pie. Éstos, que se llaman guardias de Corps, llevan alabardas, y siguen de muy cerca la carroza real, en cuyas portezuelas vense gran número de pajes vestidos de negro y sin espadas, que en esto se distinguen los pajes de los demás servidores. Como las damas que han de servir á la nueva Reina están ya nombradas, asistieron también á la fiesta, presididas por la Duquesa de Terranova, en carrozas del Rey, acompañadas por nobles de



alta condición que andaban unos á pie, junto al estribo, para estar más cerca, y otros montados en arrogantes caballos. Para poderse permitir esta galantería es necesario antes obtener el consentimiento de la dama por quien se hace; de otro modo, daría lugar el atrevido á justos y no pequeños reproches, y veríase tal vez obligado á entablar un lance de honor con los parientes de la dama, á quienes ofendería esta libertad sin previo consentimiento. Cuando á ella le agrada admitir al acompañante, se puede permitir éste todas las galanterías á que dan ocasión las fiestas. Pero aun cuando los amantes nada teman de sus adoradas ni de las familias de éstas, todas las dificultades no están vencidas aún, porque las *dueñas de honor*, de las cuales van llenas las carrozas, y los *guarda damas*, que andan á caballo muy cerca, son incómodos y vigiladores.

Apenas dan principio el caballero y la señora á su conversación, cuando las viejas corren las cortinas y los *guarda damas* dicen que el amor más verdadero es el más callado y discreto. Así con mucha frecuencia es necesario contentarse hablando con los ojos y enviándose suspiros tan fuertes que se dejan oír desde lejos.

Estando todo así dispuesto, los capitanes de la guardia y otros oficiales entran en la plaza montados en briosos caballos y seguidos de las guardias española, alemana y borgoñesa; todos van vestidos de terciopelo y de raso amarillo, que es el color de la librea, con galones rojos dorados y plateados. Los guardias de corps llevan sólo una capa amarilla sobre su vestido negro. Los españoles llevaban calzas atacadas al uso antiguo; los alemanes, llamados tudescos, las usan como los suizos; unos y otros alíneanse debajo del balcón del Rey, mientras los dos capitanes y los dos alféreces, llevando un bastón de mando y seguidos de numerosos guardias, recorren varias veces la plaza para dar las órdenes necesarias y saludar á las señoras que conocen; sus caballos no dejan de saltar y encabritarse; los caballeros van cubiertos de cintas enlazadas sobre sus trajes bordados. Llámaseles picadores para distinguirlos, y cada uno viste los colores por los cuales muestra preferencia la dama de sus pensamientos.

Cuando el pueblo ha salido de las barreras y se ha colocado en los catafalcos, riégase la plaza con cuarenta ó cincuenta cubas de agua conducidas en otras tantas carretas. Los capitanes de la guardia vuelven entonces á ocupar sus puestos debajo del balcón del Rey, mientras apiñándose las líneas de guardias forman una verdadera valla, y cuando el toro se les acerca les está prohibido retirarse, y sólo pueden presentarle la punta de sus alabardas, defendiéndose así con gran riesgo; pero cuando matan el toro, queda el animal de su pertenencia.

Os aseguro que esta multitud innumerable de gentes (porque todo está lleno, los tejados de las casas, como los pisos y las barreras), estos balcones tan bien adornados, á los que se asoman tan hermosas damas; esta brillante corte, y, en fin, todo lo que la plaza contiene, ofrece el espectáculo más hermoso que puede imaginarse.

Luego aparecen seis alguaciles llevando cada uno en la mano una vareta blanca y cabalgando sobre caballos excelentes, enjaezados á la morisca y llenos de campanillas; el traje de los alguaciles es negro, su sombrero se adorna con plumas, y aunque no llevan armas presentan apariencia muy severa, si bien deben ser grandes sus temores porque no se les permite salir de la plaza, siendo su oficio avisar á los caballeros que deben combatir.

Antes de continuar esta descripción debo advertir que hay leyes establecidas para sostener con los toros esta lucha llamada *duelo*, porque los caballeros atacan á los toros en combate singular. Hé aquí algunas observaciones que pude hacer: es necesario haber nacido hidalgo de buena cepa y estar reconocido por tal para combatir á caballo. No está permitido sacar la espada contra el toro mientras éste no haya hecho una ofensa al caballero, quien se considera ofendido cuando le derriban la pica, el chambergo ó la capa, ó cuando le hieren el caballo que monta ó cualquiera de los de su acompañamiento. En estos casos el caballero está obligado á guiar su caballo hacia el toro con *empeño* de vengarse ó morir, y cuando á conveniente distancia se halla, debe acuchillarle frente á frente sobre la cabeza ó el cuello; pero si



el caballo se resiste y no quiere avanzar, el caballero echa pie á tierra y acércase valerosamente al toro daga en mano; entonces los otros caballeros que aguardan su vez para combatir, apéanse también y acompañan al que se halla en el empeño, pero no le ayudan ni pretenden lograr para él ninguna ventaja contra su enemigo. Todo el cortejo aproximase al toro, y si éste huye al otro extremo de la plaza en vez de aguardarlos y acometerlos, el duelo se da por terminado. el honor queda satisfecho y sigue la corrida con nuevas luchas y empeños nuevos.

Cuando hay en la villa caballos que han servido para torear y son diestros en este arte, si no quiere venderlos el dueño pídensele prestados, y esto lo hace cualquier desconocido, sin que jamás el favor se le niegue. Si por desgracia el caballo es víctima de algún accidente, y el que lo monta pretende indemnizar á su dueño, éste rehusa cuanto se le ofrezca, porque sería faltar á la generosidad española recibir dinero por una pérdida ocasionada en tales circunstancias. Sin embargo, debe ser muy desagradable comprar un buen caballo, amaestrarle y mantenerle para que cualquiera lo exponga en una fiesta de toros. Estos combates considéranse tan peligrosos que los días de corridas establécense indulgencias en muchos templos para que no cause tanta pena el desastre. Varios Papas han querido abolir por completo estos espectáculos bárbaros; pero los españoles hicieron siempre grandes instancias acerca de la corte de Roma para que se les consistieran; así han logrado la tolerancia que merece una diversión tan en armonía con su carácter.

La primera vez que asistí á una corrida, los alguaciles se acercaron á la puerta situada en el extremo del palenque para advertir á los seis caballeros que debían torear, uno de los cuales era el Conde Kœnigsmarck; los caballos que montaban eran muy hermosos y estaban admirablemente enjaezados, llevando cada caballero en su séquito otros doce que los pajes conducían por la brida, y seis mulas cargadas de rejones y de picas, y cubiertas con mantas de terciopelo del mismo color que su divisa, y luciendo en sus costados sus armas bordadas con oro; tanto lujo no se despliega en

todas las fiestas, y cuando la villa las ofrece no lo hace con tanta magnificencia; pero como la primera que yo presencié la pagaba el Rey para celebrar sus bodas, no quisieron escatimar nada de lo que podía proporcionar mayor lucimiento.

Los caballeros vestían trajes negros bordados con oro, plata, sedas ó azabache; llevaban en el sombrero plumas blancas jaspeadas de varios colores, una rica escarapela de diamantes y un cordón adornado también con preciosas piedras; lucían bandas de colores puestas unas en forma de tahalí, otras atadas al brazo, siendo sin duda todas regalo de sus amadas, que les hacen estos obsequios á cambio del gusto que les proporcionan ellos, contribuyendo á su diversión, aun á costa de graves peligros. Llevaban además los caballeros una capa negra, recogida por debajo del brazo para poder accionar libremente, y alta bota blanca con largas, afiladas espuelas moriscas y estribo corto, á esto llaman cabalgar á la gineta.

Los caballeros lucían á caballo su arrogancia; todos eran de ilustre nacimiento y cada uno llevaba en su compañía cuarenta lacayos, unos vestidos de seda guarnecida con puntillas, otros de brocado, otros con variadas y lucidas telas y todos siguiendo la moda de países extranjeros; así, asemejaban á turcos, húngaros, moros, indios y salvajes. Los caballeros atravesaron la Plaza Mayor seguidos de todo este cortejo y guiados por los seis alguaciles, al son de las trompetas, llegaron al pie del balcón del Rey, y después de hacerle una profunda referencia, pidiéronle permiso para lidiar los toros, y el Rey se lo concedió, deseándoles buena fortuna. Al mismo tiempo sonaron los clarines en señal del desafío que se hace á las fieras, y promoviése gran alboroto con los gritos de todo el pueblo que repetía una y otra vez: *¡Vivan! ¡Vivan los bravos caballeros!* Éstos, luego separáronse unos de otros, acercándose á saludar á las damas que conocían; los lacayos salieron de la plaza, no quedando más que dos cargados de rejones y picas al servicio de cada combatiente, sin apartarse mucho de la grupa del caballo.

Entonces entraron en la plaza muchos hombres que vienen á la corte, á veces desde muy lejos, con el solo afán de



torear en tales días; pero como no son nobles, van á pie y no se les hace ninguna ceremonia.

Mientras un caballero lucha, los otros se recogen al otro lado de la plaza, y no atacan al toro, á quien el primero persigue, á menos que la bestia corra de frente hacia ellos. En este caso, aquel á quien ataca es el único que se defiende. Cuando la fiera hiere al caballero, el pueblo dice: *Fulano está comprometido en un empeño*; es decir, que se halla precisado á vengar el insulto que el toro le infirió. En efecto, considerando el caso lance de honor, el herido abandona el caballo y acércase al toro para acuchillarle, como antes dije, la cabeza ó el cuello solamente; cuando lo ha conseguido una vez siquiera, puede acometerle sin ningún miramiento, y los demás caballeros, si están á pie, vuelven á montar sus caballos.

Quando el Rey juzgó que ya era la hora conveniente de dar principio á la fiesta, dos alguaciles llegaron al pie de su balcón y recogieron la llave que D. Juan les arrojaba: era la llave del establo donde se guardan los toros, la cual conserva el Rey en su poder y la ofrece á su privado como un favor quando llega la ocasión de darla. Sonaron las trompetas, los timbales y atambores, los pífanos y los oboes, las flautas y otros instrumentos, haciéndose oír en toda la plaza, y los alguaciles, que son naturalmente grandes cobardes, fueron temblando á franquear la salida de los toros. Detrás de la puerta escóndese un hombre que la cierra velozmente quando se asoma el toro á la plaza, y encarámase ligero por una escalera de mano que le permite saltar al techo del establo, dándose mucha prisa en hacer esto, porque al salir el toro, lo primero que hace es mirar detrás de la puerta, dando principio á sus hazañas con la muerte del hombre que la cierra si éste no se da mucha prisa en huir. En seguida el toro, después de examinar un momento la plaza, échase á correr con todas sus fuerzas detrás de los alguaciles, quienes han espoleado ya sus caballos para escapar, porque no siéndoles permitido defenderse ni salir, no les queda más recurso que la huida. Los hombres que lidian á pie arrojan al toro flechas y dardos muy agudos adornados con papel picado. Estas armas se clavan en la piel de la fiera, que al sentir la herida

comienza á revolverse agitada, su aliento forma una espesa nube á su alrededor, sus ojos y sus narices parece que arrojan fuego y corre más rápida que un caballo ligero lanzado en la carrera.

En verdad, esto infunde terror. El caballero que debe atacar al toro se le acerca empuñando un rejón como si fuera una daga; el toro embiste bajando la cabeza y el caballero le clava en el morrillo el hierro de la pica; la bestia retrocede y muge; pártese la madera y queda el rejón clavado. Los lacayos, que llevan diez ó doce docenas de picas, ofrecen otra al caballero, que también la rompe atacando á la fiera, y ésta muge nuevamente, se anima, corre, salta, y desdichado aquel con quien tropiece á su paso; cuando está cerca de algún hombre á quien puede lastimar, los otros le arrojan un sombrero ó una capa, consiguiendo así pararle muchas veces, ó bien, el que se halla en el peligro, arrójase de brúces en el suelo y el toro le pasa por encima. También se le arrojan al toro *peleles* (que son figuras con cabeza de cartón y cuerpos rellenos de paja), y mientras se ceba en ellos, los lidiadores tienen tiempo de ponerse á salvo. Hay otra cosa que los garantiza todavía, y es la costumbre que tiene el toro de cerrar los ojos cuando agacha la cabeza para herir; hay quien aprovecha tan rápido instante para esquivarlo y evitar el golpe; mas esto no es cosa tan segura que salga bien siempre, por cuya razón no son pocas las víctimas.

Vi á un moro que, puñal en mano, se acercó á la fiera cuando ésta estaba más furiosa, para hundírselo en la nuca metiendo el brazo entre los dos cuernos. Ésta fué la más temeraria y acertada aventura que se puede imaginar, porque el toro cayó instantáneamente muerto y el hombre quedóse parado junto á su cabeza. Sonaron los clarines y muchos españoles corrieron espada en mano para hacer añicos el cuerpo del animal, que ya no podía defenderse. Cuando un toro cae muerto, cuatro alguaciles salen en busca de las mulas, que llegan muy bien enjaezadas y conducidas por palafreneros vestidos de raso amarillo con adornos encarnados. Estas mulas, cubiertas con lucidos plumeros y cascabeles de plata, lle-



van tiros de seda á los cuales se ata por los cuernos el cadáver del toro, que ellas luego arrastran, mientras la voz de los clarines y los gritos del pueblo arman gran alboroto.

El primer día corriéronse veinte toros, uno de los cuales, muy bravo, hirió gravemente en una pierna al conde de Kœnigsmarck y rajó el vientre de su caballo. El conde saltó listamente para quedar de pie y, á pesar de no ser español, no quiso dispensarse ninguna de las leyes aquí establecidas para estos casos. Era un espectáculo digno de piedad ver correr desesperada á tan hermosa bestia con las tripas arrastrando por el suelo, á galope tendido, alrededor de la plaza; atropellando á todo el mundo y ocasionando la muerte de un hombre, hasta que le abrieron una barrera dejándole salir. Apenas echó pie á tierra el conde al sentirse herido, cuando una dama española, muy hermosa por cierto, que tenía, sin duda, motivos para creer que Kœnigsmarck lidia-ba por ella, abalanzóse bastante sobre el antepecho del balcón haciéndole repetidas señas con el pañuelo para infundirle ánimo; pero él no necesitaba esta galante ayuda, tenía valor suficiente y avanzó con gallardía, espada en mano, perdiendo tanta sangre que se vió pronto obligado á buscar sostén en un hombre de los de su servidumbre, pero por esto no dejó de acercarse al toro y asestarle un terrible golpe sobre el testuz; luego con una mirada saludó á la dama por quien combatía, y dejando caer la cabeza desmayada, entregóse á sus lacayos que se lo llevaron casi muerto.

Pero es necesario advertir que esta clase de incidentes no interrumpen la fiesta, la cual sólo puede terminar por orden del Rey; de modo que, cuando un caballero tiene la desgracia de ser herido, los demás le acompañan hasta la barrera y luego vuelven á continuar el combate.

Hay un vizcaíno tan atrevido que salta quedando montado sobre el toro, le sujeta los cuernos, y por muchos esfuerzos que haga el animal para librarse, no lo consigue mientras el vizcaíno permanece sobre su cuello, y alguna vez al apearse le rompe un cuerno por mitad.

Cuando un toro se defiende mucho rato y el Rey desea que otros aparezcan en la lidia (porque los nuevos son agra-



dables, pues cada uno tiene su manera particular de combatir), echan á la plaza varios perros de presa ingleses, de una raza semejante á la de aquellos que los españoles llevaron á las Indias en tiempo de la conquista; son pequeños y de patas cortas, pero muy resistentes y tan duros de boca que cuando se agarran dejaríanse hacer añicos antes de soltarse sin arrancar el bocado en que hicieron presa. Algunos mueren atravesados por las astas del toro, que después de enristrarlos los arroja á gran altura; pero al fin le sujetan dando tiempo para que le corten las piernas con la media luna; esto se llama *jaretar el toro*.

Otro caballero se vió empeñado porque se le cayó el sombrero en un encuentro. No se apeó, y empuñando su espada espoleó al caballo conduciéndole hacia el toro, al que hirió en el cuello tan ligeramente que sólo sirvió el dolor á la fiera para enfurecerla más. El toro escarbaba la tierra con sus patas, mugía y de cuando en cuando saltaba como un ciervo. No hay formas para describir aquel combate que se reñía entre las aclamaciones del pueblo, que no cesaba de aplaudir y de agitar al aire los pañuelos; entre muestras de admiración unos gritaban *¡victor! ¡victor!* y otros decían: *¡ah! ¡toro! ¡ah! ¡toro!* para excitar su furia. Tampoco sabría cómo referiros las alarmas y los sustos que agitaban mi corazón cuando veía los terribles animales dispuestos á matar aquellos bravos caballeros.

Un joven toledano bien portado, no pudiendo evitar una cornada, murió instantáneamente, y otros dos quedaron malheridos y cuatro caballos muertos. Sin embargo, de público se dijo que la corrida no había sido muy buena porque se había derramado poca sangre, siendo de rigor para que luzca una de tales fiestas que por lo menos queden muertos diez hombres en la plaza. Sería difícil expresar la destreza de los caballeros en el combate y de los caballos para evitar el envite de las fieras. Giran algunas veces media hora alrededor de un toro, rozándole casi, pero sin dejarle aproximar la cabeza. El Rey arrojó quince doblones al moro que había matado á una bestia con el puñal, y otro tanto al vizcaíno que había domado á otra, y dijo que tendría presentes á los ca-



balleros combatientes. Recuerdo que un castellano, viéndose sorprendido de frente y no sabiendo por dónde escapar, saltó por encima del toro con la misma ligereza con que un pájaro arranca el vuelo.

Estas fiestas son hermosas, interesantes y magníficas; estos espectáculos, extremadamente nobles, cuestan mucho dinero. Difícil sería hacer de ellos una referencia exacta, y es preciso verlos para comprender su valor; pero confieso que todas estas cosas no acaban de gustarme cuando pienso que un hombre, cuya vida nos interesa, comete la temeridad de ir á exponerla contra un toro furioso, y que por su amor solamente (el amor es de ordinario el principal motivo) cae maltrecho, ensangrentado y moribundo. ¿Pueden aprobarse tales costumbres? Y aun suponiendo que no se sienta por nadie un interés particular, ¿puede desearse la celebración de una fiesta en la que pierden la vida varias personas? Por mi parte sorpréndeme que en un Estado cuyos Reyes llevan el sobrenombre de católicos se tolere una diversión tan bárbara. Bien sé que es muy antigua y de los moros heredada, pero creo que debiera de ser abolida, como otras muchas costumbres que se conservan aún desde aquellos tiempos en que los infieles habitaron este país.

Don Fernando de Toledo, viéndome bastante inquieta y no poco emocionada durante la corrida, y reparando que algunas veces palidecieron mis mejillas, porque me asustaba pensar que alguno de aquellos hombres pudiese morir á mi vista, díjome sonriendo:—¿Qué hubierais hecho, señora, si vierais lo que pasó aquí hace algunos años? Un caballero de noble linaje amaba locamente á una joven, hija de un lapidario, extremadamente bella y que debía heredar una cuantiosa fortuna. El caballero, habiendo sabido que los toros más feroces de la montaña llegaban para una corrida, y creyendo que alcanzaria mucha gloria vencéndolos, decidióse á torear, para lo cual pidió permiso á su amada. Ella se impresionó tanto con la sola proposición, que cayó desmayada y prohibió terminantemente al caballero que realizara su propósito.

Pero á pesar de esta prohibición, el amante creyó no po-



der darle una prueba más grande de su amor que aquella proyectada, y procuróse con gran secreto cuanto necesitaba para entrar en la lidia; pero por mucho que hiciera para ocultar á su amada sus deseos, ella, siendo advertida, valióse de cuantos recursos estaban á su alcance para convencer al obstinado galán de que debía desistir. Al fin, llegado el día de la fiesta, el caballero suplicó á la hija del lapidario que no dejara de asistir á la plaza, donde le infundiría valor su presencia, bastándole para hacerle vencer y conquistarle una gloria que le haría más digno de su cariño.—En vuestro cariño—dijo la joven—descubro más ambición que ternura, y el mío, por el contrario, es más tierno que ambicioso. Id, pues, adonde la gloria os llama, donde queréis que yo me halle para luchar en mi presencia; si, yo iré, os lo prometo, pero temo que mi vista os turbe más que os aliente. Despidióse el galán, y fuése hacia la Plaza Mayor, en donde todo el mundo estaba ya reunido; pero apenas intentó defenderse contra un fiero toro que le atacaba, un mozo del pueblo arrojó al animal un dardo, que se le clavó, haciéndole sentir mucho dolor. El toro, apartándose del caballero, fuése á embestir al que le había herido, y éste, al echarse á correr para ponerse cuanto antes en salvo, no pudo evitar que se le cayera el sombrero, dejando al aire una larga y hermosa cabellera que se desplegó sobre sus espaldas, descubriendo que aquel joven lindo era una encantadora muchacha de quince ó diez y seis años, que se descubría bien á pesar suyo bajo un disfraz, por un azar de la suerte. El miedo y la sorpresa se apoderaron de su espíritu robándole sus fuerzas, y un momento se sintió inmóvil, sin defensa, frente al toro, que acercándose rápidamente la hirió en un costado. El caballero, que había reconocido á su amada, entonces apeóse para socorrerla; pero ¡cuál fué su dolor al encontrarla en tan funesto estado! Su angustia le volvía loco, y olvidando el peligro en que su vida estaba, más furioso aún que la fiera bestia, hizo cosas increíbles, pero quedó herido mortalmente. ¡Aquella tarde sí que debió parecer á muchos espléndida la fiesta! Lleváronse á los dos amantes á la casa del padre infortunado de la joven, y ésta pidió que dejaran al caballe-



ro en su cuarto para que las pocas horas que les quedaban de vida fueran instantes de amor; casáronles para que, ya siendo imposible que gozaran el matrimonio en este mundo, pudieran unirse dentro de una misma tumba sus cuerpos y enlazarse cristianamente sus almas para volar al cielo. Esta historia hizo más grande la repugnancia que me producían ya las fiestas de toros, y así se lo dije á D. Fernando, después de haberle agradecido el trabajo que se había tomado refiriéndome la.

Nada he dicho aún del idioma español, en el conocimiento del cual hago bastantes progresos; encuéntrole de veras á mi gusto y lo considero expresivo, noble y grave. El amor parece amoldarse perfectamente á sus vocablos, con los que juega fácil y agradablmente. Los cortesanos hablan más concisamente que las demás personas; usan ciertas comparaciones y metáforas tan abstractas que, cuando no se tiene mucha costumbre de oirlas, es difícil interpetrar su sentido, y se pierde la mitad de su intencionada expresión. En mis viajes y en mis estudios he aprendido varios idiomas, de los cuales por lo menos conozco los primeros principios; pues bien, ninguno, exceptuando el francés, me parece comparable al hermoso español.

Sorprenderá la noticia cuando yo diga que acabo de ver llegar diez galeras á esta villa, que dista 400 leguas del mar; pero son galeras terrestres, y me parece muy bien que las haya cuando hay caballos y perros marítimos. Las galeras tienen forma de carromato, y son cuatro veces más largas que uno de estos vehículos; tienen seis ruedas, tres á cada lado, las cuales no pueden ofrecer un movimiento mucho más agradable que el de las carretas de transporte. La caja es ovalada y parecida en mucho al casco de las galeras de mar; su cubierta es de tela en forma de toldo, y viajan en cada galera 40 personas, que allí duermen y guisan como en una casa ambulante, arrastrada por 20 caballos, y que sólo puede maniobrar en campo abierto, porque su longitud es indescriptible. Generalmente llegan estas galeras por los caminos de Galicia y de la Mancha, país del bravo Don Quijote; marchan diez ó doce juntas para socorrerse los viajeros



de unas á otras en casos de necesidad; cuando una galera vuelca, produce un estruendo enorme, y lo mejor que puede acontecer á los que van dentro es que se rompan una pierna ó un brazo; y, para levantar el vehículo necesitase por lo menos el esfuerzo de cien hombres. En las galeras llévanse toda clase de provisiones, porque los países que se atraviesan son tan ingratos que á veces en una extensión de centenares de leguas no se tropieza con otros vegetales que un poco de romero y de tomillo silvestres. No se ven posadas ni hospederías adonde acogerse, y por este motivo los viajeros redúcense para comer y descansar á las escasas comodidades que la galera puede proporcionarles.

Mgr. Mellini, Nuncio apostólico, el día de la Trinidad consagró al nuevo Patriarca de las Indias, asistiendo el Rey á la ceremonia. Yo le vi entrar; vestía un traje negro con adornos de seda rosa y bordados de flores rodeadas de perlas. Llevaba un sombrero cuyas alas descomunales y desplegadas cedían á su peso cayendo á uno y otro lado de la cara, lo cual producía un efecto desagradable. Durante la ceremonia pude reparar que comía el Rey algo que le llevaba en un papel uno de sus servidores; pregunté qué cosas eran aquéllas, y me contestaron que deberían ser ajos y escaluñas tiernas, porque siendo muy aficionado á saborearlos, no podía pasar largo rato sin comerlos; yo estaba muy lejos para observarle como hubiere deseado y reparar en los más nimios detalles. Terminada la ceremonia, el Rey no regresó al Buen Retiro, porque descaba también asistir á las fiestas del Santísimo Sacramento. Al salir yo de la iglesia, reconocí á un gentil hombre francés llamado Du Juncas, de Burdeos, y le pregunté desde cuándo estaba en esta villa. Díjome que acababa de llegar y que su primer cuidado hubiera sido hacerme una visita si en Bayona no se hubiese comprometido á descubrir las trazas de un malvado que sin duda se ocultaba en Madrid; que no era la curiosidad de ver consagrar al Patriarca de las Indias lo que le llevó á las Jerónimas, donde tenía que ver á una religiosa, cosa que no se consiente hasta que se haya ido el Rey.—Es la joven á quien tengo que hablar—continuó—una de las más hermosas mujeres del mundo, y ha dado,



en Bayona, ocasión á una gran desdicha sufrida por la familia de Mr. de la Lande.

Acordéme de haberla visto al pasar y supliqué á Mr. Du Juncas que me pusiera en autos de lo que ya deseaba yo saber. Es muy larga y funesta aventura para que pueda referirla en un momento—dijo;—pero si deseáis conocer á la joven religiosa de que os hablo, puedo complaceros y daros lugar á que habléis con ella. Acepté gustosa, porque muchas veces he oído decir que aquellas mujeres lucían más su ingenio en la clausura que en el mundo. Subimos al locutorio, donde me sorprendió ver una reja triple y erizada de puntas.—¡Cómo es esto!—exclamé.—Habíanme asegurado que las religiosas vivían en este país muy galanteadas, pero estoy cierta de que no hay amor capaz de arriesgarse ni buscar los más insignificantes favores á través de tan claras dificultades, de tantas punzadoras lanzas y de tan pequeños resquicios.—Las apariencias os engañan—dijo Mr. Du Juncas,—y si estuviéramos algo más despacio, podría referiros las mañas de que me hizo sabedor un caballero español cuando vine por primera vez á esta corte.

Doña Isidora entró en este momento y parecióme aún más hermosa de lo que yo la imaginaba. Mr. Du Juncas le dijo quién era yo y el deseo que tenía de conocerla desde que por su referencia conocí sus meritorias cualidades. La monja me dió las gracias con recogimiento y modestia, y en seguida nos aseguró que el malvado de quien se buscaban referencias estuvo en Madrid, pero que ya era imposible hallarle, porque posteriormente había huído á otro lugar, teniendo el atrevimiento de participárselo por escrito y hacer llegar el papel á sus manos por las de un hombre en cuya casa se hospedaba. Y D.<sup>na</sup> Isidora rompió á llorar, sin que bastaran ya para contener sus lágrimas los esfuerzos que hasta entonces hizo, diciendo que, gracias al cielo, no tenía nada que reprocharse acerca de todo lo que había sucedido, pero que su razón no era bastante para evitar el disgusto que la producía saber que había sido ella la causa de todo. Hablamos un rato, y me retiré luego, encantada de su belleza y de su gracia.

Todo lo que me habían contado refiriendo el calor excesivo que aquí se siente y todo lo que yo pude suponer, no es nada comparándolo con la realidad. Para respirar un poco dejo abiertas las ventanas de día y de noche, duermo con la cabeza descubierta y me lavo las manos y los pies con agua de nieve. Llega la medianoche sin que haya soplado el airecillo más ligero; supongo que no hará un tiempo más bochornoso ni en el Ecuador.

Yendo de paseo en coche no sabe uno qué hacer, pues con los cristales cerrados el calor ahoga, y si se abren las ventanillas sofoca el polvo de que siempre están llenas las calles, hasta el punto de que, levantándose constantemente con el tránsito, apenas permite ver, apareciendo como espesa niebla. En las casas entra por cualquiera rendija, y al menor descuido, aunque todo se tenga cerrado, ensucia y estropea los muebles; de modo que los malos olores en invierno y el polvo en verano ennegrecen la plata y deslustran los barnices, no permitiendo que objeto alguno se conserve largo tiempo en buen estado. En verano, por mucha curiosidad que se tenga, es imposible no ir las más de las veces con la cara cubierta de sudor y polvo, á semejanza de un atleta después de la liza.

He presenciado las fiestas del Corpus, que se celebran aquí con gran solemnidad. Organízase una procesión general, de la que forman parte todas las parroquias y los religiosos de todos los conventos, que son muchísimos. Adornánse las calles por donde la procesión ha de pasar con los más hermosos tapices del universo, pues además de los de la Corona, ofrecen para tales ocasiones los suyos mil particulares que los tienen magníficos y admirables. En todos los balcones las celosías vense reemplazadas por hermosas colgaduras y doseles. Toda la carrera está cubierta con un toldo que libra de las molestias del sol y cuya tela se humedece para dar al aire un poco de frescura. Las calles están cubiertas de arena, muy bien regadas y con tan abundantes flores, que forman éstas una verdadera é incomparable alfombra. Los altares construídos en las plazas para dejar la custodia en ciertos momentos están adornados con la más exquisita magnificencia.



No van mujeres á la procesión. El Rey estaba en ella con un traje de tafetán negro brillante y bordado con sedas azul y blanca. Las mangas eran de seda blanca, bordadas en azul y con azabaches, muy largas y abiertas en su parte anterior. Llevaba el manto arrollado al brazo y en el cuello una hermosa cadena de piedras preciosas, de la cual pendía el *Toison de oro* cubierto de diamantes. Llevaba también hebillas de diamantes en los zapatos y en las ligas; alrededor del sombrero un grueso cordón de las mismas piedras, que ofuscaba la luz del sol, terminando en una escarapela que, recogiendo un ala del sombrero, sostenía colgada una perla del tamaño de una perita de San Juan, á la que nombran *la Peregrina*; supónese la más hermosa que existe en Europa, no sólo por su tamaño, sino también su finura.

Toda la Corte, sin excepción, acompañaba al Santísimo Sacramento; los Consejos marchaban confundidos, formando filas sin atender á categorías y llevando cada miembro de ellos un cirio de cera blanca; el Rey también llevaba uno y seguía de cerca la peana donde iba el Señor. La procesión de Corpus, en Madrid, sin duda es la más bella ceremonia que puede verse. Reparé que todos los gentilhombres de cámara llevaban al costado una llave de oro; es la del cuarto del Rey, en el cual pueden entrar cuando quieran, y tiene el tamaño de una llave de bodega. Vi muchos caballeros de Malta, que llevaban la cruz, de tela de Holanda bordada sobre sus largos mantos. Á las dos de la madrugada, la procesión no había vuelto aún á la Iglesia; cuando pasó por delante del palacio real, se dispararon salvas y cohetes.

El Rey había ido á la iglesia de Santa María, que no está lejos de palacio, para incorporarse allí en la procesión. Todas las damas, el día del Corpus, vístense por primera vez en la primavera con los trajes de verano y esperan en sus balcones muy compuestas, rodeadas de cestillas con flores y pomos llenos de aguas de olor, que arrojan cuando la procesión pasa. Cuando el Santísimo Sacramento ha entrado en la iglesia después de recorrer la villa, los que le acompañaron y los que pasar le vieron van á comer á sus casas para no faltar á las representaciones de los *autos sacramen-*



*tales*, que son tragedias escritas con asuntos piadosos y cuya ejecución ofrece rasgos muy notables.

Se representa en el patio ó en la calle del Presidente del Consejo á quien corresponde. Asiste el Rey, y todas las personas de importancia reciben billetes la víspera para que acudan. Fuimos convidadas, y me chocó sobremanera que encendiesen extraordinario número de antorchas mientras que el sol caía á plomo sobre las cabezas de los cómicos y hacía que aquéllas se fundiesen como manteca. Representaron la pieza más tonta que en mi vida he visto. Hé aquí el argumento.

Se han congregado los caballeros de Santiago y el Señor se aparece y les ruega que le admitan en la orden. Varios de aquéllos acceden, pero los antiguos manifiestan que les perjudicaría el admitir á una persona de origen plebeyo; que su padre San José fué un pobre carpintero, y su madre, la Virgen Santísima, trabajó de costurera. Nuestro Señor aguarda con suma inquietud el acuerdo que recaerá. Se determina, con algo de pesar, rechazarlo. Pero al punto se decide instituir para él la orden de Cristo, con lo que todos quedan satisfechos. Esta orden es la de Portugal. Y no es que hagan estas cosas con un fin malicioso, pues preferirían morir antes de faltar al respeto que se debe á la religión.

Las representaciones de los autos duran un mes. Estoy tan cansada de verlos que los evito cuantas veces me es posible. Se sirven muchos confites y agua helada, que buena falta hace por el calor excesivo que hace y por el polvo que ahoga. Me alegré en extremo de encontrar en el hotel del Presidente de la Hacienda á don Agustín Pacheco y á su señora, de quienes ya os he hablado. Hallábanse allí porque son parientes de aquél. Estábamos cerca unos de otros, y en cuanto terminó la fiesta nos fuimos á pasear al Prado, á la francesa, esto es, caballeros y señoras en un mismo carruaje. Don Federico de Cardona estaba allí; tuvimos echadas las cortinillas mientras hubo mucha gente, con motivo de la joven española. Pero como nos quedamos hasta más tarde, el señor Nuncio y Federico Cordano, Embajador de Venecia, hicieron que su coche se acercase al nuestro, y estaban conversando con nosotros, cuando de



pronto vimos una gran iluminación á lo largo del paseo y aparecer sesenta cardenales montados en mulas con sus manteos y birretes rojos. El Papa venía después llevado sobre un estrado cubierto de alfombras; estaba bajo un dosel, sentado en un sillón, la tiara y las llaves de San Pedro sobre un almohadón y un hisopo lleno de agua de azahar, con el cual rociaba á todo el mundo. La cabalgata marchaba seriamente. Cuando llegaron al extremo del Prado, los señores cardenales empezaron á dar vueltas y hacer contorsiones para alegrar á Su Santidad: los unos arrojaban sus birretes por cima de los árboles, colocándose con tal acierto que aquéllos les cayesen en la cabeza. Otros se ponían de pie sobre la silla de las mulas y las hacían correr cuanto podían. Gran muchedumbre del pueblo serviales de cortejo. Preguntamos al señor Nuncio lo que significaba aquello, y nos dijo que nada sabía, pero que la broma no le agradaba. Envió á preguntar de dónde procedía el Sacro Colegio. Averiguamos que era la fiesta de los panaderos, y que tenían la costumbre de hacer todos los años la misma ceremonia. Al Nuncio le daban ganas de empezar á repartir bastonazos. Había ya ordenado á sus espoliques que armaran camorra, pero nosotros intercedimos en favor de aquellas gentes, cuya única intención era celebrar el santo. Sin embargo, alguno que había oído las órdenes perturbadoras de la tranquilidad pública se lo comunicó al Papa y los cardenales. No se necesitó más para introducir el desorden en la fiesta. Escapáronse como pudieron y su temor fué causa de que nuestro entretenimiento se acabara tan pronto. En Francia no se consentirán tales mascaradas; pero hay cosas que son inocentes en un país, y que quizás no lo serían en otro.

Sabedora mi parienta de la cortesía con que habíame rebibido D. Agustín Pacheco, le convidó á cenar. Le rogué que se acordara que me había ofrecido hablarme de lo que sabía respecto á las Indias.—Voy, díjome al punto, á hablaros de las llamadas Indias occidentales, á las que pertenece parte de América.

Bajo el reinado de Fernando, Rey de Castilla y de Aragón, el genovés Cristóbal Colón descubrió esta parte del mundo



en 1492. Como fueran los españoles los primeros que hallaron esa afortunada tierra desconocida de los europeos, dióseles la propiedad al Rey Fernando y á la Reina Isabel por una bula de Alejandro VI. Nombró á ellos á y sus sucesores vicarios perpetuos de la Santa Sede en todo el vasto país. De suerte que los Reyes de España son señores espirituales y temporales, que nombran los Obispos y beneficiados, y perciben los diezmos. Su poder es más extenso allí que en España, porque hay que notar que América sola forma una de las cuatro partes del mundo, y que poseemos más terreno que todas las demás naciones reunidas. El Consejo de Indias, que está establecido en Madrid, es uno de los más importantes del Reino, y como hay necesidad de mantener una correspondencia muy frecuente entre España y las Indias, de enviar órdenes y sostener íntegramente la autoridad de la Corte, se ha creado una Cámara particular compuesta por cuatro de los individuos más antiguos del Consejo de Indias, los cuales entienden en los asuntos de hacienda y envían las expediciones por los secretarios del Consejo.

Además de esta Cámara, que está en Madrid, hay otra en Sevilla, llamada Casa de contratación, que se compone de un presidente y de varios consejeros de toga y espada, con los oficiales necesarios. Los consejeros de espada entienden en los asuntos relativos á la flota y galeones. Los demás consejeros administran justicia. Las apelaciones de este tribunal pasan al Consejo de Indias de Madrid. Se tienen registros en la Casa de contratación de Sevilla, en donde se anotan las mercancías que se remiten á las Indias y las que se reciben, para impedir que se defraude al Rey en sus derechos; pero eso sirve de poco: las comerciantes son tan hábiles y los que les obligan á dar cuenta se prestan tan fácilmente á repartirse las ganancias, que el Rey no resulta mejor servido; y su derecho, que es de un quinto, se le paga tan mal que no recibe la cuarta parte de lo que le pertenece.

El Consejo de Madrid es el que propone al Rey los súbditos que han de desempeñar los virreinos de Nueva España y del Perú. Conviene advertir que todos los empleos se dan cada tres años ó cada cinco, á fin de que un solo hom-



bre no se enriquezca, mientras que hay muchos otros que necesitan una parte de los beneficios del Príncipe.

En los parajes de las Indias donde no hay Virrey, el Presidente es también Gobernador. Cuando muere un Virrey se encarga de sus funciones el Presidente, hasta que el Gobierno le nombre sucesor. Su Majestad Católica es quien da esos elevados destinos y los gobiernos de mayor importancia. Los Virreyes proveen los gobiernos de menor categoría y, sin trabajo, pueden reunir en un quinquenio de quinientos á seiscientos mil escudos. Nadie va allí sino para enriquecerse, y tan exacto es esto, que hasta los religiosos á quienes se envía para predicar la fe y convertir indios, regresan al concluir la misión con treinta y cuarenta mil escudos. El Rey dispone de varias pensiones, afectas á los pueblos de Indias, que dan de dos mil á seis mil escudos anuales y sirven para recompensar á los súbditos.

Las Islas Filipinas, que están cerca del reino de China, pertenecen al Rey de España, y su comercio consiste en seda. Su conservación cuesta más que lo que producen.

No ha faltado razón á los castellanos para no querer que hubiese ninguna clase de manufactura en las Indias, ni que se hiciesen telas ó cualquiera otra cosa indispensable. Á causa de esta política tiene que ir todo de Europa, y como los indios son aficionadísimos á la comodidad y á adornarse, sacrifican gustosos el dinero para lograrlo. De esta suerte se les impide que ahorren, porque se ven obligados á comprar muy caras las menores bagatelas que les llevan y con las que les distraen.

La flota se compone de algunos buques cargados de mercancías que se envían á las Indias, y hay además grandes embarcaciones de guerra llamadas galeones que, por orden del Rey, escoltan á aquéllos. Dichas embarcaciones no deberían llevar ninguna mercancía, pero la avidez por ganar, hace que se desobedezcan las expresas prohibiciones del Rey, y van á veces tan cargadas, que si las atacaran no podrían defenderse. Cuando las embarcaciones parten, la expedición que obtienen los comerciantes del Consejo de Indias de Madrid cuesta para cada uno de tres mil á seis mil escudos,

según el tamaño de los buques. Es fácil colegir que, puesto que tanto se paga, hay seguridad de ganar mucho más.

Los galeones no van más que hasta Portobelo, adonde se lleva toda la plata del Perú. La flota se separa de ellos en este sitio, y continúa el viaje hasta Nueva España. Los galeones van desde Sanlúcar hasta Cartagena de Indias en seis semanas ó dos meses á lo sumo. Se detienen poco allí, y en cinco ó seis días llegan á Portobelo, que es un barrio situado en la costa de América, de aire muy mal sano y calor sofocante. Al otro lado del istmo, á diez y ocho leguas de distancia solamente, está la ciudad de Panamá, adonde llevan del Perú gran cantidad de plata en barras, y mercancías, que se transportan en carros hasta Portobelo, en donde están los galeones, y que es uno de los puntos del universo en que se verifica una feria mayor; en menos de cuarenta ó cincuenta días se despachan allí por valor de veinte millones de escudos, de todo linaje de mercancías de Europa, pagadas al contado. Terminada la feria, los galeones vuelven á Cartagena, en donde se verifica un gran comercio de mercancías de las Indias y de las del reino de Santa Fe y también de la Morigenta. Luego van á la Habana para proveerse de las cosas necesarias para el viaje, y de aquel punto á Cádiz, en lo que, comúnmente, emplean un par de meses.

La flota se detiene en Puerto Rico para descansar y llega á Veracruz en cinco semanas, y descarga las mercancías, que se transportan por tierra á la gran ciudad de Méjico, distante ochenta leguas. Se efectúa pronto la venta, y la flota emprende en seguida el viaje de regreso á la Habana, que importa hacerlo en los meses de Abril ó de Septiembre con motivo de los vientos del Norte. El viaje de los galeones al Perú dura de ordinario nueve meses, y el de la flota trece ó catorce; algunos particulares van también á sus expensas después de haber obtenido un permiso del Rey y héchose registrar en la contratación de Sevilla. Se dirigen á las costas de Santo Domingo, Honduras, Caracas y Buenos Aires.

Se necesita siempre que la plata que viene de Indias directamente para el Rey la traiga un galeón; luego se le en-



trega á un maestro de la moneda, que paga al Rey seis mil escudos siempre que hace el viaje y se queda con el uno por ciento de la plata que pasa por sus manos, lo cual es un bonito negocio. Tocante á la plata de los particulares, viene en los buques que ellos designan, y el capitán es quien responde.

Hay un derecho llamado de avería que pesa sobre las mercancías registradas y sobre la plata que se trae de las Indias. Ese derecho es tan considerable que basta para lo necesario á poner los galeones y la flota en estado de efectuar el viaje, y eso que los gastos suben á novecientos mil escudos. El de la flota no es tan grande.

Aquel á quien el Rey elige para general de los galeones le anticipa de ochenta á cien mil escudos, que le son devueltos en las Indias con un subido interés. Cada capitán anticipa también dinero al Rey proporcionalmente al tamaño del buque que manda. Además hay un patache que va con los galeones, se separa de ellos en el golfo de las Yeguas, y se dirige á las islas de la Margarita á recoger las perlas que se pagan al Rey por el derecho del quinto, esto es, la quinta parte de todas las perlas que se pescan, y en seguida se marcha á Cartagena.

Hace pocos años que á setenta leguas de Lerma se han descubierto minas que son de un gran producto; las del Perú y las de todo el resto de las Indias occidentales dan el quinto al Rey, ya sean de oro, plata ó esmeraldas. En el Potosí hay minas más abundantes que en ningún otro sitio. Toda la plata que se extrae se lleva al puerto de Arica ó se envía desde allí al Callao, que es uno de los puertos de Lima adonde van á recogerla los galeones. El reino del Perú produce al año en oro y plata por valor de once millones de escudos. Se sacan de Nueva España cinco millones de escudos y mercancías que son por lo común esmeraldas, oro, plata, cochinilla, tabaco, lanas de vicuña, palo campeche, bejuar y cueros.

Durante largo tiempo no se han admitido en Nueva España obreros que trabajasen en seda y lana. Ahora los hay, y esto podrá perjudicar á las telas que se llevan de Europa. No se permite que planten olivos ni viñedos, á fin de que se



vendan fácilmente el aceite y el vino que allí se transportan. El Rey tiene en Indias, lo mismo que en España, el derecho de vender la bula de la Cruzada para comer carne los sábados y disfrutar del beneficio de las indulgencias.

Á los indios idólatras no se les somete á la Inquisición de las Indias; sólo se ha establecido para los herejes y los judíos. No se consiente que los extranjeros vayan á las Indias, y si alguno quiere ir, ha de obtener un permiso especial que rara vez se concede.

¿Cómo explicaré á usted, continuó D. Agustín, las bellezas de la ciudad de Méjico, las iglesias, palacios, plazas públicas, su profusión de riquezas y su magnificencia y delicias? Ciudad tan perfectamente situada que disfruta en todas las estaciones de una primavera continua, en donde los calores no son excesivos y en donde jamás se sienten los rigores del invierno. No menos hermoso es el campo: en todas las épocas están los árboles cargados de flores y frutos. Cógese en el año más de una cosecha; los lagos están llenos de peces; en las praderas el ganado se apiña, y están llenos los bosques de excelente caza y terribles fieras. Parece que la tierra se abre sólo para entregar el oro que contiene. Descúbrense allí minas de piedras preciosas y se pescan perlas.—¡Ah! exclamé. Abandonemos este país y vayámonos á aquél. Tal descripción me encanta, pero como el viaje es largo, se necesita, si os parece, señora, dije riendo á D.<sup>a</sup> Teresa, que ceneis antes de partir. La cogí de la mano y entramos en el comedor, adonde había yo hecho venir á los mejores músicos, bastante medianos, por cierto, y que en mi sentir sólo tienen de recomendables lo caro que cuestan. Mi cocinero había hecho algunos guisos á la francesa, que agrada-ron tanto á D.<sup>a</sup> Teresa que me pidió le escribiese la manera de prepararlos, y D. Agustín me suplicó que le diera agujas de mechar, de las que en toda España existe una sola. Estuvimos reunidos hasta muy tarde, porque en esta estación se vela hasta las cuatro ó las cinco de la madrugada á causa del calor, por lo que las horas mejores son las de la noche.

Hay determinados días del año en los que todo el mundo se pasea por los puentes que atraviesan el Manzanares; pero



ahora las carrozas entran en su lecho; que algunos arroyuelos refrescan. Los caballos padecen mucho en esos paseos, porque nada les desgasta tanto las pezuñas como los guijarros sobre que andan. Se detienen en ciertos sitios del río, en donde se permanece hasta las dos ó las tres de la madrugada. Con frecuencia se reúnen más de mil carrozas.

Algunos particulares llevan de comer, otros cantan y tocan instrumentos. Todo esto es muy agradable en las noches serenas. Algunas personas se bañan, pero, en verdad, de un modo harto molesto. Pocos días ha que lo hace la Embajadora de Dinamarca. Momentos antes de su llegada, los criados abren en la arena un gran hoyo, que se llena de agua, y en el cual se mete la Embajadora. Como comprendéis, no es un baño muy agradable, y sin embargo, es el único posible en el río.

Tal vez no os disguste saber que para hacer aquí las pruebas de nobleza se necesita demostrar que por ambos lados se descende de cristianos viejos. La tacha temible en una familia es que hayan formado parte de ella judíos ó moros.

Como en los pueblos de Vizcaya y Navarra impidió la invasión de los bárbaros la altura y aspereza de sus montañas, tiénense allí todos por caballeros, hasta los mismos aguadores. En España los hijos toman á veces el nombre de su madre, cuando es más ilustre que el de su padre. Pocas familias habrá seguramente que no se hayan interrumpido, y cuyo nombre y nobleza no los haya llevado una hija única á otra familia. No está incluida en esta clase la de Velasco, pues cuentan en su casa diez Condestables de Castilla, de padre á hijo. Cosa singular que, á mi parecer, no existe en ningún otro país: los niños abandonados son nobles y disfrutan del título de hidalgos y de todos los privilegios propios á la nobleza. Pero se necesita para ello que prueben que han sido encontrados y que se les ha lactado y educado en el Hospicio.

Hay grandes casas en España en las cuales poseen casi todos los bienes á título de mayorazgo, y si acontece que se mueren todos los del mismo nombre y también los parientes

más cercanos varones, heredan los hijos naturales, si los hay; de no haberlos, el criado más antiguo toma el nombre y las armas de su amo y es el heredero de sus bienes. Á esto se debe que segundones de casas no menos nobles é ilustres no desdeñen el servir en aquéllas, y sus esperanzas están bien fundadas, porque con frecuencia se extinguen las familias, á causa de que las españolas tienen menos hijos que las mujeres de los demás países.

Hace poco que ha ocurrido una funesta aventura á una joven de calidad llamada D.<sup>a</sup> Clara. Su corazón no pudo resistir al mérito del Conde de Castrillo, cortesano de agudo ingenio y excelente figura. Háiale agradado este caballero sin proponérselo, por lo que él ignoraba el afecto que le tenía y no se cuidaba de ello. Aunque el padre de dicha joven estaba ausente, no disfrutaba aquélla de mayor libertad, porque su hermano D. Henríquez, á quien su padre se la había encargado, la vigilaba constantemente. No podía hablar á aquel á quien amaba, lo que constituía para ella el martirio de sufrir sin quejarse y sin compartir por lo menos su pena con quien la causaba. Resolvióse por fin á escribirle y buscar algún medio para enviarle la carta; pero como este asunto era para ella de suma gravedad, titubeaba en la elección de una confidente, y estuvo así algún tiempo hasta que se fijó en una amiga suya que siempre le había demostrado el mayor cariño; sin más vacilaciones, escribió una carta muy conmovedora al Conde de Castrillo y se dirigía á casa de su amiga para rogarla que se la diese al caballero, cuando le vió pasar cerca de su silla. Este encuentro avivó en ella el deseo que tenía de comunicarle sus sentimientos, y, resolviéndose de pronto, le arrojó el billete aparentando que uno acababa de dárselo al pasar.—Sabed, caballero, dijo en voz alta y como enojada, que no consiento que se dirijan á mí con tales pretensiones. Ahí tenéis vuestro billete, que ni abrirlo quiero. Sobrado ingenio tenía el Conde para comprender la favorable intención de la hermosa dama, por lo que recogiendo el papel cuidadosamente. No os quejaréis, señora, dijo, de que no he aprovechado sus consejos, y se retiró para leer una carta que tanto placer había de causar-



le. Informóse así de las intenciones de D.<sup>a</sup> Clara y de lo que se necesitaba hacer para verla. Á nada faltó y prendóse perdidamente de ella, por lo que con razón se tuvo por uno de los caballeros más afortunados de España. Aguardaban con impaciencia el regreso del padre de D.<sup>a</sup> Clara para proponerle el casamiento, que al parecer había de agradarle mucho. Pero por más precauciones que tomaron los jóvenes amantes para establecer y que durara un comercio que era la felicidad de su vida, el suspicaz y vigilantísimo Henríquez descubrió la intriga. Creyóla criminal, y en el arrebató de furia, sin dejar traslucir nada, penetró una noche en la habitación de la desdichada D.<sup>a</sup> Clara, y mientras dormía la estranguló con toda la barbarie imaginable.

Sin embargo, aunque se conocía al autor de tan malvada acción, no le persiguió la justicia, porque D. Henríquez tenía gran fama, y como la pobre joven no tenía otros parientes que los de su hermano, la familia no quiso aumentar una desgracia de suyo tan enorme. Después de su crimen fingió Henríquez hacerse muy devoto; no se presentaba en público, oía la misa en su casa y veía á poquísima gente. Temía que el Conde de Castrillo, que no ocultó su desesperación, de la cual había dado testimonios patentes, vengase al fin á su amada. Buscaba las ocasiones con el mayor cuidado, pero después de intentar inútilmente todos los medios que pudo dicurrir, acertó con uno que le dió buen éxito.

Se disfrazó de aguador. Éstos cargan un borrico con grandes cántaros de agua que llevan por la ciudad; van vestidos de bayeta ordinaria, con las piernas al aire y zapatos ó alpargatas. Nuestro amante, disfrazado de esa manera, permanecía todo el día apoyado en el pilón de una fuente, cuyas aguas aumentaba con sus abundantes lágrimas, porque dicha fuente estaba enfrente de la casa en que tan á menudo vió á su querida y hermosa Clara y allí vivía el inhumano Henríquez. Como el Conde tenía los ojos clavados en la casa, distinguió que estaba entreabierta una de las ventanas y que su enemigo se acercaba, con un espejo en la mano en el que se miraba. Al punto, el astuto aguador le arrojó huesos de cerezas, como en broma, y habiéndole dado algunos en la



cara, ofendido D. Henríquez por la insolencia del que creía misero aguador, arrastrado por un movimiento de cólera, bajó solo para castigarle. Pero apenas bajó á la calle, el Conde, dándose á conocer y sacando una espada que tenía oculta.—Traidor, exclamó, defiende tu vida. La sorpresa y el espanto se apoderaron de tal modo de D. Henríquez, que sólo acertó á pedirle perdón, que no pudo alcanzar del irritado amante, quien vengó la muerte de su amada en el que tan cruelmente la había hecho perecer. Difícil le hubiera sido al Conde escapar, habiendo dado tal golpe frente á la casa de un hombre de viso y que tenía gran número de criados. Pero en el momento en que todos iban á echarse sobre el Conde, tuvo la fortuna de que pasara el Duque de Uceda con tres amigos. Salieron en seguida de su carroza y le auxiliaron con tanta oportunidad, que se escapó, sin que aún se sepa dónde está. Me intereso porque le conozco y es un hombre honradísimo.

Es ordinario en este país asesinar valiéndose de varios individuos autorizados hasta por la costumbre, lo que no les acarrea graves perjuicios. Por ejemplo, cuando se prueba que un hombre ha dado una bofetada á otro ó que le azotó en la cara con el sombrero, el pañuelo ó el guante, ó que le ha injuriado llamándole borracho ó en términos que atacan á la virtud de su esposa, estas ofensas vénganse por el asesinato. Dan como razón que después de tales insultos no sería justo exponer su vida en un combate singular con armas iguales, en el cual el ofendido podría perecer á manos del agresor. Guardarán veinte años una venganza si no hallan antes ocasión de ejecutarla. Si mueren antes de vengarse, dejan á sus hijos herederos de su resentimiento como de sus bienes, y lo mejor para un hombre que ha ofendido á otro es que abandone el país por el resto de su vida. Hanme contado hace poco que un hombre de condición, después de haber permanecido veinticinco años en Indias para evitar la mala partida que quería jugarle otro á quien había ofendido, al saber la muerte de éste y hasta la de su hijo, creyó estar seguro. Volvió á Madrid, no sin tomar la precaución de cambiar de nombre para no ser conocido; pero



todo eso no le libró de que el nieto de aquel á quien había maltratado lo hiciera asesinar poco después de su vuelta, y eso que no tenía aún más que doce años.

Generalmente para esas malas acciones se hacen venir hombres de Valencia, ciudad española en la que el populacho es de lo más perdido. No hay crímenes á los que no se comprometan resueltamente por dinero. Llevan verdugillos y armas que sacan sin hacer el menor ruido. Hay dos clases de verdugillos; los unos de la longitud de un puñal pequeño, menos gruesos que una aguja gorda, de un acero muy fino, cuadrados y cortantes por los bordes. Con ellos hacen heridas mortales, porque profundizando mucho y no produciendo más que un agujero tan pequeño como el de un pinchazo de aguja, no sale sangre; apenas se puede ver el sitio en que se hizo la herida. Es imposible la cura y muere casi siempre quien recibió el pinchazo.

Los otros verdugillos son más largos y del grosor del dedo meñique, tan resistentes que los he visto atravesar de un golpe una gruesa tabla de nogal. Está prohibido en España el uso de esas armas, como lo está en Francia el uso de bayonetas. Tampoco se permite llevar ciertas pistolas pequeñas que disparan sin ruido, pero á pesar de la prohibición, las gastan muchas personas.

Hanme referido que un hombre de calidad, creyendo tener motivo para matar á un enemigo suyo, se dirigió á un bandolero de Valencia y le dió dinero para que lo asesinase. Pero á poco hizo las paces con su enemigo, y deseando proceder de buena fe, apresuróse á advertir al bandolero lo que ocurría para que tuviese buen cuidado de no matar á aquel hombre. Viendo el bandolero que ya no se le necesitaba, se brindó á devolver la suma que había recibido, pero el que se la había dado le rogó que la guardase.

—Pues bien, honrado soy—dijo—y, pues cobro su precio, he de acabar mi obramatando á ese hombre. El otro le instó lo con empeño que no hiciera, pues que se habían reconciliado.

—Lo más que puedo hacer—repuso el asesino—es permitirte elegir entre él ó vos, porque para ganar el dinero que



me disteis, necesario es que yo cumpla mi promesa matando á uno.

Por mucho que se le dijo, persistió en sus propósitos y ejecutólos al fin. Púdose fácilmente prenderle y condenarle, pero corriase, haciéndolo, mucho peligro, porque siendo muy numerosas las cuadrillas de tales bandoleros y muy grande la protección con que se ayudan unos á otros, la muerte de aquél hubiera quedado muy pronto vengada. Estos miserables llevan siempre una lista de los asesinatos y villanas acciones que han cometido, y la muestran como gala de su valor y su osadía; y cuando se les encarga un delito nuevo no dejan de lucirla, preguntando al mismo tiempo si es necesario que la víctima sufra muerte lenta ó instantánea. Estos hombres me parecen las más perniciosas criaturas del universo. En verdad, si quisiera yo referir todos los acontecimientos trágicos que á mi conocimiento llegan diariamente, fácil sería comprender que sigue siendo esta tierra teatro donde se verifican las escenas más terribles. El amor es con frecuencia la causa de todo; para castigarlo y para satisfacerlo, no hay forma que los españoles dejen de admitir ni recurso que no pongan en juego: nada vence sus atrevimientos y su ternura.

Dícese que son los celos pasión dominante, aquí, donde consideran algunos que hay menos amor, que resentimientos y afán de gloria; dícese que ningún español puede soportar en caso alguno que se dé á otro la preferencia en el asunto que solicita, y que cuanto pudiera ocasionarles una pequeña vergüenza les desespera; pero sean como fueren los sentimientos que aquí dominan, es lo cierto que aparece la nación española, en cuanto se relaciona con venganzas y amores, como un país furioso y salvaje. Las mujeres no tienen roce alguno con los hombres, pero bien saben escribirles cuando quieren dar alguna cita, desdeñando los peligros que amenazan á ellas, á sus amantes y á los mensajeros. Pero á pesar de los peligros, con ingenio y plata consiguen lo que desean y burlan al Argos más vigilante.

No se comprende cómo estos hombres, que tan fieramente acostumbran á satisfacer sus venganzas y cometen las más



viles acciones, vivan sujetos á supersticiones que son verdaderas flaquezas. Cuando han comprado la vida del enemigo que debe morir á puñaladas, ordenan que se digan misas á las almas del purgatorio, y llevan sobre su cuerpo reliquias que con frecuencia besan y siempre adoran, á las cuales encomiendan que su empresa no sucumba. No pretendo atribuir este carácter á toda la nación: puede asegurarse que también aquí existen las más honradas gentes del mundo y que los españoles tienen como nadie grandeza de alma. Voy á citar algunos ejemplos que acaso parezcan locuras, porque tiene cada cosa su lado bueno y su lado malo.

El Condestable de Castilla posee, ciertamente, más territorios que todos los señores de la corte; pero como no se ocupa de sus intereses, dejándose llevar, como la mayoría de sus iguales, por una negligencia pecadora, generalmente hállase, á pesar de su gran riqueza, sin dinero en casa. Las pensiones que le asigna el Rey por ser Decano del Consejo de Estado, Condestable de Castilla y primer Halconero, son tan considerables que bastarían para cubrir sus gastos; pero el Condestable de Castilla es tan altivo que no las admite. Dice, para razonar sus procederes, que, cuando un hombre tiene lo bastante para vivir, no debe cobrar los oficios que desempeña sirviendo á un Príncipe, juzgándose pagado y feliz con el gusto que servir le ocasiona, porque hacerse pagar como un mercenario es convertirse de servidor en esclavo.

El Duque de Arcos, antes de Avero, tiene otra tenacidad. Pretende que el Rey de Portugal ha usurpado la corona que correspondía por derecho á la casa de Avero, y por esta razón, cuando habla del Rey de Portugal, le nombra Duque de Braganza. Tiene cuarenta mil escudos de renta en Portugal, y no los disfruta porque no quiere someterse á besar la mano del Rey, cuyo imperio no reconoce, ni á rendirle homenaje. El Rey de Portugal le hizo saber que le dispensaba su servicio en la corte mientras enviara para representarle á uno de sus hijos, el mayor ó el más pequeño, como bien le pareciera, y de este modo podría pagarle sus rentas y satisfacerle sus atrasos, que formaban ya sumas inmensas. El Duque de Avero no quiere ni oír hablar de tales cosas, y

dice que, después de haber perdido la corona, sería para él muy vergonzosa la sumisión de su familia cerca del usurpador, sin más objeto que recobrar cuarenta mil escudos de renta; que los grandes males hacen olvidar los pequeños, y que más gloria sería para el Rey de Portugal rendirle á su poderío que provecho para él recobrar una renta cuantiosa; que no quería ponerse en el caso de poderse reprochar á sí mismo, por haber otorgado al usurpador honores que no le debía.

El Príncipe Stigliano tiene derecho á dar oficios y comisiones en la contratación de Sevilla por valor de 30.000 escudos anuales, y prefiere perder esta fortuna considerable á firmar de su puño y letra los documentos necesarios, diciendo que no es propio de un caballero como él tomarse la molestia de poner su nombre para poca cosa, pues los 30.000 escudos figuran repartidos en más de treinta diferentes asuntos; y cuando su secretario le presenta un nombramiento para que lo firme y que valdría 2.000 escudos, lo rechaza y alega su calidad altísima, repitiendo siempre con desprecio: *Esto es una niñería*. El Rey se deja convencer más fácilmente y aprovecha lo que rehusa el Príncipe, proveyendo la plaza y aprovechando su rendimiento.

Esto basta para indicar hasta qué punto entre los españoles domina la locura de su grandeza.

Los extranjeros acuden á Madrid con menos frecuencia que á otras capitales, y obran cuerdamente, porque cuando no hay alguien que les procure un hospedaje en casa particular, corren mucho riesgo de vivir malamente, instalados en insoportables posadas; y los españoles no se apresuran mucho á ofrecer sus aposentos á nadie, á causa de sus mujeres, de las que se muestran en extremo celosos. Yo no conozco en toda la Villa más que dos posadas, en una de las cuales cómese á la francesa; pero en cuanto están llenas de viajeros (y con frecuencia lo están, porque son bastante pequeñas), no saben qué hacer los que llegan á la Corte. Unid á esto las dificultades que se ofrecen á quien busca un carruaje algo cómodo, porque las carrozas de alquiler son escasas y, si bien las sillas abundan, es costumbre que los



hombres no se hagan conducir en ellas, á no ser que sean ya muy viejos ó se hallen enfermos.

¿Á qué vendrán los extranjeros á Madrid? Lo más bello y lo más agradable se oculta siempre aquí; refiérome principalmente á las damas, con las cuales nadie puede tener amistades ni relaciones, porque las únicas cuyo trato es fácil son mujeres tan perjudiciales y dañinas para la salud, que se necesita estar poseído por el demonio de la curiosidad para arriesgarse con ellas á satisfacer el deseo, despreciando inminentes peligros.

Á pesar de todo esto, el único goce y la sola ocupación de los españoles consiste en sostener una *afición*. Los jóvenes aristócratas que tienen dinero, empiezan desde la edad más tierna (doce ó catorce años) á tener *manceba*, es decir, una querida; y por atenderla, no sólo descuidan sus estudios, sino que se apoderan en la casa paterna de todo aquello que pueden atrapar. Estas criaturas no pasan mucho tiempo sin que sus desgracias les hagan arrepentirse de su vicioso proceder.

Es lo más deplorable que muy pocas personas, de uno y otro sexo, en este país, vense libres de tan maléfica influencia. Los niños heredan la enfermedad de sus padres ó la adquieren en el pecho de la nodriza. Una virgen pocas veces está libre de sufrir estos males, y rara vez se hace curar alguno, temiendo adquirirlo nuevamente y presto; pero sin duda en España son menos peligrosas las consecuencias, porque la mayoría de las gentes conserva hermosos cabellos y blanquísimos dientes. Háblase públicamente de tan crueles enfermedades en las habitaciones del Rey y en las casas de las más nobles y encopetadas señoras, como se habla de tercianas y jaqueca, y todos aguantan con paciencia su desdicha sin avergonzarse por ella ni un momento.

En la duda constante de que la mujer más virtuosa y el más inocente niño posean su parte de la terrible y asquerosa herencia, nadie se manda sangrar en los brazos y todos en los pies: á un niño de tres años se le sangra en un pie, y es tan general esta costumbre, que los cirujanos más inteligentes no saben hacerlo de otro modo. Hallándome yo en caso



de sangrarme, tuve que valerme de un criado del Embajador de Francia para que me sangrara en el brazo. Es fácil, por desgracia, comprobar cuanto acabo de decir, y es fácil juzgar cuál debe ser el regalo de boda ofrecido por un español á su adorada. Al casarse, nadie abandona su manceba, por muy dañosa que sea; y cada vez que estas mancebas se mandan sangrar, su amante les regala un traje nuevo completo; y es necesario advertir que ellas usan nueve ó diez vestidos, uno sobre otro; de manera que no es barato el regalo de la sangría.

El Marqués de Eliche, enterándose de que su manceba se había sangrado, y no pudiendo esperar á que tuviera los vestidos concluidos el sastre, mandóle un traje que acababan de traer á la Marquesa su esposa, mujer muy bella, hasta el punto de que, reconociéndolo el Marqués, dice que sería el más dichoso de los hombres si encontrase una querida tan agradable como su propia mujer.

Los grandes señores, que regresan muy ricos de sus gobiernos, adonde van la mayor parte muy pobres, y en los que se apoderan de cuanto á su alcance se halla, pensando que sólo han de durar por espacio de cinco años las ocasiones: no emplean, á su regreso, en tierras la mal cobrada fortuna, sino que la guardan en cofres, y mientras dura, la derrochan alegremente, porque tendrían en poco pasar el día ocupándose de cosas que hiciesen productivo aquel dinero. De esta manera, es difícil que los más grandes tesoros no se agoten; pero el porvenir nada inquieta jamás á estos caballeros, que constantemente confían en algún virreinato futuro, y si no, en algún otro empleo que restablezca de una vez la fortuna más disipada. Preciso es convenir en que la posición del Rey de España es la más ventajosa para satisfacer estas ambiciones de sus vasallos y recompensar sus servicios. Muchos cortesanos ocupan lugares honrados en otro tiempo por hombres que fueron en su siglo los más famosos.

La diferencia es notable entre los extinguidos soberanos y los españoles que ahora gobiernan en sus territorios; pero es mucho menor cuando se trata del noble nacimiento que cuando se comparan honrados méritos, porque las casas de



los grandes señoríos son muy ilustres en la historia. Vense muchos caballeros descendientes de los Reyes de Castilla, de Navarra, de Aragón y Portugal, lo cual no impide que muchos (aunque hay excepciones) desmientan la virtud de sus antecesores; pero esto no extraña, sabiendo de qué modo se educan ahora los más ilustres personajes. Nada estudian y nadie les ofrece hábiles preceptores. Cuando menos, deberían aprender algo que con su calidad se relaciona: las matemáticas, el empleo de las armas y el dominio sobre los caballos. Ni se piensa en eso: no hay aquí maestros ni academias que traten de tales cosas.

Los jóvenes pasan el tiempo que deberían emplear instruyéndose, sumidos en una ociosidad lastimosa, ya en el paseo, ya enamorando á las damas. Y, á pesar de tanto abandono, están convencidos de que no hay en el mundo gentes más dignas que ellos de la admiración pública. Suponen que Madrid es el centro de la gloria, de las ciencias y de los placeres, y al morir desean á sus hijos el Paraíso de Madrid, colocando esta corte muy por encima del paraíso: tan satisfechos viven en ella. Estas ridículas afirmaciones les impiden ir á otras cortes en busca de la nueva educación que aquí no existe y es desconocida por completo, y les obligan á volver á Madrid apresuradamente cuando algún servicio, de aquí les aparta; sea cual fuese su rango, los honores que reciban y las riquezas que se les proporcionen. El amor á lo suyo y la prevención contra todo lo demás, tienen sobre los españoles tal imperio que renuncian á todo, prefiriendo arrastrar una vida oscura y sin objeto ni distinciones, mientras en Madrid sea.

Es muy poco frecuente que un padre haga viajar á sus hijos; no los aparta de su lado, pero les deja tomar las costumbres que más les agradan, y es natural suponer que no siempre usan éstos las mejores, pues en la primera edad juvenil sólo preocupa el afán de conseguir el goce de toda clase de placeres. Los jóvenes caen pronto en el libertinaje, atraídos unos por otros, y lo que debiera ser castigado severamente, se tolera, porque los de superiores jerarquías dan el ejemplo. Añadid á esto que se les casa, como quien dice,



al salir de la cuna. Á los diez y seis años instálase un caballero en su casa con una esposa que no dejó de ser niña, lo cual hace que el joven marido aprenda menos de lo que debería saber y se vuelva más libertino, teniendo toda clase de facilidades á mano, porque nadie le refrena ni tacha su conducta; de modo que, mientras no hace cosas peores, pasa su vida en un rincón de su hogar, desocupado y entumecido como un viejo caduco; y porque este noble holgazán es hijo de una familia ilustre, más adelante, cuando le haga falta, será escogido para gobernar pueblos, que sufren las consecuencias de su ignorancia imperdonable. Y es todavía peor que tal hombre se crea—como siempre sucede—un gran personaje, capaz de regir los destinos del mundo, y gobierne con su propia suficiencia, sin tomar de nadie consejo; así lo hace todo mal y de mala manera. Su esposa no suele tener mucha más habilidad ni mayor talento; una vanidad insoportable, que complacida ostenta, será su mérito más relevante, y con frecuencia muchas gentes, capaces de pensar con acuerdo y de sentir bien, veránse con resignación sometidas á este par de animales que se les dan por superiores.

Pero es preciso conceder al César lo que es del César. Es preciso convenir en que, si algún español recibe una buena educación y viaja, conociendo el mundo, aprovecha mejor que ningún extranjero sus estudios y sus observaciones. La naturaleza no fué con ellos tan avara, como son ellos disipadores de las ventajas que disfrutan. Aparecen, por su ignorancia, necios, entre gentes que tienen menos inteligencia, pero más instrucción: su ingenio y su frescura son admirables; hablan y expresan cuanto quieren con suma facilidad; tienen mucha memoria, y escriben de manera clara y concisa, y comprenden cuanto se les dice, de pronto y sin dificultades. Tienen facilidad para el estudio y conocen la política por instinto; cuando fuerza mayor les obliga, son, además de sobrios, laboriosos.

Entre los españoles, fácil es descubrir honrosas condiciones: generosidad, amistad franca, bravura, secreto; en una palabra, los exquisitos sentimientos del alma que dan carácter al perfecto caballero. Creo, después de cuanto acabo de



indicar, que á cualquiera inspirará simpatía más bien que repulsión la manera de ser de los españoles, y, por mi parte, afirmo que me agradan sus condiciones, mal comprendidas por los muchos que las denigran sin haberlas estudiado profundamente. Creo, pues, que hay aquí algo bueno y algo malo, como en todas partes.

Todo son fiestas y regocijos desde que llegó el Marqués de los Balzanes trayendo—á 13 de Julio—resueltas las negociaciones que permiten casar á la Princesa de Orleans con el Rey de España, el cual ha esperado con tal impaciencia la noticia, que á todas horas preguntaba si se veía venir á lo lejos el correo portador de su deseada felicidad; y tan pronto como tuvo conocimiento de la respuesta concreta, fué á oír el *Tedéum* á Nuestra Señora de Atocha. Como las damas no asisten á esa ceremonia, conténtanse con estar en los balcones muy engalanadas; yo también me asomé y creí ahogarme con el mucho polvo que levantaban los carruajes. Iba el Rey en su carroza y llevaba poca servidumbre de acompañamiento: unos veinte alabarderos, vestidos de amarillo con las calzas atacadas como las de los pajes, le rodeaban; y seguíanle tantas carrozas, conduciendo á personajes de la corte, que no me fué posible contarlas.

La plebe, diseminada por todas partes, hasta en los aleros de los tejados, gritaba constantemente: *Viva el Rey, Dios le bendiga*; y otros añadían: *Viva la Reina nuestra señora*.

En todas las casas particulares y en todas las calles del tránsito habíanse colocado mesas dispuestas para comer. Cada espectador ó curioso tenía una cebolla, una cebolleta ó un ajo en la mano, con cuyos olores perfumaban el aire que respirábamos, y se hacía un derroche de agua para beber á la salud de Sus Majestades. Aunque ya lo he dicho, no me parece demás repetirlo: no hay gentes en todo el mundo tan sobrias como las de aquí, particularmente para el vino, y profesan tal horror á los intemperantes en este punto, que anulan, en sus leyes, la declaración de un testigo cuando se prueba que aquel hombre se ha embriagado alguna vez, y se le rechaza, después de reprimir su conducta en pleno tribu-



nal. Cuando alguno insulta llamando á otro *borracho*, esta injuria se venga con el asesinato.

Al anochecer del día en cuya mañana el Rey fué á Nuestra Señora de Atocha iluminamos todos los balcones y ventanas con hachas de viento, que son algo más largas que las empleadas en París para alumbrar á las carrozas, pero también son bastantes más caras, pues hay que traer la cera de otros países y se consume mucha en España. Cuando se hacen iluminaciones no se contenta nadie con poner cuatro ó seis hachas: colócanse dos en cada balcón y dos en cada ventana, desde el piso bajo hasta la buhardillas, de modo que algunos caserones de familias acomodadas necesitan 400 ó 500 hachas. Disparáronse muchos cohetes en varias calles, y luego fuimos al palacio para ver la mascarada que se disponían á formar 150 caballeros. Yo no sé por qué se llama de tal modo una diversión donde no aparecen disfraces. Escógese con frecuencia una noche oscura, y los señores de la corte montan sobre sus más hermosos caballos, que llevan cubiertos con gasas de plata y mantas bordadas de oro y perlas. Los caballeros visten de negro y llevan mangas de raso de color bordadas con seda y azabaches; sobre la cabeza sombrerillos con el ala prendida por un botón de diamantes y plumas á un lado, bandas magnificas cruzando el pecho y mucha pedrerería; sobre todo esto un manto negro y la fea golilla que los desfigura siempre. Montan en sus caballos como los turcos y los moros, es decir, á la gineta, con los estribos tan cortos y llevando las piernas encogidas y aplicadas sobre los lomos del caballo. Yo no puedo acostumbrar mis ojos á ver esas pósturas, que son aquí admitida moda, y que algunos explican diciendo que de tal modo colocados disponen de más fuerza cuando tratan de asestar un golpe, pudiendo además incorporarse y abalanzarse hacia el enemigo con quien luchan y al que atacan.

Pero volvamos á la mascarada. Reuniéronse todos los que debían formar parte de ella en un lugar previamente determinado, escogido, como es costumbre, no lejos de las puertas de la Villa. Las calles por donde habían de pasar estaban cubiertas con arena, y habíanse puesto á uno y otro lado



mástiles con manojos de teas encendidas que ayudaban á iluminar, uniendo sus resplandores á los de las hachas de cera blanca. Pusieronse además farolitos de colores en las ventanas de muchas casas. Ciertamente, unidas unas y otras cosas á la gran animación que reinaba, componían un espectáculo agradable. Seguían á cada caballero numerosos lacayos vestidos de telas bordadas con oro y plata, sosteniendo hachas encendidas. Los caballeros iban de cuatro en cuatro, empuñando cada cual su hacha, y atravesaban así la villa entre los toques de las trompetas y tambores, pífanos y gaitas. Cuando llegaron al Palacio Real, que ya estaba del todo iluminado y el patio de armas cubierto de arena, diéron varias vueltas alrededor, lanzando al trote sus caballos y entrecruzándose al marchar en diversas direcciones, deseoso cada cual de aumentar dificultades que lucieran su gallardía y dierran con sus contrincantes en el suelo.

El Príncipe Alejandro de Parma cayó en estos ejercicios, y como está excesivamente obeso, al dar en tierra su voluminosa humanidad hizo tanto ruido como si de una respetable altura cayera enorme peñasco. Costóles grandes trabajos á los que debían llevarsele conseguir su propósito, pues el magullado Príncipe se dolía mucho y no podía valerse casi nada. En esta fiesta vi á muchos caballeros lucir sus enormes anteojos, y entre todos fijó mi atención el Marqués de Astorga, que no los lleva sólo por darse aires graves; el Marqués cuenta ya muchos años y tiene la vista muy cansada; pero ni su ancianidad ni su ceguera pueden amenguar un momento su galantería. Será mayordomo mayor de la joven Reina y es grande de España.

A propósito de grandes de España, D. Fernando de Toledo me refirió el otro día una cosa bastante particular. Su suegro, que se titula Marqués de Palacios, gasta sumas considerables por ser uno de los galanes de profesión de las damas de palacio, lugar que sólo se obtiene á fuerza de ingenio, de magnificencia y fortuna. El carácter de tales caballeros ha de distinguirse por su delicadeza, por su elevación de conceptos y sus escogidas formas. Es necesario saber escribir en verso y en prosa, y hacerlo de modo que sus obras



tengan mérito y distinción; es indispensable hablar y moverse dentro de la sociedad galante de palacio de otro modo que en los salones de la villa. Pues bien: cierto día, en una fiesta oficial, por mandato del Rey vióse precisado á tomar parte activa el Marqués de Palacios, no disponiendo en aquella ocasión ni de un puñado miserable de reales. El Marqués tiene muchas posesiones y señoríos importantes, y ocurriósele la idea de visitar algunos, haciendo saber á sus vasallos que todos aquellos que desearan títulos de grandeza se avistaran con él. No hubo jueces, ni labradores, ni comerciantes acomodados que dejasen de sentirse atraídos por aquel cebo. El Marqués trató la cuestión con cada uno particularmente, y á cada uno le sacó lo más posible, después de lo cual, recibiólos á todos, mandándoles cubrir la cabeza, como hacen los Reyes cuando nombran á un grande, y luego les dió patentes para que pudieran justificar sus derechos en debida forma. Este procedimiento le resultó en el primer señorío tan á su gusto, que necio se creyera si no lo aplicara desde luego á todos los demás. En todos encontró facilidades para obtener dinero á cambio de títulos de grandeza, y así fué reuniendo una considerable suma, que le permitió hacer cuantiosos gastos en la corte. Pero como á nadie le faltan rabiosos enemigos, el Marqués tuvo algunos que, valiéndose de aquella ingeniosa invención, quisieron proporcionarle un disgusto con el Rey. Afortunadamente, supo justificarse con gracia, y el asunto se tomó como una broma.

Este Marqués nos visita con frecuencia, y como ha pertenecido á la vieja corte, sabe muchas cosas interesantes, y á veces me cuenta sucesos entretenidos. Ayer me decía que un famoso astrólogo, hallándose un día con el Rey en la terraza de palacio, vióse precisado á contestar á esta pregunta que le hizo el Soberano:—¿Á qué altura estamos en este sitio? El astrólogo miró al cielo y dijo una cifra. Luego el Rey dió secretas órdenes para que con sigilo se levantara el suelo de la terraza tres ó cuatro dedos, y toda la noche fué necesaria para dejar concluída la faena, y á la mañana siguiente llamó el Rey al astrólogo y, llevándole á la terraza, le dijo:—Hablando yo anoche de lo que vos me dijisteis por



la tarde cuando estuvimos aquí, me aseguraron que os engañabais. Y el astrólogo contestó:—Señor, me atrevo á pensar que dije lo cierto. Á lo cual replicó el Rey:—Pensadlo bien, y si estáis convencido, luego nos burlaremos de los que contradicen vuestras afirmaciones, creyéndose más hábiles que vos. El astrólogo empezó nuevamente á observar, y el Rey, viéndole preocupado, preocupóse también. Al cabo de unos momentos, el astrólogo dijo:—Señor, lo que ayer afirmé cierto era; pero no es menos cierto que ahora resulta falso, porque ó la terraza se levantó esta noche, ó el cielo ha bajado. El Rey sonrió y refirióle la verdad, con lo cual uno y otro quedaron satisfechos.

El servició del Rey está directamente presidido por tres personajes, que se llaman: el mayordomo mayor, el sumiller y el primer montero. Aquél ordena los asuntos del palacio, el otro guarda la cámara real y el último tiene á su cargo los oficios necesarios cuando el Rey sale.

Los empleos de gentilhombre son inferiores á éstos. Cada gentilhombre lleva, para dar á conocer su jerarquía, una llave de oro colgada de la cintura. Estas llaves pueden ser de tres maneras distintas: una distingue al gentilhombre de cámara, otra la lleva el gentilhombre sin ejercicio, pero que tiene derecho á entrar en la cámara real, y la tercera, que se llama *llave capona*, distingue á los que sólo pueden llegar á la antecámara. Es muy crecido el número de gentilhombrs que tiene á sus órdenes el Rey. Cuarenta con ejercicio le sirven, turnando un día cada uno, y son casi todos grandes de España. Los mayordomos tienen los mismos privilegios para entrar en la cámara real que los gentilhombrs; personas de la más encopetada nobleza desempeñan estos empleos, en su mayoría concedidos á los hijos segundos de los grandes. Hacen el servicio por semanas, y cuando el mayordomo mayor se ausenta, desempeñan también las funciones de éste; sirven además de introductores á los Ministros extranjeros cuando éstos van á la audiencia del Rey. Generalmente hay ocho mayordomos; algunas veces el número es mayor, pero nunca más pequeño.

El Rey tiene para su custodia tres compañías enteramen-



te distintas. El Marqués de Falces capitanea la guardia flamenca ó borgoñona, que se compone de cien alabarderos que reciben el nombre de arqueros del Rey y á los cuales podría llamárseles guardias de corps. La guardia alemana está compuesta por el mismo número de hombres, á las órdenes de D. Pedro de Aragón. La guardia española constitúyenla también cien alabarderos que reconocen por jefe al Conde de los Arcos, que al mismo tiempo es capitán de otra compañía española formada por cien soldados que se nombran guardias de la *Lancilla*, la cual sólo aparece cuando se verifican grandes ceremonias y en el entierro de alguna persona real.

Los negocios de la Corona rígelos un primer ministro á quien llaman el privado y que tiene á su servicio un secretario de Estado, cuyo despacho está en el palacio real y por cuyas manos pasan todos los asuntos que directamente llegan á las del Rey ó á las del primer ministro; como además despacha los asuntos que propone con frecuencia el Rey, llámanle *secretario del despacho universal*.

El Consejo de Estado y otros varios Consejos examinan los negocios y el Rey ó el primer ministro deciden en seguida. Hay muchos Consejos. Incluyo á continuación una lista de los nombres que figuran en el Consejo de Estado.

El Condestable de Castilla, de la casa de Velasco, lo preside.

El Duque de Alba.

El Duque de Medinaceli.

D. Pedro de Aragón.

El Almirante de Castilla.

El Marqués de Astorga.

El Príncipe Stigliano.

El Duque de Osuna.

El Conde de Chinchón.

D. Vicente Gonzaga, Príncipe de Guartalla.

D. Luis Portocarrero, Cardenal Arzobispo de Toledo.

El Marqués de Liche.

El Marqués de los Balzanes.

D. Diego Sarmiento.



D. Melchor Navarro.

El Marqués de Los Vélez,

El Marqués de Mánçera.

El Duque de Alburquerque.

Además de este Consejo, que es el principal, existen el de la Inquisición, el de la Guerra, el de las Órdenes de Aragón, el de Indias, el de Italia, el de Hacienda, el de la Santa Cruzada y el de Flandes; habiendo además Cámaras de Castilla, de los Alcaldes de Corte, de la Contaduría, del Apósito, de los Bosques Reales, de Los Millones y de Competencias, en todas las cuales, como en los Consejos, las asignaciones y las ganancias no son pequeñas. Por ejemplo: en el Consejo de Indias, los Consejeros se reservan de 18 á 20.000 escudos de renta para pagarse los empleos que desempeñan. Y, á propósito de empleos, dicen que no se venden aquí, al menos en apariencia no se venden, pues todo se concede al mérito y á la nobleza; sin embargo, se hacen ocultamente regalos de gran consideración para conseguir estos ó los otros puestos, y nadie ignora que, para lograr un virreinato, algunos dieron hasta 5.000 doblones de oro, y á veces más. Lo que se llama en otras partes *comprar*, en Madrid se dice hacer un *regalo*; la diferencia consiste en que, cuando se ha comprado un gobierno, un destino cualquiera, puede, quien lo adquirió, legarlo á sus hijos como una herencia, por derecho natural ó contando con la venia del Príncipe. No sucede otro tanto en España, donde los empleos duran solamente de tres á cinco años, á quien por tales ó cuales medios los consiguió. Y como estos empleos con frecuencia se pagan caros, es natural suponer que, quien adelantó su fortuna para lograrlos y sabe que durante corto espacio puede poseerlos, quiera prontamente con sus ganancias hacer suyos el capital que dió y el interés que pensaba sacarle. El pueblo sufre mucho con este sistema, encontrándose á cada momento con un Virrey nuevo y con nuevos gobernadores que, habiendo agotado su fortuna y á veces comprometido la de sus amigos para ofrecer un *regalo* que les proporcionara el empleo, llegan hambrientos y deseosos de enriquecerse en corto plazo, robando á manos llenas



mientras el pueblo desventurado sufre, calla y se resigna. Mayores todavía son los abusos en Indias, donde el oro abunda y la distancia que los aparta del Rey hace más atrevidos á los que debieran representar su justicia. De las Indias traen cuantos allí fueron destinados con cargos públicos, enormes capitales, y hasta los religiosos que van á predicar el Evangelio suelen volver acompañados de 40 ó 50.000 escudos recogidos en tres ó cuatro años; de modo que, á pesar de su voto de pobreza, encontrando maneras fáciles para enriquecerse, durante lo que de vida les resta gozan los frutos más positivos de su misión.

Las órdenes monásticas tienen otro recurso que con frecuencia da buen resultado, y consiste, cuando algún religioso es hijo único y su padre tiene hacienda, en persuadir á éste para que la deje al monasterio en que su hijo vive, á cambio de plegarias que aseguren su salvación en otro mundo. De manera que, por estos y otros medios, muchos frailes disponen de 2.000 escudos de renta. Esta riqueza en un país donde pocas veces domina el criterio á la pasión, es contraproducente, pues muchos religiosos, lejos de santificarse, abusan mucho haciendo los peores usos que hacer pudieran con aquel dinero tan fácilmente adquirido.

Cada dos años, tráense de Indias más de 50 millones de escudos, sin que ni la cuarta parte llegue á las arcas reales. Estos tesoros se distribuyen por toda Europa; los franceses, los ingleses, los holandeses y los genoveses los recogen casi por completo. Parece poco acertada la política de los españoles, quienes hacen del oro un comercio que sólo aprovechan las naciones enemigas, pero la pereza natural en este país no permite á los hombres trabajar asiduamente, disponiendo manufacturas y fábricas, y les obliga para todo á recurrir á los que pueden facilitarles objetos producidos por las industrias de otros países.

Los extranjeros no van á Indias, y para sus comercios válense de los españoles, cuya fidelidad es notoria y extraordinaria; así, aun cuando el Rey se lo propusiera, no lograría impedir que los extranjeros reciban sus encargos, porque los españoles á quienes confían sus intereses, antes



consintieran en perder los propios que los á su confianza entregados. Es cosa muy singular, cuando la flota entra en aguas de Cádiz, ver que algunas gentes hacen profesión pública de un fraude, ofreciéndose á entrar las mercancías ó el oro sin pagar derechos de Rey. Sostienen su negocio como un banquero su banca y reciben el nombre de *metedores*. Por muy canallas que parezcan, mientras defraudan los intereses del Rey cuidan sobremanera los de los particulares que á sus astucias recurren, y con los cuales hacen un contrato, por el cual, mediando una cierta suma, les garantizan todo el dinero en la ciudad á que han de llevarlo. Este comercio es tan seguro, que ningún *metedor* falta jamás á su palabra. Podrían ser castigadas tales gentes por defraudadores de las rentas del Rey, pero esto traería graves trastornos al comercio, que así se facilita, y de otro modo tropezaría con graves inconvenientes; de manera que ni el Gobierno ni los Jueces quieren darse por entendidos ni se proponen una sola vez refrenar estos abusos. Habría, sin embargo, un remedio aplicable para impedir que perdiera el Rey tanto como ahora pierde, pues rebajando los derechos de la Corona, que son excesivos, lo que se ofrece á los *metedores* pagaría-se á la *contratación*, porque los comerciantes prefieren con igual ganancia negociar sin fraude que les arriesgue, temiendo siempre que por justicia les hagan pagar en un solo viaje lo que ganaron en diez. Pero en España las autoridades, como el pueblo, quiérenlo todo ó nada y con frecuencia se quedan sin nada.

En Madrid no hay que buscar ladrones mayores que los representantes de la justicia, que se apropian impunemente los derechos del Rey y le roban de tal manera que no es extraño que con frecuencia carezca en absoluto de dinero. No se contentan con apoderarse de cuanto al Soberano corresponde; también saquean al pueblo, y aun cuando las leyes del país son muy severas y muy justas, nadie lo nota ni tiene que lamentarlo, cayendo bajo su peso, porque los encargados de aplicarlas no son los últimos en corromperlas. Dándole algún dinero á un alcalde ó á un alguacil se consigue prender á la persona más inocente del mundo, y si más contra ella se



desea, verásela encerrada en oscuro calabozo, donde morirá de hambre, sin que hayan precedido judiciales diligencias, ni órdenes, ni decretos. Y cuando el atropellado recobra la libertad, es inútil que recurra contra el indigno servidor de la justicia, pues tales gentes, que se defienden bien en todas partes, aquí son invencibles, porque los buenos jueces andan muy escasos y los malos mutuamente se auxilian.

Los ladrones, los asesinos, los envenenadores y las personas capaces de cometer los más horrorosos crímenes viven en Madrid tranquilamente, mientras no posean haciendas, porque ya en este caso no faltará quien para quitárselas les inquiete.

No se consuma la pena de muerte más que dos ó tres veces al año. Los españoles resistense á condenar á un criminal quitándole la vida, porque, dicen, al fin y al cabo es un compatriota y un súbdito de su mismo Rey. Por esto generalmente los presos acaban en las minas ó en galeras; pero cuando algún miserable ha de morir para satisfacer á la justicia, paséanle primero por las calles montado en un asno, dando cara á la parte trasera del animal, y vestido de negro. Al subir al patíbulo permítesele que arengue al pueblo, que le oye de rodillas, deshecho en lágrimas y dándose fuertes golpes en el pecho. Cuando acaba de hablar, el verdugo le ahorca, y como estos casos de justicia son raros aquí, producen muy honda impresión.

Por muy poderosos que sean los magnates, por mucho que sea su orgullo y muy grande su presunción, obedecen las menores órdenes del Rey con una exactitud y un respeto incomparables. Á la primera indicación se ausentan ó vuelven, y vanse á las prisiones ó al destierro sin pronunciar una queja. Sería imposible hallar sumisión y obediencia más perfecta ni amores más grandes que los que profesan los españoles á su Rey, cuyo nombre se considera sagrado hasta el punto de que, para convencer al pueblo de lo que más le contraría, basta decir: el Rey lo quiere; y en nombre del Rey se agobia con impuestos inverosímiles á los pobres habitantes de las dos Castillas. No sucede otro tanto en las demás provincias y reinos, donde se lisonjean de independientes,



diciendo que son libres y sólo pagan lo que bien les parece.

Ya he indicado que se sigue con minuciosa exactitud en todo la política de Carlos V, sin tener en cuenta que los sucesos cambian con los tiempos y siempre son distintos, aunque parezcan semejantes, aunque se vean rodeados por las mismas circunstancias; así, lo que podía fácilmente lograrse mientras corrían los años florecientes de un venturoso reinado, ni se debiera intentar cuando las desdichas aminoran su fortuna. Pero la vanidad instintiva de los españoles no les permite ver su decadencia, y creyéndose iguales, porque su espíritu les engaña, olvidan los de ahora que sus abuelos valieron mucho más; y no es necesario haberlos conocido para poder afirmarlo.

Dejando aparte reflexiones, acaso demasiado serias para hechas por mí, diré que se nota en Madrid general y expansivo regocijo cada vez que llegan los tesoros aportados por la flota de Indias. Como aquí nadie se afana por atesorar, este oro abundante, y que se cobra sin esfuerzo ni trabajo, extiéndese por todo el mundo, y esos enormes caudales que tanto representan, distribúyense locamente y se agotan en seguida. Los altos personajes que reciben sumas considerables, entonces llaman á sus acreedores y les pagan, con una profusión que, sin engaño, tiene mucho de noble y generosa; no se observa en país alguno la extremada liberalidad que aquí es natural y corriente, como lo es también la paciencia, digna, por todos estilos, de admiración. Los españoles han resistido asedios y bloqueos muy largos y penosos, en los cuales, sufriendo las fatigas de la guerra, vivían alimentándose sólo de pan, amasado con harina basta y agua corrompida, á pesar de no haber en el mundo gentes que más aprecien el agua buena. Háselos visto expuestos á las injurias del tiempo, casi desnudos y durmiendo sobre las rocas, á pesar de lo cual, mostrábanse más altaneros y briosos que cuando les rodeaban las prosperidades y la opulencia. Su notoria sobriedad, siendo condición de su naturaleza, favorece mucho estos arrebatos y les hace sentir menos el hambre y la fatiga; por muy ricos que sean, comen poco y casi nunca pruebau el vino; la costumbre de comer sin com-



pañía sostiene su frugalidad; ni las mujeres ni los hijos les acompañan en la mesa; el marido come solo y la esposa y los hijos arréglanse como pueden sentados en el suelo, sobre un tapiz, siguiendo los usos moriscos; y como además rarísimas veces convidan á sus amigos para recrearse comiendo juntos, no tienen ocasión que favorezca ningún exceso. Por esto dicen los españoles que comen para vivir, haciendo lo contrario de otros pueblos, que viven para comer. Muchas personas razonables encuentran extremada esta constante afectación, que no consintiendo ninguna familiaridad en el trato, hace que las gentes vivan en constante ceremonia, sin gozar de la libertad, que forma uniones verdaderas y expansiona el corazón.

Su constante apartamiento les proporciona mil visiones que llaman filosofías, haciéndoles reservados, sombríos, soñadores, tristes y celosos, cuando si tuvieran otro modo de vivir serían capaces de todo, pues disponen de admirables condiciones: vivacidad, ingenio, memoria, buen gusto, juicio sereno y paciencia grande. No se necesita más para conseguir sabiduría, para perfeccionarse y ser agradable, para distinguirse y sobresalir entre todas las naciones civilizadas y cultas. Pero, lejos de aspirar á lo que tan fácilmente podrían obtener si quisieran, afectan una indolencia que llaman grandeza de alma, desprecian los negocios que proporcionan la fortuna, no se preocupan por el porvenir, y sólo se conmueven con amores ó celos que conducen más allá de lo que la prudencia permite. Una sospecha les basta para herir de muerte á una esposa ó á una manceba; su amor es siempre un amor furioso, y las mujeres encuentran sus mayores gustos en las torturas que tan monstruoso amor les proporciona.

Ellas aseguran que, aun á riesgo de sufrir grandes peligros, prefieren estos arrebatos que ver á sus amantes insensibles ante una sospecha de infidelidad; pues la desesperación es una prueba inequívoca del cariño apasionado, y ellas no son más comedidas cuando aman, de lo que se muestran sus amantes, contra los que proyectan y ejecutan venganzas, cada vez que alguno las abandona sin motivo.



De manera que las grandes pasiones acaban frecuentemente por un desenlace funesto.

No hace mucho que una señora de alto rango, estando quejosa de su amante, le citó á una casa donde otras veces habianse visto, y reprochóle su ingrata conducta. El caballero se defendía tibiamente, juzgando merecidos aquellos reproches, y la dama, convencida pronto de su razón, puso en manos del caballero un puñal y una jícara de chocolate envenenada, dejándole con libertad elegir el género de muerte que prefiriera. El caballero no se detuvo para implorar piedad; comprendió que su amada estaba resuelta y era más fuerte, sobre todo en aquel lugar donde sus criados la rodeaban, y tomando la jícara de chocolate, no dejó en ella una sola gota. Después de haberlo sorbido tranquilamente, se levantó diciendo: «Hubiera sido mejor con algo más de azúcar, porque la ponzoña lo hizo muy amargo: acordaos para cuando volváis á servir á un caballero estos brebajes.» Las convulsiones le cortaron la palabra; era un veneno muy activo y la muerte no tardó en llegar, y la dama, que adoraba locamente á su amante, no se apartó de allí hasta que su cuerpo estuvo frío.

El Embajador de Venecia, que es muy galante, estaba días atrás en su casa cuando le advirtieron que una señora tapada pretendía verle; que la tal señora cubriase de tal modo, que no era posible reconocerla, y que iba muy bien acompañada por dos escuderos y bastantes lacayos. El Embajador la hizo entrar en su sala de audiencia, y la señora le rogó que despidiera de allí á todos para quedarse con ella. Cuando estuvieron solos, descubrióse y lució su espléndida hermosura.—Yo soy de una ilustre casa, dijo, y me llamo D.<sup>na</sup> Blanca de Guzmán; he atropellado cuanto la prudencia prescribe dominada por la pasión que me inspiráis; vengo á declararos que pretendo pasar en vuestra casa esta noche. Al oír tan impúdicas expresiones, el Embajador creyó que se trataba de una bribona, capaz de comprometer un honrado nombre que no era el suyo, como lo fué de manchar su honestidad, para conseguir sus propósitos livianos; pero le contestó cumplidamente que, si bien jamás llegó á juz-



garse desgraciado por las obligaciones que le imponía el servicio de su República, en aquellos momentos hubiéralo preferido todo á ser Embajador, cuyo cargo no le permitía desgraciadamente aceptar las gloriosas dichas con que le brindaba una bellísima señora; pero no pudiendo prescindir para sus goces de las tiranías de su cargo, que tanto le honraba, no era posible que consintiese tal exceso á persona tan distinguida, porque su debilidad y su gusto pudieran acarrearle deshonorosas reclamaciones; y atendiendo á todo esto, rogaba á la señora enamorada que se retirase de aquel lugar. Al oír esto, la señora enfurecióse de tal modo que, después de cubrir de injurias y de reproches al Embajador, sacando un estilete, abalanzóse á él para herirle; pero él paró el golpe, y llamando á uno de sus criados, le dijo que diera treinta ó cuarenta escudos á la dama, la cual, reflexionando acerca de su situación y comprendiendo la generosidad de quien así la despedía, pudiendo vengar el atentado de que fué objeto, dijo que realmente había querido engañarle, que jamás había sido cosa distinta de una desgraciada envilecida, que había tomado el nombre de una dama principal con la idea de sacar mejor partido de su aventura en un momento de cruel desesperación; que los escuderos y pajes que á la puerta estaban aguardándola eran sus amantes, quienes la hubieran matado á golpes cuando saliera si nada les llevara, después de lo cual tendría ella que pagar de su bolsillo los gastos producidos por el aparato de aquella mentida ceremonia. Tanta gracia le hicieron al Embajador estas confesiones, que mandó entregar á la dama otros cuarenta escudos porque, según le dijo, teniéndose que repartir la ganancia entre tantos hombres honrados, la parte que le tocara sería muy pequeña. Animada con el buen resultado de aquella torpe aventura, fuése á repetirla con el Embajador de Francia, que no la recibió con la misma cortesía, y gracias pudieron dar la buscona y sus acompañantes cuando escaparon con el pellejo sano.

Habiéndonos parado esta mañana en la Plaza Mayor para esperar la respuesta de un criado á quien mi parienta envió con un encargo cerca de allí, he visto á una mujer que ven-



día unas rodajitas de salmón y lo pregonaba desenfrenadamente alabando mucho su frescura. Estaba verdaderamente molesta con las alabanzas que á gritos hacía de su salmón, que iba ofreciendo á todos los transeuntes, deseosa de vender su mercancía. Al fin acercóse un zapatero (y supe su oficio porque le llamaron allí el *señor zapatero*) y pidió una libra de salmón (aquí se vende por libras todo, hasta las leñas y los carbones).—No habéis recorrido el mercado, le dijo la vendedora, porque os figuráis que mi salmón está hoy barato, y cuesta un escudo cada libra. El zapatero, indignado de que así se diera públicamente por segura su pobreza, dijo en tono colérico:—En verdad, hoy desconozco el precio del pescado; si hubiese ido barato, necesitaba una libra, pero ya que como decís está caro, dadme tres. Esto diciendo, alargó la mano para soltar sus tres escudos y llevósela luego al sombrero para encajárselo hasta las cejas. (Las gentes de oficio llevan el sombrero pequeño y las personas de calidad úsanlo muy grande). Después, retorcióse las puntas del bigote y empuñando la tizona, cuya punta levantóse arrastrando el vuelo de la raída capa, tomó su compra y volvióse á su casa, mirándonos altanero como si hubiese realizado una heroicidad y fuéramos testigos de su valor, como en verdad lo fuimos de aquel incidente. Pero lo más gracioso del caso es que, á buen seguro, aquel hombre no tenía en su casa más dinero, pues gastaba en el salmón el jornal de ocho días, y aquella genialidad orgullosa daría por consecuencia que la mujer y los hijos del bravo español ayunaran una semana, después de cenar una noche abundante pescado; tal es aquí la gente. Algunos caballeros cogen unas patas de gallina y las dejan colgando de tal modo que asomen por debajo de la capa como si efectivamente llevaran una gallina, y lo que suelen llevar es hambre.

No se ve á ningún tendero que no vista de terciopelo, de raso y seda como el Rey y que no sea dueño de una descomunal tizona, que tiene colgada en la pared con el puñal y la guitarra. Estas gentes trabajan lo menos posible, porque como ya hice notar, son perezosos por naturaleza; solamente una extrema necesidad les obliga, y entonces no descansan,



afanándose hasta en los días de fiesta; pero cuando concluyen lo que les era indispensable para cobrar lo que tanto necesitan, entregan su obra y recogen su dinero, que les proporciona otra vez regalona holganza. El zapatero que tiene dos aprendices y sólo ha hecho un par de zapatos, les da un zapato á cada uno y los lleva delante como si pajes fueran; el que tiene tres, por los tres hácese acompañar; y cuando las circunstancias lo exigen, le cuesta mucho trabajo al maestro rebajarse á calzarlos con sus manos el calzado que sus manos cosieron. Cuando no hay dineros ó falta que hacer, siéntase al sol (que llaman el fuego de los españoles) con una turba de haraganes como él, y, con autoridad soberana, deciden los negocios del Estado y explican los intereses de los Príncipes. Con frecuencia estas conversaciones ocasionan disputas. Alguno de aquéllos que se considera político más hábil que los demás, pretende que sus opiniones dominen las de todos, y cada cual apoya la suya con mayor energía, resolviéndose al fin la cuestión á porrazos en una guerra sin cuartel. Estábamos, hace dos días, en casa del Embajador de Dinamarca, cuando llevaron á un infeliz que había sido gravemente magullado. Era un frutero, el cual afirmaba que el Gran Señor obraría con poquísima cordura si no mandaba estrangular á su hermano; y esto, llegando á oídos de un partidario del joven Príncipe, después de discutirlo acaloradamente, decidióse necesario ventilar el asunto á fuerza de fuerza, golpeándose los dos contrincantes hasta no poder más. Considero necesario advertir que todas esas gentes hablan de los negocios políticos dando á entender que no los ignoran, y discurren con oportunidad apoyando lo que afirman con buenas razones.

Hay en la villa varias casas que son como academias, adonde muchas personas van á reunirse, ya para jugar ó para entretenerse hablando. Los que juegan hácenlo muy honradamente, y cualquiera cantidad que se apunte bajo palabra y se pierda, págase antes de que transcurran veinticuatro horas, y no se prolonga el plazo ni se falta una sola vez. Se cruzan grandes cantidades, y no por esto aumenta el ruido ni se deja ver disgusto en el rostro del que las pierde; el que



gana paga *el barato*. Me parece que también está en Italia establecida esta costumbre, que consiste en repartir parte de las ganancias entre los que rodean al jugador, conózcalos ó no. Aquel á quien se le ofrezca *el barato* no puede rechazarlo, aunque sea cien veces más rico que quien se lo da; puede también pedirse á un jugador que gana, y nunca se niega. Por este medio viven muchas gentes, y esta costumbre me parece injusta, porque con frecuencia, el que gana, poco retira de su ganancia, y si luego vuelve á jugar y pierde, ha de rascar su bolsillo y le cuesta el dinero.

Por lo demás, cuando de uno se sabe que hizo trampas, ya puede retirarse adonde no le conozcan, pues nadie que se considere honrado querría tratarse con él, y si se le descubre su juego con las cartas en la mano, puede contentarse con que por de pronto le muelan á cuchilladas, mientras no le den con la punta, pues no es raro que alguno lo haga para castigarle más fuertemente.

Respecto á las conversaciones que se sostienen con frecuencia en las academias, donde se reúnen muchas personas ilustradas, debo decir que raras veces carecen de ingenio y gentileza. Escribense para ser leídas allí cosas muy bonitas; pero más que los versos me agradan las novelas ejemplares, en las que siempre se conserva el interés de lo verdadero, y cuyos asuntos desarróllanse fácilmente por medio de una simple y concisa narración, que ni es vulgar ni en exceso elevada, por lo cual preciso es convenir en que los españoles tienen para este género de literatura muy especiales disposiciones.

Como no me creo bastante instruída para juzgar los discursos que tratan de sublimes cuestiones, procuro conocer el criterio de los que pueden con su talento analizarlos; pero sus alabanzas me parecen exageradas y á veces inverosímiles, porque su imaginación es demasiado grande y se remonta con exceso muchas veces.

Leí días atrás un libro, en el cual, tratando de Felipe IV, el autor decía que sus virtudes fueron tantas y sus méritos tan extraordinarios, que para escribirlos todos no bastara el papel fabricado en todo el mundo, ni pluma humana era dig-



na de tratar cosas tan divinas, por lo cual sería preciso esperar que los relatara el sol, perpetuándolos con sus rayos de oro sobre la superficie de los cielos. Esto ya lo considero irse por las nubes, y á fuerza de pretender elevar á su héroe, nuestro pobre autor oscurece su gloria en un caos de tinieblas. Los libros aquí se imprimen mal, en papel agarbanzado, y se encuadernan peor, cubriéndolos generalmente con badana ó pergamino.

Diré, porque me parece cosa esencial, que la política de los españoles prefiere recompensar cien avisos falsos antes que perder la ocasión probable de recibir uno certero; ellos quieren saberlo todo, y pagan liberalmente á los que les sirven, sean quienes fueren; á veces no aguardan á que concluyan el servicio para ofrecer la recompensa, y es de notar el buen resultado que con este procedimiento han obtenido. Algunas veces son víctimas de necios engaños, pero no se cansan ni se descorazonan con la pérdida, y al fin y al cabo encuentran compensación entre todo lo que dieron y todo el provecho que sus averiguaciones les reportan. También es verdad que por escasas condiciones que se reúnan para solicitar algún favor del Rey, mientras no se ceje ni se desmaye, porfiando en el primer deseo, al fin se consigue lo que se procura. Los Ministros están persuadidos de que no es propio de la grandeza de tan poderoso Monarca negar obstinadamente una cosa que mucho no vale; por esto, aun cuando en justicia no se merezca el favor que se pretende, obtiéndose al fin cuando se pide con ciega constancia. Todos los días pueden admirarse nuevos ejemplos que corroboran esta verdad.

Todavía no he dicho que cuando llegué á esta Corte muchas damas principales me hicieron el honor de venir á visitarme, siguiendo el uso establecido cuando se trata de personas extranjeras cuyo rango y conducta se conoce, pues aquí se atiende tanto á la segunda como al primero. Cuando fui á devolverles la visita hiciéronme regalos, y en alguna casa recibí más de una docena, porque hasta los niños de cuatro años quieren ofrecer un presente. Me han enviado bonitos canastillos de coral con flores delicadamente labradas;



estos objetos se fabrican en Nápoles ó en Milán. He recibido también cajitas de ámbar guarnecidas de oro y esmaltes y llenas de bombones, muchos guantes, ligas y medias de seda; pero los guantes que aquí se llevan son cortos, como los de los caballeros, pues también las damas los abrochan sobre la muñeca; además, los dedos tienen una longitud extrema. Las medias fabricanse con *pelo*, es decir, seda cruda, y son tan cortas y tan estrechas, que muchas ni para calzar á una muñeca podrían usarse. Las ligas están hechas con unas cintas muy ligeras, muy claras, parecidas á las que usan las aldeanas en sus bodas, y llevan por uno y otro extremo puntillas de hilo de Inglaterra. Hanme regalado, además, muy bonitos vasos de tierra sigilada y otras mil cosas diversas. Si alguna vez salgo de Madrid, para regresar nuevamente al cabo de algún tiempo, entonces tendré que regalar á todas las que ahora me obsequiaron. Pero cualquier cosa las alegra y satisface: las agujas, las horquillas, las cintas de colores y sobre todo las pedrerías falsas las maravillan. Teniendo muchas joyas finas y preciosas, llevan, por capricho, algunas abominables que son propiamente pedazos de cristal grosseamente labrados y en todo semejantes á los que nuestros bohemios venden á las aldeanas que no han visto más que al cura de su pueblo y las ovejas de su rebaño. Las más aristocráticas damas adornan su cuerpo con esos vidrios que nada valen y que compran muy caros. Cuando he querido saber por qué gustan de los diamantes falsos, me han dicho que los prefieren porque su tamaño es mayor; en efecto, á veces los llevan del tamaño de un huevo. Y todas estas chucherías vienen de Francia ó de Italia, porque, como ya he dicho anteriormente, se fabrican en Madrid muy poquitas cosas.

No hay tampoco buenos pintores en esta villa, pues la mayor parte de los que aquí trabajan son flamencos, italianos ó franceses que vinieron á establecerse pensando hacer fortuna y jamás ven cumplidas sus esperanzas. La plata corre poco aquí; yo apenas la he visto, y mi parienta recibe importantes cantidades en *cuartos*, moneda de cobre que, oxidada y mugrienta como está, sale del Tesoro real, donde no los cuentan y los dan al peso, y se reciben ó envían me-



tidos en cestos de mimbre que lleva un hombre sobre las espaldas. Cuando llega el tiempo de los pagos, todos los habitantes de la casa durante ocho días no hacen otra cosa que contar cuartos. Para satisfacer una suma de 10.000 francos, rara vez se incluyen 200 escudos en plata ni en oro.

Hay aquí un considerable número de esclavos, turcos y moros, que se compran y se venden á subidos precios; algunos cuestan hasta 400 y 500 escudos. Hace algún tiempo aún hubo derecho de vida y muerte sobre los esclavos y su dueño podía matarlos libre de toda responsabilidad, como si matara un perro; pero notando que tal barbarie no armonizaba mucho con las máximas de la religión cristiana, prohibióse tan escandaloso abuso. Ahora pueden pegarles hasta romperles un hueso, muchas veces, sin que por eso á nadie se acrimine, pero son pocos los que castigando á sus esclavos usan tales extremos; y cuando un hombre libre pretende á su esclava y ella satisface sus apetitos, queda en libertad.

Por lo que á los demás criados atañe, resultaría muy arriesgado maltratarlos, porque juzgándose todos de tan limpia y linajuda estirpe como su dueño, al recibir ultrajes tratarían de vengarlos y serían capaces de matar á traición con puñal ó con ponzoñas. Hanse visto algunos ejemplos. Los que para remediar su pobreza sirven, no consienten que se insulte su mala fortuna y no renuncian al honor, que perderían aguantando palizas y ofensas que dejaran sin venganza.

Hasta los pordioseros tienen orgullo y cuando piden limosna lo hacen con tono altanero y dominante. Si se les niega lo que solicitan, debe hacerse con mucha cortesía diciendo: *Caballero, perdone usted, no tengo moneda*. Cuando se les rechaza sin tantos miramientos, ellos razonan largo espacio para probar que no merecéis las gracias que de Dios recibisteis con vuestra buena salud ó vuestra fortuna, y os atosigan y persiguen hablando indiscretamente sin dejaros en paz. Por el contrario, cuando se les habla cortésmente, al punto se retiran.

Los españoles, que por naturaleza son bondadosos, casan



á sus esclavas; pero cuando estas bodas se verifican con un esclavo, los hijos no son libres, perteneciendo al dueño de los padres; pero cuando los hijos de esclavos se casan, los frutos de su matrimonio son libres. Cuando una esclava se hace la esposa de un hombre libre, los hijos siguen la condición del padre. Estos infelices acostumbran á servir muy bien, con una sumisión y un interés que no muestran los demás criados. Casi ninguno quiere cambiar de religión.

Tengo una esclava que sólo cuenta nueve años, es más negra que el ébano y en su tierra natal sería un portento de belleza, porque su nariz es enteramente chata, sus labios extremadamente gruesos y sus dientes admirables, tanto en Europa como en África. Sólo habla en su idioma, y tiene por nombre Zaida. Nosotras la hicimos bautizar, y esta nueva cristiana tenía tal costumbre de abandonar su vestidura blanca y quedarse desnuda cada vez que la vendían, que me costó mucho trabajo impedirle que se desnudara cuando la compré; pero la otra tarde, mientras numerosas visitas llenaban nuestra casa, la señorita Zaida se nos presentó mostrando su pequeño cuerpo negro, tan libre de ropas que lo velaran como al venir á este mundo, con cuya resolución me obligó á tomar otra dolorosa, mandándola propinar una serie de azotes para que comprendiera lo intempestivo de su conducta; y uso, para que se acostumbre á ser algo razonable, un medio tan inhumano, porque no es posible convencerla con otro alguno. Los que me la vendieron aseguran que Zaida es hija de una encofetada familia; y ella, muchas veces, arrodíllase á mis pies y llora, señalando con un brazo extendido la dirección que hacia su patria conduce. Yo la enviaría con mucho gusto y me colmaría de gozo mi buena obra, si la chiquilla pudiera ser en su país cristiana; pero como esto es imposible, me decido á conservarla, sintiendo que no sepa explicar sus ideas en un idioma de los que yo conozco, porque presumo que Zaida tiene inteligencia privilegiada y agudo ingenio; sus movimientos y la expresión de sus ojos me lo acreditan. Baila danzas moriscas de tan agradable modo que nos entretiene y agrada muchísimo con ellas; viste como las mujeres del Maroc, y su traje consiste



en una saya corta que apenas forma pliegues, camisa con amplias mangas de fino hilo rayado en colores, como las que llevan las bohemias, un corpiño que no es más que un ajustador carmesí bordado de oro, cerrado al costado por hebillas y botones de plata, y un manto blanco tejido con finísima lana, muy ancho y muy largo, que le sirve para embosarse después de cubierta la cabeza con una de sus puntas. Este traje resulta muy vistoso. El cabello de Zaida, rizado como el vellón de un cordero, está cortado en varias partes, formando dibujos: óvalos á los lados, un círculo atrás y un corazón cerca de la frente. Zaida me fué vendida por 80 escudos; mi querida hija le ha entregado para que se lo cuide aquel mico que le regaló el obispo de Burgos, y el mico y Zaida parecen hechos el uno para el otro, pues mutuamente se acompañan y se comprenden á las mil maravillas.

Ha llegado un hombre al cual fueron á buscar hace algún tiempo á las montañas de Galicia donde vivía como un santo y, según algunos aseguran, haciendo milagros prodigiosos. La Marquesa de los Vélez, que ha sido aya del Rey, hallándose gravemente enferma, es quien le ha hecho venir, llamándole con mucha prisa; pero un viaje de tal naturaleza requiere mucho tiempo, y cuando el santo varón ha ido á visitarla para prestarle sus auxilios, la Marquesa de los Vélez había ya recobrado la salud con otras medicinas. Sabíase de antemano el momento de la llegada, y la Marquesa lo esperaba con afán, cuando su sobrino, D. Fernando de Toledo, que no había podido verla desde que regresó de Flandes, por causa de la enfermedad que la señora padecía, sabiendo el alivio, se propuso visitarla, y lo hizo á la hora en que el santo varón de Galicia era esperado en casa de la Marquesa. Los criados, que ya no le conocían porque don Fernando estuvo ausente muchos años, sin pararse á pensar que no hay caballeros de aquella edad y aquel porte capaces de hacer milagros, creyendo que D. Fernando de Toledo era el santo varón de Galicia, abrieron de par en par la puerta principal y tocaron una campana que diera el aviso de la llegada, siguiendo así los mandatos de la Marquesa. Todas las dueñas y las doncellas salieron á recibirle, llevan-



do cada cual un cirio encendido, y muchas arrojáronse á sus pies y no querían dejarle pasar sin conseguir antes su bendición. D. Fernando creíase loco, sin comprender tan extraño recibimiento, y dudaba si sería un sueño todo lo que veía ó una triste alucinación producida por algún encantamento; lo imaginaba todo menos la verdad, porque sin más noticias era imposible adivinarla. Hablaba, pero no le comprendieron, porque ninguna le quiso escuchar, embebecidas todas en sus adoraciones y atontadas por el ruido que todas hacían. Rozaban con sus ropas infinitos escapularios, y las que se hallaban á distancia y no podían buenamente asirse á una prenda de su traje, le arrojaban á la cabeza sus amuletos cosidos con un puñado de gruesas medallas. Las más fanáticas empezaron á cortarle pedazos de su ropa y los guardaban como reliquias. Entonces llegó D. Fernando á temer que le hicieran añicos para conservar devotamente los pedazos de su cuerpo, ya de sobra magullado, cuando apareció la Marquesa recostada en un gran sillón que sostenían cuatro lacayos, y al ver á su sobrino, y no al que aguardaba, luchando inútilmente con la tropa femenil de su servidumbre, dióle tanta risa, que no pudo contenerse y soltó el trapo á reír con más fuerza de la que pudo suponérsele cuando acababa de sufrir una enfermedad penosa; pero el caso no era para menos.

En esta corte hacen las gentes una vida muy particular y muy retirada. Por la mañana toman al levantarse agua muy fría y el chocolate; á la hora de comer siéntanse los hombres á la mesa y, como ya indiqué, las mujeres y los niños comen sobre un tapiz en el suelo; y esto no se hace por conservar etiquetas ni respetos; hácese porque la principal señora de cualquier casa no sabe sentarse en una silla, falta de costumbre, pues hay españolas que nunca se han acomodado sobre un mueble de tal naturaleza. La comida es ligera y se come poco; lo mejor que aquí se ofrece son los pichones, las gallinas y el cocido, que de veras lo considero excelente. Pero al más encopetado señor no se le sirven más que un par de pichones y un guisadillo insoportable, lleno de ajo y azafrán, luego ensalada y para postre alguna fruta. Terminada la co-



mida, todos los habitantes de la casa retíranse á sus aposentos para desnudarse y dormir, poniendo sobre los colchones pieles de vaca para sentir menos el calor cuando éste aprieta mucho. Á esa hora nadie transita por las calles, ciérranse las tiendas, el comercio se paraliza y todo aparece muerto. Á las dos en invierno y á las cuatro en verano restablécese la vida; vístense las gentes, ábranse las puertas y quien tiene medios come confituras y toma chocolate y agua helada, después de lo cual sale cada uno adonde le llaman sus obligaciones, su conveniencia ó su entretenimiento. Á las once de la noche ó á las doce retíranse á sus casas todos los que viven decorosamente; acuéstanse la mujer y el marido, y una doncella tiende sobre la cama los manteles, para que los enanos y las enanas puedan servir la cena, que suele ser tan frugal como la comida, limitándose á cualquiera ave guisada ó algún pastel que abrasa la boca por estar más relleno de pimienta que de carne. La señora bebe agua solamente y el señor no bebe mucho vino, aunque generalmente lo prueba, y terminada la cena, cada uno duerme como puede.

Los que no están casados ó hacen poco aprecio de sus mujeres, después de haberse divertido en el Prado, adonde van medio desnudos y casi tumbados en sus carrozas, en las últimas horas de la noche cenan bien y montan á caballo, haciéndose acompañar por un escudero, que va generalmente á la grupa, única manera de que su señor no le pierda pronto de vista, pues en las noches oscuras, como las calles tampoco están alumbradas y los caballos trotan aprisa, no hay otro medio posible para que amo y criado sigan en compañía. Además, libres y rodeados de tinieblas, la mayoría de los lacayos emprenden la fuga, pues no pecan de valientes. Este paseo nocturno se dedica siempre á una dama; cada caballero habla con la suya en tales horas, y no faltaría una sola vez á su cita, si en cambio le ofrecieran un imperio. Generalmente se interpone una celosía entre los amantes, pero á veces consiguen trasponer las tapias del jardín y hasta llegar á los aposentos de sus amadas. Su pasión es tan violenta, que ningún peligro parece grande cuando se afronta



para lograrla; los amantes llegan á citarse muy serenos hasta en el mismo lecho en que duerme tranquilo el esposo, y, según dicen los que tales amores me confían, se ven así durante algunos años, y no se atreven á pronunciar una sola palabra. Nunca se amó en Francia como estas gentes aman aquí; y, sin contar los cuidados, las atenciones, las delicadezas y la constancia, que muchas veces ocasiona la muerte, me admiran más que todo en los finos amores castellanos la fidelidad y el secreto. Nunca se vanagloria un caballero de haber recibido favores de una dama, y todos hablan de sus queridas con la misma consideración que si de la Reina se ocuparan. Así, las damas no desean agradar á otro que á su amante, porque de su amante reciben cuanto amor y cuanto respeto pudieran apetecer. Una mujer sólo vive para el hombre á quien ama, y aun cuando solo de noche le ve, durante todo el día busca ocasiones de consagrar á su recuerdo muchas horas, recibéndole unas veces y otras hablando de sus amores con alguna fiel amiga que conoce su secreto; en alguna ocasión, acechando constantemente detrás de la celosía para verle pasar. En una palabra, después de lo que averiguo respecto á los amores de los españoles, me veré obligada por completo á suponer que nació el amor en España.

Mientras los caballeros, en compañía de sus amadas, gozan las ocasiones que la oscuridad les ofrece, los lacayos guardan los caballos á bastante distancia de la casa. Pero con frecuencia ocurre una desagradable aventura; pues careciendo casi todas las casas, de lugar á propósito para verter inmundicias y basuras, á cierta hora de la noche los vecinos arrojan por las ventanas de sus habitaciones aquello que no me atrevería yo á nombrar aquí. De manera que un enamorado español, deslizándose por una calle sin hacer ningún ruido, después de abandonar su caballo, siéntese inundado algunas veces de pies á cabeza, y aun cuando le acompañen riquísimos perfumes, el que á última hora sobre su cuerpo se derrama se hace sentir más que todos, y le obliga, mal que le pese, á volver á su casa, mudarse toda la ropa y salir de nuevo, á riesgo de llegar tarde á su cita.

Cuando mueren un caballo, un perro, una gallina, ó cual-



quier animal, se le deja en medio de la calle para que allí se pudra. ¡Y esto se hace para evitar que la peste llegue á Madrid!

Además de los medios referidos, por los cuales pueden los caballeros acercarse á sus amadas, empléanse otros varios, pues visitándose las damas con gran frecuencia, no es difícil para ellas cubrirse con un manto y salir como si á visitas fueran para entrar donde su amante las aguarda. Esto es tanto más fácil de hacer cuanto que las mujeres guardan el secreto de sus amigas, aun después de reñir con ellas, y aun cuando lleguen á odiarlas, jamás abren la boca para descubrirse ni acriminarse refiriendo sucesos que de sobra conocen; no hay alabanzas bastantes para su discreción; pero es cierto que si ésta no fuese tan grande tocaríanse resultados terribles, porque—ya lo dije anteriormente—aquí se mata por una sencillísima sospecha.

Ved cómo se hacen las visitas entre damas. Ninguna llega jamás á casa de su amiga cuando siente deseo de verla, pues la costumbre la obliga siempre á esperar que la otra le envíe un recado, diciendo que desea verla. Para salir á visitar, las damas sírvense de sillas muy grandes, que se construyen, para que pesen poco, aplicando la tela bordada de oro y plata sobre un sencillo armazón de madera. Cada silla tiene tres grandes cristales, y la cubierta de piel delgada. Entre cuatro lacayos, relevándose á trechos y sirviendo de dos en dos, cargan con la silla, y otro les acompaña para llevar el sombrero del que va delante, porque, aun cuando haga un tiempo infernal, no es admisible que un criado esté cubierto delante de su señora, la cual va encajada en la silla como una piedra preciosa en su engaste; no suele llevar toca, y si la lleva, será con riquísima puntilla negra de Inglaterra de media vara de anchura, formando puntas como los encajes antiguos, muy hermosa y muy cara. Este adorno sienta divinamente.

Una carroza conducida por cuatro mulas con tiros largos sigue pausadamente á los portadores de la silla; dentro van generalmente dos escuderos y seis pajes. Las damas no llevan consigo en tales casos á sus doncellas, y aunque se ha-



llen dos ó tres dispuestas á seguir el mismo camino, cada cual ocupa su silla, sin agregarse las unas á las otras. No hace muchos días que ví un cortejo de más de cincuenta sillas y otras tantas carrozas enfiladas que salían de casa de la señora Duquesa de Frías, dirigiéndose al palacio de los Duques de Uceda.

La dama no se apea de la silla de manos hasta llegar á la antesala de su amiga; por esta razón, para que los portadores de silla puedan subir fácilmente, constrúyense las escaleras con peldaños anchos y de altura escasa. Al apearse la señora despide á sus criados y les dice á qué hora deben volver á recogerla; esta costumbre para todos resulta cómoda, porque las visitas hácese aquí tan largas que agotan la paciencia de cualquiera.

En las habitaciones donde las damas se reúnen, jamás entran los caballeros. Ni á un marido celoso que pretendiera romper esta costumbre para cerciorarse de que su mujer no le había engañado se le darían satisfacciones ni facilidades para que por sus propios ojos llegase pronto á convencerse; los criados que guardaran la puerta, no se tomarían la molestia de contestarle si su señora estaba ó no estaba allí. Estas finas invenciones proporcionan á las damas libertades que no desaprovechan, porque no hay una sola casa de regular aspecto que carezca de un postigo trasero por donde pueden salir encubiertas sin ser conocidas. Añadid á esto que un hermano soltero viva con su hermana, un hijo mayor con su madre, un sobrino ya hombre con su tía y un tío con su sobrina, y notad cuantos medios se conciertan para favorecer amorosas entrevistas. El amor es muy perspicaz y de sobra ingenioso, y no hay obstáculo que no venzan los amantes ni medio que no aprovechen cuando se trata de satisfacer sus pasiones. Algunas intrigas ocupan la existencia de un hombre sin que proporcionen la dicha extrema, bien que para lograrla no se haya perdido momento ni recurso aprovechables. El amor todo lo aprovecha; verse una sola vez y agradarse; no se necesita otra cosa para ocupar en lo sucesivo el pensamiento y convertir la más ligera complacencia en pasión inextinguible.



Hace algunos días que, hallándome de visita en casa de la Marquesa de Alcañices—una de las más encopetadas y virtuosas mujeres de la corte—le oí decir, tratando de todas estas cosas de amor y galantería:—Os declaro que, si un caballero hablara conmigo á solas media hora y en todo ese tiempo no solicitara de mí todo aquello que su gusto pudiera desear, quedárame contra él tan vivo y hondo resentimiento, que hasta le deseara la muerte, y á serme posible se la diera.—¿Y le concederíais los favores que solicitara? interrumpió la Marquesa de Liche, joven y muy bella.—Esto no es una consecuencia de lo que yo dije, añadió la Marquesa de Alcañices, y tengo motivos para suponer que no le concedería ninguno; pero al menos, después de solicitarme, yo no tendría reproches para él, mientras que, si le viera solo en mi presencia y en exceso prudente y tranquilo, tomaría su serenidad por desprecio, pues no deseando hacerse dueño de mis gracias, probábame que no tenían éstas bastante poder para enloquecerle.

Una cosa me parece singular y hasta inconveniente cuando se trata de un reino católico, y es la tolerancia para con los hombres que públicamente sostienen y visitan á sus mancebas, excusando toda clase de tapujos y misterios; tanto más, cuando las leyes prohíben tales desacatos, pero los españoles desprecian las leyes y entréganse á sus gustos, patentizando su apasionada inclinación, y nadie les reprenda esa falta. Los más viven *amancebados* con una mujer aun cuando á otra les unan lazos matrimoniales; y con mucha frecuencia los hijos naturales edúcanse y viven con los legítimos, á ciencia y paciencia de una pobre mujer que sufre viendo tales cosas, y prudente calla. Es muy raro que los consortes riñan y más raro aún que se separen, como sucede con frecuencia en Francia. Entre las muchísimas personas que aquí he conocido, sólo de una sé que viva separada de su marido: la Princesa de la Roca; y habita en un convento. Poco molestan á la justicia los desarreglos domésticos.

Paréceme verdaderamente muy extraordinario que una señora, enamorada del caballero que le hace la corte, no sienta celos por la manceba. Mírala como una segunda mu-



jer, tan inferior á ella y destinada tal vez á tan bajos oficios, que no puede tomarla en consideración ni establecer comparaciones. De manera que suele tener un caballero: esposa, manceba y querida; esta última es generalmente persona de calidad, por ella ronda el enamorado toda la noche y por ella y por su amor arriesga mil veces la vida.

Acontece con frecuencia que una dama cubierta con espeso manto, entre cuyos unidos bordes asoma nada más el rabillo del ojo, sencillamente vestida para que nadie la reconozca y cruzando las calles y paseos á pie, acuda á una cita. La poquisima costumbre que de andar tiene y su porte distinguido, la delatan. Algún caballero repara en esto, la sigue y la requiebra; pero como á la tapada incomoda el acompañante, acércase á otro caballero que á su paso cruza, y sin darse á conocer, le dice: «Os ruego que detengáis á este importuno que me sigue; su curiosidad podría molestarme y hacer que mis deseos no se satisficieran.» Esta súplica es considerada como un mandato por cualquier gallardo español, que al oirla, dirígese resuelto al galanteador curioso y le preguntan por qué razón acompaña contra su voluntad á una señora, y al mismo tiempo le aconseja que la deje seguir su camino en paz; y si el interrogado se obstina, pronto lucen al aire las espadas y la destreza decide lo que ha de ser; sucediendo que algunas veces luchan y se matan dos hombres que no conocen el motivo que les hizo arriesgar su vida. Entretanto, la dama se adelanta y desaparece; dejándoles entretenidos en un lance, acude libre donde más le conviene y el amor la llama. Pero lo más delicioso es que puede ser el marido quien cierra el paso al nuevo pretendiente para que la mujer no halle obstáculos que le impidan llegar á los brazos de su amante.

Hace algunos días, una dama que adora febrilmente á su marido, del cual conocia incorrectos procederes, tomó un manto y fué á esperarle á un sitio por donde solía pasar; cruzóse con él y dióle ocasión de que le dirigiera frases amorosas. Al poco rato ella le tuteó (este medio emplean aquí las mujeres para dar á entender su asentimiento), y él propúsole una fácil aventura, que aceptó ella, con la sola condición de



que no se permitiría descubrirle el rostro. Prometióselo el caballero y la condujo á casa de uno de sus amigos, donde pudieron gozar sus esperanzas; y al separarse después, aseguró el marido que se consideraba el más dichoso de los hombres, pues en toda su vida no logró tan adorable fortuna; dióle además un precioso anillo y le rogó que lo guardara para recordarle alguna vez.—Yo lo guardaré cuidadosamente y volveré aquí siempre que tú quieras, contestó la esposa; pues tanto te place, me darás á mí lo que á otra darías y los dos quedaremos contentos. Al pronunciar esta palabra descubrióse, poniendo al marido infiel en grandes confusiones, pues comenzó á pensar que de la misma suerte que había preparado aquella inconcebible aventura para mover su deseo, prepararía nuevas ocasiones para engañarle cuando gustara de algún hombre; y, para vivir tranquilo desde aquel día, ordenó que dos dueñas no abandonaran á su esposa ni un momento.

Sucede también á veces que un caballero, teniendo su casa muy distante del sitio donde á su querida encuentra por casualidad inesperada y dichosa, entra sin cuidado en la primera que le agrada, sin conocer al dueño ni saber quién sea, y ruega cortésmente que le concedan espacio y ocasión para tratar de un asunto con su dama, que sólo de aquellos momentos dispone, y son tan cortos que no bastan para ir en busca de otro refugio. Con esto, el dueño de la casa cédela por completo al amante y á su querida, que puede ser en alguna ocasión la esposa bien amada del que tan condescendiente se muestra. No hay temeridad que no lleve á cabo el amor en España, ni peligro que no desafíe para gozarse apenas un cuarto de hora.

Recuerdo que una dama francesa, refiriéndose á un amante y hablando con una de sus amigas, le dijo:—Enamórale y de fijo se arruina. Esta máxima puede aplicarse aquí mejor que en parte alguna. Un enamorado no tiene nada suyo, y satisface á la menor indicación que le haga ella, no ya las necesidades y gustos de su querida, sino hasta sus más livianos caprichos cuando muestra deseo por alguna cosa. Y á pesar de tantas liberalidades, los amadores castellanos pa-



récenme bastante menos finos que los franceses; sin embargo, dicen que aman con más pasión, y su trato es, desde luego, mil veces más respetuoso, á tal extremo algunas veces, que un hombre, cualquiera que fuere su linaje, para presentar una joya ó una carta á su amada, hinca la rodilla en el suelo, y lo mismo hace cuando recibe algún objeto de manos de su querida.

Voy á decir por qué acudían tantas señoras á casa de la Duquesa de Uceda, señora amabilísima, hija del Duque de Osuna. Su marido, que pretendía al par que el Príncipe de Stigliano los favores de cierta dama, trabó con el Príncipe una disputa en la cual salieron á relucir los aceros, y noticioso el Rey de tan grave falta, les arrestó en sus propias casas, con absoluta prohibición de toda salida, consigna rigurosa que solamente se atrevan á quebrantar durante la noche para salir secretamente á sus acostumbradas aventuras galantes. Lo más raro del caso es que aunque ordinariamente la causa de estos arrestos suele ser alguna infidelidad conyugal, la pobre esposa no pone los pies en la calle ni una sola vez mientras dura el castigo impuesto á su marido, y esto mismo ocurre cuando el Rey los destierra á sus posesiones. Á propósito de esto, me han contado que la Duquesa de Osuna pasó en una ocasión más de dos años en esta especie de reclusión voluntaria, que es una costumbre aceptada por todas, pero que debe de aburrirlas excesivamente.

Á nosotras, las damas francesas, también nos toca alguna parte de estas enojosas obligaciones que la Corte impone á las españolas, pues obligación es la que tenemos de hacer frecuentes viajes á Toledo y á Aranjuez al besamanos de la Reina madre.

No quería yo salir de Madrid sin haber visto la entrada del Marqués de Villars, cosa que deseaba ardientemente. Como es uso y costumbre en este país, el Marqués hizo su entrada á caballo, posición que no deja de tener sus ventajas para los hombres apuestos y de gallarda figura, y á la cual debe un buen servicio el Embajador de Venecia, pues á la salida de su casa una falsa maniobra hizo volcar su carroza, vehículo tasado en 12.000 escudos, y el cieno, tan abundante en



las calles en tiempos de invierno, que llega á formar arroyos en los que se hundén los caballos, dejó completamente insertibles los ricos terciopelos y bordados de oro de que estaba guarnecida. No dejó de sorprenderme que una cosa tan vulgar, como son esta clase de recibimientos de nobles y Embajadores, despertare tanta curiosidad y entusiasmo en las damas de la corte, hasta el punto de que cuando uno de estos acontecimientos tenía lugar, ni una sola faltaba en los balcones luciendo sus mejores galas como si se tratara de recibir á un Rey; pero pronto caí en la cuenta de que la poca libertad de que disfrutan es la causa de que aprovechen la menor ocasión de hacer uso de ella. Estas fiestas les proporcionan lugar de entenderse con sus amantes que desde sus carrozas, que sitúan á corta distancia de los balcones donde se lucen las damas que cortejan, sostienen con ellas conversaciones mudas en las que juegan el principal papel los ojos y los dedos. La presteza y habilidad con que juegan estos últimos me produjeron cierta admiración, por parecerme asaz difícil tal manejo; pero tanto influye en ellos el hábito de usarlos, que hace dos días vi á dos niños de seis á siete años sosteniendo una animada conversación por este procedimiento, y si he de dar crédito á la traducción que de su plática me hizo D. Federico de Cardona, que como yo la presenciaba, hay que confesar que la galantería nace en este país con las criaturas.

La Marquesa de Palacios, madre de D. Fernando de Toledo, que es una de las mejores amigas de mi parienta, tiene una linda posesión llamada Igariza, situada á orillas del Jarama.

Aunque es una señora de edad avanzada, nunca se ha alejado de Madrid á mayor distancia de ocho leguas, pues es también costumbre entre estas damas creer de buena fe que no está en relación con su grandeza y magnificencia el tomarse el trabajo de visitar sus posesiones, á menos que no sean ciudades importantes, y sin duda por eso los denominan sus estados. Mucho discutí con esta dama sobre su indisculpable pereza y pude por fin decidirla á verificar un viaje en unión de su hija D.<sup>ña</sup> Mariquita, una jovencita blanca, rubia



y bastante gruesa, tres cualidades tan raras aquí en la mujer, que llama la atención la que como D.<sup>a</sup> Mariquita las posee. También fueron de la partida la joven Marquesa de la Rosa, con su esposo, que vino á caballo en compañía de D. Fernando de Toledo, D. Sancho Sarmiento y D. Esteban de Carvajal, y tampoco hubiera faltado D. Federico de Cardona á no haberle escrito el Arzobispo de Burgos noticiándole que le esperaba con urgencia.

Cuando me lo dijo, le rogué que saludará en mi nombre á la bella Marquesa de los Ríos, que se encontraba en las Huelgas, entregándole á la par una carta en la que me quejaba de su largo silencio, y le pedía que me contara sus impresiones confidencialmente. Empezamos el viaje en dos carrozas, el 16 de Agosto, á las diez de la noche, con un tiempo hermoso, pues tan excesivo era el calor en aquella época del año que se hacía punto menos que imposible viajar durante las horas del día, sin correr el riesgo de enfermar gravemente; por las noches el calor cede; las carrozas iban completamente abiertas, y las cortinas de tela de Holanda finísima guarnecidas de flecos de Inglaterra con nudos de colores, levantadas alrededor, daban paso al aire fresco.

Marchábamos con tal velocidad, que yo temblaba de miedo ante la idea de que nuestra carroza pudiera romperse, porque estaba segura de que podíamos matarnos mil veces antes de que se apercibiera el cochero. Sin duda tan excesiva velocidad sirve para indemnizarnos del reposo y la medida con que los coches se ven obligados á caminar por Madrid á causa, no sólo de la mansedumbre de las mulas, sino también del pavimento lleno de grietas y salpicado de pozas en invierno y con un polvo insoportable que cubre las calles durante el verano. Llevaba la Marquesa de Palacios un sombrerito adornado con plumas, según es uso entre las damas españolas para viajar, y la Marquesa de la Rosa estaba tan linda con su túnica corta, sus mangas estrechas y su elegante avío, que confesamos unánimemente que la encontramos *muy bizarra y muy galán*, es decir, guapa y elegante á la vez.

Me sorprendieron agradablemente tres paradas que hici-



mos durante el camino con objeto de oír tocar la guitarra á dos servidores del Marqués de la Rosa, que éste había hecho venir expresamente, y que galopaban á nuestro lado con sus guitarras colgadas á la espalda, y aunque la orquesta no era numerosa ni la música muy escogida, bastó, sin embargo, para hacernos pasar una agradabilísima velada.

Al llegar á la vista de Aranjuez á las cinco de la mañana, quedé sorprendida del hermoso panorama que se presentaba á mis ojos. Pasamos el Tajo sobre un puente de madera y entramos en seguida en las largas alamedas de álamos y tilos, cuyas altas copas forman una enramada tan espesa que no pueden atravesarla los rayos del sol, cosa bien extraordinaria en un sitio tan próximo á Madrid, cuyo terreno es en general poco á propósito para favorecer una vegetación exuberante, que sin duda obedece á su proximidad á las aguas del Tajo, las cuales humedecen constantemente sus raíces, merced á canalillos hábilmente dispuestos. Estos paseos son tan largos que en muchos no se puede ver el fin; otros varios convergen formando estrellas, y constituyen un conjunto encantador. La gente se pasea á las orillas del Tajo y del Jarama, dos famosos ríos que rodean la isla en que se asienta Aranjuez, y que, á la par que abastecen de agua, embellecen extraordinariamente, porque confieso con toda ingenuidad que no recuerdo haber visto nada más bello. Aunque la simetría de los jardines y la estrechez de muchos de los paseos no le favorecen, es, sin embargo, el conjunto tan admirable, que al penetrar en ellos creí encontrarme en un palacio encantado. La mañana fresca y agradable, los pajarillos cantando en la espesura, las aguas murmurando dulcemente al pasar, los árboles cargados de hermosos frutos, todo contribuía á causarme tan grata ilusión.

Merced á una orden de D. Juan, fuimos alojados y el alcaide nos recibió con la más exquisita cortesía, haciéndonos ver con detenimiento cuanto encierra de notable aquel sitio real, y agradáronme sobremanera las fuentes, tan abundantes que no se pasa de un salón á una terraza ó á cualquiera de los jardines sin encontrar por lo menos cinco ó seis de ellas, todas con estatuas de bronce y pilas de már-



mol. El agua de que se surten, y forma diversos juegos, procede toda del Tajo. Para dar una idea de lo que son estas fuentes, voy á describir una de ellas, llamada la fuente de Diana. Está situada sobre una eminencia que permite poderla apreciar perfectamente; en el centro se encuentra la figura de la diosa rodeada de ciervos y perros, todos provistos de su correspondiente surtidor; alrededor cree una ancha faja de mirtos hábilmente tallados y dispuestos, y á trechos asoman la cabeza entre su ramaje, amorcillos, también de mármol, que arrojan el agua contra los animales antes citados. En el centro de un gran estanque se eleva el monte Parnaso y se destacan las figuras de las Musas, el caballo Pegaso y el río Helicón, representado por un gran salto de agua; todo combinado con mil surtidores que se enlazan y serpentean sobre la superficie del estanque, formando en el aire menudísima lluvia.

La fuente de Ganimedes, que también es muy bella, vese al hermoso niño, sentado sobre el águila de Júpiter y como alarmado al notar su vuelo; el ave está en lo alto de una columna, con las alas abiertas, arrojando agua por el pico y las garras. Cerca de esta fuente se encuentra la de Marte. Es admirable la de las Arpías, donde éstas, colocadas sobre columnas de mármol muy altas, en las cuatro esquinas, arrojan agua por distintos lados y parece que se proponen inundar á un bello adolescente sentado en medio, buscando en su pie una espina. Pero la más agradable es la fuente del Amor. Este pequeño dios aparece en alto con su carcax lleno de flechas, y de cada una sale un chorro de agua. Las tres Gracias están sentadas al pie del Amor, y lo más singular es que las fuentes se derraman por cuatro grandes árboles, produciendo un ruido muy grato, y que sorprende, viniendo cómo viene el agua por tan inesperado camino.

Temería fastidiaros si me propusiese deciros el número de cascadas, saltos de agua y fuentes que vi. Puedo, en general, afirmaros que aquél es un sitio digno de la curiosidad y atención de todo el mundo. El sol empezaba á calentar demasiado á las ocho; entramos en la casa, á la cual por cierto le falta mucho para ser tan bella como debiera serlo si



hubiese de corresponder dignamente á todo lo demás. Cuando va el Rey allí, su acompañamiento está tan mal alojado que es preciso contentarse con ir á todo escape á hacerle un poco la corte, ó pasar á Toledo, pues no hay allí sino dos perversas posadas y algunas casas particulares, en muy corto número. Si no hubiésemos tomado la precaución de llevar hasta pan, estoy bien segura de que no lo hubiéramos tenido, á menos de habernos dado el suyo el alcaide. Os haré notar de paso no se confunda alcaide con alcalde. El primero significa gobernador de un castillo ó de una plaza, y el otro es un juez. Aun cuando los cuadros más hermosos están en el Escorial, no dejé de hallarlos muy buenos en Aranjuez, en el departamento del Rey, acondicionado conforme á la estación en que estamos, es decir, con las paredes blancas del todo y recubiertas en su parte inferior con una esterilla de junco muy fino, de tres pies de altura, sobre la cual lucen bonitos espejos y cuadros. En esta fábrica se encuentran varios patinillos que disminuyen su belleza. Almorzamos juntos y quisieron convencerme para que comiera de cierto fruto llamado *pimiento*, largo como un dedo y de un picor tan fuerte que á poco que se meta en la boca pónese ésta como rescoldo. Se deja encurtir mucho tiempo el pimiento en sal y vinagre para quitarle la fuerza. Este fruto se da en España, y no la he visto en los demás países donde he estado. Teníamos olla, guisado de perdiz hecho con aceite y vino de Canarias; pollas cebadas, pichones (que son excelentes aquí) y frutas de extraordinaria belleza. Una vez terminada ésta, que fué una buena comida, acostámonos para dormir la siesta y no fuimos á paseo hasta las siete de la tarde. Las bellezas de este sitio me parecieron tan nuevas como si no las hubiera visto por la mañana, en particular aquella tan encantadora situación que admirábame siempre cualquiera que fuese al lado hacia donde volviese los ojos.

El Rey está allí seguro con media docena de guardias, pues no puede llegarse sino por puentes todos ellos cerrados, y el Jarama, que aumenta en este punto con sus aguas el caudal del Tajo, fortifica á Aranjuez. Después de pasear-



nos hasta las diez de la noche, regresamos á un gran salón con piso de mármol y sostenido por columnas de la misma piedra. Lo encontramos iluminado con varias arañas, y don Esteban de Carvajal había hecho ir allí, sin decirnos nada, músicos que gratamente nos sorprendieron; á lo menos las damas españolas y mi parienta quedaron por ello muy satisfechas. En cuanto á mí, parecióme que cantaban demasiado de garganta y que sus pasajes eran tan largos que llegaban á hastiar. No es que no tuvieran bonita voz, sino que su manera de cantar no es buena, y por lo común, todo el mundo no canta en España como se hace en Francia y en Italia. Concluída la cena, fuimos al gran canal, donde había un pequeño galeón pintado y dorado. Entramos en él, donde permanecimos hasta las dos de la madrugada, hora en que salimos para tomar el camino de Toledo.

Advertí que saliendo de Aranjuez sólo hallamos brezos. El aire no deja de estar embalsamado con el perfume del tomillo y del sérpil, de que estos llanos están cubiertos. Dijéronme haber allí gran copia de conejos, ciervos, cervatos y gamos, mas no era hora para verlos. Habiéndose generalizado la conversación durante algún tiempo, estaba ya á dos leguas de Aranjuez, sin que aún hubiera hablado yo á D. Fernando, que estaba junto á mí. Pero queriendo aprovechar el tiempo para instruirme á fondo acerca de las particularidades de la temible Inquisición, sobre las cuales prometiera enterarme, le rogué me dijese alguna cosa acerca del particular.

—La Inquisición, me dijo, no fué conocida en Europa sino á principios del siglo XIII. Antes de ese tiempo, los Obispos y los magistrados seculares eran quienes andaban en persecución de los heréticos, á los cuales condenaban á destierro, á la pérdida de sus bienes ó á otras penas que casi nunca llegaban á la de muerte. Mas el gran número de herejías que surgieron hacia fines del duodécimo siglo, fueron causa del establecimiento de dicho tribunal. Los Papas enviaron religiosos á los Príncipes católicos y á los Obispos, para exhortarlos á trabajar con celo extraordinario en la extirpación de las herejías y hacer castigar á los herejes pertina-



ces, lo cual continuó de esta manera hasta el año 1250.

En 1251, Inocente IV confirió poder á los Dominicos para juzgar en esta clase de crímenes con asistencia de los Obispos. Clemente IV confirmó estos tribunales en 1265. Erijiéronse en seguida varios en Italia y en los reinos dependientes de la corona de Aragón, hasta el reinado de Fernando é Isabel, que se estableció la Inquisición en los dominios de Castilla, y luego en Portugal por el Rey Juan III, en el año de 1536.

Hasta entonces habían tenido los inquisidores un poder limitado y con frecuencia combatido por los Obispos, á quienes incumbía el conocimiento de los crímenes de herejía. Según los cánones, era contrario á las reglas de la Iglesia que los sacerdotes condenasen á muerte á los criminales, y menos por delitos que las leyes civiles castigaban muchas veces con penas menos rigurosas. Pero cediendo el derecho antiguo al nuevo derecho, los religiosos de Santo Domingo habíanse desde dos siglos atrás puesto en posesión de esta justicia extraordinaria en virtud de bulas de los Papas; y habiendo quedado enteramente excluidos los Obispos, sólo faltaba á los inquisidores la autoridad del Príncipe para la ejecución de sus fallos. Antes de que Isabel de Castilla ciñese la corona, el dominico Juan Torquemada, su confesor, que después fué cardenal, habíale arrancado la promesa de perseguir á los infieles y á los heréticos cuando tuviera poder para hacerlo. Obligó á Fernando, su marido, á obtener en 1483 bulas del Papa Sixto IV para el establecimiento de un cargo de inquisidor general en los reinos de Aragón y de Valencia, porque estos dos reinos le pertenecían á él en herencia, y es de notar que Fernando confería los cargos en sus Estados é Isabel en los suyos. Los Papas extendieron en seguida su jurisdicción sobre todos los Estados católicos, y Fernando é Isabel establecieron un Consejo supremo de la Inquisición, del que hicieron presidente á Torquemada. Forman el Consejo, además del inquisidor general, nombrado por el Rey de España y confirmado por el Papa, cinco consejeros, uno de los cuales tiene que ser dominico, según privilegio de Felipe III otorgado á esta orden en 1616; un pro-



curador fiscal, un secretario de la Cámara del Rey, dos secretarios del Consejo, un alguacil mayor, un receptor, dos relatores y dos calificadores y consultores. Los numerosos *familiares* y oficiales subalternos de la Inquisición, no siendo justiciables sino ante este tribunal, pónense por este medio á cubierto de la justicia ordinaria.

El Consejo superior tiene completa autoridad sobre las otras inquisiciones, que no pueden hacer un *auto* ó ejecución sin permiso del gran inquisidor. Las inquisiciones particulares son las de Sevilla, Toledo, Granada, Córdoba, Cuenca, Valladolid, Murcia, Llerena, Logroño, Santiago, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Mallorca, Cerdeña, Palermo, Canarias, Méjico, Cartagena y Lima.

Cada una de estas inquisiciones compónese de tres inquisidores, tres secretarios, un alguacil mayor y tres receptores, calificadores y consultores.

Todos cuantos entran en estos cargos están obligados á dar pruebas de *casa limpia*, es decir, de no tener en su familia mancha alguna de judaísmo ni de herejía, y de ser católicos de origen.

Los procedimientos de este tribunal son muy extraordinarios. Detenido un hombre, permanece en las prisiones sin saber el crimen de que se le acusa, ni los testigos que depoen contra él. No puede salir de ellas sino confesando una falta de que con frecuencia no es culpable, y que el deseo de la libertad le hace confesar, porque no se hace morir al acusado la primera vez que confiesa un delito, pero la familia queda tachada de infamia, y este primer juicio deja á las personas incapacitadas para todos los cargos.

No hay ninguna confrontación de testigos, ni medio alguno de defenderse, porque este tribunal afecta en todas las cosas un secreto inviolable. Procede contra los heréticos y particularmente contra los cristianos judaizantes y los moriscos ó mahometanos secretos, de que ha llenado á España la expulsión de los judíos y de los moros por Fernando é Isabel.

El rigor de esta justicia fué tal que el inquisidor Torquemada procesó á más de cien mil personas, de las cuales seis

mil fueron condenadas al fuego, en el espacio de catorce años.

El espectáculo de varios criminales condenados al último suplicio, sin consideración á su sexo ni á su calidad, preténdese que confirma á los pueblos en la religión católica, y la Inquisición sola ha impedido á las últimas herejías difundirse por España en el tiempo durante el cual infestaron á toda Europa. Por eso los Reyes han otorgado una autoridad excesiva á este tribunal, que se llama Tribunal del Santo Oficio.

Los actos generales de la Inquisición en España, que en la mayor parte de Europa se consideran como una simple ejecución de criminales, pasan entre los españoles por una ceremonia religiosa, en la cual el Rey católico da públicas pruebas de su celo por la religión. Por eso se llaman *autos de fe*, ó actos de fe. Celébranlos de ordinario al advenimiento de los Reyes á la corona, ó á al cumplirse su mayoría de edad, á fin de que sean más solemnes, coincidiendo con una fecha memorable. El último se efectuó en 1632, y se dispone uno para el casamiento del Rey. Como desde hace mucho tiempo no se ha realizado ninguno, hácese grandes preparativos para que éste resulte muy solemne y tan magnífico como pueden serlo tal clase de ceremonias. Uno de los consejeros de la Inquisición ha trazado ya un proyecto que me ha mostrado. Hé aquí lo que dispone:

En la Plaza Mayor de Madrid se alzaré un tablado de cincuenta pies de longitud. Se levantará hasta la altura del balcón destinado para el Rey, bajo el cual terminará.

En el extremo y á lo largo de este tablado se alzaré, á la derecha del balcón del Rey, un anfiteatro de veinticinco á treinta gradas, destinado al Consejo de la Inquisición y á los demás Consejos de España, en cuya parte superior estará, bajo un dosel, el sitial del gran inquisidor, mucho más alto que el balcón del Rey. Á la izquierda del tablado y del balcón se verá un segundo anfiteatro del mismo tamaño que el primero y donde se colocarán los condenados.

En medio del gran tablado habrá otro muy pequeño sosteniendo dos jaulas, donde se meterá á los condenados durante la lectura de su sentencia.



También se verán sobre el gran tablado tres púlpitos, dispuestos para los lectores de los fallos y para el predicador, delante del cual habrá un altar convenientemente dispuesto.

Los sitios de Sus Majestades Católicas estarán preparados de suerte que la Reina esté á la izquierda del Rey y á la diestra de la Reina madre. Todas las damas de las Reinas ocuparán el resto de la anchura del mismo balcón por una y otra parte. Habrá otros balcones preparados para los embajadores y para los señores y las damas de la corte y tabloncillos para el pueblo.

La ceremonia comenzará por una procesión que partirá de la iglesia de Santa María. Cien carboneros armados con picas y mosquetes irán al principio, porque suministran la leña que sirve para el suplicio de los que son condenados al fuego. En seguida irán los dominicos, precedidos por una cruz blanca. El Duque de Medinaceli llevará el estandarte de la Inquisición, según privilegio hereditario de su familia. Este estandarte es de damasco. En uno de los lados se representa una espada desnuda dentro de una corona de laurel y en el otro las armas de España.

En seguida irá una cruz verde rodeada de crespón negro. Varios Grandes y otras personas de calidad de la Inquisición marcharán después, cubiertos con mantos adornados de cruces blancas y negras ribeteadas de hilo de oro. Cerrarán la marcha cincuenta alabarderos ó guardias de la Inquisición vestidos de negro y blanco, al mando del Marqués de Povar, protector hereditario del reino de Toledo.

Después de pasar en este orden la procesión por delante de Palacio, se dirigirá á la Plaza. El estandarte y la cruz blanca se pondrán sobre el altar, y sólo quedarán los dominicos en el tablado y pasarán una parte de la noche en salmodiar, y desde que asome el alba celebrarán en el altar varias misas.

El Rey, la Reina, la Reina madre y todas las damas aparecerán en los balcones hacia las siete de la mañana; á las ocho comenzará el curso de la procesión como el día de víspera; la compañía de los carbonero, se situará á la izquierda del balcón del Rey; la derecha estará ocupada



por sus guardias. Varios hombres conducirán en seguida efigies de cartón, tamaño natural. Las unas representarán á los que han muerto en la prisión, cuyos huesos se llevarán también dentro de cofres con llamas pintadas á su alrededor, y las otras figuras representarán á los evadidos y á los que habrán sido juzgados en rebeldía. Se pondrán estas figuras en una de las extremidades del tablado. En seguida se leerá su sentencia y serán ejecutadas. Pero debo deciros, añadió quien esto me refería, que el Consejo Supremo de la Inquisición es más absoluto que todos los demás. Hay el convencimiento de que el mismo Rey no tendría poder para amparar á los que hubieran sido denunciados, porque este tribunal sólo reconoce sobre sí la autoridad del Papa, y ha habido tiempos y ocasiones en que el poder del Rey se ha visto más débil que el de la Inquisición. D. Diego Sarmiento es inquisidor general. Es un hombre muy de bien; tendrá unos sesenta años. El Rey nombra al Presidente de la Inquisición y Su Santidad le confirma; pero respecto á los inquisidores, el Presidente los propone al Rey y después de haber obtenido su aprobación les confiere su cargo.

El tribunal juzga de todo cuanto concierne á la fe, y está en absoluto revestido de la autoridad del Papa y la del Rey. Sus fallos no tienen apelación, y los veintidós tribunales de la Inquisición que existen en todos los Estados de España, y que dependen del de Madrid, le dan cuenta todos los meses de sus fondos y todos los años de las causas y de la existencia de los criminales. Pero los de las Indias y de los demás puntos lejanos no rinden cuentas sino al fin de cada año. Respecto á los cargos de estos tribunales inferiores, provéense por el inquisidor general, con la aprobación de los consejeros. Sería bastante difícil poder decir precisamente el número de oficiales que dependen de la Inquisición, pues tan sólo en España hay más de veintidós mil familiares del Santo Oficio. Llámanse así porque son como espías difundidos por todas partes, que dan sin cesar á la Inquisición avisos verdaderos ó falsos, en virtud de los cuales préndese á aquellos á quienes acusan.

Mientras escuchaba yo á D. Fernando con la mayor aten-



ción, la Marquesa de Palacios nos interrumpió para decirnos que estábamos cerca de Toledo, y que los restos antiguos de un viejo castillo que veíamos á la izquierda sobre una pequeña colina eran los de un palacio encantado.—Hétenos aquí otra vez, dije en voz baja á D. Fernando, en los castillos de Guevara y de Nios.—Estaremos donde gustéis, dijo; pero es cierto que ésta es una tradición antiquísima en este país. Preténdese que había allí un subterráneo cerrado, y una profecía amenazaba á España con las mayores desdichas cuando se abriera esa cueva; cada cual, espantado con tales amenazas, quería no atraer sobre sí sus efectos. Por lo cual este sitio permaneció cerrado durante siglos. Pero el Rey D. Rodrigo, menos crédulo ó más curioso, hizo abrir el subterráneo, no sin que al hacerlo se oyeran espantosos ruidos. Parecía que iban á confundirse todos los elementos y que la tempestad no podía ser más grande. Esto no fué óbice para que descendiera allí, y á la claridad de varios blandones vió figuras de hombres cuyas vestiduras y armas eran extraordinarias. Había uno que tenía una placa de cobre, sobre la cual se halló escrito en árabe que estaba cercano el tiempo de la desolación de España, y que no tardarían en llegar aquellos cuyas efigies estaban en aquel sitio.—No he estado nunca en punto alguno—dije riendo—donde se haga más caso de los cuentos fabulosos que en España.—Decid más bien—replicó él—que jamás hubo dama menos crédula que vos, y conste que no me propuse haceros cambiar de sentir al relataros esta historia. Pero en tanto pueda sostenerse y afirmarse alguna cosa bajo la fe de los autores, ésta será digna de crédito.

El día estaba bastante avanzado para poder notar bien todos los encantos de la campiña. Cruzamos el Tajo sobre un hermoso y ancho puente, de que me habían hablado, y en seguida divisé á Toledo rodeado todo él por montañas y rocas que le dominan. Encuéntranse allí casas muy bellas, edificadas en los montes para disfrutar de una grata soledad. El Arzobispo de Toledo tiene una, donde va con frecuencia. La ciudad álzase sobre la roca, cuya desigualdad en algunos sitios contribuye á hacerla alta y baja. Las calles son estre-



chas, mal empedradas y difíciles, lo cual hace que todas las personas de calidad vayan en silla ó en litera. Y como nosotros íbamos en carroza, fuimos á parar cerca de la plaza Mayor, pues es el único barrio por donde se puede pasar en carruaje. Al llegar bajamos al hospital de Foira, que está en las afueras, y cuya fábrica forma tres costados de un grandísimo patio rectangular, que la iglesia lo cierra por completo con una de sus fachadas; en esta iglesia oímos misa. El hospital fué construído por un Arzobispo de Toledo, cuya tumba con su estatua de mármol está en medio de la nave. Las murallas de la ciudad fueron reconstruídas por los moros, y hay por ella esparcidas gran número de torres pequeñas que en otro tiempo servían para su defensa; la plaza sería fuerte, estando casi toda circunvalada por el Tajo y teniendo fosos en extremo profundos, si no la dominasen las vecinas montañas, pues con facilidad se la puede batir desde ellas. No eran las ocho cuando llegamos. Quisimos emplear el resto de la mañana en ver la catedral que, según dicen, es una de las más hermosas de Europa. Los españoles la llaman santa, sea por causa de las reliquias que allí se ven ó por cualquiera otra razón que no me han explicado. Si fuera tan profunda y tan alta como ancha es, parecírame inmejorable. Adórnanla varias capillas tan vastas como iglesias. En todas ellas deslumbran el oro y las pinturas. Las principales son las de la Virgen, Santiago, San Martín, la del Cardenal Sandoval y la del Condestable de Luna. Vi en el coro un nicho, de donde, según dicen, brotó una fuente de agua varios días seguidos, sirviendo para extinguir la sed de los soldados y ciudadanos durante el tiempo en que sostenían el asedio contra los moros, y estaban medio muertos de sed. Sin apartarme de mi relato, debo decir que no hay ni una fuente en la ciudad y que es preciso bajar hasta el Tajo para tener agua, lo cual es una cosa tan incómoda que no puedo comprender cómo está Toledo tan poblado. Próximo á la entrada de la iglesia encuéntrase un pilar de mármol que allí se reverencia porque la Santa Virgen se apareció sobre él á San Ildefonso. Está encerrado dentro de una verja de hierro, y se le besa por una ventani-



lla, encima de la cual está escrito: *Adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus*. Entre cada dos sillas de coro de los canónigos hay una columna de mármol, y la escultura de toda la iglesia es muy pulida y bien trabajada. Vi con admiración el tesoro. Treinta hombres se necesitan para transportar el tabernáculo el día del Corpus. Es de plata dorada, termina en varias flechas de espadaña, de una labor exquisita, llena de ángeles y de querubines. Además hay otro dentro, el cual es de oro macizo, con tan considerable cantidad de pedrería que no puede estimarse su justo valor. Las patenas, los cálices y los copones no son menos hermosos. Todo ello deslumbra con grandes diamantes y perlas orientales. La custodia donde se pone el Santísimo Sacramento, las coronas de la Virgen y sus vestiduras son los objetos de mayor magnificencia que he visto en toda mi vida. Pero, en verdad, este arzobispado es tan rico que justo es que todo corresponda á él. Ya referí que el Arzobispo de Burgos me dijo que el de Toledo tenía trescientos cincuenta mil escudos de renta. Añadid á esto que su catedral tiene cien mil.

Cuarenta canónigos tienen mil cada uno; el gran arcediano, cuarenta mil, habiendo además tres arcedianatos, de los cuales el primero vale quince mil escudos, el segundo doce mil, el tercero diez mil. El dean tiene diez mil escudos.

Además hay un número infinito de capellanes, sacristanes y personas que reciben pensión.

Hay el capellán mayor de la capilla de los Reyes, que disfruta de doce mil escudos de renta; y otros seis á sus órdenes, que tienen cada uno mil escudos.

Después de haber transcurrido mucho tiempo en contemplar las bellezas de que está llena esta catedral, en el momento en que íbamos á salir para regresar á la hospedería, donde habíamos dejado nuestra carroza, encontramos á un capellán y un gentilhombre del cardenal Portocarrero, que se acercaron de parte de su señor á hacernos un cumplido y asegurarnos no permitiría fuéramos á parar á otro sitio que al arzobispado. Se dirigieron particularmente á la Marquesa de Palacios, que es próxima pariente suya, la cual nos apremió mucho á que fuésemos allí. Nos defendimos con el des-



orden en que estábamos, habiendo pasado la noche sin dormir y no estando con traje de visita. Encargó á su hijo fuera á ver al señor Cardenal y le rogase aceptara nuestras excusas. D. Fernando regresó al poco rato, seguido de gran número de pajes, algunos de los cuales llevaban quitasoles de brocado de oro y de plata. Dijonos que Su Eminencia deseaba mucho fuéramos á su alojamiento, y que había demostrado tanto pesar al conocer nuestra negativa que le dábamos, que ya le fué indispensable aceptar su ofrecimiento; que en seguida ordenó tomaran quitasoles para resguardarnos del sol, y que se regara la plaza que habíamos de atravesar para ir desde la iglesia al arzobispado. Inmediatamente vimos dos mulas que arrastraban un carrito, sobre el cual había un pipote lleno de agua. Nos dijeron que siempre que el Cardenal tenía que venir á la iglesia era costumbre regar así el camino.

El palacio arzobispal es muy antiguo y vastísimo, muy bien amueblado y digno de quien lo ocupa. Condújosenos á una hermosa estancia, adonde nos llevaron primero el chocolate y después toda suerte de frutas, vinos, helados y licores. Estábamos tan soñolientos que, después de haber comido un poco, rogamos á la Marquesa de Palacios viese al Sr. Cardenal y nos disculpara con él porque diferíamos para más tarde una visita que tanto nos honraba, pero que no podíamos pasarnos sin dormir. En efecto, la joven Marquesa de la Rosa, mi parienta, nuestros hijos y yo, tomamos el partido de acostarnos, y á la tarde nos vestimos para presentarnos al Cardenal y á la Reina madre. La Marquesa de Palacios, que le había sido siempre muy afecta, había marchado al Alcázar (así se llama el castillo) y la había visto mientras nosotras dormíamos. De manera que le dijo que nos daría audiencia hacia las ocho de la noche; y por primera vez me vestí á la española. No puedo imaginarme traje más molesto. Hay que tener los hombros tan apretados que hacen daño, no pueden levantarse los brazos y apenas pueden entrar en las mangas del cuerpo. Pusiéronme un guardainfante de tamaño espantoso (pues es preciso llevarlo en presencia de la Reina). No sabía yo qué hacer



con aquella extraña máquina. No acertaba manera de sentarme, y creo que aun cuando lo llevase toda mi vida no podría acostumbrarme á él. Me peinaron con *melena*, es decir, con todo el pelo esparcido alrededor del cuello y anudado por las puntas con galoncillos. Esto sofoca mucho más que una palatina. De suerte que fácil es juzgar cómo pasé aquel mes de Agosto y en España. Pero éste á que me refiero es un peinado de ceremonia, y era preciso que nada faltase en esta ocasión. En fin, también me puse chapines, con más riesgo de romperme la cabeza que probabilidades de andar con ellos.

Cuando todas estuvimos en estado de presentarnos, porque mi pariente y mi hija también iban á la española, hízosenos entrar en un salón de gala adonde vino á vernos el señor Cardenal. Se llama D. Luis Portocarrero, podrá tener cuarenta y dos años; es muy atento, su carácter es dulce y complaciente. Ha tomado mucho los finos modales de la corte de Roma. Permaneció con nosotros una hora; en seguida nos sirvieron el mayor banquete que se podía realizar, pero todo estaba tan perfumado de ámbar, que nunca probé salsas más extraordinarias y menos buenas. Hallábame en aquella mesa como un Tántalo muerto de hambre, sin poder comer. No había medio de lograrlo entre viandas todas ellas perfumadas ó llenas todas de azafrán, ajo, cebolla, pimienta y especias. Á fuerza de rebuscar di con una gelatina ó manjar-blanco admirable, con lo cual me resarcí. Sirvióse también un jamón procedente de la frontera de Portugal, que era mejor que los de carnero tan ponderados en Bayona, y que los de Maguncia. Pero estaba cubierto de cierta grajea menuda que llamamos en Francia *non pareille* (*sin igual*), y cuyo azúcar se fundió en la grasa. Estaba todo él mechado con corteza de limón, lo que disminuía mucho su bondad.

Respecto á frutas, era la cosa mejor y más divertida que verse pudiera, pues habíanse confitado en azúcar, según moda de Italia, arbustitos enteros: ya comprenderéis que, por supuesto, los arbolillos eran muy pequeños. Había allí naranjos confitados de esta manera, con pajaritos artificiales pues-



tos encima; cerezos, frambuesos, groselleros y otros más, cada cual en un cajoncito de plata.

Nos levantamos presto de la mesa porque se aproximaba la hora de ir á ver á la Reina. Fuimos en silla, aun cuando había mucha distancia que recorrer y no escasa cuesta que subir, pues el Alcázar está fabricado sobre unos peñascos de prodigiosa altura, lo cual hace que la vista descubra desde allí un panorama espléndido y maravilloso. Delante de la puerta hay una gran plaza; luego se penetra en un patio de ciento sesenta pies de largo y ciento treinta de ancho, adornado con dos órdenes de pórticos y en la longitud con diez filas de columnas, cada cual de una sola piedra. Hay ocho filas en la anchura, y esto produce magnífico efecto. Pero lo que cautiva mucho más todavía es la escalera que está en el fondo del patio, siendo tan ancha como éste. Después de subir un tramo de algunas gradas, sepárase en dos ramales, y debe confesarse en verdad que es una de las más hermosas de Europa. Atravesamos una gran galería y salones tan vastos, y en los cuales había tan poca gente, que no parecía hubiese de estar allí la Reina madre de España. Encontrábase la Reina en un salón, cuyas ventanas estaban todas abiertas y dominaban el llano y el río. La tapicería, los cojines, las alfombras y el dosel eran de paño gris. La Reina estaba de pie, apoyada en un balcón, teniendo en su mano un gran rosario. Cuando nos vió, volvióse hacia nosotros y nos recibió con un aire bastante risueño. Tuvimos el honor de besarle la mano, que es pequeña, fina y blanca. La Reina es muy pálida, su rostro es algo largo y aplastado, dulce su mirada, la fisonomía agradable y el talle de mediano grosor. Estaba vestida como todas las viudas lo están en España, es decir, de religiosa, sin que se vea un solo cabello, y hay muchas (pero en este número no se cuenta ella) que se los hacen cortar cuando pierden á su marido, para dar mayor testimonio de su dolor. Advertí que llevaba lorzas alrededor de su falda para alargarla cuando está usada. No por eso digo que se alargue, pero tal es la moda en este país. Me preguntó cuánto tiempo hacía que salí de Francia, del cual dile cuenta; se informó de si en aquel tiempo se habla-



ba del casamiento del Rey, su hijo, con la Princesa de Orleans; le dije que no. Añadió quería hacerme ver su retrato, copiado del que tenía el Rey, su hijo, y encargó lo trajese á una de sus damas, que era una vieja dueña muy fea. Estaba pintado en miniatura, del tamaño de la mano, y metido en un estuche de raso negro por encima y terciopelo verde por dentro.—¿Encontráis, me preguntó, que se le parezca? Afirmé que no reconocía allí ninguno de sus rasgos. En efecto, parecía bizca, con la cara de perfil, y nada podía ser menos parecido á una princesa tan perfecta como la de Orleans, Me preguntó si era más ó menos bella que aquel retrato. Le dije que sin comparación era más linda.—Así, pues, replicó, mi hijo el Rey quedará agradablemente engañado, pues cree que este retrato es como ella y no es posible hallar mayor contento del que con esta sola idea disfruta.—Á mi parecer sus ojos atravesados me daban pena; mas para consolarme pensé que tenía talento y otras muchas buenas cualidades. ¿No recordáis, añadió dirigiéndose á la Marquesa de Palacios, haber visto mi retrato en la cámara del difunto Rey?—Sí, señora, contestó la Marquesa, y también recuerdo de que al ver á Vuestra Majestad quedamos muy maravilladas de que la pintura la hubiese sido tan desfavorable.—Eso quería deciros, replicó ella; y cuando yo llegué y eché la vista á ese retrato que me dijeron ser el mío, inútilmente traté de creerlo, no lo pude conseguir. Una pequeña enana, gorda como un tonel y más rechoncha que una seta, toda vestida de brocado de oro y plata, con largos cabellos que casi la llegaban á los pies, entró y vino á ponerse de rodillas ante la Reina para preguntarle si tenía á bien cenar. Quisimos retirarnos; nos dijo que podíamos seguirla, y pasó á una sala toda de mármol, donde había varios velones sobre escaparates. Sentóse sola á la mesa, y todas nosotras estábamos de pie á su alrededor. Sus azafatas vinieron á servirla con la camarera mayor, que tenía un aspecto muy triste; algunas de aquellas jóvenes me parecieron muy lindas; hablaron con la Marquesa de Palacios, y le dijeron que se aburrían horribilmente, y que estaban en Toledo como quien está en un desierto. Éstas se llaman *Damas de palacio*, y gastan chapines; pero las peque-



ñas meninas llevan sus zapatos bajos del todo. Los meninos son adolescentes de la más alta calidad, que no llevan capa ni espada.

Sirviéronse diversos platos en la mesa de la Reina: los primeros fueron melones helados, ensaladas y leche, de lo cual comió mucho antes de comer carne, que tenía bastante mal aspecto. No le falta el apetito, y bebió un poco de vino puro, diciendo que era para cocer las frutas. Cuando pedía de beber, el primer menino le llevaba su copa sobre una salvilla cubierta; poníase de rodillas al presentarla á la camarera, quien hacía lo mismo cuando la Reina la tomaba con sus manos. Por el otro lado, una dama de palacio presentaba de rodillas la servilleta á la Reina para limpiarse la boca. Dió dulces secos á D.<sup>a</sup> Mariquita de Palacios y á mi hija, diciéndoles que no debían comerlos, que estropean la dentadura á las niñas. Me preguntó varias veces cómo estaba la Reina de Francia, y en qué se divertía. Dijo que le había enviado poco ha cajas de pastillas de ámbar, guantes y chocolate. Permaneció más de hora y media á la mesa, hablando poco, pero al parecer bastante contenta. Le pedimos sus órdenes para Madrid; nos hizo un cumplido en seguida, é inmediatamente nos despedimos de ella. No puede menos de convenirse en que esta Reina tiene mucho ingenio, y mucho valor y virtud para vivir como lo hace en un destierro tan desagradable.

No quiero se me olvide advertir que el primero de los meninos lleva los chapines de la Reina y se los calza. Es un honor tan grande en este país, que no lo trocaría por los más lucidos cargos de la corona. Cuando las damas de palacio se casan y lo hacen á gusto de la Reina, aumenta su dote con 50.000 escudos, y de ordinario se da un gobierno ó un virreinato á quienes las desposan.

Cuando estuvimos de regreso en el palacio del Sr. Cardenal, encontramos levantado un teatro en una grande y vasta sala, donde había muchas señoras á un lado y caballeros al otro. Lo que me pareció singular es que había un cortinaje de damasco en toda la longitud de la sala hasta el teatro é impedía que los hombres y las mujeres se pudiesen ver. No se



aguardaba más que á nosotros para comenzar la comedia de *Pyramo y Thisbe*. Esta pieza era nueva y más mala que todas cuantas había visto ya en España. En seguida los comediantes danzaron muy bien y la diversión no había concluído á las dos de la madrugada.

Sirvióse un magnífico banquete en un salón donde había varias mesas, y habiéndonos hecho el Sr. Cardenal tomar sitio allí, fué al encuentro de los caballeros, que por su parte quedaban servidos en otra habitación. Hubo una música italiana excelente, pues Su Eminencia había traído músicos de Roma á quienes pagaba grandes pensiones. No pudimos retirarnos á nuestros dormitorios hasta las seis de la mañana, y como aún tuviéramos muchas cosas que ver, en lugar de acostarnos, fuimos á la plaza mayor, que se llama *Zocodover*. Las casas que la circundan son de ladrillo y todas análogas, con balcones. Su forma es redonda; tiene pórticos bajo los cuales se pasea, y esta plaza es muy bella. Regresamos al castillo para verlo mejor con más vagar. Su fábrica es gótica y muy antigua, pero hay en ella algo tan grandioso que no me sorprende gustara más Carlos V morar allí que en ninguna otra ciudad de sus dominios. Consiste en un cuadrado de cuatro grandes cuerpos de edificio con alas y pabellones, y hay allí espacio donde alojar cómodamente á toda la corte de un gran Rey. Nos enseñaron una máquina que era maravillosa antes de romperse; servía para elevar agua del Tajo y la hacía subir hasta lo alto del Alcázar. Las fundaciones están todavía enteras, aun cuando han pasado algunos siglos desde que se hicieron. Se descenden más de 500 escalones hasta el río. Cuando el agua había penetrado en el depósito, circulaba por conductos en todos los sitios de la ciudad donde había fuentes. Esto era en extremo cómodo, pues ahora hay que bajar mucho para ir en busca del agua.

Fuimos á oír misa á la iglesia de los Reyes, que es hermosa y grande, y está bien adornada con naranjos, granados, jazmines y mirtos muy crecidos, que dentro de cajas arraiganse y forman calles que llegan hasta el altar mayor, cuyos adornos son extraordinariamente ricos. De suerte que á través de las ramas verdes y de las varias flores de diferen-



tes matices, viendo brillar el oro, la plata, los bordados y los cirios encendidos que ornan el altar, parece que los rayos del sol llegan directamente á nuestros ojos. También hay jaulas pintadas y doradas llenas de ruiseñores, canarios y otros pájaros, que forman un concierto encantador. Quisiera que también en Francia se adoptase la costumbre de engalanar las iglesias como lo están en España. Los muros de éstas se hallan enteramente cubiertos por fuera de cadenas y grillos de los cautivos que se rescatan en Berbería. Advertí en este barrio que en la puerta de la mayoría de las casas hay un azulejo, en el cual está la salutación angélica con estas palabras: *María fué concebida sin pecado original*. Dijéronme que estas casas pertenecían al Arzobispo, y que en ellas sólo viven obreros de los que tejen la seda, que son numerosos en Toledo.

Los dos puentes de piedra que cruzan el río son muy altos, muy anchos y muy largos. Si se quisiera trabajar un poco en el Tajo, los barcos llegarían hasta la población, lo cual sería una comodidad considerable; pero aquí son las gentes por naturaleza demasiado perezosas para considerar la utilidad del trabajo y tomarse la pena de acometerlo. También vimos el hospital de *Los Niños*, es decir, de las criaturas expósitas, y la casa de Ayuntamiento, que está cerca de la catedral. En fin, satisfecha nuestra curiosidad, regresamos al palacio arzobispal y nos acostamos hasta media tarde, á cuya hora volvimos á tener un festín tan espléndido como los anteriores. Su Eminencia comió con nosotros, y después de haberle dado tantas gracias como era debido, partimos para encaminarnos al castillo de Igariza. El Marqués de los Palacios nos aguardaba allí con el resto de su familia, de suerte que fuimos recibidos tan cordialmente que nada puede añadirse al buen trato y á los placeres que nos proporcionaron durante seis días, ya en la caza, en el paseo ó en las conversaciones generales. Cada cual hacía gala de su buen humor en competencia con los demás, y puede afirmarse que cuando los españoles se dignan abandonar su gravedad, estiman de veras y de veras aman, ofreciendo grandes recursos de diversión que les facilita su mucho ingenio. Se vuelven sociables, obsequiosos, ávidos de agrandar, y me pa-



recen la más grata compañía del mundo. Esto es lo que he notado en la partida que acabamos de hacer.

Á fines del pasado mes de Agosto celebróse aquí la ceremonia de jurar la paz concertada en Nimega entre las Coronas de Francia y de España. Muchos deseos tenía de ver lo que ocurriese, y como no asisten mujeres, el Condestable de Castilla nos prometió hacernos entrar en la cámara del Rey, tan pronto como éste penetrara en el salón. Madama Gueux, Embajadora de Dinamarca, y madama de Chais, mujer del enviado de Holanda, fueron también allí. Pasamos por una escalerilla oculta donde nos aguardaba un gentilhomme del Condestable, y permanecimos algún tiempo en un hermosísimo gabinete lleno de libros españoles bien encuadernados y muy divertidos. Vi, entre otros, la historia de Don Quijote, ese famoso caballero de la Mancha, en cuya historia la frescura y gallardía de las expresiones, la fuerza de los refranes y lo que los españoles llaman *el pico*, es decir, la agudeza y finura del lenguaje, se revelan muy de otra manera que por las traducciones que de ella vemos en nuestro idioma. Dábame tanto gusto su lectura, que casi no pensé ya en ver la ceremonia, la cual dió comienzo tan pronto como el Marqués de Villars hubo llegado, y junto á una ventana cubierta por una celosías estuvimos mirando lo que pasaba. El Rey se situó al extremo del gran salón dorado, uno de los más magníficos que hay en el palacio. El estrado estaba cubierto con un tapiz maravilloso; el trono y el dosel, bordados de perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas y otras piedras preciosas. El Cardenal Portocarrero estaba sentado en un sillón en la parte baja del estrado, á la derecha del trono; el Condestable de Castilla ocupaba un taburete. El Embajador de Francia sentóse á la izquierda del trono, en un banco forrado de terciopelo, y los Grandes quedaron junto al Cardenal. Cuando cada uno se hubo colocado con arreglo á su categoría, entró el Rey, y después de sentarse en su trono, el Cardenal, el Embajador y los Grandes sentáronse y se cubrieron. Un Secretario de Estado leyó en voz alta el poder que el Rey Cristianísimo había enviado á su Embajador. En seguida llevaron ante el Rey una mesita, con un Crucifijo y el libro de



los Evangelios, y mientras tenía puesta la mano sobre ellos, el Cardenal leyó el juramento por el que aseguraba conservar la paz con Francia. Hubo aún otras ceremonias, á las que no presté bastante atención para poder dar cuenta de ellas, y poco después regresó el Rey á su aposento, y nosotras salimos de aquel lugar. Permanecimos en el mismo gabinete donde nos habíamos detenido al principio, y como estaba tan cercano á la cámara, oímos al Rey decir que jamás había tenido tanto calor y que iba á quitarse la golilla. Verdad es que el sol calienta mucho en este país. Los primeros días de estar en España me vi agobiada por una extraordinaria jaqueca, con cuya causa no podía dar; pero mi parienta me dijo que dependía de cubrirme demasiado la cabeza, y que si no cuidaba de ello, podría perder la vista. No tardé en abandonar mi gorro y mis cofias, y desde aquel tiempo no he vuelto á sentir dolor de cabeza. En mi opinión, no puedo creer exista en ningún sitio del mundo un cielo más hermoso que el de aquí. Es tan puro que no se advierte en él ni una sola nubecilla, y asegúranme que los días de invierno son análogos á los mejores días que se vean en otras partes. Lo peligroso es cierto viento gallego, que sopla del lado de las montañas de Galicia; no es violento, pero penetra hasta los huesos, y algunas veces le estropea á uno un brazo, una pierna ó medio cuerpo para toda la vida, siendo más frecuente en verano que en invierno. Los extranjeros le toman por el céfiro y les encanta sentirlo; pero por los resultados conocen su malignidad. Las estaciones son mucho más dulces en España que en Francia, en Inglaterra, en Holanda y en Alemania; pues, sin contar con esta pureza del cielo, que no es posible imaginarse cuán hermosa es, desde el mes de Septiembre hasta el de Junio, no hace frío tal que no puede resistirse sin fuego; por esta causa no hay chimenea en aposento alguno, y sólo se usan braseros. Es una verdadera suerte que faltando leña, como sucede en este país, no se necesite. Nunca hiela más del espesor de dos escudos y cae muy poca nieve. Las montañas próximas surten de ella á Madrid durante todo el año. En cuanto á los meses de Junio, Julio y Agosto, son de un calor excesivo. Algunos días há, encontrábame en una



tertulia donde todas las señoras estaban muy asustadas. Una de ellas decía habersele escrito de Barcelona que cierta campana, usada tan sólo en las calamidades públicas ó para asuntos de la mayor importancia, había sonado sola varias veces. Esta señora es de Barcelona, y me dijo que cuando ha de ocurrir alguna gran desdicha para España, ó que alguien de la casa de Austria está próximo á morir, esta campana se conmueve; que durante un cuarto de hora el badajo da vueltas con una velocidad sorprendente y toca al girar.

Yo no quería creerlo, y aun no le doy gran crédito, pero todas las demás confirmaron su dicho. Pensando estaban sobre qué ó sobre quién podría descargar la desgracia de que esta señal era advertencia, y como son bastante supersticiosas, la bella Marquesa de Liche aumentó su pavor al venir á decirles que D. Juan estaba muy enfermo.

En el sentimiento de su duelo obran como locos, particularmente los primeros días, en que los lacayos, igual que sus amos, llevan largas capas arrastrando, y en vez de sombrero se ponen una especie de bonete de cartón muy alto, cubierto de crespón. Sus caballos van caparazonados de negro, con gualdrapas que les cubren la cabeza y el resto del cuerpo. No hay nada más feo, y llevan sus carrozas tan enlutadas, que el paño que cubre el imperial descende hasta la portezuela. No hay nadie que al ver este lúgubre equipo no crea se trata de un cadáver á quien llevan á enterrar. Las personas de calidad usan en tales casos unas capas de pañete negro muy claro y muy malo; con el más pequeño roce se destroza, y es de buen tono durante el luto ir lleno de andrajos. He visto caballeros que de propósito desgarraban sus vestidos, y os aseguro que hay hasta quien duja ver la piel, poco agradable para vista, pues aun cuando los niños son aquí más blancos que el alabastro y tan perfectamente hermosos que parecen ángeles, preciso es convenir en que al crecer cambian de una manera sorprendente. Los ardores del sol los tuestan, el aire los amarillea, y es fácil distinguir á un español por estas circunstancias entre los habitantes de otras muchas naciones. Sin embargo, sus facciones son regulares, pero no tienen nuestro talante ni nuestra color.



Todos los escolares gastan largas sotanas con una pequeña tirilla de tela en el cuello. Van vestidos poco más ó menos como los jesuitas. Los hay que tienen treinta años y aun más; por su traje se conoce que todavía andan en estudios.

Encuentro á esta villa el aspecto de una gran jaula donde se ceban pollos, pues desde el nivel de la calle hasta el cuarto piso no se ve por todas partes más que celosías, cuyos agujeros son muy pequeños, y de igual modo están los balcones cubiertos con ellas. Siempre se ve detrás á pobres mujeres que miran á los transeuntes, y cuando se atreven, abren las celosías y se asoman con mucho placer. No pasa noche que no haya cuatrocientas ó quinientas serenatas, que se dan en todos los barrios de la villa. Verdad que cuestan poco, y basta que un amante esté con su guitarra ó su arpa, y á veces con ambas juntas, acompañadas de una voz muy ronca, para despertar á la más bella durmiente y para proporcionarla un placer de reina. Cuando no se conoce otra cosa más excelente ó no se puede lograr aquello á que se aspira, se contenta uno con lo que tiene. No he visto tiorbas ni clavicordios.

En cada esquina de las calles, en cada rincón de las casas hay imágenes de Nuestra Señora vestidas á la moda del país, teniendo todas un rosario en la mano y una vela ó una lámpara delante. He visto tres ó cuatro en la cuadra de mi parienta con otros cuadritos devotos; pues un palafrenero tiene su oratorio lo mismo que su amo, pero ni uno ni otro rezan en él. Cuando una señora va de visita á casa de otra y es de noche, cuatro pajes salen á recibirla con hachones de cera blanca, y luego la acompañan del mismo modo; al entrar ella en su silla, ponen de ordinario una rodilla en tierra. Esto es bastante más espléndido que las bujías que en Francia se llevan en candelabros.

Hay casas destinadas á recluir las mujeres de mala vida, como lo están en París las de Madelonnettes. Se las trata con mucho rigor, y no pasa día alguno en que no las azoten varias veces. Al cabo de cierto tiempo salen de allí peores que entraron, y no se corrigen con lo mucho que se las ha hecho sufrir. Casi todas ellas viven en cierto barrio de la villa, adonde nunca van las damas virtuosas. Cuando, por



casualidad, pasa alguna por allí, pónense las bribonas en su seguimiento y la insultan como á su enemiga, y si ocurre que son las más fuertes, la maltratan con crueldad. En cuanto á los caballeros, si pasan por allí, corren el riesgo de salir hechos trizas. Todas quieren llevárselos: una les tira de brazo, otra de los pies, otra de la cabeza; y cuando el caballero se enfada, se unen todas contra él, le saquean y le roban hasta el traje que viste. Mi parienta tiene un paje italiano que, ignorando las costumbres de estas miserables mujercuelas, pasó inocentemente por su barrio; á la verdad, le despojaron como hubieran podido hacerlo en un bosque los ladrones; y hay que conformarse con esto, pues ¿á quién dirigirse para la restitución?

La campana de Barcelona ha estado demasiado acertada en su último pronóstico. D. Juan se halló tan agobiado por su enfermedad á primeros de este mes, que los médicos le desahuciaron, y diósele á entender que debía prepararse para la muerte. Recibió esta nueva con una tranquilidad y una resignación tales, que contribuyeron mucho á persuadir de lo que ya se creía: que algunos secretos sinsabores le ponían en estado de anhelar más bien la muerte que la vida. El Rey entraba á cada momento en su estancia y pasaba algunas horas á la cabecera de su lecho, por más súplicas que se le hicieron de que no se expusiese al contagio de la fiebre. Recibió D. Juan el santo viático, hizo testamento y escribió una carta de pocas líneas á una señora cuyo nombre no he sabido. Encargó á D. Antonio Ortís, primer secretario suyo, que la llevase á su destino, con una pequeña cajita cerrada que vi. Era de madera de encina, bastante leve de peso para creer que dentro pudiese contener otra cosa que cartas, y tal vez alguna pedrería. Mientras D. Juan estaba gravemente enfermo, llegó un correo con la noticia de que ya era cosa decidida el casamiento del Rey con la Princesa de Orleans. No sólo se difundió la alegría por todo el palacio, sino que de ella participó toda la Villa, de suerte que hubo fuegos artificiales é iluminaciones durante tres días en todos los barrios de Madrid. El Rey, que no se contenía, corrió al aposento de Don Juan; y aun cuando éste se hallaba un poco adormecido y



tenía gran necesidad de descanso, le despertó para decirle que la Reina llegaría dentro de poco, y le rogó no pensara más que en curarse, á fin de ayudarle para recibirla bien.— ¡Ah, señor! le respondió el Príncipe; nunca tendré este consuelo; moriría feliz si hubiese tenido el honor de verla. El Rey se echó á llorar y le dijo que no había otra cosa en el mundo capaz de conturbar su dicha sino el estado en que le hallaba. Debía celebrarse una corrida de toros, pero la enfermedad del Príncipe la hizo diferir; y el Rey no hubiese permitido que se quemaran fuegos artificiales en el patio del palacio si no se lo rogase D. Juan, aun cuando tenía un horrible dolor de cabeza. Al fin murió el de Austria en 17 de este mes, muy llorado por unos y con poco sentimiento de otros. Tal es el destino de los príncipes y de los favoritos, lo mismo que el de las personas ordinarias. Y como su crédito estaba ya disminuído, y los cortesanos sólo esperaban el regreso de la Reina madre y la llegada de la nueva Reina, es cosa sorprendente la indiferencia con que se vió la enfermedad de don Juan y su muerte. Ya no se hablaba de ello al día siguiente; parecía como si nunca hubiera existido en el mundo. ¡Santo Dios! ¿No merece esto un poco de reflexión? Gobernaba todos los reinos del Rey de España, su nombre hacía temblar, había obligado á la Reina madre á que se alejara de la corte, había destituído al padre Nitard y á Valenzuela, uno y otro favoritos; respetábasele más que al mismo Rey D. Carlos II, y veinticuatro horas después de morir D. Juan vi más de cincuenta personajes de alta calidad en diversos sitios, que no decían ni una sola palabra de este pobre Príncipe, y entre ellos había varios que le debían muchos favores. Cierta es, además, que tenía grandes cualidades personales. Era de mediana estatura, bien proporcionado; tenía las facciones regulares, los ojos negros y vivos, los cabellos negros, en gran cantidad y muy largos. Era apuesto, rebosaba de ingenio y generosidad, siempre muy valiente, bienhechor y capaz de grandes hechos; no ignoraba nada de las cosas que les conviene saber á los personajes de su estirpe, conociendo no poco de todas las ciencias y de todas las artes. Escribía y hablaba muy bien cinco idiomas, y además



entendía otros. Sabía perfectamente la historia. Trabajaba al torno, forjaba armas, pintaba bien; agradábanle mucho las matemáticas; pero habiendo tomado á su cargo el gobierno, se vió forzado á dejar todas estas ocupaciones. Á su muerte las cosas cambiaron de faz en un momento. Apenas cerró los ojos, no escuchando el Rey más que á su ternura por la Reina su madre, corrió á Toledo para verla y rogarla que volviese á la corte, y accedió ella con tanto gusto como tuviera siempre una madre al volver á ver á su hijo. Lloraron durante largo rato al abrazarse y los vimos regresar juntos. Todas las personas de calidad fueron al encuentro de Sus Majestades; el pueblo manifestaba mucho gozo, y olvidado del muerto, condenaba inconscientemente su obra.

D. Juan estuvo tres días expuesto en su lecho mortuario con el mismo traje que se había mandado hacer para presentarse á la nueva Reina; luego lo llevaron al Escorial. El fúnebre convoy no tenía nada de magnífico; le acompañaron solamente la servidumbre de su casa y algunos amigos en corto número. Pusiéronlo en la cripta próxima al panteón, la cual está destinada á los Príncipes y Princesas de la casa real, pues merece advertirse que sólo se entierra en el panteón á los Reyes y á las Reinas que han tenido hijos; las que no los tuvieron están en la cripta particular, donde fué depositado el cadáver de D. Juan.

Dentro de pocos días tenemos que ir al Escorial, por ser el tiempo en que va el Rey. Pero está tan ocupado con la joven Reina, que sólo piensa en acercarse hacia la frontera para salirle al encuentro. En todos los sitios donde voy me advierten con mucha prosopopeya que va á ser Reina de veintidós reinos. Por lo visto hay once de ellos en las Indias, pues yo sólo conozco Castilla la Vieja y la Nueva, Aragón, Valencia Navarra, Murcia, Granada, Andalucía, Galicia, León y las Islas de Mallorca. En estos lugares hay comarcas admirables donde parece que el cielo quiere derramar sus más favorables influjos, pero hay otras tan estériles que no se ve en ellas trigo, ni hierba, ni viñas, ni frutales, ni prados, ni fuentes; y puede afirmarse que son éstas en mayor número que aquéllas. Pero, hablando en general, el aire es bueno y



sano; los calores excesivos en ciertos puntos; el frío y los vientos insoportables en otros, aun en la misma estación. Encuéntrense muchos ríos; pero lo más singular es que los más caudalosos no son navegables, particularmente el Tajo, el Guadiana, el Miño, el Duero, el Guadalquivir y el Ebro; sea por las rocas, los saltos de agua, los pozos ó los recodos, los barcos no pueden remontarlos, y ésta es una de las mayores dificultades para el comercio y que más impide hallar las cosas necesarias en las ciudades; pues si pudieran comunicarse unas á otras los géneros y las mercancías que abundan en ciertos lugares y que faltan en otros, cada cual se surtiría á poco precio de todo lo necesario, mientras que ahora el porte y el acarreo son de un coste tan grande, que es preciso pasarse sin todo aquello que no se pueda pagar tres veces más de lo que vale.

Entre varias ciudades que dependen del Rey de España, sobresalen por la hermosura ó por la riqueza: Madrid, Sevilla, Granada, Valencia, Zaragoza, Toledo, Valladolid, Córdoba, Salamanca, Cádiz, Nápoles, Milán, Mesina, Palermo, Cagliari, Bruselas, Amberes, Gante y Mons. Hay otro gran número de ellas que no dejan de ser muy considerables, y la mayoría de los pueblos son tan grandes como ciudades pequeñas. Pero no se ve esa multitud de población que constituye la fuerza de los Reyes; varios motivos son su causa. En primer término, cuando el Rey D. Fernando expulsó á los moros de España y estableció la Inquisición, tanto por el castigo ejercido contra los judíos como por el destierro, murieron ó emigraron de este reino en poco tiempo más de novecientas mil personas. Además, las Indias atraen á mucha gente; los desdichados van á enriquecerse allí, y cuando son ricos permanecen en ellas para disfrutar de sus bienes y de la belleza del país. Hay levadas de soldados españoles que se envían de guarnición á las otras ciudades de los dominios del Rey. Esos soldados se casan y se establecen en los sitios donde se encuentran, sin regresar á aquel de donde proceden. Añadid á esto que los españoles tienen pocos hijos. Cuando llegan á tres ya parece demasiado. Los extranjeros ricos no vienen á establecerse aquí como en



otras partes, porque no se les quiere, y los españoles se mantienen naturalmente *recatados*, es decir, reservados y unidos entre sí, sin querer comunicarse con las demás naciones, hacia las cuales sienten envidia ó desprecio. De manera que habiendo examinado las cosas que contribuyen á despoblar los Estados del Rey Católico, todavía queda lugar para sorprenderse de hallar tanta gente como hay en ellos.

En Castilla prodúcese poco trigo; y el que hace falta se trae de Sicilia, de Francia y de Flandes. ¿Y cómo había de aumentar la cosecha que á la tierra no le dé la gana de producirlo por sí misma, como en el país de promisión? Los españoles son demasiado indolentes para tomarse la molestia de cultivarlo; el menor aldeano se halla persuadido de que es *hidalgo*, es decir, noble; y en la menor casucha hay una historia apócrifa, compuesta hace cien años, que se lega por única herencia á los hijos y á los sobrinos del aldeano; en esta historia fabulosa hacen todos intervenir á la antigua caballería y á lo maravilloso, diciendo que sus tatarabuelos D. Pedro y D. Juan prestaron tales y cuales servicios á la Corona, por cuya razón los castellanos olvidan su provecho y recuerdan solamente que no quieren abdicar de la *gravedad* ni de la *descendencia*. Hé aquí cómo hablan; y con más facilidad sufren el hambre y las demás necesidades de la vida, que trabajar, según dicen, como mercenarios, lo cual sólo es propio de esclavos. De suerte que el orgullo, secundado por la pereza, impide á la mayoría sembrar sus tierras, á menos de que no vengan extranjeros á cultivarlas, lo cual ocurre siempre por particular designio de la Providencia y por la ganancia que aquí encuentran esos extranjeros, más laboriosos y más interesados. De suerte que un campesino permanece sentado en su silla leyendo una antigua novela, mientras los otros trabajan por él y se le llevan todo su dinero.

No se ve nada de avena, el heno es raro. Los caballos y las mulas comen cebada y paja picada. En los reinos de que os he hablado las montañas son de una altura y una extensión tan prodigiosas, que creo no habrá en el mundo sitio alguno donde existan otras análogas. Las hay de cien leguas de longitud, que se entrelazan como una cadena y, sin exa-



geración, son más altas que las nubes. Las llaman *sierras*, y entre ellas se encuentran las montañas de los Pirineos, de Granada, de Asturias, de Alcántara, de Sierra Morena, de Toledo, de Dona, de Molina y de Albanera. Estas montañas hacen tan difíciles los caminos, que no pueden ir carretas por ellos, y todo se lleva en mulos tan seguros de piernas, que en doscientas leguas de camino por entre rocas y continuos guijarros no tropiezan una sola vez.

Me han enseñado patentes expedidas en nombre del Rey D. Carlos II. Jamás he leído tantos títulos; hélos aquí: toma los nombres de Rey de España, de Castilla, de León, de Navarra, de Aragón, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Sevilla, de Murcia, de Jaén, de Jerusalén, Nápoles, Sicilia, Mallorca, Menorca y Cerdeña, de las Indias orientales y occidentales, de las islas y tierra firme del mar Océano; Archiduque de Austria; Duque de Borgoña, de Brabante, de Luxemburgo, de Gueldres, de Milán; Conde de Habsburgo, de Flandes, de Tyrol y de Barcelona; Señor de Vizcaya y de Molina; Marqués del Santo Imperio; Señor de Frisia, de Salinas, de Utrecht, de Malinas, Ovez-Issel, Gronnenghen; Gran Señor del Asia y del Africa. Hanme contado que Francisco I se burló de esto, cuando, habiendo recibido una carta de Carlos V llena de todos estos títulos fastuosos, al contestarle, no tomó otros que el de Ciudadano de París y Señor de Gentilly.

No se llevan aquí muy adelante los estudios y, á poco que se sepa, sácase partido de todo, porque el ingenio junto con un exterior grave les impide aparecer embarazados por su propia ignorancia. Cuando hablan, parece siempre que saben más de lo que dicen; y cuando se callan, parece que son bastante sabios para resolver las cuestiones más difíciles. Sin embargo, hay famosas Universidades en España, entre otras, Zaragoza, Barcelona, Salamanca, Alcalá, Santiago, Granada, Sevilla, Coimbra, Tarragona, Evora, Lisboa, Madrid, Murcia, Mallorca, Toledo, Lérida, Valencia y Occa. Los grandes predicadores abundan poco. Encuéntranse algunos que son bastante patéticos; pero, sean buenos ó malos sus sermones, los españoles que los escuchan se dan golpes



de pecho de vez en cuando con un fervor extraordinario, interrumpiendo al predicador con dolorosos gritos de compunción. Creo que ésta entre por algo, pero, con seguridad, por mucho menos de lo que manifiestan. Los caballeros no descienden su espada ni para confesar y comulgar. Dicen llevarla para defender la religión; y por la mañana, antes de ceñirla, la besan y hacen la señal de la cruz con ella. Tienen una devoción y una confianza particularísimas en la Santa Virgen. Casi no hay hombre alguno que no lleve escapulario ó alguna imagen bordada que haya sido restregada sobre alguna de las imágenes que se tienen por milagrosas; y aun cuando, por otra parte, no llevan una vida muy ejemplar, no dejan de rezarla como á quien les protege y preserva de los mayores males. Son muy caritativos, tanto á causa del mérito que se adquiere con la limosna, como por la inclinación natural que tienen á dar, y la pena efectiva que sienten cuando, por su pobreza ó por cualquier otro motivo, se ven obligados á rehusar lo que se les pide. Tienen la buena cualidad de no abandonar á sus amigos cuando están enfermos; redoblan sus cuidados y atenciones en un tiempo en que se tiene sin duda necesidad de compañía y de consuelo; hasta el punto de que, personas que no se ven cuatro veces al año, vense dos ó tres veces diarias en cuanto enferman y se hacen necesarias unas á otras. Pero después de curarse, se reanuda la misma forma de vida que se llevaba antes de estar malo.

D. Federico de Cardona, de quien hablo como de una persona á quien ya conocéis, está de regreso. Me ha traído una carta de la hermosa Marquesa de Los Ríos, que sigue siendo una de las más bellas mujeres del mundo, y que no se aburre en su retiro. También me ha dado noticias del señor Arzobispo de Burgos, cuyo mérito es poco frecuente. Añadió que había venido con un gentilhombre español, quien hábale contado cosas muy extraordinarias; entre otras, que todos los españoles nacidos en Viernes Santo cuando pasan delante de un cementerio donde se han enterrado personas asesinadas, ó bien si pasan por algún lugar donde se haya cometido un asesinato, aun cuando haya sido quitado de allí el muerto, no dejan de verlo ensangrentado y de la mis-



ma manera que estaba al morir, háyanle ó no conocido; lo cual es en verdad una cosa muy desagradable para aquellos á quienes les ocurre, pero en recompensa, curan la peste con su aliento y no la adquieren aun cuando estén con apestados. Muchas personas, decía, sorprendianse de que Felipe IV llevase la cabeza tan alta y la vista levantada hacia el cielo; es porque había nacido en Viernes santo, y siendo joven aún se le aparecieron varias veces personas asesinadas, y habiéndose atemorizado tomó la costumbre de bajar muy pocas veces la cabeza.—Pero, dije á D. Federico, ¿habláis en serio y como de cosa que todo el mundo sabe sin ponerla en duda? D. Fernando de Toledo entró en mi aposento cuando decía yo que era menester preguntárselo á alguien digno de crédito; preguntéselo á él, y don Fernando me aseguró que siempre había oído hablar de esta manera, pero que él no quería salir garante de ello.—También se dice, agregó, que hay ciertas personas que matan á un perro rabioso echándole el aliento, y que éstas tienen la virtud de echarse al fuego sin quemarse. Sin embargo, no he visto ninguna que haya querido hacer la prueba. Dan como razón que, si bien podrían hacerlo, sería demasiada vanidad querer distinguirse de los otros hombres por tan particulares mercedes del cielo.—En cuanto á mí, dije riendo, creo que esas personas tienen más prudencia que humildad; temen con razón la mordedura del can y el calor del brasero.—No estoy menos persuadido que vos de ello, señora, replicó don Federico.—Notengo fe en las cosas sobrenaturales. No pretendo hacéros las creer, dijo D. Fernando, aunque no veo más de extraordinario en esto que en mil prodigios que se observan todos los días. ¿Encontráis, por ejemplo, que haya menos por qué asombrarse de ese lago próximo á Guadalajara, en Andalucía, que pronostica las tempestades próximas con mugidos horribles, que se oyen á más de veinte mil pasos? ¿Y qué diremos de ese otro lago que se encuentra en la cúspide de la montaña de Clavijo, en el condado de Rosellón, cerca de Perpiñán? Es en extremo profundo. Hay peces de un tamaño y una forma monstruosos, y cuando se arroja en él una piedra, se ven salir con gran estrépito vapores que se elevan



por el aire, que se convierten en nubarrones, que producen tempestades horribles, con rayos, truenos y granizo. ¿No es verdad también, continuó, dirigiéndose á D. Federico, que cerca del castillo de Garcimanos, dentro de una caverna denominada la Judea, inmediata al puente de Talayredas, se ve una fuente cuyas aguas se congelan al caer y se endurecen de modo que se forma una piedra dura, muy trabajosa de romper, y que sirve para edificar las casas más hermosas de aquel país?—Tenéis muchos ejemplos, dijo D. Federico, y si queréis voy á suministraros algunos otros que os vendrán bien en caso necesario. Acordaos de la montaña del Moncayo en Aragón: si las ovejas apacientan allí antes de salir el sol, mueren; si están enfermas y pastan después de haber salido, sanan. No olvidéis tampoco esa fuente de la isla de Cádiz, que se deseca en la marea alta y corre cuando la mar está baja.—No seréis el único, dije interrumpiéndole, que secunde á D. Fernando en su empresa. Debo deciros que en esa misma isla de Cádiz hay una planta que se marchita al aparecer el sol y reverdece al llegar la noche.—¡Ah, qué linda planta!, exclamó D. Fernando riéndose. Serviráme para resarcirme de todas las burlas que venís haciendo de lo que decimos; ella me vengará.—Si no me hacéis traer de Cádiz esa planta, les dije, dudaré de cuanto afirmáis. La jovialidad y la oferta de estos caballeros nos hizo pasar una noche agradableísima; pero fuimos interrumpidos por mi parienta que volvía de la villa, y había pasado una parte del día en casa de su abogado, quien agonizaba. Era muy viejo y hombre muy hábil en su profesión. Nos contó ella que todos sus hijos estaban en torno de su lecho, y la única cosa que les recomendó fué que conservaran la gravedad; y luego, bendiciéndoles, les dijo:—¿Qué mayor bien, queridos hijos míos, puedo desearos sino el de que paséis vuestra vida en Madrid y que no abandonéis este paraíso terrenal sino para ir al cielo? Esto puede hacer ver, continuó ella, la prevención que los españoles tienen en pro de Madrid, y acerca de la felicidad de que se goza en esta corte.—Respecto á mí, dije interrumpiéndola, estoy persuadida de que entra por mucho la vanidad en el gusto que sienten los castellanos por



su patria; y en el fondo tienen demasiado talento para no conocer que hay muchos países más agradables. ¿No es verdad, dije, dirigiéndome á D. Fernando, que si bien no habláis como yo, pensáis lo mismo?—Lo que pienso, dijo riendo, no tiene consecuencias para los demás; pues desde mi regreso todo el mundo me echa en cara que ya no soy español. Verdad es que se está tan enfatuado con las delicias y los encantos de Madrid, y para no verse en el caso de abandonarlo en ninguna época del año, á nadie se le ha pasado por las mientes hacer construir lindas casas de campo para retirarse á ellas alguna vez; de manera que todos los alrededores de la villa, que debieran estar llenos de hermosos jardines y de palacios magníficos, son semejantes á pequeños desiertos, y esto es causa también de que en verano como en invierno la villa esté siempre igualmente poblada. Mi parienta dijo en seguida que quería llevarme al Escorial, y que eran de la partida las Marquesas de Palacios y de La Rosa, para dentro de dos días.—Vuestra señora madre os ha incluido, añadió ella, dirigiéndose á D. Fernando, y yo he invitado á D. Federico. Uno y otro dijéronla que con sumo gusto harían este corto viaje.

En efecto, fuimos á ver á la Reina madre para besarla las manos y pedirle sus órdenes para el Escorial. Es costumbre, al salir de Madrid, ir antes á ver á la Reina. Nosotros no la habíamos visto desde su regreso. Parecía más contenta que en Toledo. Nos dijo que no pensaba volver tan pronto á Madrid, y que parecíale ahora que jamás había salido de él. Lleváronla una gigante que venía de las Indias. En cuanto la vió, la hizo retirar porque la daba miedo. Sus damas quisieron hacer danzar á este coloso, quien al bailar sostenía en cada una de sus manos dos enanas que tocaban las castañuelas y la pandereta, ofreciendo todo ello una fealdad acabada. Mi parienta vió en la estancia de la Reina madre muchas cosas que procedían de D. Juan; entre otras, un reloj admirable, guarnecido de diamantes. D. Juan la ha hecho en parte su heredera, aparentemente para manifestarla su pesar por haberla atormentado tanto.

La partida al Escorial se ha realizado con todos los ali-



cientes posibles. Las mismas damas que vinieron á Aranjuez y Toledo han quedado muy satisfechas de aprovechar la buena estación para pasearse un poco, y fuimos primero al *Pardo*, que es un sitio real. Su fábrica es muy hermosa, como todas las demás de España; es decir, un cuadrado de cuatro cuerpos, separados por grandes galerías de comunicación, las cuales están sostenidas por columnas. Los muebles no son magníficos, pero hay buenos cuadros, entre otros, los de todos los Reyes de España vestidos de una manera singular.

Nos enseñaron un pequeño gabinete que el difunto Rey llamaba su favorito, porque allí veía algunas veces á sus queridas; y este Príncipe tan frío y tan serio en apariencia, que nunca se le vió reír, era en efecto el más galante y más tierno de todos los hombres. Hay allí un gran jardín bastante bien cuidado, y un parque de una extensión considerable, donde el Rey va con frecuencia de caza. Fuimos en seguida á un convento de Capuchinos, que está en lo alto de un monte. Es un lugar de gran devoción, á causa de un Crucifijo desclavado de su cruz que hace frecuentes milagros. Después de haber allí rezado nuestras oraciones, bajamos por el otro lado del monte, á una ermita donde había un recluso que no quiso vernos ni hablarnos; pero echó un billete por su rejilla, en el cual vimos escrito que nos encomendaría á Dios. Todas estábamos en extremo cansadas, pues había sido preciso subir á pie el monte, y hacía mucho calor. Percibimos en el fondo del valle una pequeña casucha al borde de un arroyo que se deslizaba por entre sauces. Volvimos hacia este lado, y aún estábamos bastante lejos, cuando vimos una mujer y un hombre muy limpios, que se levantaron bruscamente de al pie de un árbol donde estaban sentados, y entraron en esta casa, cuya puerta cerraron con la misma diligencia que si nos hubiesen tomado por ladrones. Pero sin duda el recelo de ser conocidos fué lo que les hacía tomar esta precaución.

Llegamos al sitio que acababan de abandonar y, sentándonos sobre la hierba, comimos frutas que habíamos hecho llevar. Estaba tan cerca la casita que podían vernos desde las ventanas. Salió de ella una campesina muy bonita, que



se acercó á nosotras llevando una cesta de junco marino; arrodillóse ante nosotras y nos pidió frutas de nuestra merienda para una señora que estaba en cinta y que se moriría si se las rehusábamos. En seguida la enviamos las más bellas. Un momento después la joven volvió con una tabaquera de oro y nos dijo que la señora de la *casita* nos rogaba tomásemos de su tabaco, en reconocimiento de la merced que la habíamos hecho. Aquí es moda presentar tabaco cuando se quiere dar testimonio de amistad. Permanecimos tan larga pieza de tiempo á orillas del agua, que hicimos resolución de no llegar más lejos que de la Zarzuela, que es otro sitio real, menos bello que el Pardo y tan abandonado que no se encuentra en él nada recomendable más que las aguas. Nos acostamos allí bastante mal, aun cuando era en los mismos lechos de Su Majestad, y no pudimos hacer nunca nada mejor que llevar con nosotras todo lo preciso para nuestra cena. Entramos en seguida en los jardines, que están en muy mal orden. Las fuentes corren de día y de noche; las aguas son tan cristalinas y tan abundantes que, á poco que se hiciera, no habría sitio en el mundo más adecuado para construir una residencia agradable; pero desde el Rey hasta el último ciudadano, aquí nadie tiene costumbre de mejorar sus casas de campo; muy al contrario, las dejan derruirse por falta de algunas insignificantes reparaciones. Nuestras camas eran tan malas, que no tuvimos gran trabajo para abandonarlas á la mañana siguiente, á fin de ir al Escorial. Pasamos por Monareco, donde comienzan los bosques, y un poco más lejos el parque del convento del Escorial, mandado construir por Felipe II entre montañas para encontrar más fácilmente la piedra que necesitaba. Ha sido menester una cantidad tan prodigiosa de ella, que no puede comprenderse sin verla, y el monasterio del Escorial es uno de los grandes edificios que tenemos en Europa. Llegamos allí por una larguísima calle de álamos formada por cuatro filas de árboles. El frontis es magnífico, adornado con varias columnas de mármol elevadas unas sobre otras, hasta una imagen de San Lorenzo que hay en lo alto. Allí están las armas del Rey esculpidas en una piedra del rayo traída de la



Arabia; y costó sesenta mil escudos hacerlas grabar en ella.

Fácil es creer que habiendo hecho un gasto tan considerable para una cosa tan poco necesaria, no se han escatimado las que podían ser útiles para contribuir á la belleza de este edificio, que es grandioso y de forma cuadrangular, presentando junto al cuadrado un cuerpo largo adherido á él y que le hace representar en cierto modo una parrilla como la que se empleó para martirio de San Lorenzo, patrón del Monasterio. El orden es dórico y muy sencillo. El cuadrado está dividido por medio, y una de las divisiones que miran al Oriente divídese á cada lado en otros cuatro cuadros menores, que son cuatro claustros de orden dórico, de modo que quien ve uno de ellos ve todos los demás. La fábrica nada tiene de sorprendente en su traza, ni por la arquitectura. Lo que hay de notable es la masa del edificio, que es de trescientos ochenta pasos en cuadro. Pues además de esos cuatro claustros de que he hablado, la otra parte del cuadro, subdividida en dos, forma otros dos cuerpos. Uno es el palacio del Rey y el otro es el Colegio, dentro del cual residen gran número de pensionados á los cuales el Rey costea beca para estudiar. Los religiosos que lo habitan son Jerónimos, cuya orden es desconocida en Francia y fué abolida en Italia porque un fraile jerónimo atentó contra la vida de San Carlos Borromeo, pero no le hirió, aun cuando disparó contra él y las balas atravesaron sus vestiduras pontificales. Esta orden no deja de estar aquí en gran predicamento; hay trescientos religiosos en el Monasterio del Escorial, que viven poco más ó menos como los Cartujos; hablan poco, rezan mucho, y las mujeres no entran en su iglesia. Además, tienen que estudiar y predicar. Lo que hace todavía más importante este edificio es la clase de piedra que en él se ha empleado. Se extrajo de las canteras próximas. Su color es grisáceo. Resiste á todas las injurias del aire. No se oscurece, y siempre conserva el color que tenía al principio. Felipe II tardó veinte años en construir el Monasterio, disfrutó de él trece y allí murió. Costóle esta fábrica seis millones. Felipe IV le añadió el panteón, es decir, un mausoleo á la manera del Panteón de Roma, abierto bajo el altar mayor de la iglesia; todo él de mármol,



de jaspe y de pórfido, donde están embutidas en los muros venintiséis tumbas magníficas. Desciéndose hasta él por una escalera de jaspe, y al bajarla, me figuré entrar en alguno de esos recintos encantados de que hablan las novelas y los libros de caballería. El tabernáculo, la arquitectura de la mesa de altar, la gradería por donde á él se sube, el copón hecho de una sola pieza de ágata, son otros tantos milagros. Admiranse allí abundantes é increíbles riquezas en pedrerías y en oro. Un solo armario de joyas (porque hay cuatro, en cuatro capillas de la iglesia) excede con mucho al tesoro de San Marcos de Venecia. Los ornamentos de la iglesia están bordados de perlas y pedrerías. Los cálices y los vasos son de piedras preciosas; los candeleros y las lámparas son de oro puro. Hay cuarenta capillas y otros tantos altares donde se emplean todos los días cuarenta diversos ornamentos. El retablo del altar mayor se compone de cuatro órdenes de columnas de jaspe, y se sube al altar por diez y siete gradas de pórfido. El tabernáculo está enriquecido con varias columnas de ágata y varias hermosas figuras de metal y de cristal de roca. No se ve en el tabernáculo más que oro, lápizlázuli, pedrerías tan diáfanas que al través de ellas se ve al Santísimo Sacramento, que está dentro de una naveta de ágata. Estímase este tabernáculo en un millón de escudos. Hay en la iglesia, siete coros con órganos.

La sillería del coro es de madera exquisita; procede de las Indias y está con admirable primor trabajada por el modelo de Santo Domingo de Bolonia. Los claustros del monasterio son sumamente hermosos, y hay en medio un jardín de flores y un templete abierto por los cuatro lados cuya bóveda se sustenta sobre columnas de pórfido, entre las cuales hay nichos donde están los cuatro Evangelistas con el ángel encima, y alrededor los animales de mármol blanco, de tamaño mayor del natural, que arrojan torrentes de agua dentro de pilones de mármol. La capilla está abovedada, es de bellísima arquitectura, y su pavimento de mármol blanco y negro. Hay allí varios cuadros de un precio inestimable, y en la sala capitular, que es muy grande, aparte de cuadros excelentes, se ven bajorrelieves de ágata, cada uno de pie y medio y cuyo



valor no puede calcularse. Respecto á la iglesia, nada tiene de extraordinario en su estructura. Es más grande, pero análoga á la de los Jesuitas de la calle de San Antonio, salvo ser del orden dórico como la casa. Bramante, famoso arquitecto de Italia, dió la traza del Escorial. Las habitaciones del Rey y de la Reina no tienen nada de magnificencia. Pero Felipe II consideraba esta casa como un lugar de oración y de retiro, y lo que más quiso embellecer fué la iglesia y la biblioteca. El Ticiano, famoso pintor, y otros varios más agotaron su arte para pintar bien las cinco galerías de la biblioteca. Sitio admirable, tanto por las pinturas como por sus cien mil volúmenes, sin contar los manuscritos originales de algunos santos Padres y Doctores de la iglesia, muy bien encuadernados é iluminados todos. Fácilmente juzgaréis la grandeza del Escorial cuando os haya dicho que hay en él diez y siete claustros, veintidós patios, once mil ventanas, más de ochocientas columnas y un número infinito de salas y de aposentos. Poco después de morir Felipe II se quitó á los religiosos del Escorial un terreno que el difunto Rey les había donado, llámase *Campillo*, y produce diez y ocho mil escudos de renta; esto se hizo en virtud de la cláusula de su testamento por la cual revocaba las inmensas donaciones que había hecho durante su vida.

El Duque de Braganza hallábase en la corte de Felipe II, y el Rey quiso que lo llevaran al Escorial para que viera este soberbio edificio. Y como quiera que el encargado de mostrárselo le dijese que había sido edificado para cumplir el voto hecho por Felipe II en la batalla de San Quintín, el Duque replicó con mucha gracia: «Grande miedo debía de tener quien hizo tan gran voto.» Al hablar de Felipe II me acuerdo de haberseme dicho que Carlos V le recomendó que conservase las tres llaves de España. Eran éstas: la Goleta en África, Fletinga en Zelanda y Cádiz en España. Los turcos han tomado la Goleta, los holandeses á Fletinga, los ingleses á Cádiz. Pero el Rey de España no ha pasado mucho tiempo sin recuperar esta última plaza.

El Escorial está construído en la pendiente de unas rocas, en un sitio desierto, estéril, rodeado de montañas. El



pueblo está abajo y tiene pocas casas. Casi siempre hace allí frío. Es prodigiosa la extensión de los jardines y del parque. Encuéntranse bosques, llanos, una gran casa en medio, donde se alojan los guardas, y todo está lleno de animales feroces y de caza. Después de haber visto un lugar tan digno de nuestra admiración, partimos todos juntos, y como habíamos pasado por los sitios reales de El Pardo y de La Zarzuela, regresamos por las montañas, cuyo camino es más corto, pero más difícil. Pasamos por Colmenar y, costeando el riachuelo de Guadarrama, fuimos por Las Rozas y Aravaca hasta Madrid, donde supimos que la servidumbre de la Reina iba á partir para ir á esperarla en la frontera. En seguida nos presentamos en palacio para decir adiós á la Duquesa de Terranova y á las otras damas, á las cuales el Rey había las hecho montar á caballo, para ver de qué manera estarían el día de la entrada. Las puertas y los jardines estaban rigurosamente custodiados á causa de esto, y no se permitía entrar allí á ningún hombre. Las damas jóvenes de palacio tenían apostura bastante gallarda; pero ¡Dios mío, qué estantiguas la Duquesa de Terranova y D.<sup>na</sup> María de Alarcón, jefe de las damas jóvenes de la Reina! Cada una estaba sobre una mula toda ensortijada y herrada de plata, con una gran manta de terciopelo negro, análoga á la que los médicos de París ponen á sus caballos.

Estas damas, vestidas de viudas, traje cuya descripción he hecho; muy viejas, muy feas, con el aspecto severo é imperioso, llevaban puesto un gran sombrero atado con cordones por debajo de la barba, y veinte gentilhombres, que estaban á pie alrededor de ellas, las sujetaban por miedo á que se dejasen caer. Nunca hubieran permitido que las tocasen así, á no temer romperse la cabeza; pues aun cuando las damas tienen dos escuderos y éstos las acompañan á todas partes donde van, nunca les dan la mano; marchan á su lado y las presentan los codos envueltos en sus capas, lo cual hace parecer sus brazos monstruosamente gruesos. Si al caminar la Reina le aconteciera caerse y no estuviesen alrededor suyo sus damas para levantarla, aun cuando hubiera allí cien gentilhombres, tomaríase la pena de levantarse por sí sola ó per-



manecería tirada en el suelo, sin que se atreviera nadie á levantarla.

Pasamos una parte de la tarde viendo á estas damas. El equipaje que han traído es magnífico, pero bastante mal entendido. ¡La Duquesa de Terranova lleva ella sola seis literas de terciopelo bordado de diferentes colores, y cuarenta los, cuyas gualdrapas son de lo más rico que he visto jamás!

Toda la corte está de regreso, incluso la Reina, á la cual vi llegar con el Rey en una carroza cuyas cortinillas iban del todo abiertas. Estaba vestida á la española, y no la encontré menos bien en este traje que en el suyo á la francesa. Pero el Rey se había vestido á la Schomberg; éste es el traje de campo de los españoles, y es muy semejante al vestido á la francesa. He oído referir la sorpresa de la Reina cuando tuvo el honor de ver por primera vez al Rey, que llevaba una casaca muy corta y muy ancha, de camelote gris, calzas de terciopelo, medias de seda cruda trabajada tan floja que al través de ella se ve el calcetín, formando un tejido tan fino como si fuera de cabello, y al Rey le gusta ponérselas de un tirón, aun cuando estén muy justas, de suerte que algunas veces rompe hasta veinte pares. Llevaba una preciosísima corbata que la Reina le había enviado; pero estaba anudada con demasiado abandono. Sus cabellos caían por detrás de las orejas, y llevaba un sombrero gris blanquecino, y vestido él como descrito queda y ella como dije, á la española, siguieron todo el viaje, que era bastante largo, uno frente á otro, en su gran carroza, no pudiendo apenas entenderse sino por algunas acciones, pues el Rey no sabe absolutamente nada el francés y la Reina hablaba poco la lengua española. Al llegar á Madrid fueron á oír el *Te Deum* á Nuestra Señora de Atocha, seguidos por todos los personajes y todo el pueblo, que lanzaba grandes gritos de gozo. En seguida Sus Majestades fueron al Buen Retiro, porque no estaban preparados los aposentos de palacio y era preciso que la Reina esperase algún tiempo, hasta su entrada, para permanecer en él. Este tiempo ha debido de parecerle bien largo, pues no veía á nadie más que á la camarera mayor y á sus damas. Se la hizo llevar una vida tan retraída que, para soportarla, necesitase poseer todo el



talento y la dulzura que tiene. Carece hasta de la libertad de ver al Embajador de Francia; en fin, es un aburrimiento continuo. Sin embargo, todas las damas españolas la aman tiernamente y la compadecen entre ellas.

Hace algún tiempo estaba yo en casa de la Condesa de Villaumbrosa entre una gran concurrencia. Vino la Marquesa de la Fuente, y como en este país son muy supersticiosas, díjoles toda despavorida que estando ella con la Reina, que se miraba en un gran espejo, apoyó su mano en él, tocándolo con suma ligereza, y que el cristal se hendió de alto abajo; que la Reina había visto esto sin asustarse, y hasta se había reído del estupor de todas las damas que estaban en torno suyo, diciéndolas que era una debilidad pararse en cosas que pudieran tener causas naturales. Hablaron largo rato acerca de este particular y afirmaron, suspirando, que la Reina no viviría mucho tiempo.

También nos dijo que á la Reina le había molestado mucho lo incivil de la camarera mayor, quien, viendo algunos de sus cabellos desarreglados sobre su frente, escupió en sus manos para atusárselos; al ver lo cual la Reina había-la detenido el brazo, diciendo con aire de soberana que la mejor esencia no era demasiado buena para eso; y cogiendo su pañuelo se frotó largo rato los cabellos en el punto donde aquella vieja los había tan suciamente humedecido. No es extraordinario aquí mojarse la cabeza para aprestarse y adherirse los cabellos. La primera vez que me peiné á la española, una de las criadas de mi parienta, acometiendo esa grande obra maestra, empleó tres horas en darme tirones en la cabeza, y viendo que mis cabellos estaban siempre naturalmente rizados, sin decirme nada, empapó dos gruesas esponjas en una jofaina llena de agua y me bautizó de lo lindo, tanto que estuve acatarrada más de un mes.

Pero, volviendo á tratar de la Reina, es una cosa digna de lástima el proceder que su vieja camarera emplea con ella para servirla; pues me han dicho que no sufre el ver que tenga un solo cabello rizado, ni que se acerque á las ventanas de su estancia, ni que hable á nadie; sin embargo, no todo son molestas importunidades, porque el Rey ama á la Reina



con todo su corazón; come de ordinario con ella y sin ceremonia alguna; de suerte que, con mucha frecuencia, cuando las azafatas ponen los cubiertos, el Rey y la Reina las ayudan por divertirse; el uno lleva el mantel y la otra las servilletas. La Reina tiene dispuesto que la den de comer al uso de Francia y el Rey al de España. Una cocinera es quien adereza todas las vituallas; la Reina trata de acostumbrar á su esposo á los guisos que se le sirven, pero él no quiere hacerlo. Por lo demás, no creáis que Sus Majestades se hallen rodeados de personas de la Corte cuando comen; á lo sumo hay algunas damas de palacio, meninas, gran número de enanas y de enanos.

La Reina hizo su entrada el 13 de Enero. Después de cerrar todas las avenidas del gran camino que conduce al Buen Retiro y prohibirse que en él entrasen las carrozas, hizose construir un arco de triunfo donde estaba el retrato de la Reina. Adornaban este arco diversos festones, pinturas y emblemas, y se había levantado en el camino por donde tenía que pasar la Reina para entrar en Madrid. Á los dos lados había una especie de galería con rompimientos, en los cuales veíanse las armas de los diversos reinos de los dominios de España, enlazadas unas con otras por columnas que sostenían estatuas doradas, cada una de las cuales presentaba coronas é inscripciones alusivas á estos reinos.

Esta galería continuaba hasta la puerta triunfal del gran camino, que era muy rica y hallábase adornada con diversas estatuas, y cuatro bellas jóvenes, vestidas de ninfas, esperaban allí á la Reina, teniendo flores dentro de canastillas para alfombrar con ellas el suelo á su paso. Apenas se había traspuesto esta puerta, descubríase la segunda y así se veían todas desde lejos, unas detrás de otras. Ésta estaba adornada por efigies que representaban el Consejo Real, el de la Inquisición, los Consejos de Indias, de Aragón, de Estado, de Italia, de Flandes y de otros lugares, bajo la figura de otras tantas estatuas doradas. La de la Justicia era más alta que las demás. Un poco más lejos encontrábase el Siglo de Oro, acompañado por la Ley, la Recompensa, la Protección y el Castigo. El templo de la Fe estaba representado en un



cuadro; el Honor y la Felicidad abrían su puerta y la Dicha salía de él para ir á recibir á la nueva Reina. Veíase también un cuadro representando la acogida que hizo Salomón á la Reina de Saba, y en otro Débora dando leyes á su pueblo. Asimismo se veían las estatuas de Ceres, Astrea, la Unión, la Virtud, la Vida, la Seguridad, el Tiempo, la Tierra, la Tranquilidad, la Paz, la Grandeza, el Reposo, Themis y la Liberalidad. Entre diversas pinturas, advertí á Eneas cuando quiso descender á los infiernos; Cerbero encadenado por la Sibila; los Campos Eliseos, donde Anquises hizo ver á su hijo los que vendrían después de él de su posteridad. El resto estaba lleno de jeroglíficos innumerables. La Reina se detuvo hacia la tercera puerta, en un hermosísimo jardinillo que estaba en su camino, con cascadas, grutas, fuentes y estatuas de mármol blanco. Nada más agradable que este jardín. Lo habían hecho los frailes de San Francisco de Paula. La cuarta puerta estaba en medio de la plaza llamada *del Sol*. No era menos brillante que las otras en oro y pintura, estatuas y divisas.

La calle de los Pellejeros estaba llena de animales, cuyas pieles estaban tan bien arregladas, que nadie hubiese creído sino que eran tigres, leones, osos y panteras vivos. La quinta puerta, que era la de Guadalajara, tenía particulares bellezas; y en seguida entró la Reina en la calle de los Plateros. Estaba bordeada por grandes ángeles de plata pura. Veíanse allí varios escudos de oro en los cuales se leían los nombres del Rey y de la Reina, con sus armas formadas de perlas, rubíes, diamantes, esmeraldas y otras piedras tan bellas y tan ricas, que al decir de los inteligentes había allí por más de doce millones. En la Plaza Mayor veíase un anfiteatro, cargado de estatuas y adornado con pinturas. La última puerta estaba próxima de allí. En medio de la fachada principal del palacio de la Reina madre se veía á Apolo, todas las Musas, el retrato del Rey y de la Reina á caballo, y otras varias cosas en que no me fijé lo suficiente para referirlas con detención. El patio del palacio estaba rodeado de hombres y mujeres jóvenes, que representaban los ríos y arroyos de España. Estaban coronados de hojas de caña y



nenúfares, con vasos derribados, y el resto de su traje era adecuado. Vinieron á cumplimentar á la Reina en latín y en español. En este patio había también dos castillos de fuegos artificiales. Todo el palacio estaba colgado con los más bellos tapices de la Corona, y no hay en el mundo sitio donde se vean más hermosos. Dos carros llenos de músicos precedían á Su Majestad.

Los magistrados de la Villa habían salido del local de su asamblea en traje de ceremonia. Consistía en toga de brocado bordada en oro, pequeño sombrero de ala vuelta cargado de plumas; los magistrados iban montados en hermosísimos caballos. Vinieron á presentar las llaves de la Villa á la Reina y á recibirla bajo palio. El Rey y la Reina madre fueron en carroza descubierta, á fin de que el pueblo pudiera verlos, á casa de la Condesa de Oñate, desde donde vieron llegar á la Reina.

Seis trompeteros con trajes blancos y rojos, acompañados por los timbales de la Villa, montados en magníficos caballos cuyas gualdrapas eran de terciopelo negro, marchaban delante del alcalde de la Corte. Los caballeros de las tres órdenes militares, que son Santiago, Calatrava y Alcántara, seguían, vestidos con mantos bordados de oro, y sus sombreros cubiertos de plumas. En pos de ellos veíase á los títulos de Castilla y á los oficiales de la casa del Rey. Todos llevaban botas blancas y casi no había ninguno que no fuera Grande de España. Sus sombreros estaban guarnecidos de diamantes y de perlas, y su magnificencia revelábase en todo. Sus caballos eran admirables; cada cual tenía gran número de gentes de librea, y los trajes de los lacayos eran de brocado de oro y plata con varios colores mezclados, lo que producía muy buen efecto.

La Reina iba montada en un preciosísimo caballo de Andalucía, conducido del freno por el Marqués de Villamagna, su primer caballero. Su vestidura estaba tan recubierta de bordados que no se veía la tela. Llevaba un sombrero guarnecido por algunas plumas con la perla llamada la *Peregrina*, que es tan gruesa como una pera pequeña y de un valor inestimable. Llevaba los cabellos esparcidos sobre sus hom-



bros y de través por la frente; su garganta un poco descubierta y alrededor de ella un pequeño verdugado. Llevaba en el dedo el gran diamante del Rey, que se pretende sea uno de los más hermosos que existen en Europa; pero el apuesto talante de la Reina y sus atractivos brillaban mucho más que todas las pedrerías con que se engalanaba. Detrás de ella y fuera del palio marchaban la Duquesa de Terranova, vestida de dueña, y D.<sup>na</sup> María de Alarcón, jefe de las damas jóvenes de la Reina. Cada cual iba sobre una mula; inmediatamente después de ellas, las damas jóvenes de la Reina en número de ocho, todas cubiertas de diamantes y bordados, presentábanse jinetes en hermosos caballos y junto á cada una había dos caballeros de la corte. Las carrozas de la Reina iban después y cerraba el cortejo la guardia de la lancilla, que se detuvo delante de casa de la Condesa de Oñate para saludar al Rey y á la Reina madre. Bajaron todos á Santa María, donde el Cardenal Portocarrero, Arzobispo de Toledo, los aguardaba, y en seguida comenzó el *Te Deum*. Terminado que se hubo, volvió la Reina á montar á caballo para ir á palacio, donde fué recibida por el Rey y la Reina madre. El Rey la ayudó á bajar del caballo, y la Reina madre, cogiéndola de la mano, la condujo á sus habitaciones, donde la aguardaban todas las damas, que se arrojaron á sus plantas para besarla respetuosamente la mano.

Ya que hablo de palacio, debo decir que he sabido hay en él ciertas reglas fijas respecto al Rey, que se siguen desde hace más de un siglo sin apartarse de ellas en manera alguna. Se denominan la etiqueta de palacio, la cual dispone que las Reinas de España se acostarán á las diez en verano y á las nueve en invierno. Al principio de llegar la Reina no se fijaba en la hora señalada y la parecía que su hora de acostarse debía regularse por las ganas que tuviera de dormir; así, pues, ocurríale con frecuencia que aún estaba cenando, y sin decirle una palabra, su servidumbre comenzaba á despeinarla, mientras la descalzaban por debajo de la mesa, y hacíanla acostarse con una rapidez muy sorprendente para ella.

Los Reyes de España duermen en su habitación y las Reinas en la suya; pero D. Carlos ama demasiado á la Reina



para querer separarse de ella. Hé aquí cómo está dispuesto por la etiqueta que el Rey debe estar cuando llega la noche de ir á dormir con la Reina: se pone los zapatos á modo de pantuflas (pues aquí no se hacen babuchas), su capa negra al hombro (en vez de una bata, que en Madrid nadie usa), su broquel pasado por un brazo (es una especie de escudo de que ya he hablado), la botella pasada por el otro con un cordón. Esta botella no es para beber, sino que sirve para un destino enteramente opuesto, que fácilmente se adivina. Además de todo esto, el Rey lleva su gran espada en una de sus manos y la linterna sorda en la otra. Es preciso que vaya de esta suerte enteramente solo á la alcoba de la Reina.

Hay otra etiqueta, que consiste en que cuando el Rey ha tenido una querida, en cuanto ésta se ve abandonada es preciso que se meta monja, como ya lo he dicho. Hanme referido que gustando el difunto Rey de una dama de palacio, fué una noche á llamar quedo á la puerta de su cuarto. Como aquélla comprendiese que era él, no quiso abrirle la puerta, y se contentó con decirle á través de ésta: *Vaya, vaya con Dios; no quiero ser monja.*

También está dispuesto que el Rey dará veinte escudos á su querida cada vez que reciba de ella algún favor. Ya veis que esto no es para arruinar al Estado, y que el gasto que hace un rey para sus placeres no puede ser más ínfimo. Acerca de esto, sabe todo el mundo que Felipe IV, padre del Rey actual, habiendo oído ponderar la belleza de una famosa cortesana, fué á verla á su casa; pero religioso observante de la etiqueta, no le dió más que veinte escudos. Ella montó en cólera al ver una recompensa tan poco proporcionada á sus méritos, y, disimulando su disgusto, fué á ver al Rey vestida de caballero, y después de haberse dado á conocer y haber obtenido de él una audiencia particular, sacó una bolsa donde había dos mil escudos, y arrojándola sobre la mesa, dijo:—Así es como pago yo á mis queridas. En este momento pretendía que el Rey era su querida, puesto que ella daba los pasos para ir á buscarle vestida de hombre.

Sábese por la etiqueta el tiempo fijo en que el Rey debe ir á los reales sitios, como el Escorial, Aranjuez y el Buen

Retiro; de manera que, sin esperar sus órdenes, se hacen partir todos los equipajes y por la mañana van á despertar-le para ponerle el traje descrito en la etiqueta, según la estación, y luego sube á su gran carroza Su Majestad y le conducen donde se ha dicho hace algunos siglos que iría.

Cuando llega el tiempo señalado para regresar, aun cuando el Rey se complazca en el sitio donde esté, no por eso deja de marcharse para no derogar la costumbre.

Sábese también cuándo debe confesarse y hacer sus devociones, y con oportunidad el confesor se presenta en su cámara para hacerle cumplir con la Iglesia.

Es menester que todos los cortesanos y hasta los Embajadores, cuando entran en la cámara del Rey, lleven ciertos manguitos de fino y delgado lienzo que se atan ajustados á la manga. Hay tiendas en la sala de los guardias, donde los señores van á alquilarlos al entrar y á devolverlos al salir. Además, es preciso que todas las señoras lleven chapines cuando están delante de la Reina. Recuerdo haberos dicho ya que son pequeñas sandalias dentro de las cuales se mete el zapato y que las levantan extraordinariamente del suelo. Si se presentasen ante la Reina sin chapines, ésta lo encontraría muy mal.

Las Reinas de España no tienen á su lado sino viudas ó solteras. El palacio está tan lleno, que sólo á ellas se ve al través de las celosías ó en los balcones. Y lo que me parece más singular es que está permitido á un hombre, aunque sea casado, declararse amante de una dama de palacio y hacer por ella todos los gastos y locuras que pueda, sin que nadie tenga nada por que murmurar de esto. Se ve á esos galanes en el patio y á todas las damas en las ventanas, pasando los días en charlar con los dedos; porque preciso es saber que sus manos hablan un lenguaje enteramente inteligible; y como, si fuera análogo, podría adivinarse, si los mismos signos quisieran decir siempre las mismas cosas, se convienen con sus queridas en ciertos signos particulares que los demás no entiendan. Estos amoríos son públicos y es preciso tener mucha galantería y chispa para emprenderlos y para que una dama quiera aceptaros, porque son muy delicadas, no hablan como las otras; en palacio rigen costum-



bres y maneras del todo diferentes de las de la Villa, y para saberlas es menester que se aprendan como se hace con un oficio. Cuando sale la Reina, van con ella todas las damas, ó por lo menos la mayor parte, y entonces los amantes, que están siempre alerta, van á pie alrededor de las portezuelas del carruaje para darles conversaci3n. Da gusto ver c3mo se llenan de barro, pues las calles son horriblemente sucias, pero tambi3n el m3s enfangado es el m3s galante. Cuando la Reina vuelve tarde, hay que llevar delante de la carroza donde van las damas cuarenta 3 cincuenta hachas de cera blanca; y esto produce algunas veces una bellisima iluminaci3n, pues hay varias carrozas y en cada una varias damas. As3, vense con frecuencia m3s de mil hachones, sin contar los que alumbran á la Reina.

Cuando las damas de palacio se hacen sangrar, el cirujano tiene gran cuidado de llevarse la venda 3 alg3n pañuelo donde haya ca3do sangre de la hermosa y no deja de hacer con ello un presente al caballero que la ama, el cual en esta ocasi3n vese obligado á tirar la casa por la ventana. Los hay bastante locos para dar la mayor parte de su vajilla de plata al cirujano; y no cre3is que s3lo sea una cuchara, un tenedor y un cuchillo, como las de ciertas gentes que conocemos y que no tienen nada m3s. No, no, el obsequio llega hasta diez y doce mil libras, y es costumbre tan arraigada entre ellos, que mejor quisiera un hombre comer todo el a3o r3banos y cebolletas que faltar á lo preciso en tales ocurrencias.

No hay dama que salga de palacio sin haber contra3do un ventajos3simo enlace. Tambi3n hay las meninas de la Reina, las cuales son tan j3venes cuando se colocan á su lado que las tiene de seis 3 siete a3os. Son ni3as de las principales familias, y he visto algunas m3s bellas de lo que pintan al Amor.

En los d3as de ceremonia en que salen las damas, 3 cuando la Reina da audiencia, cada dama puede llevar dos caballeros á su lado y estos caballeros entonces se cubren delante de Sus Majestades aun cuando no sean Grandes de Espa3a. Les llaman *embebecidos*, es decir, ebrios de amor, y se los considera tan ocupados con su pasi3n y tan felices con el placer de hallarse junto á sus amadas, que se supone son



en aquellos momentos incapaces de pensar en otra cosa. Por eso les está permitido cubrirse como á un hombre que ha perdido el seso, y faltar á los deberes de la buena educación. Mas para presentarse así, necesitan que sus damas se lo permitan, de otro modo no osarían hacerlo.

En la Corte no hay más diversiones que las comedias, pero durante el Carnaval se vacían huevos por un agujerito y se llenan de agua de olor, tapándolos con cera, y cuando el Rey está en la comedia los arroja á todo el mundo. Cada cual hace lo mismo, á imitación de Su Majestad, y esta lluvia perfumada, que embalsama el aire, no deja de mojar bien. Es una de sus más grandes diversiones y casi no hay persona alguna que en esta época no lleve un centenar de huevos rellenos con agua de Córdoba ó de azahar, y al pasar en carroza se los tiran á la cara. En este tiempo el pueblo tiene también sus recreos de moda; por ejemplo: se rompe una garrafa, se ata su cubierta de mimbre con los cascotes dentro á la cola de un perro ó de un gato, y algunas veces corren detras más de dos mil personas.

Jamás he visto nada tan lindo como el enano del Rey, que se llama Luisillo. Nació en Flandes y es de una maravillosa pequeñez, estando perfectamente bien proporcionado. Tiene bonita cara, la cabeza admirable y más talento del que imaginarse puede, pero sobre todo un ingenio prudente y que vale mucho. Cuando va de paseo, acompaña un palafrenero montado á caballo, quien lleva delante de sí un caballo enano, que, en su especie, no está menos bien constituido que su dueño en la suya. Se lleva este caballito hasta el sitio donde lo monta Luisillo, porque se fatigaría en extremo si hubiera de ir á pie; y da gusto ver la agilidad de este animalito cuando su amo le obliga á dar vueltas. Os aseguro que cuando está montado Luisillo no levantan entre él y su caballo más de tres cuartas del suelo. Decía Luisillo muy formalmente el otro día que ansiaba lidiar toros en los primeros festejos por el amor de su adorada D.<sup>a</sup> Elvira, que es una niña de siete á ocho años, de una belleza admirable, y la Reina le ha mandado que sea su cortejo. Esta niña cayó en manos de la Reina por una gran suerte. Hé aquí la aventura:



Los Padres de la Merced fueron á rescatar cierto número de esclavos que trajeron consigo á Madrid. Cuando celebraban, según costumbre, la procesión por la Villa, la Reina vió á una de las cautivas llevando de la mano dos niñas pequeñas; parecían hermanas, pero había la diferencia de que la una era en extremo bonita y la otra en extremo fea. Hízola aproximarse la Reina y le preguntó si era la madre de esas dos niñas. Dijo que no lo era sino de la fea.—¿Y por qué azar tenéis la otra? le dijo la Reina.—Señora, respondió, estábamos en un barco donde había una gran dama en cinta á quien no conocíamos, pero por su tren y la magnificencia de sus vestidos era fácil juzgar de su alcurnia. Fuimos apresados tras rudo combate, en el que murieron la mayor parte de sus servidores, y la dió tanto miedo que parió, falleciendo en seguida.

Yo estaba junto á ella y, viendo á esta pobre criaturita sin nodriza y próxima á morir, resolví criarla, si era posible, con la niña que yo tenía. En cuanto los corsarios quedaron dueños de nuestro barco, repartieron la presa entre sí; iban en dos bajeles y cada uno tomó lo que le cupo en suerte. El resto de las mujeres y otros servidores de aquella señora fueron á un lado y yo á otro, de suerte, Señora, que no pude saber á quién pertenecía la que salvé. Al presente la considero como mi propia hija, y ella cree que soy su madre.—No quedará sin recompensa, dijo la Reina, una obra tan caritativa. Cuidaré de vos y me quedo con la pequeña desconocida. En efecto, la Reina la quiere tanto, que siempre la lleva magníficamente vestida y la pequeñuela síguela á todas partes y la habla con tanta gracia y libertad, que no se advierte su mísera condición. Quizá se descubra algún día quién es.

No hay aquí esas agradables fiestas que en Versalles se ven, donde las damas tienen el honor de comer con Sus Majestades. Todos viven muy retraídos en esta corte y, en mi sentir, sólo la costumbre, á que uno se hace en todas las cosas, es la única garantía para no aburrirse con exceso. Las damas que no moran actualmente en palacio no van á hacer la corte á la Reina sino cuando ésta lo pide, y no les está permitido pedírselo con frecuencia. De ordinario la Reina

se acompaña con sus azafatas, y no hay vida más melancólica que la suya.

Cuando va de caza (y adviértase que es la primera Reina de cuantas en España reinaron que haya tenido esta libertad) es preciso que en el punto donde ha de montar á caballo ponga los pies en la portezuela de su carroza y se lance de un salto sobre su caballo. No hace mucho tiempo tenía uno bastante receloso, el cual se retiró al saltar encima de él, y la Reina se cayó al suelo. Cuando el Rey está allí la ayuda, pero nadie más se atreve á acercarse á las Reinas de España para sostenerlas y ponerlas á caballo. Prefiérese que expongan su vida y corran el riesgo de herirse.

Hay catorce colchones en su lecho; no se usan almohadas de crin, ni lechos de pluma; y estos colchones, que parecen de la mejor lana del mundo en España, no tienen más de tres dedos de espesor, de suerte que su cama no está más alta que las nuestras en Francia. Se hacen delgados los colchones para poderlos volver y remover con mayor facilidad. Cierto es que he observado se aplastan menos y no se ponen duros.

Hay otra costumbre que encuentro bastante singular, y consiste en que cuando una joven quiere casarse y es mayor de edad, si ha elegido ya, aun cuando se opongan su padre y su madre, no tiene más que hacer sino hablar al cura de su parroquia y declararle sus propósitos. En seguida la saca de la casa de sus padres y la lleva á un convento ó á la residencia de una señora devota, donde pasa un poco de tiempo; después, si persevera en su resolución, se obliga al padre y á la madre á darle una dote proporcionada á su linaje y bienes, y se la casa á pesar de ellos. Esta razón es en parte causa del cuidado que se tiene de no dejar hablar á nadie con las solteras, y guardarlas tan encerradas que es difícil puedan tomar medidas para conducir una intriga. Por lo demás, con tal de que el caballero sea gentilhombre, esto basta y se casa con su amada, aun cuando fuera hija de un Grande de España.

FIN



## INDICE DE MATERIAS

	<i>Página.</i>
<b>De Dax á Bayona.</b> —Costumbres bayonesas. . . . .	1
<b>De Bayona á San Sebastián.</b> —San Juan de Luz.—El Bidasoa. D. Antonio y sus hijos.—En Irún.—El reloj de la Condesa y las cuentas de la posada.—Los Pirineos.—Rentería.—Viaje por el Hendaya.—Las Amazonas y sus novelescas costumbres. . . . .	4
<b>En San Sebastián.</b> —Visita de D. Fernando de Toledo. . . . .	10
<b>De San Sebastián á Galareta.</b> —El túnel de San Adrián.—El río Uriola.—Dificultades del camino.—La caravana de que for- man parte los Caballeros de Santiago y Alcántara, Sarmiento, Car- vajal y Cardona. . . . .	13
<b>De Galareta á Vitoria.</b> —El camino.—El duende del castillo de Quebaro.—Su visita. . . . .	15
<b>En Vitoria.</b> —La batalla de la nieve.—El teatro: la comedia, la <i>Vida de San Antonio</i> y el baile la <i>Zarabanda</i> .—El inútil pasapor- te del Rey.—Los dos barrios de la ciudad. . . . .	16
<b>De Vitoria á Miranda.</b> —El camino.—Historia fantástica de la princesa Mira y el conde Nios. . . . .	18
<b>En Miranda.</b> —Tresillo de los caballeros acompañantes y conver- sación interesantísima de la condesa con D. Federico de Cardona sobre política española, relaciones de Felipe IV con la Calderona y vida de D. Juan de Austria. . . . .	20
<b>De Miranda á Burgos.</b> —La vida en las posadas.—En Bribiesca. —Tresillo de los caballeros y conversación muy entretenida de la condesa con D. Fernando de Toledo sobre Valladolid, Medina del Campo y Segovia. . . . .	31
<b>En Burgos.</b> —Su descripción.—Interesante conversación de la Condesa con D. Sancho Sarmiento sobre la situación política de Sicilia y las condiciones y costumbres de Galicia.—Estratagema cómica de la posadera para estrujar el bolsillo de la Condesa. . . .	37
<b>De Burgos á Lerma.</b> —En el camino y en Madrigalejo.—La Marquesa de los Ríos pide compartir con la Condesa su modes- ta habitación.—Trajes y costumbres de las viudas y de las monjas de ciertos conventos.—Noticias de la corte.—La Marquesa de los Ríos explica en qué consistían los fueros de Aragón. . . . .	46
<b>En Lerma.</b> —El hermoso castillo y las monjas.—La Condesa de Lemas.—Viaje frustrado.—Doña Leonor de Toledo en Lerma.— —En animada conversación da á la Condesa noticias interesan- tes sobre el origen y privilegios de la <i>grandeza española</i> y de los <i>mayorazgos</i> , costumbres y sentimientos de los españoles. . . . .	55

<b>De Lerma á Aranda de Duero.</b> —Los peatones de correo y la correspondencia abandonada.—La carta amorosa.—El hijo del Alcalde, guapo mozo y bien trajeado.—La inundación en la posada.—Sus consecuencias inmediatas.....	70
<b>De Aranda á Buitrago.</b> —Mal tiempo y peor camino.—Inconvenientes de las literas.—El castillo de Buitrago. Antecesores del Duque de Pastrana.—Retratos de la Princesa de Lholl, de la Reina Isabel y del Príncipe Carlos.—El tresillo.—Interesante conversaci6n de la Condesa con D. Esteban de Carvajal sobre las <i>órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara</i> y origen del <i>Tos6n de oro</i> .—Llegada del Arzobispo de Burgos.—Su visita á la Condesa.—La olla de plata de S. E. I.—En la posada.—Mal de ojo.—Las brajas y la Inquisici6n.....	75
<b>De Buitrago á Madrid.</b> —En Alcobendas. La quinta de don Agustín Pacheco.—Comedias y autores.—Doña Teresa de Figueroa, esposa de D. Agustín, habla de Portugal.—Las damas comiendo en el suelo y los caballeros en la mesa.—La carroza de su parienta.—El camino del desierto.....	85
<b>En Madrid.</b> —Origen.—Observaciones generales.—El por qué de la nube de fámélicos criados en las casas de los señores.—Costumbres y trajes.—La carroza del Rey.—D. Antonio de Toledo regala á la Condesa el tiro de seis caballos.—Sigue la descripci6n de las costumbres y los trajes de las grandes señoras.....	94
La Duquesa de Terranova, su palacio y su tertulia.—Caracter t6pico de los españoles.—La Marquesa de la Rosa y los anteojos.—Curiosas anécdotas.—El refresco de la Duquesa.—El alumbrado y la canastilla ó <i>tronc6n</i> de la Princesa de Montele6n.....	104
Nuestra Señora de Atocha y la Capilla de la Almudena; la Iglesia de San Isidro y la de San Sebastián; devoci6n de los españoles y galanterías prohibidas.....	113
Respeto á las embarazadas; antojos impertinentes; consecuencias...	116
La Cuaresma; los carniceros, la carne y el vino.—La Semana Santa y los disciplinantes.—El Marqués de Villahermosa y el Duque de Béjar; su encuentro y combate singular.—Los verdaderos penitentes.—La procesi6n de Viernes Santo.—La Comuni6n Pascual.	118
Los encierros en ciertos conventos de las viudas y damas de los Reyes.—Las cartas de Santa Teresa.—Los ciegos copieros y la prisi6n de Francisco I.—Los ricos muebles y tapices de la Corte.—Las casas y jardines de los grandes.—Vajilla de oro y plata.—Amos endiosados y rapiñas de administradores.—Singular arreglo de cuentas con los acreedores.—Distribuci6n de los procesos de esta clase.—Tribunales de la Corte.—C6mo se conservan los capitales.....	124
El Real Palacio.—El Buen Retiro y su teatro.—La Casa de Campo.—El Manzanares.—La Florida.—La fiesta del 1.º de Mayo en el Sotillo.—Los paseos de Madrid.—Las bromas de las tres tapadas al Embajador alemán.—Más detalles sobre la fiesta del Sotillo.—El faldero de la Marquesa de Alhuga.....	131
La sorpresa.—D. Juan de Austria.—La 6pera <i>Alcina</i> en el Retiro.—Carácter bondadoso del Rey.—Curiosas anécdotas que le justifican.—Más detalles sobre la representaci6n de <i>Alcina</i> .—El juicio p6blico en los teatros de la Villa.—La cazuela y sus graciosos concurrentes.—Las comediantas y sus exigencias.....	137
Una corrida real de toros.—Manera de traerlos de la dehesa.—Di-	



- vias singulares; disposición de la Plaza Mayor y reparto de balcones; merienda y regalos á expensas del Rey ó de la Villa.—La comitiva Real.—Los Caballeros en plaza.—El público.—Los alguaciles.—Condiciones á que ha de ajustarse el Caballero en su *duelo* con el toro.—El traje de los Caballeros en plaza montados á la *gineta*.—La salida del toro.—Cómo los Caballeros rejonean.—Los toreros de á pie; su defensa.—El puntillero.—Las multas.—El alborozo del público.—El caballero Conde de Koenigmarck herido, retando al toro.—Curiosos incidentes.—Los perros de presa y la media luna.—Otro Caballero en peligro.—Muerto y heridos.—Regalos del Rey al moro y al vizcaíno.—El salto del castellano.—Grandiosidad y hermosura de estas fiestas costosas.—Crítica de las corridas.—Curiosa anécdota que D. Fernando de Toledo contó á la Condesa sobre la muerte de dos enamorados. . . . . 143
- El idioma español, expresivo, noble y grave.—Galera de vinje.—Consagración del Patriarca de las Indias y la monja doña Isidora.—Cador y polvo.—Procesión del *Coyote*.—Los Autos sacramentales.—En el Prado.—La mascarada cardenalicia de los panaderos.—D. Agustín Pacheco da á la Condesa noticias sobre la América española.—Consejo de Indias.—Virreyes y Gobernadores.—La flota mercante y los galeones del Rey.—La plata, el oro y las perlas de América.—La ciudad de Méjico y sus cercanías.—Los paseos de verano y los baños del Manzanares. . . . . 157
- Pruebas de nobleza.—Los amores de Doña Clara y el Conde de Castillo; muerte airada de aquella y venganza del Conde.—Asesinatos en venganza de injurias recibidas.—Verduguillos valencianos y sociedades de asesinos.—Caso raro.—Los celos y el amor; Travesuras á que obligan.—La locura de la grandesa.—Pocos extranjeros por falta de buenas posadas.—Las mancebas y asquerosas enfermedades que introducen en las familias.—Los grandes Señores enriquecidos en las Indias, no piensan más que en gastar alegremente los tesoros acumulados.—La educación de los hijos de los grandes está muy descuidada.—Relajación y ociosidad.—Las condiciones naturales de los españoles son excelentes, haciéndose simpáticos. . . . . 169
- El *Tedem* por el próximo casamiento del Rey con la Princesa de Orleans.—Ajos y cebollas.—La iluminación y la cabaigata.—Los galanes de la Corte y el Marqués de Palacios.—Anécdota del astrólogo.—Oficios palaciegos.—Las guardias flamenca, alemana y española y la compañía de la Lancilla.—La Secretaría de Estado, los Consejos y las Cámaras.—Venta de los empleos y sus consecuencias.—Quienes se reparten los tesoros que vienen de las Indias.—Desmoralización administrativa.—Los malbechores y los condenados á la horca. . . . . 181
- Respeto y cariño al Rey.—La política de Carlos V.—La llegada y reparto de los tesoros de las Indias.—Sobriedad y otras condiciones de los españoles.—El amor y los celos.—Curiosa aventura del Embajador de Venecia.—La vanidad del Sr. *Zapatero* y la holgazanería de todos.—Las casas de juego.—Las Academias y los libros.—Carencia de plata, y abundancia de calderilla.—Los esclavos moros y turcos.—El orgullo de los criados y pordioseros.—Zaida, la niña esclava. . . . . 190
- D. Fernando de Toledo hecho santo por gracia de la servidumbre de la Marquesa de los Vélez.—La vida de las familias madrileñas; la

comida, la siesta y la cena.—Citas de amantes y basura.—Sillas y carrozas.—Siguen las referencias á los asuntos de amor.—Cuchilladas por galantería.—Graciosas anécdotas de amor.....	202
<b>La entrada en Madrid del Marqués de Villars.</b> —Las damas y caballeros enamorados aprovechan la ocasión para verse y hablarse por señas.— <i>El viaje á Toledo</i> en carroza y de noche.—Las frondosas alamedas y jardines de Aranjuez, las fuentes de Diana, Ganimedes, Marte, del Amor y otras.—Comida, cena y pasco nocturno en el galeón dorado.—En camino.—D. Fernando de Toledo da á la Condesa noticias de la Inquisición, explicando su origen.—Autos de fe.—Las ruinas del castillo encantado.— <i>En Toledo</i> .—La Santa Catedral y sus riquezas.—El palacio arzobispal.—Siesta necesaria.—Traje de etiqueta.—Gran comida.— <i>El Alcazar</i> .—Visita á la Reina madre.—El retrato de la Princesa de Orleans.—La cena de la Reina.—El teatro improvisado en el palacio arzobispal y la comedia <i>Pyramo y Thisbe</i> .—El refresco y la música.—La plaza de <i>Zocodover</i> y el castillo.—La iglesia de los Reyes y la inclusa.—Vuelta al palacio arzobispal, siesta y gran comida.—Castillo de Igeerisa.—Recibimiento que les hizo el Marqués de Palacios.....	211
<b>Ceremonia en el juramento de la paz concertada en Nimega entre Francia y España, lectura de <i>El Quijote</i>.</b> —Clima de Madrid.—Campana que anuncia desdichas.—Las celosias y las serenas.—El barrio de las rameras.— <i>La muerte de D. Juan de Austria</i> , la indiferencia de los cortesanos y el regreso de la Reina madre.—Los reinos de la Corona española.—La despoblación de España.—El atraso de la agricultura y la fragosidad del suelo.—Las universidades, los sermones y la devoción á la Santa Virgen.—Cunidades de los que nacen en Viernes Santo.—Visita á la Reina. .	233
<b>De Madrid al Escorial.</b> —En el <i>Pardo</i> .—El palacio y el convento.—En el <i>Escorial</i> .—El monasterio y el panteón real.—Curiosos detalles.—Regreso á la Corte por Colmenar, las Rozas y Aravaca.—Visita á las damas de la nueva Reina.—Preparativos de la servidumbre, trajes raros y costumbres más raras aún.....	246
<b>La llegada de la joven Reina.</b> —Tristes presagios por haber roto un espejo.—Damas y dueñas de honor.—La Reina no se divierte.—Del Retiro al Palacio Real.—Magnificencia con que se adornó el camino.—Curiosas noticias sobre las reglas establecidas por la etiqueta palaciega.—Salida de la Reina y acompañamiento de damas y galanes.—Lo que vale una gota de sangre.—Los días de ceremonia y los <i>caballeros embobecidos</i> .—Los huevos en carnaval.—El <i>enano Luisillo</i> y la <i>niña Doña Elvira</i> .—No hay diversiones.—Nadie toque á la Reina.—Los colchones de la Reina.—Cómo se casan las hijas á disgusto de los padres.....	253











